



*ARRASTRADA
POR EL*

CEO

CARLOTA MANZANO

FERRASTRADA
POR EL
CEO

CARLOTA MANZANO

Primera edición.

Arrastrada por el CEO

Carlota Manzano

©febrero, 2025

©imágenes por Freepik y AdobeStock

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1



«Hay algo más allá de la razón y de lo tangible, que espera a ser descubierto. El amor, el verdadero, el que arrasa con todo a su paso, lleno de pasión, de admiración y de lealtad, no es tan fácil de encontrar, y quien tiene la grandísima suerte de hacerlo, jamás puede dejarlo escapar. Las almas gemelas existen y sus corazones eternos vagarán por el tiempo y la distancia, hasta dar con su igual».

Brayden

La ciudad pasaba delante de mis ojos, a través de la ventanilla del coche. Eran las nueve y media de la noche, la iluminación de las calles llevaba acompañándonos durante todo el recorrido.

Me moví en el asiento trasero, acomodándome. Estaba deseando llegar al hotel para quitarme el traje, darme una ducha y ponerme cómodo. El avión había aterrizado más tarde de lo debido, a causa de que unos imprevistos de última hora retrasaron la salida.

—¿Reconoces alguna zona? —Dirigí la mirada hacia el asiento del conductor, hacia Irvin.

—¿Qué se supone que tengo que reconocer si la última vez que estuve en este lugar tenía doce años? —Levanté una ceja.

—Hombre, no sé —sonrió de medio lado—. Lo mismo recuerdas algo en concreto de tu juventud loca.

—¿Loca? ¿A esa edad?

—No fuiste fácil de llevar, precisamente. —Carraspeó.

—Y lo dices tú que no me conocías por aquel entonces y tendrías pocos años más que yo. —Sacudí la cabeza, volviendo a mirar por la ventanilla.

—He escuchado las suficientes historias, durante muchos años, como para hacerme una idea. ¿No te parece?

—¿De boca de mis padres? Eso no se considera información verídica.

Soltó una carcajada, provocando que mis labios se elevaran hacia un lado.

—Y no, no me suena ningún lugar por el que hemos pasado. Todo lo que he visto hasta ahora lo estoy descubriendo de nuevo. No me alcanza a tanto la memoria, solo estuve medio año aquí, el tiempo justo para que mi padre montara la empresa y la dejara funcionando.

—Según él, te cundió mucho ese tiempo.

—Su versión.

—Estamos cerca —me informó.

—Por fin. —Solté el aire de golpe.

—Cuando me dijiste que teníamos que viajar hasta aquí, no me comentaste durante cuánto tiempo estaríamos.

—No he marcado una fecha de regreso, aún. —Apoyé el codo en el reposabrazos de la puerta y me froté la barbilla—. Todo depende de lo que me encuentre y cómo se dé todo.

—Seguro que lo pones todo firme y al día rápido.

—Esa es la intención, otra cosa será la realidad —continué sin dejar nada claro.

No podía, no lo sabía ni yo, así que, era lo que había. Irvin estaba deseando regresar a Londres desde que el día anterior empezó a hacer el equipaje. Así era él, tenía las costumbres muy arraigadas del lugar en el que creció y siempre había vivido. Y no era porque no viajara, lo hacía constantemente conmigo.

Era mi persona de confianza, mi hombre para todo: chófer, guardaespaldas, o como a mí me gustaba decir, se encargaba de mi seguridad y de todo lo referente a mí. La palabra guardaespaldas la veía excesiva, ni que fuese yo alguien importante. A ver, en lo mío lo era, no voy a negarlo porque sería obviar la verdad, pero vamos, que su papel en ese tema se basaba en estar a mi lado, no en apartar a las personas de mí o a protegerme de cualquier amenaza.

Solo faltaba que por mi posición y trabajo tuviese que verme en esas situaciones. Si fuese el caso, me habría desvinculado de todo lo relacionado con las empresas, directamente. Conmigo

no iba ser el centro de atención a esos niveles. Mi imagen únicamente salía en las revistas que se dedicaban a los negocios, destacando entre los primeros del ranquin, pero para de contar. Es cierto que en algunas fiestas importantes me habían captado, pero como a cualquier asistente a esos eventos.

Lo que me gustaba de estar aquí, en España, es que era un desconocido. En mi país, Londres, era totalmente diferente, siempre refiriéndome a lo que he mencionado porque mantenía mi vida privada bajo llave.

—Llegamos.

Salí de mis pensamientos al escuchar a Irvin. Me incliné en la parte trasera del vehículo, para observar la entrada y la fachada del hotel. Me gustó lo que vi. Abrí la puerta antes de que él lo hiciera.

—Al menos aquí podrías dejarme hacer mi trabajo. —Puso los ojos en blanco, a pocos pasos de llegar hasta mí.

—¿Acaso no tengo dos manos? ¿En qué momento te contraté para abrirme las puertas? ¿Quieres entrarme en brazos al hotel?

—Menudo humor. —Soltó una carcajada—. Por mí no te cortes, si te subes en mis brazos te entro encantado. —Apretó los labios.

—Resérvate la fuerza para otras cosas —negué.

Dejé que sacara del maletero las maletas, pero como no podía llevar las cuatro, dos de cada uno, tiré de las mías, ante sus palabras de que no hacía falta. Según él yo tenía que entrar y él se encargaba de hacer otro viaje para recogerlas. Mi punto de vista era totalmente diferente, considerándolo innecesario. Así que lo ignoré.

—Buenas noches, tengo dos reservas a nombre de Brayden O'Neill —le hablé a la mujer que estaba sentada al otro lado de la recepción.

—Buenas noches, señor O'Neill. Estábamos esperándolo —me dijo con una gran sonrisa—. Ahora mismo le doy las llaves de las habitaciones, tenemos todos sus datos actualizados.

—Perfecto.

Me giré hacia el vestíbulo, era muy espacioso, la elegancia se apreciaba en cada detalle, incluso en la música de fondo que sonaba, la que daba un toque especial y distintivo al lugar.

—Aquí tiene, espero que disfrute de la estancia. —Me volví hacia ella—. Disfruten —

rectificó mirando unos segundos a Irvin—. Mi nombre es Ivette, para lo que necesiten.

—Gracias, Ivette.

—De nada. Esperen un momento, enseguida vienen a por sus equipajes.

Se me quedó en la punta de la lengua que no hacía falta, que lo que me urgía era llegar a la habitación y que nosotros nos encargábamos. Pero no me dio tiempo a expresarlo cuando ya estaba hablando con alguien a través del teléfono fijo.

Irvin cogió las llaves del mostrador antes de que nos alejáramos de él unos pasos.

—Menos mal que me ha visto, como siempre soy un fantasma a tu lado.

—Lo de fantasma es por las tonterías que dices, ¿no? —Lo miré de reojo.

Soltó una carcajada, mientras yo me detenía a mirar los detalles de lo que nos rodeaba.

—Este país te sienta genial, o el viaje, no estoy seguro. Hacía tiempo que no estabas tan gracioso.

—Es bueno cambiar de aires. —Metí las manos en los bolsillos del pantalón del traje.

—Regresamos hace cuatro días de Italia. —Sacudió la cabeza.

—Correcto, pero en ese viaje no tuve ni un minuto de descanso desde que me bajé del avión.

—En eso te doy la razón, lo que me lleva a preguntarte... ¿Aquí piensas tomártelo con más calma? Llevas un ritmo vertiginoso, como no aflojes en algún momento...

—Irvin, no estoy en una cantera moviendo piedras. —Lo miré de reojo.

—No te quites méritos, ni subestimes todo lo que haces y lo que llevas para delante. —Levantó una ceja—. De ti dependen cientos de personas en varios países, ya he perdido la cuenta.

—Seiscientas setenta y seis entre Italia y España. —Le refresqué la memoria.

—¿Dónde dejas los de Londres, Irlanda y Escocia? —preguntó divertido.

—Me he referido a los lugares en los que tengo que alejarme de casa por más tiempo.

—Vale, aunque la última vez que estuviste en la delegación de Irlanda tardaste veinte días en regresar.

—Y tú conmigo. No es tan importante, Irlanda es parte de mi tierra también.

Así era y de esa forma la consideraba. Mi padre nació en Irlanda, mi madre en Escocia y yo en Londres, una buena mezcla abarcando un triángulo inmejorable. Mis padres fusionaron sus costumbres y las complementaron a la perfección, sin que ninguno de los dos dejara atrás la pasión que sentían por las tierras que los vieron nacer.

De hecho, yo iba danzando de un lugar a otro, entre Escocia e Irlanda. Ahora no me estoy refiriendo al trabajo, sino a cuando quería desconectar. No encontraba mejor forma que hacerlo en alguna de las casas de mis abuelos, las que heredaron mis padres y continuaban manteniendo en perfecto estado. A ellos también les gustaba hacer escapadas para volver al pasado, con la alegría e ilusión que ello les provocaba. Nuestra residencia principal hoy día está en Londres.

Un empleado del hotel cargó nuestras maletas en un carro y nos pidió que lo acompañáramos. Lo seguimos hasta el ascensor, en el que subimos tres plantas.

—Que tengan una buena estancia. —Se dirigió a nosotros el joven, dentro de una de las habitaciones.

Por la apariencia que tenía no había llegado a la veintena.

—Gracias.

—Pueden estar tranquilos, la mitad de la planta es para ustedes. —Miré de reojo a Irvin, quien apretó los labios.

—Muy amable —respondí contradiciendo a lo que me hubiese gustado expresar.

Cuando se fue agarré las asas de mis maletas y tiré de ellas, observando la habitación.

—¿No me dijiste que te encargarías tú de hacer la reserva? —pregunté cuando llegué al centro.

—Ese fue mi propósito cuando te lo comenté, pero entonces llegó tu padre y acabas de averiguar el resultado —negué.

—¿Para qué narices queremos la mitad de la planta para nosotros dos? ¿Qué se supone, que voy a dormir cada noche en una de las habitaciones reservadas?

—A mí no me digas nada. —Levantó las manos, mostrándose divertido—. Ya sabes cómo es tu padre y la necesidad que tiene de que tengas la máxima privacidad.

—Es un gasto innecesario —dije subiendo una de las maletas a la cama.

—Que para vosotros es calderilla. —Me recordó.

—No me toques la moral, Irvin. Sabes perfectamente a lo que me he referido.

—Sé que no lo has dicho por el dinero, sino por el exceso.

Asentí abriendo la maleta.

—¿Te ayudo? —Le lancé una mirada que lo dejó parado en el sitio— Vale, voy a encargarme de las mías. —Rio.

—Mucho mejor. ¿Vas a elegir la habitación de al lado?

—Sí, aunque me da igual. Si en algún momento necesitas privacidad me traslado a otra, será por habitaciones.

—Privacidad —repetí sacudiendo la cabeza.

—Nunca se sabe, Brayden. Quizás alargues el tiempo aquí y tus necesidades aumenten.

—Lárgate ya —le advertí con un tono de voz que no aceptaba discusión.

Salió de la habitación cargado con sus dos maletas, sin parar de reír.

Me dediqué a deshacer las mías, dejando toda la ropa y complementos bien colocados en el pequeño vestidor que estaba integrado en la habitación.

Si algo era destacable en mí era la organización y el control, necesitaba tener ambas cosas por encima de todo.

Cuando terminé cogí ropa cómoda y me desvestí junto a la cama. Desnudo, caminé hacia el baño. Por fin iba a darme la ducha que necesitaba y si no cambiaba de pensamiento, esta noche cenaría con Irvin en la habitación.

El cuerpo me pedía descanso, la noche anterior apenas dormí dos horas al ultimar todos los detalles referentes a la empresa a la que iríamos el día siguiente. Una que un día fue de mi padre, la misma que había pasado a mis manos hacía años.

La verdad es que dado al desarrollo de la actividad y los beneficios que obtenía, no me había preocupado en venir. La controlaba a distancia, pero había llegado el momento de hacerme presente, por muy bien que funcionara.

Capítulo 2



Olaya

—Ha valido la pena que te sacara de tu encierro, ¿no? —Me preguntó con una sonrisa Pol.

—Lo dices como si llevara meses sin moverme de mi piso. —Lo miré sorprendida.

—Olaya, salir y entrar, para ir y volver del trabajo, no cuenta. —Bebió un sorbo de vino.

—Será para ti —negué.

—Dime la última vez que traspasaste la puerta para disfrutar.

—La edad te está afectando, estoy empezando a preocuparme. —Reí—. Hace dos semanas que quedé con Paola y Sara.

—Fueron a tu piso a cenar.

—¿Y? Como has dicho lo importante es disfrutar. Aquel día no nos apeteció otra cosa. Nos lo pasamos igual de bien donde estemos, juntas.

—Lo sé, pero necesitas...

—¿Esta conversación tiene algo que ver con mamá? ¿Te ha dicho algo? —sonrió con picardía.

—Tú lo has averiguado, yo... —Se cerró la boca con un gesto de los dedos—. Ahora puedes decirle que he hablado contigo, yo puedo responderle cuando me pregunte que he insistido en el tema que tantísimo le preocupa. Estamos salvados por una buena temporada. —Me hizo un guiño.

Solté una carcajada. Como ya habéis interpretado Pol es mi hermano, era cuatro años mayor. Y mi madre, pues bueno, era una preocupación andante, sin sentido la mayoría de las veces.

Ya decía yo que tanta insistencia no me cuadraba. Mi relación con Pol era muy estrecha. Nos aconsejábamos mutuamente, me protegía, pero en una medida justa y sana. Nunca se metía en mi vida adulta para que la disfrutara como quisiera.

Mi padre era todo lo opuesto a mi madre e igual en carácter que mi hermano. Yo no sé a quién he salido, creo que, a una pequeñísima parte de mi madre, una más grande de mi padre y el resto, la mayoría, corría de mi cuenta. No eran solo palabras mías, todos opinaban lo mismo y Pol siempre reía cuando nuestra madre se alteraba diciendo que no parecía su hija, que de dónde había salido.

«Tú sabrás, ¿no?» Esa era mi reacción, la que no variaba porque era una verdad muy grande. Éramos una familia unida, con sus más y sus menos como todo el mundo, pero en la que el cariño, el amor y el respeto iban por delante.

—Estaba empezando a pensar que te había poseído el espíritu del pesado. —Me coloqué la servilleta de tela encima de las piernas.

—¿Del pesado? ¿Qué espíritu es ese?

—El que me acabo de inventar lanzándote una directa. —Reímos.

—Solo estaba cubriéndonos las espaldas. —Sacudió la cabeza.

—Pues haber empezado por el final. —Puse los ojos en blanco—. Llevas diez minutos hablándome de lo mismo.

—Me he divertido viéndote alterada y desconcertada.

—No quieres saber cómo me divertiría yo contigo —sonreí pícara.

—Mejor no, resérvatelo —volvimos a reír—. ¿Te ha gustado? —Señaló los platos vacíos que estaban en la mesa.

Me había invitado a cenar, beneficios de ser la pequeña, o más bien porque me había arrastrado fuera del piso. Era la primera vez que venía a este restaurante, por lo que me comentó mientras nos dirigíamos hacia aquí, llevaba abierto solo un mes.

—Mucho, la comida y el ambiente —dije observando disimuladamente alrededor—. Tiene encanto.

—Rodri me habló de él, yo tampoco había venido hasta hoy —mencionó a su mejor amigo.

—¿Cómo le va? Hace mucho tiempo que no lo veo.

—Normal, sales muy poco de casa. —Carraspeó.

—Vete a...

Soltó una carcajada cuando mi servilleta de tela impactó en su cara.

—Estos modales no son muy propios de una señorita —comentó conteniéndose para no reír.

—¿Y quién ha dicho que lo sea? Soy Olaya, a secas.

—Como te oiga tu madre que no mencionas los apellidos, te persigue mínimo durante un mes.

—Para algo estás tú, para retener a tu madre, que es la mía también. Tu papel de hermano mayor servirá.

Los comentarios con la intención de picarnos volaron por encima de la mesa, en las dos direcciones. Por era los dos extremos, la alegría y la seriedad, la diversión y la responsabilidad. Según en qué faceta le tocara actuar era mejor huir de él, aunque yo muy lejos no llegaba, todo hay que decirlo.

No voy a decir que cuando se ponía intenso no llevara la razón, pero muchas veces no apetece soportar ni escuchar ciertas cosas, por cómo nos sentimos en esos momentos.

—A Rodri le va bien, como siempre. —Cambié de tema, respondiéndome a la pregunta sobre su amigo—. Cuando le he dicho que iba a por ti para venir a este restaurante, me ha dado recuerdos.

—Devuélveselos —sonreí exteriorizando el cariño que sentía por él, no solo con los labios.

—De tu parte —asintió devolviéndome el mismo gesto—. ¿Cómo ha ido la mitad de la semana de trabajo?

—Bien, también. —Me encogí de hombros—. Se rumorea que en poco tiempo habrá cambios.

—¿Y eso?

—No tengo ni idea, no me he parado a escuchar nada más. Si tuviese que estar pendiente de todos los chismorreos no me daría tiempo a trabajar.

—Eso lo entiendo —asintió—. Espero que los cambios sean buenos.

—Estoy pensando en aceptar la oferta que me hicieron hace varias semanas. Han continuado insistiendo —solté lo que llevaba meditando en silencio días.

—¿En serio? —asentí— Te irías lejos. —Frunció el ceño.

—Pero es una gran oportunidad.

—Hasta donde yo sé estás contenta con tu trabajo y tienes un muy buen sueldo —habló extrañado—. Cuando me lo comentaste la primera vez lo tenías claro, no había dudas.

—Así es, pero a veces pienso que sería evolucionar, dar un paso más al frente y probar suerte. No paro de preguntarme si por continuar acomodada a lo que conozco, a la rutina de años, dejo pasar la oportunidad de mi vida.

—Lo comprendo y tiene que ser un poco frustrante no saber hacia qué lado decantarte. Perder la estabilidad cuesta.

—Sí. —Hice una mueca.

—Olvídate de lo que te he dicho de que no sales, te quiero encerrada en casa, pero a mi alcance —sonreí.

—Ya no piensas igual, ¿eh? —negó varias veces.

Rellenó las copas de vino en silencio, vaciando la botella.

—Ahora en serio, da igual lo que me parezca a mí o no, ni a los demás porque sabes que mamá pondrá el grito en el cielo si se lo dices. Es tu vida, son tus ilusiones, tus metas y tu futuro, solo depende de ti el camino que tomes. En realidad, no perderías la estabilidad, solo encontrarías una nueva.

»Si no recuerdo mal silbé cuando me dijiste el sueldo que te ofrecían, aparte de que el primer año el alojamiento que tú eligieras corría a cuenta de esa empresa. Es un dato importante y de gran valor, tendrías margen para ahorrar y establecerte.

—Si pienso en el trabajo nuevo son todo ventajas. —Balanceé la copa, observando el vino mojar el cristal.

—Pero en el que tienes también, ¿no? —Levanté la mirada hacia él y asentí—. ¿Te pusieron fecha límite para darles una respuesta?

—No, pero cuando insisten interesándose en si me he decidido es como una presión por darla.

—Estoy muy orgulloso de ti, cariño.

—¿Por esa oferta?

—Por lo que has logrado con mucho esfuerzo, si no destacaras en lo que haces no tendrías el poder de decidir. En lo personal no entro, sabes lo que pienso.

—Gracias. —Bebí varios sorbos pequeños.

—No le des tantas vueltas, tómate un poco más de tiempo y quizás entonces tengas una respuesta clara, sin dudas.

—Mañana salgo de viaje.

—No me has dicho nada.

—Solo son las nueve y ya he adelantado para hacer la maleta. Tengo la ropa seleccionada encima de la cama. Será rápido.

—¿Dónde vas? ¿A qué hora?

—No salgo de España, tampoco creo que me lleve muchos días. Seguramente el domingo estoy de regreso. El avión sale a las diez y media, por lo que saldré del piso sobre las siete y media, para ir con tiempo —asintió.

—Pues voy a pedir la cuenta, tienes que descansar.

Llamó la atención del camarero y esperamos sentados a que la trajera.

—No me has mencionado a Rocío.

—Porque no tengo nada que decir al respecto.

—¿Cuánto hace que no la ves?

—Desde el domingo.

—Pues eso suena a que sí tienes que decir algo —sonreí con picardía.

—Sé dónde quieres ir a parar, pero sin sentido. Ella y yo sabemos de qué tipo son nuestros

encuentros.

—Los que últimamente son cada vez más habituales. —Levanté las dos cejas, varias veces.

—Correcto, pero nuestra relación es...

—¿Pasional y fría a la vez?

—Sí. —Levantó una ceja—. Me siento muy a gusto con ella, me lo paso bien. Es una chica agradable y simpática, pero no siento lo necesario para convertir esos encuentros en algo más.

—Ella lo está deseando.

—Sabe a lo que atenerse, lo dos empezamos con el mismo pensamiento.

—El que ha podido variar con el tiempo. —Ladeé la cabeza.

—Puede ser... —dijo pensativo.

El camarero nos interrumpió al traer la cuenta. Pol pagó y nos despedimos de él. Nos pusimos los abrigos y salimos del restaurante. Caminamos por la acera hacia su coche.

—Quizás deba hablar con ella, para asegurarme. No quiero hacerle daño, si no he podido sentir nada más que deseo y cariño a estas alturas, sé que no variará.

—Sería lo mejor. —Le rodeé la cintura con un brazo y él lo hizo sobre mis hombros—. Pero no tengas prisa, piénsalo bien. Lo mismo no te das cuenta de lo que realmente sientes por ella y después será demasiado tarde.

No me respondió. Recorrimos varias calles en silencio, hasta que llegamos al coche y nos montamos en él. Pocos minutos después, Pol paraba en doble fila frente a mi edificio.

—¿Quieres que te lleve mañana al aeropuerto?

—No hace falta. —Le di un beso en la mejilla.

—¿Segura? No me cuesta nada.

—Lo sé —le sonreí—. ¿Qué horario haces mañana?

—Empiezo a las doce —asentí.

—Te envío un mensaje cuando llegue al destino.

—De acuerdo. Cabezona. —Reí.

Nos dimos un abrazo, varios besos más y me bajé.

Desde el portal me despedí de él hasta que nos viéramos a mi regreso. Subí en el ascensor y en cuanto entré en mi piso, me quité el abrigo y el bolso, me lie a meter la ropa y todo lo que iba a necesitar en la maleta de cabina y en la mochila que tenía muchos departamentos. La llevaba colgada a los hombros, no iba a facturar equipaje.

Cuando cerré las cremalleras las llevé al lado de la puerta principal y volví a la habitación, para ponerme el pijama. Me había duchado antes de que Pol viniera a por mí, con lo cual, con el estómago lleno, ya no tenía nada más que hacer.

Me metí en la cama pronto, pero no tenía sueño. Cogí el móvil y entré en la aplicación de mensajes para hablar en el grupo que tenía con mis dos amigas.

Olaya: *Buenas noches, preciosas. ¿Cómo ha ido el día? Yo acabo de venir de cenar con mi hermano y ya tengo todo preparado para el viaje de mañana.*

Sara: *Buenas nochesss. El mío, una pesadilla. Me han tenido esclavizada en el trabajo, por lo demás genial. Ay, mi Pol, ¿le has dicho lo buenísimo que está de mi parte? —Reí— ¿A qué hora sales?*

Olaya: *Hoy toca modo exageración. ¡Si te escabulles cuando te da la gana! ¡Qué valor! Lo de lo buenísimo que está te lo dejo a ti, mi palabra no tiene tanto peso para él en ese sentido. —Añadí un emoji sacando la lengua—. Me voy temprano.*

Sara: *Tranquila que en cuanto lo vea se lo suelto. Ja, ja, ja... Qué lástima de mí que no me hace caso. Que vaya bien el vuelo y la estancia, como nos enteremos Pao y yo de que te tratan mal, aparecemos con el látigo.*

Paola: *Buenas noches, cariños. ¿A quién hay que darle fuerte? Necesito nombre y apellidos, para idear un plan infalible.*

Riendo, así escribí el siguiente mensaje. Durante unos veinte minutos estuvimos intercambiando mensajes, hasta que nos despedimos con besos. Quedamos en hablar al día siguiente, cuando yo estuviese tranquila en el hotel.

A las palabras de Sara sobre mi hermano no le deis un sentido diferente al del cariño que sentía por él de toda la vida. Las tres nos habíamos criado con la figura de mi hermano siendo el mayor, el protector. Aunque eso no quitaba de que Pol fuese atractivo a rabiar, al igual que

simpático y agradable. La reacción de mi amiga era el pensamiento habitual, aunque a Sara le encantaba picarlo, a lo que mi hermano siempre le correspondía.

Me aseguré de que la alarma estaba puesta, apagué la luz de la mesita de noche y me acomodé en la cama, dispuesta a dormirme.

Capítulo 3



Creía tener la decisión definitiva tomada, al menos había llegado a una conclusión. Iba a aceptar la oferta de trabajo y presentar mi baja en mi empresa actual.

Igualmente me iba a tomar una semana más para asegurarme de que era lo que realmente quería. No tenía ninguna prisa, ni quería precipitarme para luego arrepentirme. Era complicado cuando no sabes si es lo mejor o resultará todo lo contrario, pero al menos la idea cada vez iba tomando más forma en mi cabeza y estaba más convencida a darle un cambio a mi vida.

De un tiempo a esta parte me sentía estancada en la misma rutina, necesitaba salir de ella para darle un giro a mi día a día. Si no tuviese la oportunidad a mi alcance, pero no era el caso.

—Olaya, ha sido un placer tenerte con nosotros —me dijo Alonso, ofreciéndome la mano.

—El placer ha sido mío. —Acepté su gesto como despedida.

—Que vaya bien el viaje de vuelta.

—Muchas gracias.

—Te he pedido un taxi, estará en la puerta del hotel en una hora.

—Oh, gracias. No tenías por qué.

—No me cuesta nada —me sonrió—. No me ofrezco a llevarte yo al aeropuerto porque puede parecerte excesivo, pero si quieres...

—Te lo agradezco, pero el taxi está bien.

—Me lo imaginaba. —Rio y sonreí—. Hasta la próxima vez.

—Sí, hasta la próxima.

Lo dije sabiendo que la posibilidad de que no volviera a verlo era muy alta, pero preferí callarme al respecto. De todas mis personas de confianza, amigas y familia, el único que sabía lo de la oferta de trabajo era mi hermano. Solo él estaba al día, también le había dicho que estaba casi segura de que iba a aceptarla.

No quería que ninguna actitud o comportamiento me influyera, era un tema mío, de mi vida, de mi futuro, así que hasta que no me decantara por una de las dos opciones que tenía, continuar con vida como hasta ahora, o cambiarla radicalmente, continuaría en silencio. Por lo no iba a comentarlo con nadie, nuestras conversaciones se quedaban entre nosotros dos, siempre.

Salí del edificio y me dirigí al hotel. Estaba a cuatro calles, me había movido caminando desde que llegué. Era lunes, las once de la mañana, al final lo de volver el domingo se había alargado un poco. Hasta el día siguiente no tenía que incorporarme a trabajar, por lo que una vez que estuviera en el piso tendría toda la tarde para lavar la ropa, descansar y prepararme para otra semana más.

Al llegar al hotel subí a la habitación, revisé que no me dejaba nada y salí con el equipaje. La noche anterior dejé la maleta cerrada, lo mismo que había hecho con la mochila una vez que metí el pijama al vestirme. El tiempo que faltaba para que llegara el taxi lo pasé en la cafetería del hotel, revisando correos electrónicos y planificándome las tareas del día siguiente.

Unos minutos antes salí del hotel y esperé en la calle. Hacía un día perfecto, con una chaqueta fina se estaba de maravilla. Levanté la mano hacia el taxista que paró frente al edificio y fui hacia él, con una sonrisa.

—Buenos días —lo saludé cuando nos montamos los dos, él después de guardar mi equipaje en el maletero.

—Buenos días. —Me devolvió el gesto.

Sabía hacia dónde me dirigía, por lo que desconecté mirando a través de la ventanilla. El sonido de un mensaje me hizo fija la vista en el bolso. Busqué el móvil dentro.

Olivia: *Niña, ¿cuándo vuelves? Jo, pensaba que te vería hoy. Esto es muy aburrido sin ti. Ya me he tomado tres cafés con leche y media botella de agua, he ido cuatro veces al baño, he estirado las piernas varias veces, me he parado a charlar con Fermín y Teresa, y... ¡No veas de lo que me he enterado! Tengo información de la buena, de la calentita, pero me la reservo para ponerte al día cuando nos tomemos el primer café mañana. Espero que no tardes más en regresar.*

Reí. Olivia era una compañera de trabajo, una amiga. Cuando empecé en la empresa ella tenía

un año de antigüedad. Era mis oídos y mis ojos, a pesar de que no trabajábamos en el mismo departamento. Yo no me enteraba nunca de nada, a ella no se le escapa ni una. Estaba al tanto de todos los cotilleos que circulaban en la empresa, lo que no restaba a su profesionalidad. Trabajaba en el departamento laboral.

Olaya: *En dos horas cojo el vuelo de vuelta. Quería haber llegado ayer, pero entre unas cosas y otras... Voy en el taxi hacia el aeropuerto. Por lo que dices no veo dónde está tu aburrimiento. ¿Cuánto tiempo has estado sentada en la silla? No has parado. Ja, ja, ja.*

Olivia: *Oh, que vaya bien el viaje. Cuando subas al avión, asómate a la cabina del piloto y amenázalo para que no se descentre a los mandos del avión. Puesss... No me he movido de la silla en dos horas. ¿A qué es un logro con todo lo que he hecho? Ja, ja, ja. Y sí, estoy aburrida porque necesito tu enorme sabiduría cuando te cuente de lo que me he enterado.*

Olaya: *Miedo me da con lo emocionada que estás. Hablamos más tarde, estamos acercándonos a la terminal. Mañana sin falta estoy ahí a las siete.*

Leí su mensaje de despedida y guardé el móvil. El taxista paró delante de una de las entradas, le pagué y se bajó conmigo, para sacar el equipaje.

—Buen vuelo.

—Muchas gracias. Buen día de trabajo.

—Gracias —nos sonreímos.



El sonido repetitivo de la alarma me hizo quejarme, a la vez que lanzaba la mano al aire para apagarla. Mosqueada porque no pude, me incorporé quedándome sentada. Cogí el despertador con las dos manos, queriéndolo hacer desaparecer, mientras le dedicaba unas palabras poco alentadoras de buena mañana.

La noche anterior lo dejé más alejado, sabiendo que me costaría levantarme. No había dormido mucho, la siesta que me eché por la tarde tuvo la culpa de que no consiguiera conciliar el sueño.

Solté un suspiro colocándolo de vuelta en la mesita de noche y me arrastré por la cama. Más dormida que despierta, me lavé la cara con agua fría, para espabilarme. No terminaría de hacerlo hasta que no me tomara el café rápido de cada mañana, antes de irme a trabajar.

Fui hacia la silla donde dejé preparada la ropa para hoy. Me vestí con unos pantalones ajustados, una camiseta entallada de tirantes anchos y con escote en pico que estaba decorado por un encaje muy bonito, del mismo color. Por encima me coloqué un cárdigan de punto y manga larga que me llegaba por debajo de la cadera. Me encantaba llevarlo, era cómodo y al no tener botones delanteros era visible el conjunto que llevaba.

Pasé por el baño de nuevo, para peinarme con un moño alto desenfadado y maquillarme un poco. Necesitaba darle vida a la cara y a mi olfato con el perfume que me eché.

Abrí la ventana para comprobar si necesitaba una chaqueta, pero lo descarté al instante. Se notaba un poco de fresco, lo que era normal porque no eran ni las seis y media. Pero como iba del piso al parquin, y del parquin al coche directa al trabajo, preferí no llevarla porque más tarde me iba a sobrar.

Guardé el móvil dentro del bolso y salí de la habitación hacia la cocina, donde me preparé el café. Me lo tomé sentada en la isla, viendo en Internet las últimas noticias. No me demoré mucho, el tiempo justo.

Tenía quince minutos de trayecto hasta el trabajo, llegaría unos minutos antes de la hora, lo que me venía genial para esperar a Olivia en la cafetería del edificio.

Por la hora que era no había mucho tráfico, con unos minutos más tarde que me retrasara, a veces me quedaba en medio de algún atasco. Aparqué en el estacionamiento habilitado y me bajé dispuesta a comenzar la que podía ser mi última semana en la empresa. Pensarlo me producía un cosquilleo en el estómago, por lo que aparté ese pensamiento para centrarme en mi actual rutina.

Al entrar en el edificio fui directa hacia el pasillo que llevaba a la cafetería.

—Buenos días, Olaya —me saludó Rut desde la recepción.

—Hola, guapa. Buenos días —le sonreí parándome.

—Olivia te está esperando, me ha dicho que te des prisa. —Reí—. Ella la tenía, ha entrado casi corriendo, diciéndome que no quería quedarse sin vuestra mesa. ¿Cómo ha ido el viaje?

—Bien. Trabajo y más trabajo.

—Hasta la próxima.

—Sí. —Bajé el tono de voz—. ¿Nos vemos luego para desayunar?

—Claro —asintió varias veces.

—Pues hasta las diez y media. —Le hice un guiño.

Volví a caminar, saludando a varios compañeros. Algunos iban directos hacia los ascensores, otros salían de ellos para ir también a la cafetería, después de dejar sus cosas en sus puestos de trabajo. Olivia y yo no nos molestábamos ni en subir para hacer lo mismo, nuestra primera parada cada mañana era la cafetería.

—Aquí estás, acaparando de nuevo toda la atención —dijo divertida Olivia, cuando llegué a la mesa.

Nos dimos un abrazo y un beso en la mejilla.

—Lo de la atención será porque más fuerte no has podido decirlo —negué—. Voy a por el café.

Dejé el bolso en la mesa y me dirigí a la barra. Ella ya tenía el suyo.

—Ya está —comenté ocupando la silla de enfrente—. ¿Te ha costado mucho madrugar? —Me fijé en lo negro que había pedido el café.

—Como cada mañana. —Se encogió de hombros—. Esto es obra de Mariano. Ya lo he avisado de que como me pase más tiempo en el baño por su culpa se entera —dijo sería, después reímos las dos.

—Pídete otro, a ver si te va a sentar mal.

A ella precisamente le gustaba con muy poco café y lo del baño no era en broma, las dos lo sabíamos, hasta Mariano no dudaba de ello.

—Bah, da igual. —Le quitó importancia con un gesto de la mano—. No te imaginas de lo que se entera una aislada en el baño.

Reí con ganas, mientras negaba. No tenía remedio.

Obviamente, aparte del trabajo que realizaba en la empresa, estos momentos eran los que más me costaba más soltar. Alejarme de Olivia sería duro, pero bueno... Intenté deshacerme de esos pensamientos y enfocar me en el aquí y el ahora.

—Ayer vino un tío impresionante a la empresa. El rumor corrió rápido, como también el de que está liado con el jefe con contabilidad. ¿Cómo te quedas?

—¿Igual? —Levanté una ceja. Puso los ojos en blanco— A mí qué más me da. —Me encogí

de hombros—. Que disfruten de sus líos, como yo lo hago... Bueno últimamente sobre eso no hago nada. —Me reí sola.

—Si no lo digo porque me parezca mal.

—Lo sé —le sonreí, mientras echaba el azúcar y la removía.

—Todos somos libres de estar con quien queramos, pero es que los rumores no se quedan ahí. Por lo visto el que vino estuvo horas encerrado en el despacho de Benjamín —se refirió al jefe de contabilidad—, y lo más fuerte es que algunos compañeros han asegurado que al pasar cerca escucharon ruidos raros —asintió varias veces.

—Vamos que según muchos... —Hice varios gestos con los dedos muy significativos, provocando que riera.

—Efectivamente amiga.

—No veas, de una planta más arriba que la tuya te ha llegado rápido la noticia.

—Mis fuentes son infalibles —sonrió de forma exagerada.

—Pues se lo pasaron muy bien, aunque lo dudo. Conociendo a Benjamín como lo hago, pondría la mano en el fuego de que no se dejó llevar hasta ese punto, si es que es verdad que están juntos. Las habladurías son muy malas, te lo tengo dicho.

—Fuego es lo salió de su despacho cuando abrieron la puerta —sonrió pícaro—. No subestimes el poder de una buena...

Solté una carcajada cuando le dio forma con las manos a su palabra no dicha.

—Para ellos se queda lo que sucedió, por mi parte me alegro por Benjamín.

—Y yo, quiero un tío igual —soltó un suspiro teatrero.

Capítulo 4



Brayden

De pie frente a la cristalera, conversaba por teléfono. Varios golpes sonaron en la puerta de mi despacho y me giré, dando paso.

Le pedí un momento a Alejandro, el jefe del departamento laboral, a la vez que lo invitaba a ocupar una silla frente a mi escritorio.

—Sí, es el momento. Invierte y mantenme informado de cómo evoluciona la operación. De acuerdo, espero tu llamada. —Colgué.

Caminé hacia Alejandro en silencio, guardándome el teléfono en el bolsillo de la americana.

—Te he traído lo que me has pedido. —Colocó una carpeta sobre la mesa.

—Veamos —dije arrastrándola hacia mí.

Me senté mientras la abría.

—Hay varios candidatos para el puesto —comenté distraído, echándole un vistazo rápido a toda la información.

—Sí, pero una mujer destaca entre todos.

—¿Esta? —Saqué la hoja y asintió—. Entiendo por qué.

El currículum en cuestión era digno de leer. No faltaba ni un curso, ni un grado, ni diploma ni idioma, como tampoco experiencia que no constara en él. Recosté la espalda en la silla, revisándolo al detalle.

—Nos hemos puesto en contacto con ella.

—¿Te estás encargando personalmente?

—Sí.

—Perfecto, pues no tengo nada más que añadir.

—Gracias, Brayden.

—No me las des, eres un gran profesional. Cuando nos presentamos ayer no te lo comenté, pero mi padre me ha hablado de ti. Llevas media vida en la empresa y más o menos nos igualamos en edad.

—Desde que terminé los estudios —sonrió.

—Tienes mi confianza, aunque espero que no te sepa mal. Me gusta controlar todos los departamentos, por lo que quiero que me mantengas informado.

—Tranquilo, conmigo no tendrás problema.

—Contaba con ello. Gracias Alejandro, por la acogida.

—Por favor, no me las des por ese motivo. Para mí tu padre es un referente, por así decirlo crecí en esta empresa. Y no dudo de que tú lo serás también.

—En realidad en algunas cosas no me parezco mucho a él.

—Seguro que más de lo que crees.

—Puede ser —sonreí—. Mañana continuaré conociendo a los empleados, me interesa hablar con cada uno de ellos para tener un trato más directo.

—Tienes faena con eso —dijo divertido.

—Estoy por reunirlos a todos y pedirles que den un paso al frente cuando los nombre, para que me hagan una breve presentación.

—Pues no es mala idea porque te va a quitar mucho tiempo.

—Estaba de broma, no hay problema con eso.

El día anterior durante toda la mañana y parte de la tarde la puerta de mi despacho se abrió y cerró tantas veces que perdí la cuenta. Pero como había dicho Alejandro, sí, tenía mucha faena por delante por el número de empleados que trabajaban en el edificio.

—Te dejo, estarás ocupado. —Me trajo de vuelta de mis pensamientos al escucharlo. Se levantó para irse.

—En realidad salgo en pocos minutos, tengo que hacer unas gestiones que no puedo retrasar. —Le devolví la carpeta.

—Pues si no vuelves más tarde, nos vemos mañana —asentí.

Cuando me quedé solo, me centré en realizar varias llamadas, en revisar las estadísticas que me dejaron en la mesa desde bien temprano y di por finalizado el trabajo, satisfecho por el momento.

Me estaba ajustando la americana de pie, cuando la puerta se abrió de nuevo. Levanté la mirada, encontrándome con Irvin.

—¿Tienes un radar? O ¿Me has puesto algún micro? —Levanté la ceja, por su oportuna aparición cuando estaba preparado para irme.

—A estas alturas opto por lo del radar. —Rio y sacudí la cabeza—. Pero, aunque vaya en mi contra, diré que ha sido mera casualidad. ¿Salimos ya?

—Sí, quiero llegar a tiempo a la reunión con el director del banco. Espero que no me retrase mucho allí, para poder hacer el resto de lo que tengo en mente antes del mediodía.

—Demasiadas cosas quieres hacer. ¿No ibas a tomártelo con más calma?

—Eso lo dijiste tú en una pregunta parecida, refresca la memoria porque no te contesté —dije al pasar por su lado.

—No tienes remedio. —Soltó el aire de golpe.

—Llegué ayer, las primeras semanas serán intensas. No te prometo nada, pero cuando pueda me tomaré más respiros. ¿Contento? —Salimos del despacho, el que dejé cerrado con llave.

—No sé qué contestar, lo de «no te prometo nada» desmoraliza.

—Yo era por subirte el ánimo. —Lo miré de reojo.

—Eso no es verdad, lo has dicho para que, según tú, no sea más pesado con el tema.

—Me encanta que nos entendamos —sonreí de medio lado, provocando que riera.

Por el sonido, varios pares de ojos se posaron en nosotros. Mi presencia ya de por sí era una novedad para todos los que trabajaban en el edificio, en las zonas comunes me sentía observado continuamente. El día anterior, con cada uno de los que me reuní, me presenté oficialmente. Lo haría personalmente hacia el resto, a puerta cerrada.

Hasta que llegara al último pasarían días, pero era lo que había. Sobre eso no iba a cambiar de opinión, tenía la necesidad de tener frente a mí a las personas que tenía a mi cargo, conocerlos un poco más que con un saludo frío y distante. Una imagen vale más que mil palabras, dicen, y a mí me gustaba llevarlo a cabo porque me ayudaba a saber a lo que atenerme.

No tenía en mente despedir a nadie, no había llegado con ese pensamiento, pero si tuviese que hacerlo no lo dudaría ni un segundo. No actuaba a la ligera, para que eso sucediera primero me informaba a conciencia de quién fuese, basándome en el desempeño de su actividad. Llevaba muy mal lo de cometer errores, de ahí que fuese tan meticuloso con ciertos temas.

Salimos del edificio y fuimos hacia el coche. Era alquilado, de ello sí que se encargó Irvin, no como del hotel. En esto último mi padre se excedió, pero no me había molestado en llamarlo para comentárselo, no serviría de nada porque no conseguiría que entrara en razón y total, ya estaba hecho.

Irvin tomó la dirección del banco, en el que esperaba no demorarme mucho.



—¿Qué planes tienes? —me preguntó apoyado en la pared.

—Por ahora desvestirme y darme una ducha, ¿te interesa? —Lo piqué mientras me deshacía el nudo de la corbata.

La lancé a la cama, al igual que la americana.

—Creo que a estas alturas de tu vida te vales tú solito para frotarte la espalda, me reservo el comentar otras partes —habló divertido.

—Estoy cubierto en todo, gracias. —Soltó una carcajada.

—Me refería a si vas a salir en algún momento de lo que queda de tarde.

—No lo sé —dije frente al armario, decidiéndome si coger ropa cómoda para descansar en la habitación, o de vestir para dar una vuelta por los alrededores del hotel.

Desde que llegamos no había estado más que donde me alojaba y la empresa, lo que veía durante el recorrido a través de la ventanilla no contaba.

—Igualmente olvídate de mí, haz lo que te apetezca. —Giré la cabeza hacia él, cerrando la puerta del armario, con las manos vacías.

—Te veo muy indeciso. —Ladeó un poco la cabeza—. Y eso es muy raro.

—Solo estoy meditándolo. —Levantó una ceja. Evité que me dijera lo de siempre—. No quiero oír ni un comentario más sobre lo que acabo de decir. —Levantó las manos—. Pero a la par, sé que me vendrá bien despejarme. Si me quedo encerrado en la habitación son muchas horas por delante hasta mañana.

—Podemos ir a cenar fuera del hotel.

—Eso estaría bien —asentí.

—Vale, pues yo también voy a ducharme, a descansar un poco, y sobre las ocho y media vengo a por ti.

—Perfecto.

Eran las cinco de la tarde, hacía poco que habíamos llegado al hotel después de no parar de ir de un lado al otro. Al final, en el banco no fue todo lo rápido que deseaba, pero terminé satisfecho, por lo que valió la pena retrasarme en todo lo demás.

Hasta que Irvin viniera a buscarme tenía tres horas por delante. En cuanto cerró la puerta detrás de él, abrí el armario de nuevo. Evité que viera que me había decido a salir por mi cuenta porque no habría dudado en acompañarme. No me apetecía tener la conversación en la que yo le dijera te quedas aquí y él me rebatiera, oponiéndose.

De esta forma los dos contentos, mientras Irvin pensaba que descansaría como él, hasta que saliéramos a cenar, yo me dedicaría a dar una vuelta por los alrededores. Necesitaba despejar la mente y, egoístamente, hacerlo solo. No es que me molestara Irvin, en absoluto, para mí era más que una persona que trabajaba para mí, era mi amigo, mi familia. Pero yo era muy mío e incluso en mi país, me escabullía de él en cuanto tenía la oportunidad.

Me conocía de sobra, así que daba por hecho que tenía en cuenta lo que iba a hacer y, aun así, me daría mi pequeño espacio.

Elegí un pantalón y un jersey de punto, y junto la ropa interior, calcetines y demás, fui a dejarlo todo sobre la cama. Después me encerré en el baño. Frente al espejo me desnudé, empezando por la camisa. Curvé los labios viendo el tatuaje que tenía en el costado, recordando los gritos que dio mi madre cuando lo vio.

Era un poco dramática para ciertas cosas y yo era especialista en potenciar su dramatismo. Según ella, claro, porque por mi parte hacía las cosas por y para mí, sin importarme a quién le gustara o no. Así de simple, no había más de donde tirar.

Desnudo completamente me metí en la ducha, dispuesto a aprovechar las horas de luz que quedaban, de forma diferente. Sentir el agua caerme por la cabeza me sentó de lujo y me demoré en enjabonarme.

Era verdad que estaba cansado, y era muy consciente de que Irvin tenía razón cuando me pedía que aflojara. Solo necesitaba dejar pasar algunos días más, hasta que las obligaciones disminuyeran, en cierta manera porque no dejaría de tenerlas.

El tiempo de España me gustaba, a pesar de no estar en una temporada calurosa, la temperatura era mucho más cálida que en mi país.

Con la toalla anudada a la cintura y el pelo húmedo, salí del baño y fui directo a la cama. Me vestí rápido, me arreglé un poco el pelo de la misma forma y ya estaba listo para irme.

Cuando abrí la puerta de la habitación miré hacia la de Irvin inconscientemente, a la vez que sonreí mientras caminaba hacia el ascensor.

—¡Si ya lo sabía! —Escuché su voz cuando las puertas del ascensor se cerraban.

Solté una carcajada, había sido lento. Lo imaginé pendiente de escuchar cualquier ruido que le indicara lo que había hecho, desde que se fue de mi habitación, y más reí.

No iba a seguirme, lo sabía de sobra, por lo que una vez en la calle, empecé a caminar por la acera, alejándome del hotel.

Era una zona bastante transitada, de peatones y de coches que circulaban en ambos sentidos. Me distraje observando los comercios, restaurantes y tiendas que fui encontrándome, con la mente en blanco, aunque me resultara increíble, lo conseguí.

El móvil me sonó y lo saqué del bolsillo. No descolgué, volví a guardarlo. Era mi madre. Este momento era mío, única y exclusivamente. No quería que nada lo alterara y no me hacía falta hablar con ella para saber que la encontraría preocupada al otro lado de la línea.

Tenía gracia, a mi edad y todavía no había asumido los años que tenía. Sacudí la cabeza,

pensando que le devolvería la llamada más tarde. Caminé directo hacia un paso de cebra, para cruzar al otro lado. El semáforo estaba parpadeando para ponerse en rojo para los peatones y cuando vi a una mujer concentrada en la pantalla de su teléfono, sin prestar atención por dónde iba y lo que la rodeaba, la agarré con fuerza de la chaqueta por la espalda, frenándola y evitando que cruzara porque no se había dado cuenta de la situación. Mi intención fue evitar un desastroso accidente, pero...

El semáforo cambió a rojo al instante, a la vez que ella giraba rápido hacia mí, sorprendida.

—¿Qué...? —Fue lo poco que dijo, con expresión de pocos amigos.

Vamos que me fulminó con la mirada, al mismo tiempo que llevaba los brazos a su espalda, donde sujetó el móvil, apartándolo de mi vista. ¿Se pensaba que iba a robárselo? Fue el pensamiento fugaz que pasó por mi cabeza, mientras la observaba detenidamente.

Capítulo 5



Olaya

Sara: *¿Ya has salido?*

Olaya: *Hace unos minutos, voy de camino.*

Paola: *Yo me retrasaré un poco, no empecéis sin mí.*

Sara: *¿A qué supuestamente tenemos que esperarte? Ja, ja, ja.*

Paola: *Para la botella de vino del bueno que escondes en el armario, que os conozco. Si me retraso solo me dará tiempo a oler vuestras copas.*

Olaya: *¿Sabes en qué día vives? Porque yo en entre semana paso. Una copita vale, pero la botella nooo.*

Paola: *¡Cómo si el día que sea tuviese importancia! Hoy necesito ahogar las penas y me vais a acompañar, como las buenas amigas que sois.*

Sara: *¿Qué te ha pasado?*

Olaya: *Eso digo yo.*

Paola: *No vais a tardar en saberlo al detalle, pero os doy un adelanto. Creo que me van a despedir.*

Olaya: *¿Qué?*

Sara: *¿Qué?*

Paola: *Quiero llorar.* —Añadió varios emojis haciéndolo—. *Mi vida se va a la mierda, todo mi esfuerzo al traste y mi futuro, ¿qué será de mí? Ay, necesito beber hasta perder el conocimiento, y me importa un pimiento que mañana sea miércoles, ¿me oís? La resaca se lleva mejor en compañía y total, yo no sé si mañana, el que por el momento continúa siendo mi jefe, me llamará a su despacho para darme el finiquito. ¡Quiero desaparecer!*

Olaya: *Tranquilízate, cariño. No entiendo nada, en el trabajo te iba bien y...*

Ese último mensaje fue el que empecé a escribir y no terminé, tampoco lo envié. De repente noté como mi cuerpo se iba hacia atrás, rápido. Por el sobresalto no lo entendí, hasta que fui consciente de que alguien me había agarrado de la chaqueta, por la espalda, tirando de mí con fuerza.

—¿Qué...? —Fue lo poco para lo que moví los labios.

Me olvidé de la conversación de mis amigas, de la crisis existencial de Paola y me giré cabreada y desconcertada.

Me encontré de frente, demasiado cerca, a un hombre alto, con semblante serio, justo cuando bajaba el brazo que había utilizado para retenerme.

Automáticamente llevé las manos a la espalda, ocultando el móvil. No llevaba bolso, así que era lo único que podía quitarme. No me fíe de su apariencia, la que por cierto era muy destacable. Iba vestido informal, pero elegante. Varios mechones de pelo le caían por la frente, húmedos. Debía hacer poco que se había duchado. «¿Qué mierda de pensamiento es ese?», grité interiormente.

—¿Qué piensas que haces? —Por fin pude hablar, después de salir de la impresión.

Ojo, y no solo por el susto que me había llevado, sino por su presencia a pocos centímetros de mí.

—¿Yo? —Elevó una ceja.

—No, yo —dije moviendo la cabeza al responder, dando por hecho lo obvio.

Sonó a burla y es que en realidad lo fue.

—¿Por qué ocultas el teléfono?

Frunció el ceño y con ese simple gesto en su cara, me pareció aún más... Mierda, agarré con más fuerza el móvil, temiendo que pudiese quitármelo. Para mi mala suerte no había nadie más esperando para pasar al otro lado de la calle, pero sí caminando a unos pasos de nosotros.

—¿Y a ti qué te importa? ¿Te conozco de algo? —negó despacio— Pues no tengo que darte explicaciones de nada, ni tú preguntarme.

—No me gusta que las personas se lleven una mala impresión de mí, injustificada.

—Muy bien, me parece lógico. Pero no sé qué esperas cuando haces lo que has hecho.

—No estabas atenta —pareció extrañado al decirlo, como si yo tuviese que saberlo—, y el semáforo parpadeaba para los peatones.

—Lo había visto y me daba tiempo de sobra a cruzar. —Bufé.

—¿Perdona por salvarte la vida?

—¿Qué dices? —Jadeé.

—Te habría atropellado algún coche porque no, no te habría dado tiempo a llegar al otro lado. —Se inclinó hacia mí y eché el cuerpo hacia atrás, que no los pies. Me quedé curvada, en una posición rara e inestable.

—Como mucho me habrían pitado, pero ¿atropellado? Los coches estaban parados. —Entrecerré los ojos—. Por tu acento es obvio que no eres de aquí. En tu país no sé cómo será, pero en este, en el mío, pasar por un paso cebra al límite es muy habitual y los conductores lo saben, porque también lo hacen cuando no conducen. ¿Y por qué estoy dando explicaciones? Me cago...

La última pregunta la dije en alto para mí, reprochándome el darle conversación. Me giré para no verlo, se quedó a mi espalda y aproveché para guardarme el móvil en un bolsillo del pantalón. En uno delantero, sobra decirlo, no fuese a quitármelo sin darme cuenta.

—Con un gracias, lo demás habría sobrado.

Lo ignoré mientras meditaba mis opciones. Estaba a punto de empezar a caminar por la acera, para ir al siguiente paso de cebra, pero el semáforo cambió de color y anduve ligera, apartándome de ese hombre, en cuanto tuve la oportunidad.

—¿Se puede saber qué hace? —Me encaré a él de nuevo, en el otro lado de la calle—. ¿Me está siguiendo?

—Quizás eres tú la que va en la misma dirección que yo. No todo gira en torno a ti. —Agrandé los ojos.

—¿Quién te has pensado que eres para dirigirte a mí así? —Fruncí los labios.

—El que te ha salvado la vida, el mismo al que le niegas un «gracias».

Bufé, esa fue mi reacción mientras él mantenía la seriedad. Al final opté por lo fácil, para quitármelo de encima.

—Gracias —susurré o siseé, más bien fue una mezcla de los dos.

Mi voz sonó tan débil que me pareció que no lo escuchó, no detecté nada en su expresión.

—Por mi parte ya he cumplido. —Me giré para irme.

—No sé a qué te refieres. —Me paré.

—Que ya te he dado las gracias.

—No lo he escuchado. —Entrecerré los ojos.

—Yo no tengo la culpa de que tengas problemas de audición.

—Ni yo de que tú pierdas la paciencia tan rápido. —Levanté una ceja.

—Si me conocieras... Bah, para qué voy a explicarte cómo soy.

—No hace falta, me ha quedado claro desde el primer instante.

—No tienes ni idea. —Enfrenté su mirada.

—Tengo la versión que me has dejado ver de ti, con eso me sobra.

—Me da igual lo que pienses. Esto no tiene sentido. Para que te enteres, te ha dado las gracias.

—Lo sé. —Agrandé los ojos.

—Has dicho que no lo habías escuchado.

—¿Eso he dicho? No lo recuerdo.

Joder, era tan serio, hablaba con una voz tan, tan... La virgen, quería quedar por encima de él y me estaba saliendo muy mal la jugada, fatal.

—¿Querías quitarme el móvil? —Entrecerré los ojos.

—No es algo habitual que haga cuando salgo a dar un paseo. —Metió las manos en los bolsillos del pantalón.

—Eso lo dices tú, yo no lo sé y por la impresión que me ha dado.

—Me habría sido muy fácil quitártelo, más de lo que te crees. —Volvió a inclinarse hacia mí.

—Si es que lo sabía. —Mi voz sonó demasiado baja y me arrepentí porque su cercanía lo había provocado.

Una pequeña, pequeñísima curva apareció en sus labios, hacia un lado.

—Que pudiera hacerlo, no significa que fuese mi intención llevarlo a cabo. —Volvió a hablar sin variar la posición.

—Si es así porque estás aquí todavía.

—¿Te hago perder el tiempo?

—Pues, sí.

—Tú a mí también. —Bufé.

—Te doy un consejo, la próxima vez que te encuentres en la misma situación no intervengas.

—Eso sería ir en contra de mí mismo. —Se incorporó despacio, poniéndose recto.

Me encogí de hombros y me giré. Empecé a caminar más rápido de lo normal, casi me puse a la carrera, mientras miraba disimuladamente detrás de mí. Él también se movió, pero a un paso normal. Aunque claro, dado lo alto que era y la apertura de sus piernas cada vez que las movía...

Giré en la primera calle que pude, aunque para llegar a la casa de Sara tendría que recorrer más camino. Me daba igual, ya me había librado de su presencia a mi espalda, ese hombre continuó recto y en ningún momento giró la cabeza para mirarme cuando me desvié.



—¿Qué te ha pasado? —me preguntó Sara, en cuanto abrió la puerta de su piso.

—Al final he llegado yo antes. —Rio Paola.

—Una situación surrealista. —Sacudí la cabeza, antes de darle un beso a cada una.

Me quité la chaqueta, la dejé en el respaldo del sofá y me senté de golpe, al lado de Paola.

—¿Qué? —les pregunté.

—¿A ti qué te parece? Estamos esperando a que continúes —habló Sara, de pie frente a nosotras.

—Un hombre que no conozco de nada me ha agarrado de la chaqueta y ha tirado con fuerza hacia atrás. Casi me caigo.

Bueno, la última aclaración no era del todo verdad, pero ahora era yo la que necesitaba ponerle dramatismo al asunto.

—¿Qué dices? ¿Por qué? —Quiso saber Paola.

Las dos tenían caras de sorpresa.

—Según él, me ha salvado la vida. —Me dio por reír.

—¿Qué has hecho para que te diga eso? —Jadeó Sara.

—Iba a pasar por un paso de cebra, mientras estaba con vosotras en la conversación de mensajes. —Puse los ojos en blanco.

—¿Y?

—Que el semáforo de los peatones parpadeaba. Ese hombre ha pensado que me iban a atropellar, pero yo había visto el dichoso semáforo por el rabillo del ojo. Lo tenía controlado, me daba tiempo de sobra a cruzar al otro lado —asentí segura de ello.

—Bueno, eso ha sido muy amable por su parte, ¿no? —al hablar, Sara ladeó la cabeza.

—Pues no sé. —Me quedé pensativa.

—Madre mía. —Rio Paola.

—¿Qué? —Giré rápido la cabeza hacia ella.

—Qué dice, Sara. —Frunció los labios—. Que te conocemos y nos hacemos una idea de tu reacción. —Se tapó la boca.

—No os la podéis imaginar, he pensado que me iba a robar.

—¿En serio? ¿Por qué? ¿Te ha hecho algo más? —Se sorprendió Sara.

—Eh... No, solo responderme. Ah, y seguirme al otro lado.

—¿Te ha perseguido? —Jadeó Paola—. Ay, nena, a ver si tu suposición era cierta.

—¿No será que, como tú, al estar junto al paso de cebra, tenía que cruzarlo? —preguntó sabiamente Sara.

—Eso mismo era. —Bufé, recostando la espalda en el sofá.

—Pero ¿ha hecho el intento de quitarte el móvil o no? —Quiso saber Paola.

—No —la miré de reojo—, y encima se ha sentido ofendido al preguntarle si es lo que iba a hacer.

—¿Qué le has dicho qué?

Después de preguntarlo con los ojos abiertos al máximo, Sara soltó una carcajada.

—Es que no lo habéis tenido delante, iba como de yo soy superior a ti, bla, bla, bla... —hablé con un tono de burla— Ha estado súper serio todo el tiempo y me ha mentido. —Levanté un dedo.

—¿En qué? —Quiso saber intrigada Paola.

—Al final, para quitármelo de encima, le he dado las gracias. —Puse los ojos en blanco—. Lo que pasa es que lo he dicho tan flojito... Me ha dicho que no lo había escuchado, y después, el muy... Me ha dicho que sí. —Bufé.

—¿Por qué te has alterado tanto y continuas estándolo? Tampoco ha sido para ponerte así, ¿no?

—Me ha sentado mal y punto.

—¿Su presencia y actitud?

—Eso mismo —confirmé, haciendo reír a las dos.

—¿A qué has cambiado de opinión sobre el vino? —Me empujó en el hombro, Paola.

—Ahora me parece una grandísima idea.

Sara desapareció en la cocina, para sacar la botella. Las copas ya estaban preparadas en la mesa baja, frente a nosotras.

Capítulo 6



Brayden

Aún estaba asombrado por cómo había reaccionado, y no me estoy refiriendo a la mujer que todavía veía caminando, eso era un tema aparte. Mi carácter era totalmente opuesto a cómo me había mostrado. Por norma general, o sea, siempre, habría sido yo el que se hubiese movido primero, para apartarme de ella, independientemente de sus palabras. Y no solo eso, no me habría molestado en abrir mucho la boca y mucho menos para decir todo lo que le había dicho.

Por unos instantes me hizo gracia cómo reaccionó, pero en otros me molestó su actitud y la forma de intentar rehuirme y, al mismo tiempo, de encararme. Tenía guasa cómo algo que había hecho con la mejor intención para ayudarla, lo había interpretado de manera completamente opuesta. Lo había recibido de una forma un tanto... Sacudí la cabeza, sin apartar la vista de su espalda.

No es que estuviese pendiente, es que caminaba unos pasos por delante y no iba a bajar la cabeza. ¿Excusa creíble? No me hace falta saber la respuesta, era muy consciente de cuál era, lo que no quiere decir que la fuese a aceptar.

Cuando giró hacia otra calle continué caminando, sin volverme para buscarla con la mirada. Iba a continuar con mi paseo, nadie lo iba a enturbiar.

Durante una hora anduve sin rumbo, sin conocer la zona me adentré en las calles, yendo de unas a otras. Descubrí plazas, algún parque, más zonas de ocio, supermercados, una cafetería que llamó mi atención y me paré a pedir un batido de café...

Recibí un mensaje y cogí el móvil para comprobar de quién se trataba. Sonreí al ver el nombre Aarón, uno de mis dos amigos, el otro se llama Elías.

Aarón: *¿Cómo va, tío? Desde que aterrizaste no sé nada de ti. Imagino que estás muy liado, no sé si te pillo en buen momento. Espero que te estén tratando bien ahí, con honores, como te mereces. Ja, ja, ja.*

Salí de la aplicación y decidí marcar su número, llevándome el teléfono al oído, mientras volvía a caminar para ir hacia el hotel.

—Eh, Bray —respondió rápido.

—Hola, Aarón. Perdona, he estado bastante ocupado.

—Como te he dicho, lo daba por hecho. Es normal. ¿Cómo fue el primer día? ¿Estás satisfecho?

—La verdad es que sí, lo que resume los resultados que tiene la empresa en esta delegación. Ayer me reuní con todos los jefes directivos y después individualmente.

—Suena bien, entonces regresarás rápido.

—No lo tengo tan claro, me queda mucho trabajo que hacer aquí. Me gustaría estar unas semanas, no sé si llegará al mes, pero es que una vez me vaya tardaré en regresar.

—Está bien, eres tú el que tienes que quedarte satisfecho e irte tranquilo. ¿Qué haces ahora?

—He salido del hotel a dar una vuelta, ya voy de regreso.

—¿Has hecho turismo?

—¿Si turismo se puede considerar caminar por las calles próximas al hotel? Pues sí. Es lo máximo que me he movido, aparte de ir directamente a la empresa. —Rio.

—Bueno, para ser el segundo día me alegra saber que has tenido este momento. Dale recuerdos a Irvin.

—Se ha quedado en el hotel —dije sorbiendo de la caña el batido.

—Qué elegante eres diciendo las cosas, a mí puedes decirme sin adornos que te has desecho de él —sonreí.

—Es lo mismo, ¿no? —Soltó una carcajada—. Le doy saludos de tu parte.

—No creo que él piense eso. ¿Qué tal el hotel?

—Elegante y sofisticado, en la línea de mi padre. Se encargó él de hacer la reserva. —Silbó y sacudí la cabeza—. Imaginas bien, tenemos para nosotros solos la mitad de la planta.

—Tu padre no pierde la costumbre.

—Así es.

—Cuéntame algo interesante que no tenga que ver con el trabajo.

—Ya te he dicho que no he salido hasta hace un rato, en plan desconexión. Poco puedo aportar. Esta mañana he estado con Irvin de un lado para el otro, pero haciendo gestiones.

—¡Qué vida más aburrida! Necesitas que vayamos Elías y yo para espabilarte. —Rio.

—Si venís estupendo, pero me reservo la opinión sobre lo de espabilarme.

—¿Qué es ese ruido?

—Joder, qué oído. No te pierdes ningún detalle.

—Es que ha sonado fuerte.

—He sido yo, bebiendo de una caña el batido que he comprado.

—¡No jodas! —Rio con ganas—. ¿Desde cuándo eres amante de los batidos? No te he visto beber uno nunca.

—¿Desde hoy? Este de café me está gustando. Me ha llamado la atención en una cafetería.

—A ver si ese país te va a cambiar.

—Siempre que sea para bien... Me ha pasado una cosa extraña hace un rato —dije pensativo.

—Mmm... ¿Extraño para ti que es? Puede ser cualquier cosa que respire o se mueva —negué divertido.

—En este caso no vas muy desencaminado.

—¡Y has dicho que no tenías nada que contarme!

—No es nada, pero a la vez, ha sido diferente.

—Empieza a largar porque me da la sensación de que no eres capaz de atinar.

—Estaba llegando a un paso de cebrá y he agarrado con fuerza de la chaqueta a una mujer. La

he tirado para atrás. Iba a pasar con el semáforo casi en rojo y estaba despistada con el móvil.

—¿Y eso raro? Aquí pasa muchas veces.

—Ya, lo raro ha sido su reacción y actitud hacia mí. Se ha pensado que quería robarle el móvil que llevaba en las manos.

—¿Que qué? ¡No jodas! —dijo serio, para después soltar una fuerte carcajada— Pero vamos a ver, ¿con qué fuerza has tirado de ella?

—Con la necesaria para apartarla del paso de cebra. —Fruncí ligeramente el ceño.

—Podrías haberla parado de otra forma —dijo sin perder la diversión.

—¿Cómo querías que lo hiciera? ¿Qué le rodeara la cintura con un brazo? Eso hubiese sido mucho peor. —Sacudí la cabeza.

—Me refería a hablarle para advertirla, o algo parecido —comentó con guasa— O no, quién sabe si lo de la cintura habría funcionado mejor. En cuanto hubiese olido tu perfume habría caído rendida a tus pies. —Rio.

Sonreí por las tonterías que decía.

—No creo que esa mujer en concreto sea fácil de convencer.

—¿Por qué? Esto cada vez se pone más interesante.

—Aparte de pensar que era un ladrón, se ha encarado a mí. Cuando ha cruzado la calle se ha parado de golpe, volviendo al ataque. Me ha dicho que, qué hacía siguiéndola.

—¿Por qué la seguías?

—Te quieres centrar, si estaba esperando en el paso de cebra era para cruzar también. —Puse los ojos en blanco—. Simplemente íbamos en la misma dirección, eso es lo que le he dicho.

—¿Le has dado explicaciones? —Sonó sorprendido, lo que no me extrañaba en absoluto.

Me tuve que apartar el teléfono de la oreja, por lo fuerte y cercana que sonó su risa. Durante unos largos segundos continuó igual.

—Joder, Bray, es que no te veo en esa situación. De verdad, que estamos hablando de ti —dijo intentando parar.

—Yo tampoco me veía y ya ves. —Carraspeé—. Y después dicen que los londinenses tenemos un carácter especial, pues anda que aquí.

—Perdona, eso te lo dicen solo a ti. Yo soy adorablemente perfecto —dijo con guasa.

—Quizás soy yo el defectuoso.

—Eh, tampoco te pases. Yo no he dicho eso, ni por asomo. Estaba de broma.

—Lo sé —sonreí de medio lado.

—Que eres serio, frío y cortante en muchas situaciones sí, que pareces altivo ante los desconocidos, también. Reservado y callado, lo eres, pero esto último es mejor porque cuando abres la boca la gente tiembla a tu paso.

—¿Con esa descripción lo has querido arreglar? —Levanté las dos cejas.

—¿No lo he hecho? —preguntó contenido.

—Hazme un favor, mejor no me alabes a tu forma delante de nadie.

Al final rio. Me bebí lo que quedaba de batido y lancé el vaso a una papelera. Entré en el hotel y recorrí el vestíbulo.

—Ya he llegado. Voy a descansar una hora, más tarde salgo con Irvin a cenar.

—Vale, Bray. Me alegro de haber hablado contigo.

—Y yo. —Entré en el ascensor—. Nos llamamos en otro momento.

—Cuídate, tío.

—Igualmente.

Colgué cuando las puertas se abrieron en mi planta. Me dirigí a mi habitación, mirando de reojo la de Irvin. En el interior, lo primero que hice fue quitarme la ropa y ponerme un pantalón largo de deporte. Me quedé con el pecho al descubierto porque la temperatura era muy agradable.

De esa forma me tumbé en la cama. Doblé los brazos por encima de la cabeza y coloqué las manos debajo. Con la mirada fija en el techo hice un repaso de cómo había ido el día. Giré la cabeza para observar a través de la ventana. Empezaba a anochecer, eran las siete y media de tarde.

Cerré los ojos, tenía una hora por delante antes de que Irvin tocara a la puerta. Inconscientemente, pensé en el encuentro con la mujer que no se había tomado muy bien mi intervención, para evitar un incidente que le había podido costar muy caro. Me pregunté si tendría que haber actuado de otra forma, quizás tratarla en ese momento con un poco más de tacto.

No tuve en cuenta el susto que se había llevado, la inquietud y el recelo hacia un desconocido, o sea yo, sumado a los nervios del principio... Qué más daba, por mi parte sentía que la había ayudado y con eso me quedaba. Curvé los labios recordando su «gracias», el que le dije que no escuché, para después retractarme. La verdad es que la sensación que se me quedó fue extraña y contrapuesta, pero tampoco iba a darle muchas vueltas.

De repente fruncí el ceño, sin saber por qué, hasta que poco a poco mis facciones se suavizaron conforme fui dejándome llevar por el cansancio.

Se terminó el segundo día, uno menos. Fue lo último que pensé, mi penúltimo recuerdo antes de que la oscuridad me atrapara por completo, mientras notaba que me movía y me acomodaba de lado.

Escuché mi teléfono sonar en el bolsillo del pantalón, pero fue un sonido tan amortiguado que no supe si lo estaba soñando o era real. No pude moverme para comprobarlo.

Capítulo 7



Olaya

—Oh, joder —me quejé agarrándome el pie, mientras daba saltitos con la otra pierna, para estabilizarme.

Me había levantado tan dormida que, descalza, no había calculado bien y me había llevado la silla con los dedos del pie. Me lamenté, maldecí y lloriqueé, hasta que llegué al baño. Me senté en el borde de la bañera para masajearmelos, con una mueca de dolor.

Empezaba el día estupendamente, al menos me había despertado de golpe. Me convencí de que no hay mal que por bien no venga y me levanté para empezar a prepararme.

Notaba la cabeza embotada, aturdida, y es que al final la tarde-noche con mis amigas había dado mucho de sí. De oponerme a beber en un principio, al final vaciamos tres botellas de vino, de las cuales Paola y yo fuimos las que más bebimos, ante la diversión de Sara que no dejaba de rellenarnos las copas.

Ni idea de si fue porque nosotras no atinábamos. Tan mal terminamos que la anfitriona, Sara, nos llevó en coche a nuestros pisos. Tenía alguna laguna, algunas, porque no quería recordarlas y otras porque no lo hacía, directamente.

Me sequé la cara y fui hacia la habitación, para elegir la ropa. Saqué del armario un vestido de punto de manga tres cuartos, que me llegaba por encima de las rodillas. Sin muchos ánimos me vestí y me calcé unos botines con un poco de tacón. Eran cómodos, lo que necesitaba.

Entré en el baño y arrugué la nariz al ver mi reflejo en el espejo. Un desastre total. Me esmeré un poco más de lo habitual con el maquillaje y me cepillé el pelo, para dejármelo suelto. Un poco de perfume y se terminó, no estaba para mucho más.

—Estupendo —dije cuando encendí el móvil y vi la hora que era.

Hoy iba a ir muy justa de tiempo, eso si no llegaba tarde por el tráfico. Me había retrasado, pero igualmente salí de la habitación con la chaqueta y el bolso, y los dejé en la mesa del salón. Minuto arriba o minuto abajo, daba igual, no venía de eso porque el café de antes de irme no me iba a faltar.

Me lo preparé rápido, igual que me lo bebí de pie, apoyada en la encimera.

En el salón comprobé que llevaba en el bolso paracetamol y me coloqué la chaqueta. Iba a necesitar tomarme una pastilla al poco de llegar al trabajo, me dolía bastante la cabeza. Salí del piso y me dirigí hacia las escaleras, las que bajé saltando los escalones de dos en dos.

Montada en el coche, antes de salir del parquin, le envié un mensaje a mi compañera Olivia, avisándola de que hoy no llegaría a tiempo para pasar por la cafetería. No me respondió y no esperé a que lo hiciera. Arranqué y salí del edificio, viendo enseguida que me iba a costar llegar más de lo que había pensado. Empecé a agobiarme, pero poco podía hacer, aparte de seguir a los coches de delante a paso de tortuga.

—Joder —dije mucho tiempo después, entrando en el estacionamiento del trabajo.

Pasaba casi una hora de mi horario de entrada, por lo que me agobié más. Salí corriendo del coche, literalmente, directa hacia la entrada principal.

—Lo siento —dije en alto a varios compañeros.

Se rieron, los había esquivado en el último momento para no chocar con ellos.

—Olaya —me llamó Rut, desde la recepción.

—Es muy tarde, tengo prisa —dije nerviosa.

—Tranquila. Nunca te pasa, pero igualmente, no sé por qué te aceleras tanto. Sabes que Axel no va a decirte nada.

—Voy directa a hablar con él —solté un suspiro—. No me gusta ir con estás prisas, ni retrasarme tanto. —Hice una mueca.

—Has pillado mucho tráfico, ¿no?

—¿Mucho? —Bufé y rio.

—Tengo un recado de Olivia para ti, por eso te he parado.

—Le he escrito antes de salir. —Empecé a buscar el teléfono en el bolso, pero me paré cuando continuó hablando.

—No creo que te responda, ha salido acelerada.

—¿Y eso?

—Ha venido a primera hora, pero ha estado pocos minutos. Por lo visto se ha reunido con Alejandro y ahora viene cuando te digo lo que me ha dicho. Le ha dado la mañana libre para que haga unas gestiones urgentes, aunque no sabía si le llevaría más tiempo para venir por la tarde.

—Vaya. —Hice una mueca, pensando en que el día no iba a ser tan entretenido como siempre —. De acuerdo, gracias —le sonreí.

—Ah, y lo más importante, así me lo ha remarcado. Me ha dicho que se ha enterado de una cosa que no puede esperar a decirte, que es un notición. —Reímos.

—Vale, en cuanto pueda me pondrá al día —negué.

—No sé de lo que se trata, pero ha hecho un comentario como si estuviese indignada por no haberse enterado antes.

—Que le falle el radar nunca le sienta bien —dije divertida—. Te dejo, Rut, hasta que no hable con Axel no me quedo tranquila.

—No te preocupes, más tarde nos vemos —asentí, a la vez que daba una palmada en el mostrador.

Caminé ligera hacia el ascensor, por hoy no pensaba subir ni bajar más escaleras. Todavía notaba pinchazos en los dedos del pie que me había golpeado y el llevarlos un poco apretados en el botín, no ayudaba.

Saludé a los compañeros que entraron conmigo en el ascensor, hice algunos comentarios rápidos cuando me hablaron. Puse mi mejor cara hacia ellos, aunque era visible que estaba muy sofocada. Agradecí salir en mi planta. No me paré para dejar el bolso en la mesa, fui directa hacia el despacho de Axel. Me faltaba hasta la respiración de llegar a la carrera.

Golpeé la puerta con los nudillos varias veces y esperé a que me diera paso, lo que sucedió a los pocos segundos.

—Buenos días —dije en general.

Al abrir me di cuenta de que no estaba solo, un hombre estaba sentado frente a él.

—Buenos días, Olaya —me sonrió mi jefe—. Adelante, tranquila —me dijo al quedarme parada junto a la puerta.

—No quiero molestarte —comenté intentando recuperar la respiración.

—Tú nunca eres ninguna molesta, mujer —negó.

—Gracias. Perdona —me llevé la mano al pecho—, es que vengo corriendo. Lo siento, acabo de llegar. Hoy me he encontrado mucho tráfico. —Me masajeeé el pecho.

Hasta que dejé la mano inmóvil, apretándola en mi cuerpo. Solté un jadeo fuerte por la impresión y parpadeé rápido, sin creerme lo que veía. El hombre que estaba con Axel se giró despacio para mirarme, cuando terminé de hablar. Hasta ese momento no se había movido, me daba la espalda. Y no solo se giró, sino que una de sus cejas estaba arqueada, antes incluso de verme.

—¿Te encuentras bien, Olaya? —Se levantó de la silla, Axel—. ¿Me oyes?

—Eh. —Dirigí la mirada hacia él, después de conseguir apartarla del otro—. Sí, perdona. —Bajé el tono de voz.

—No sé por qué tienes que pasar tantos nervios —negó rodeando la mesa, acercándose a mí—. ¿Cuántas veces llegas tarde? Ni me acuerdo, porque no suele suceder —su sonrisa fue amable y tranquilizadora—. Vete tranquila, baja a tomar un café para relajarte y después empiezas. Con las horas que haces de más normalmente, puedes faltar una semana entera que estarías cubierta.

—No sé si ahora mismo el café es la mejor opción —susurré, mirando de reojo al hombre que no había apartado la atención de nosotros.

Parecía muy interesado en nuestra conversación, lo que me puso más nerviosa. ¿Sería un cliente? ¿Algún amigo de Axel? Ya era mala suerte, joder. Si es que el dichoso golpe en el pie y los atascos, habían sido premonitorios de que el día iba a ser una mierda. Quien continuaba sentado en la silla era el mismo hombre que tiró de mí la tarde anterior, para apartarme del paso de cebra. ¿Podía tener más mala suerte? Lloriqueé interiormente.

Sus ojos fijos puestos en mí terminaron de alterarme del todo.

—Antes de que te vayas aprovecho para presentarte —dijo Axel y giré la cabeza hacia él, como si la hubiese impulsado un muelle—. Ayer no pudo ser, aunque estoy seguro de que Brayden querrá reunirse contigo en su despacho. —Agrandé los ojos, sin comprender bien sus

palabras.

¿Despacho? ¿Conocerme? ¿Reunirse conmigo? ¡Qué narices...?

—Como te acabo de adelantar él es Brayden, el dueño de la empresa. —Volví a jadear y hasta me atraganté al írseme la saliva por mal sitio.

—Hoy no te veo nada bien. —Se preocupó Axel.

Se puso a mi lado rápido, colocando una mano en mi cadera, mientras intentaba que me recompusiera. Me costó más recuperarme porque en los casos en los que me atragantaba, o en cualquier otra situación en la que me faltara el aire, no soportaba que me rozara nada ni nadie. Me agobiaba muchísimo más al notar la sensación y que estuviesen pendientes de mí, al igual que si me hablaban en esos momentos.

Pero claro, solo mi familia y mis amigos lo sabían, lógicamente. No iba atragantándome por ahí de la nada, lo de ahora era una excepción, pero dada la impresión que me había llevado, una excepción muy razonable.

—No pasa nada, ya estoy. —Cogí una bocanada de aire y lo solté despacio.

—Espera. —Se alejó de mí.

Cogió una botella de agua y me sirvió un vaso, el que me ofreció.

—Gracias —dije avergonzada al máximo.

Después de que bebiera varios sorbos, Axel continuó.

—Como te decía, él es Brayden O'Neill, el dueño de la empresa. Ha viajado para estar una temporada aquí. Brayden —se giró hacia él—, ella es Olaya Suárez, como ya habrás deducido trabaja en mi departamento.

Como a cámara lenta vi como ese hombre, Brayden, mi jefe supremo, se levantaba muy despacio de la silla, sin dejar de mirarme. Tan alto como lo recordaba del día anterior, pero esta vez vestido con un traje de chaqueta y corbata, caminó hacia nosotros. Lo hizo con una elegancia, pero a la vez... Joder, me pareció un depredador que estaba a punto de cazar a su presa, o sea, a mí.

«Mierda, mierda, ¿en qué lío me he metido?»

—Un placer conocerte, Olaya Suárez.

La forma en la que pronunció mi nombre y apellido me produjo un escalofrío, no supe si para bien o para mal. Levantó una mano para que se la estrechara y bajé la mirada como si fuese tonta. Por unos segundos me quedé observando esa parte de su cuerpo extendida hacia mí.

Maldecí interiormente por mi falta de rapidez y torpeza, antes de aceptar su gesto.

—Igualmente, señor O’Neill —dije en tono muy bajo, sin poder mirarlo directamente a los ojos.

—Te corregiré cuando vengas a mi despacho.

¿Me había acariciado la mano o era cosa mía? Ay, no estaba para pensar ni analizar nada en este instante.

—¿Cómo?

—Puedes irte —dijo en vez de responderme.

Fruncí el ceño, pero por su seriedad supe que era lo mejor que podía hacer y a poder ser cuánto antes. Era lo más inteligente, acababa de ofrecirme una salida rápida y me iba a lanzar a ella. Ejerció presión en mi mano durante los últimos segundos, antes de soltármela.

—Claro, adiós —dije sin saber qué más decir en ese momento.

—Haz lo que te he dicho, relájate —insistió Axel.

—Vale —hablé dándoles la espalda.

Abrí la puerta de golpe y salí, cerrando de la misma forma, pero controlándola para no dar un portazo.

—Joder —murmuré con la espalda apoyada en la puerta, presionándome la frente.

Un gran fallo porque la puerta volvió a abrirse inesperadamente de golpe y perdí la estabilidad que me mantenía. Solté un jadeo otra vez, por la impresión. Había apoyado el peso del cuerpo en ella y me fui hacia atrás, y para mi desgracia, choqué con una pared dura y alta.

Cerré los ojos con fuerza, temiendo mirar hacia arriba para saber de quién se trataba.

—Creo que estás convirtiendo esto en una costumbre, ¿no te parece? —Agrandé los ojos al escuchar las palabras susurradas demasiado cerca de mi oreja.

Di un pequeño brinco, poniéndome rígida. Cuando pude reaccionar me moví rápido. Me separé de él y caminé ligera, diciendo un adiós general. No me volví a mirarlos, me ardían las mejillas. Más agobiada que cuando llegué, decidí hacer caso a Axel que para algo era mi jefe directo. Fui hacia el ascensor para ir a la cafetería, no me paré ni a quitarme la chaqueta ni a dejar el bolso en el armario que utilizaba para ello.

Dentro del ascensor, pulsé rápido el botón de la planta principal, nerviosa porque Axel y, y... Brayden caminaban hacia mí por el pasillo central, para montarse también. Cuando las puertas se cerraron y me quedé aislada, por suerte sola, cogí varias veces aire para intentar tranquilizarme.

¿Iban a la cafetería? ¿O a otra planta del edificio? Tenía los nervios cogidos al estómago y la incertidumbre me hizo elegir salir del edificio, para evitar otro encuentro con ese hombre, aunque fuese de lejos.

Al pasar por al lado de la recepción levanté una mano hacia Rut, sin pararme, con la vista fija en la salida. Esa era mi salvación y caminé rápido para desaparecer por un tiempo. A unos metros de distancia había una cafetería a la que solía ir de vez en cuando con Olivia y Rut, hacia ella me dirigí, sofocada y alterada.

Mi jefe, no, el jefe de todo, de la empresa... En este instante quise haber cambiado de empresa porque si algo respetaba y con los que nunca traspasaba ningún límite, era con mis superiores. Lo que había tirado por tierra el día anterior. La idea de dejar el trabajo tomó más forma en mi cabeza y volví a pensar en ello, aunque me había impuesto no hacerlo hasta el final de la semana, donde me había propuesto elegir definitivamente.

El dolor de cabeza había aumentado, junto al malestar.

Capítulo 8



Brayden

Todavía no me había recuperado de la sorpresa, mientras bajaba en el ascensor junto a Axel. Al salir de él fuimos hacia la cafetería y no pude evitar hacer un recorrido visual por todas las mesas. No la vi, Olaya no estaba.

Cuando tocaron a la puerta y Axel dio paso, lo que menos esperaba escuchar fue la voz que habló. La reconocí al instante, aunque los primeros segundos pensé que el timbre podía ser muy parecido, o incluso que cabía la posibilidad de que me equivocara. No fue así.

Conforme Axel le dio conversación, la voz de la mujer me hizo regresar a la tarde anterior. Como para que se me olvidara su forma de hablar... Asombrado, no me moví, me mantuve de espalda a ella para que continuara hablando.

Me parecía increíble que trabajara en mi empresa, cuando pensé que no volvería a verla después del encuentro, digamos que esporádico, lo dejo ahí.

Sin que Axel viera mi reacción porque se levantó para acercarse a ella, con demasiada familiaridad, ya puestos, arqueé una ceja, preparado para que llegara mi momento. Y tanto que lo fue, ante mi presentación oficial me giré muy despacio, sin variar la expresión de la cara.

La suya, la de Olaya, fue un poema, digna de ver. Si yo me sorprendí a ella le había faltado muy poco para desmayarse en medio del despacho. Estaba alterada y sofocada por el retraso, pero el rubor intenso que cubrió sus mejillas no se debía al haber corrido para llegar.

Para nada, el motivo fui yo y el darse cuenta de quién era. Y ya cuando se atragantó... Mi cuerpo reaccionó de una forma que me descolocó por completo. Tuve el impulso de ir hacia ella, de intentar ayudarla como hizo Axel, el que creo, y es mi opinión, que se excedió en el acercamiento con Olaya.

Como digo, mi opinión, pero eso también provocó algo en mí que me jodió,

incompresiblemente. Imaginaba que era por toda la situación en sí y porque conmigo se molestó por ayudarla el día anterior. Aunque pensando en frío era razonable, con Axel tenía confianza, era su jefe.

Yo también, le había quedado claro, aunque hasta minutos antes ninguno de los dos lo supiéramos. Al levantarme para hacer la presentación más oficial, los primeros segundos pensé que saldría corriendo del despacho. Le ofrecí una salida fácil, no terminaba de recomponerse y me preocupé de que realmente se desmayara. No por mí, que conste, pero sí por el descubrimiento tan inesperado y desconcertante que nos habíamos encontrado.

Mientras ocupaba una silla de la cafetería y dejaba la taza de café en la mesa, todavía le daba vueltas a la sorprendente revelación que acababa de vivir.

Y puedo jurar que cuando abrí la puerta, sin saber que Olaya se había apoyado ella, lo que provocó que cayera hacia atrás chocando con mi pecho, tuve que retener el impulso de rodearle la cintura con un brazo, o colocar las manos en sus caderas. Lo habría hecho para estabilizarla, pero dado nuestro historial del día anterior, me contuve. Que estuviésemos tan cerca la puso más nerviosa y que para rematarlo le susurrara al oído palabras sobre nuestro encuentro del día anterior, terminó por aniquilarle la estabilidad emocional que tenía en ese instante.

No sé por qué lo hice, me refiero a lo de hablarle de ese modo. No lo pensé, me salió de forma natural y espontánea. Solo yo ocupaba el hueco de la puerta, un paso retrasado. Axel estaba a mi espalda, separado lo suficiente para que no escuchara lo que le dije a Olaya. Apuesto a que ni percibió que me incliné ligeramente hacia ella a propósito, por la diferencia de estatura. Pensó que había sido por el impacto inesperado de su cuerpo.

Un error del que no iba a sacarlo, por si os lo estáis preguntando.

No me pasó desapercibido que Axel también paseó la mirada por las mesas, varias veces. Más que nada porque no fue muy disimulado.

—¿Bien? —le pregunté, captando su atención.

—Eh... Sí, claro —sonrió.

—Perfecto entonces. —Me llevé la taza a los labios, sin apartar la vista de él—. Coméntales a los que están a tu cargo que hoy empezaré a reunirme con ellos, para que vengan a mi despacho.

—En cuanto suba lo comento —asintió—. Te daré la extensión de Teresa, así puedes avisarla para que vayan subiendo.

—Estupendo, será más fácil y rápido.

—Si necesitas algo más, solo tienes que marcar mi extensión.

—Gracias, Axel. —Dejó la taza en el plato—. Sobre la chica de hace un rato...

—No sé si has visto extraño que no me tomara a malas su retraso. Te puedo asegurar que Olaya siempre es puntual. Lo que he dicho es cierto, lo de que, si ha llegado alguna vez tarde por algún problema puntual como hoy, no me acuerdo porque no es habitual. Es una gran trabajadora, de las mejores.

—Ya veo. —Repiqueteé con los dedos en la mesa—. Tranquilo, no me ha parecido mal. Solo te he preguntado por ella por curiosidad, se la veía alterada.

—Porque estaba muy nerviosa. —Rio—. Olaya se toma sus responsabilidades muy en serio.

—Como debe ser.

—Claro —sonrió—. Pero me refería a que se vuelca mucho, también es verdad lo que he comentado de las horas que hace de más. Mira por su trabajo, no por el horario. Hoy día eso es un valor añadido.

—Estoy totalmente de acuerdo con eso.

—La verdad es que estoy muy satisfecho en general, con todos los que trabajan en mi departamento. No puedo hacer ningún comentario negativo hacia ninguno.

—Eso es muy bueno —asentí, antes de beber otro sorbo de café.

—Por lo visto Olaya ha decidido que le dé el aire —comentó sacando el tema.

—¿A qué te refieres?

—Normalmente siempre viene aquí, pero lo compagina yendo a una cafetería que hay a unos metros de este edificio, en la acera de enfrente. Has tenido que verla al pasar por delante.

—Sí —confirmé—. Me he fijado.

Continuó con la explicación que dejó aplazada en su despacho, por la aparición de Olaya. Me hizo un resumen de cómo trabajaban en su departamento y lo que llevaban hacia delante. Después de quince minutos, en los que cambiamos de conversación, di el momento por finalizado.

—Te agradezco mucho la compañía, Axel, pero debo volver a mi despacho. Tengo que hacer

unas llamadas. —Miré la hora en el reloj de pulsera.

—No hay de qué, ya lo repetiremos —me sonrió.

—Por supuesto —asentí mientras me levantaba.

—Subo contigo. —Se incorporó también, bebiéndose de un trago lo que le quedaba de café.

Salimos de la cafetería directos hacia los ascensores. Me despedí de Axel en su planta y continué ascendiendo, hasta llegar a la mía.

Me encerré en el despacho para hacer las llamadas que no podía retrasar y durante casi una hora no me despegué el teléfono de la oreja, hablando con unos y con otros, mientras daba vueltas por el despacho. El timbre del teléfono fijo me hizo caminar hasta él.

—Brayden —dijo Alejandro, el jefe del departamento laboral.

—Hola.

—Acabo de enviarte por correo electrónico la información que me has pedido.

—Perfecto, gracias. Ya puedo estar al cien por cien con ello, no tardaré en comenzar.

—De acuerdo, si necesitas algo más, dímelo.

—Tranquilo, por hoy tengo más que suficiente. Es imposible que me dé tiempo a reunirme con todos los de ese departamento.

Intercambiamos varios comentarios más y cuando colgué, me senté en la silla. Me deslicé hacia delante y moví el ratón. La pantalla del ordenador se activó y accedí al correo interno de la empresa, localizando el primero de la lista, el de Alejandro. Había sido rápido después del mensaje que le envié.

Abrí el archivo que contenía y durante unos minutos visualicé todos los datos deslizando la pantalla, hasta que me centré en los de la primera persona que iba a hacer venir a mi despacho. Poco después descolgué el teléfono fijo y marqué la extensión de Teresa, para pedirle que se lo hiciera saber a su compañero.

Durante una hora y media fueron varios los que me acompañaron en el despacho, con los que por cierto me quedé satisfecho. Interactué con ellos, me interesé por sus puestos de trabajo y por sus expectativas, me aseguré de saber si estaban bien en la empresa y la opinión que tenían de ella en general. Toqué muy superficialmente sus vidas privadas, sin llegar a entrar en temas que

no me importaban.

Todos se habían mostrado dispuestos, con una sonrisa, y en todo momento las conversaciones fluyeron con normalidad. Propicié que sucediera, bajé un poco la barrera que nos separaba de jefe y empleados, para llegar más a ellos.

—Teresa —le hablé por el teléfono fijo.

—Dígame señor O'Neill.

—Damián ya ha salido, avisa a... —Deslicé el archivo hacia abajo, hasta que encontré a quien quería. Sabía de sobra su nombre, pero aproveché para echar un vistazo rápido al resto—. A Olaya Suárez, hazla venir a mi despacho.

—Enseguida, señor.

—Ella será la última por esta mañana, ¿de acuerdo? Continuaré por la tarde.

—Perfecto.

—A primera hora ven la primera.

—Oh, de acuerdo.

Colgué y me levanté de la silla. Me acomodé la americana y caminé hacia la cristalera. Referente a Olaya, no me hacía falta revisar la información que me había enviado Alejandro. Para qué voy a mentir, era la primera que había buscado en el archivo, memorizando lo que necesitaba saber.

En todo momento dejaba que fuesen los empleados los que se explicaran, haciéndoles yo preguntas sueltas. La información era solo para mí, para constatar datos y conocer, en cierta forma, a quién iba a tener sentado frente a mí.

Miré el reloj de pulsera. El tiempo que habían tardado hasta este momento siempre había sido el mismo, minuto arriba, minuto abajo. Olaya ya lo había sobrepasado y me pregunté si se estaba retrasando a propósito. Sabía que cabía una gran posibilidad de que fuera el caso, dada la situación, aunque con lo responsable que me había dicho Axel que era, tuve mis dudas.

Metí las manos en los bolsillos del pantalón del traje, armándome de paciencia, mientras mantenía la vista fija hacia el exterior. No me gustaba perder el tiempo, y menos en lo que a trabajo se refiere. Los minutos pasaron y mi impaciencia con ellos fue incrementándose.

A nada de llamar a Teresa, para saber qué sucedía, llamaron a la puerta varias veces. Solté el aire de golpe y me giré hacia ella.

—Adelante.

Olaya entró muchísimo más tranquila que la última vez que la vi, pero también bastante más recelosa y en alerta, una vez recuperada de la impresión.

—Siento el retraso, señor O'Neill. Estaba en una llamada —se justificó.

Asentí despacio y le ofrecí con un gesto de la mano que se sentara. Apartó la vista rápido y lo hizo, entreteniéndose en mirar hacia cualquier otra parte, detalle, e incluso motas en el aire que el sol hacía visibles, por muy limpio que estuviese el despacho. Todo era buena opción, menos yo.

—Imagino que una llamada de trabajo.

—Por supuesto, si hubiese sido personal habría colgado para venir. —Fue rápida en la respuesta. Volví a asentir.

Capítulo 9



Olaya

¿Cuántas veces había pedido interiormente que no me tocara hoy reunirme con el señor O'Neill? Uf, ni os lo imagináis, yo había perdido la cuenta.

Cuando Teresa nos comentó que nos iría avisando para subir a su despacho, desde ese instante noté un sube y baja por todo el cuerpo que se había intensificado en cuanto la escuché llamarme. Había conservado la esperanza de que no me tocara, viendo a mis compañeros ir y venir de algunas plantas más arriba. Tenía la necesidad de pasar hoy inadvertida y lo más invisible posible.

Mi gozo se fue por tierra y lo pisoteé. Tenía un mal cuerpo, me sentía tan indispuesta por los nervios, que no sabía cómo había conseguido levantarme de la silla y llegar hasta su despacho. No iba a mostrar nada hacia fuera, pero por dentro peor no podía estar.

Me había dicho a mí misma que si me despedía no importaba, que tal vez era lo que necesitaba que sucediera para darme el empujón definitivo que necesitaba, para llamar de una vez por todas al otro trabajo y aceptar. Pero es que no era lo mismo irme por propia voluntad, a que mi expediente quedara manchado por un despido. Solo de pensarlo me ponía peor.

Y para colmo, había llegado tarde, bastante. Lo que le había dicho no era ninguna excusa, cuando Teresa me avisó de que era mi turno de reunirme con el señor O'Neill, hice esperar al otro lado de la línea a la persona con la que llevaba hablando más de diez minutos. Era sobre trabajo y había esperado toda la mañana para poder solucionar el tema que teníamos pendiente.

Al entrar y verlo de pie, con la cristalera a su espalda, había tenido que mantener el tipo para que las piernas no me cedieran. Ojo, por todos los nervios que había acumulado, no porque... Nada, olvidar la aclaración que iba a hacer porque en realidad sí que me había puesto muy nerviosa su presencia, apariencia y observación. No podía negar eso, lo que no quitaba que me molestara.

El nudo en mi estómago y en mi pecho se apretó más conforme pasó el tiempo y no volvió a hablar. Se mantuvo de pie, sin moverse, mirándome. ¿Pretendía intimidarme? ¿Hacerme pasar vergüenza por lo del día anterior? «Cuidado, cuidado», me advertí a mí misma.

No era nada raro que el nerviosismo me jugara malas pasadas, como por ejemplo que se me soltara la lengua y que después fuese demasiado tarde para reparar el error. Joder, que independientemente de lo que pasara o no horas atrás, en este instante era mi jefe o más que eso, el dueño de la empresa en la que todos trabajábamos.

Había oído algún rumor sobre él y también sobre su padre. Referente a este último, sabía que en la época en la que estaba activo venía a menudo a visitar su empresa. Yo no estaba por aquel entonces, no lo conocí. Como digo, solo había escuchado comentarios sueltos en alguna cena de Navidad o en las fiestas especiales que organizaba la dirección.

Era conocedora de que el hijo sustituyó al padre hace años, no sé cuántos, porque la verdad nunca me ha interesado saberlo. Pero él parecía diferente, en el sentido de la implicación con nuestra empresa. Al menos me refiero a que anteriormente nunca había viajado hasta aquí para pasar algunas temporadas, referente al resto, no dudaba de que estuviese informado desde la distancia de todo lo que nos competía, desde donde quisiera que fuese su residencia habitual o base de operaciones.

En España no, de eso estaba más que segura. Para mi desgracia tenía que haber decidido venir estando yo aquí, si hubiese esperado un poco más cabía una gran posibilidad de que no nos hubiésemos conocido. Para empezar, no habría sucedido lo del día anterior.

Era todo un logro para mí haber hablado nada más entrar en el despacho, justificando mi retraso. Y aún más, responder rápido a su comentario de que imaginaba que la llamada que me había retrasado era por trabajo. Pero ahora, después de esas breves palabras y del tiempo que llevaba en silencio, no sabía si me iban a salir las palabras.

Tenía la garganta seca, me costaba tragar. «Calma», me dije. En realidad, no tenía de qué preocuparme, podía echarme de la empresa solo porque no le gustase cómo respiraba, es un decir, pero dudaba de que siendo su primera visita tomara una decisión tan a la ligera y precipitada.

«Calla a los pensamientos ya, Olaya», me reprendí y puse todo mi empeño en conseguirlo. Para pasar lo mejor posible el rato, no encontré otra distracción mejor que recorrer el despacho con la vista. Nunca había estado en él, ni en esta planta. Bueno, en realidad solo me movía por la planta en la que tenía mi puesto de trabajo y por la cafetería, exceptuando las veces que subía a la planta del departamento laboral porque ahí es donde trabajaba Olivia. Las únicas ocasiones que iba a esta última, era para verla a ella unos minutos o para buscarla para ir a desayunar o comer juntas, también para ir al despacho de Alejandro por alguna cuestión laboral, el jefe directo de mi amiga, pero también el del resto de los empleados por el cargo que ocupaba.

Para mí, todo lo demás recaía en Axel, que para algo era el jefe de mi departamento. La verdad es que el señor O'Neill no tenía muchos detalles a la vista en su despacho, parecía bastante frío, pero teniendo en cuenta que... Ni idea, no sabía desde cuándo estaba aquí, pero no creía que fuese desde hacía mucho. Mi fuente de información era Olivia y rara vez fallaba, si se hubiese enterado de esta novedad me habría puesto al corriente enseguida.

Solté un suspiro casi imperceptible y estiré un poco la falda del vestido de punto, más por hacer algo que por otra cosa, era lo suficientemente larga para estar tranquila sentada. Igualmente quedaba tapada por la mesa, así que...

Parecía que habían pasados muchos minutos desde que me había sentado y el despacho se había quedado en completo silencio, cuando en realidad no había transcurrido mucho pensando en todo lo que estaba cavilando. Que se me estuviese haciendo interminable no equivalía a que lo fuese.

—Olaya Suárez —dijo de repente.

Tanto tiempo esperando a que volviera a hablar y al escuchar su voz di un respingo. Su voz sonó áspera, diferente a como lo había escuchado con anterioridad. Aunque no estaba en muy buenas condiciones para saber si estaba en lo cierto o no.

—Sí —conseguí decir, evitando mirarlo directamente.

—Axel me ha hablado muy bien de ti. ¿Me has oído? —insistió ante mi nula reacción.

Coloqué la espalda recta, más de lo que la había tenido, y giré la cabeza despacio hacia él.

—Eh, sí, claro. Perdón, señor O'Neill. —Carraspeé—. No he dado motivos para que nadie se refiera a mí de otra forma, intento ser todo lo profesional posible en mi trabajo.

—Eso me ha comentado. —Empezó a caminar hacia mí.

Ah, no, hacia su silla. Lo que poco variaba, aunque sí que era muy diferente. La ocupó sin dejar de observarme, al menos nos separaba su mesa.

—¿Te encuentras bien? —preguntó con el ceño ligeramente fruncido.

—Sí —confirmé con una sonrisa, creo que la curva de mis labios fue real porque tensé los labios.

Su expresión me dio a entender que se había dado cuenta de que era forzada.

—Olaya...

—Dígame.

—Primero te pido que dejes los formalismos a un lado. Estoy intentando llegar a todos mis empleados y, aunque a veces se dirijan a mí como el señor O'Neill, no quiero que se convierta en una costumbre en algunas actividades diarias. Puedes dirigirte a mí como Brayden.

—Lo siento, tengo la costumbre de...

—No me ha dado esa sensación con Axel —me interrumpió—, he notado bastante complicidad.

—Hace años que es mi jefe —me justifiqué.

—No más de los que hace que lo soy yo. —Arqueó una ceja.

—Su padre...

—Mi padre era la cara visible, pero eso no quiere decir que todavía estuviese al mando de la empresa y de su dirección. Yo me hice cargo en cuanto me gradué.

—Ah.

—Por lo tanto, espero el mismo trato. ¿Crees que te ves capacitada para algo tan simple?

Mi espalda se tensó más, y mira que estaba rígida.

—Por supuesto. —Entrecerré ligeramente los ojos—. Para eso y para mucho más.

—Estupendo. Primer punto aclarado.

Recostó la espalda en la silla y seguí el movimiento de sus brazos. Los apoyó en los reposabrazos, uno de ellos lo levantó, colocando el codo en la base. Se tocó la barbilla con los dedos, sin apartar la vista de mí.

—Antes de pedirte que me comentes sobre tu trabajo y varias cosas más que iré preguntándote, como he hecho hacia tus compañeros, es necesario que toque el tema de lo que nos sucedió ayer por la tarde.

Apreté las manos en las piernas. Había tenido una pequeñísima ilusión de que se olvidara de ello.

—Señor... Perdón, Brayden —rectifiqué rápido—. No me arrepiento de mi actitud de ayer. — Me callé, me puse más nerviosa y me pregunté si era bueno seguir por la misma línea. Sus ojos brillaron y destacaron de una forma diferente. Evité tragar saliva por la ansiedad que me entró, no quería que supiera lo que me afectaba siendo él la persona que podía tumbarme en cuestión de segundos.

»Quizás tendría que haber sido más suave, no tomármelo de la forma en la que lo hice, pero para mí ayer era un total desconocido que me agarró por la espalda, de la chaqueta, y tiró de mí hacia atrás. Me sobresalté y, sinceramente, tuve un poco de miedo. No es una justificación, pero de verdad creí que tenía otra intención. Solo eso, que lo volvería a hacer hoy mismo si no lo conociera.

—Está bien saberlo —comentó en un tono de voz más bajo—. Lo que pasó no va a influir en mi posición de jefe.

Oír esas palabras me relajaron al instante, y, aunque no lo expresé, lo agradecí inmensamente.

—Eso es lo que te preocupaba, ¿no? —Se acarició la barbilla.

—No. Bueno, quizás un poco.

—Ya veo. —Bajó el brazo, fue lo único que movió—. Una vez aclarado, espero que ahora puedas mostrarte como eres habitualmente. Tómate tu tiempo para empezar a hablarme sobre tu trabajo.

«Vale, eso lo puedo hacer perfectamente», me dije.

—No dudo de ello.

Me tensé un poco. Pues no lo había dicho para mí, las palabras salieron de mis labios sin darme cuenta y él reaccionó a ellas.

Dejé los nervios a un lado y me dirigí a él como si fuese cualquiera de los jefes de los departamentos que conocía. Le expliqué las tareas que realizaba, en qué se basaba mi trabajo, le comenté la conversación que había mantenido antes de subir a su despacho, la que me había retrasado. Referente a mi puesto de trabajo no me dejé nada por contarle.

—¿Qué tal con tu jefe directo? Me refiero en lo laboral.

—No hay otra forma de referirse a ello —especifiqué.

—No he dicho tal cosa.

—Pero al decir en lo de laboral, dejas entrever que puede haber algo personal, señor O'Neill —y esta vez marqué la distancia a propósito—. Axel es un buen jefe, hablo sobre mi experiencia con él.

—Señorita Suárez —un escalofrío me recorrió, su voz sonó... Se inclinó hacia delante despacio y apoyó los brazos en la mesa—, creo que ha malinterpretado mis palabras, totalmente.

—Mejor dejar las cosas claras desde el principio. —Levanté un poco la barbilla.

—Estoy de acuerdo.

Nos quedamos en silencio sin apartar la vista del otro. Agradecí que me hiciera varias preguntas sueltas, consiguió destensar el momento. Le respondí a todo lo que quiso saber, incluso algunos datos personales sobre mí. No tenía ni idea de qué necesidad había para que los supiera, pero como tampoco era significativo, me limité a contestarle.

Imaginé que quería llegar a los trabajadores de una manera que no fuese jefe y empleados, como para crear algún tipo de complicidad.

—Por hoy ya está —dijo repiqueteando varios dedos en la mesa.

—Perfecto. —Me levanté despacio de la silla.

Tenía el control de mi cuerpo de nuevo y me dispuse a irme.

—Hasta otra ocasión se...

—Brayden —me corrigió antes de que dijera su apellido.

—Hasta otra ocasión, Brayden.

Asintió despacio y me giré. Caminé hasta la puerta, la abrí y una vez fuera, cogí una gran bocanada de aire. Como había aprendido la lección, no me apoyé en la madera, me alejé rápido para volver a mi puesto de trabajo.

Capítulo 10



Brayden

—¿No has tenido suficiente? Llevas dos horas aquí metido.

—Estoy terminando —le respondía Irvin, jadeante.

Estaba subido a una cinta de correr, como le había dicho estaba a punto de dar por finalizado el ejercicio, por lo que en la recta final mis piernas se movían mucho más rápido.

Estaba escuchando música, pero solo tenía un auricular puesto, por eso lo había oído.

Se apoyó en la pared que había frente a mí e ignoré su presencia, concentrado en llevarme al límite los últimos segundos. Cuando pulsé el botón de parada fui reduciendo la velocidad gradualmente, al igual que la cinta.

—Toma. —Cogí al vuelo la toalla que me lanzó.

—Gracias. —Me la pasé por la cara y el cuello.

—Menudo tute te has dado hoy.

—Lo necesitaba y me apetecía, ¿dónde está el problema? —Lo miré de reojo mientras me bajaba y bebía agua.

—¿Problema? Ninguno. Te prefiero aquí en el hotel que escabulléndote de mí para dar paseos por la ciudad —negó divertido.

Agradecí el saber que en la última planta del hotel había un gimnasio, desde que me enteré no había faltado ni un día a mi sesión de entrenamiento. Me gustaba estar en forma, pero mi necesidad iba más allá. Era de la única manera en la que conseguía relajarme, destensarme.

—¿Qué has hecho este tiempo? —Me interesé, colocándome la toalla en el hombro.

Nos dirigimos hacia la salida.

—Encontrar distracciones —sonreí.

—¿Interesantes?

—Podría decirse que sí.

—¿Alguna de ellas tiene que ver con la recepcionista que el otro día no apartaba los ojos de ti? —Me giré hacia él cuando entramos en el ascensor.

—He llegado al mostrador de la recepción justo cuando terminaba su turno.

—Qué coincidencia y qué sincronización.

—¿Verdad que sí? —Reímos—. Ha sido interesante ir a tomar un café con ella. Se llama Marisa.

—Me alegro, imagino que se repetirá.

—Esa es mi intención y no creo que a ella le disguste. Dispongo de mucho tiempo libre, mientras tú estás ocupado en la empresa y con tus cosas.

Las puertas del ascensor se abrieron en nuestra planta y salimos, nos dirigimos a las de nuestras habitaciones.

—Haces bien, aprovecha todo lo que puedas. ¿Tienes que ducharte?

—No, ya lo he hecho hace un rato —asentí parándome—. Avísame cuando estés preparado, esta mañana he dado con un restaurante que tiene muy buena pinta. Iremos en coche, está un poco alejado de aquí.

—De acuerdo, no tardaré. —Abrí la puerta de mi habitación.

—Tranquilo, tómate el tiempo que necesites. Con lo que has forzado los músculos...

—Nada a lo que no esté habituado —sonreí de medio lado.

—Lo sé. —Rio alejándose.

Fui directamente al baño. Estaba sudoroso y sí, me iba a tomar más tiempo del habitual debajo del agua. Lancé la toalla al cesto de la ropa sucia, cada mañana cuando venían a hacer la limpieza y a arreglar la habitación la vaciaban. Me saqué la camiseta mojada, el pantalón, el bóxer y los calcetines, después de quitarme las deportivas, y toda la ropa fue a parar junto a la toalla.

Cogí una grande de baño y la coloqué cerca de la bañera. El fin de semana estaba a la vuelta de la esquina, como se suele decir. Eran las siete y media de la tarde del jueves, un día más de trabajo y podría descansar el fin de semana.

Me habían cundido los días, estaba satisfecho, pero también cansado porque a excepción de hoy que había salido más temprano, los días anteriores empecé a hacer deporte pasadas las diez de la noche, al salir muy tarde de la empresa.

Cerré los ojos cuando el agua cayó sobre mi cabeza, la levanté para que me diera en la cara. No me apetecía salir a cenar fuera, si fuese por mí lo haríamos en mi habitación o en la de Irvin, pero entendía que él quisiera descubrir lugares nuevos conmigo. Por eso no me había opuesto, pero con gusto me tumbaría en la cama en cuanto saliera de la ducha, y no me movería de ella hasta que me sonara el despertador al día siguiente.

Me duché con calma, froté todo mi cuerpo con movimientos perezosos. Cuando el agua se llevó el jabón de mi cuerpo, decidí que me lo iba a tomar con más calma. Puse el tapón y la bañera empezó a llenarse. Necesitaba relajar los músculos, todavía notaba un ligero temblor en las piernas por el esfuerzo a las que las había llevado durante las dos horas que había estado corriendo.

Iba alternando los ejercicios, hoy había sido la cinta de correr, mañana sería alguna otra máquina o varias.

Cuando el agua me cubrió los pies, me senté apoyando la espalda. Recosté la cabeza y cerré los ojos, mientras el agua subía de nivel. Me sentí de maravilla y me propuse a disfrutar sin pensar en nada más.

Un poco difícil frenar la mente. Tenía tantas cosas que hacer, tantas pendientes. Mañana, aparte de tener varias reuniones, con dos proveedores y con los jefes de varios departamentos, y de continuar conociendo a más empleados, también tenía que revisar unos informes que me habían enviado de las delegaciones de Italia e Irlanda. Esto último era urgente porque llevaba retrasándolo varios días. No me daban las horas para tanto, el querer llevarlo todo para delante yo solo, en más ocasiones de las que quería reconocer, era agotador hasta decir basta.

Entreabré los labios y dejé salir el aire lentamente. Lo de no pensar en nada no estaba hecho para mí. Me pasé las manos por el pelo, mojándomelo de nuevo con el agua que cogí, varias veces. Lo mismo hice por el pecho.

Llevaba casi una semana completa de trabajo en España y todavía no tenía ni idea de cuándo podría marcar el día de regreso a Londres. Era demasiado pronto como para decidirlo, aunque tampoco tenía ninguna prisa. Llevaba el control de las demás delegaciones sino al día, casi.

Y no sé por qué, después de planificarme el día siguiente, cierta mujer me vino a la mente. Abrí un poco los párpados, con la vista fija al final de la bañera. Desde que Olaya salió de mi despacho, no había vuelto a verla. Trabajaba varias plantas por debajo de mí, sería raro coincidir, a no ser que volviera a mi despacho. Cuando se fue de él durante un buen rato no me moví de la silla, pensativo.

Analiqué su comportamiento, con la necesidad de descifrar cómo se hubiese comportado en una situación totalmente diferente, haciendo alusión a que nos hubiésemos conocido como jefe y empleada. Sus nervios por lo que nos sucedió en el paso de cebra no la dejaron ser ella frente a mí. Por momentos se relajó, pero en otros la tensión de su cuerpo era evidente.

Dándole vueltas al asunto entré en bucle, mientras notaba reacciones en ciertas partes de mi cuerpo. Una de esas partes la ignoré, porque me pudo más la pesadez de los párpados, que ser realmente consciente de lo que me sucedía.



Escuché el sonido de una voz lejana pronunciando mi nombre, como con eco.

Me costó, pero abrí los ojos despacio, encontrándome con la cara de Irvin muy cerca.

—Eh, Brayden —me habló en tono suave.

—Joder, me he dormido. —Me froté la cara con movimientos lentos.

El agua estaba fría y me dio un pequeño escalofrío, pero lo que llamó más mi atención fue la pesadez que sentía en cada uno de mis músculos. Mover los brazos no había sido fácil, tuve que mandar la orden a mi cerebro varias veces, hasta que lo conseguí.

—Sal ya.

—¿Qué hora es? —pregunté mientras me movía para incorporarme, lo hice demasiado despacio.

—¿Te encuentras bien? —Su voz era de preocupación, mientras me ayudaba haciendo la mayor fuerza para ponerme de pie.

—Sí. —Sacudí la cabeza, contraponiendo a mis sensaciones—. Gracias. —Cogí la toalla que me dio.

—Tendría que haber venido antes, no deberías haber estado tanto tiempo metido en la bañera.

—No pasa nada, Irvin. Estaba descansando y lo sabías.

Después de salir me sequé la parte alta del cuerpo sin pararme a pensar en lo que me costaba hacerlo. Me la enrollé en la cintura.

—Son las nueve y diez —dijo demasiado serio, sin dejar de observarme.

—¿En serio? —Me sorprendí, había dormido dentro de la bañera mínimo una hora, quizás más—. Cambia la cara, ni que me hubiera pasado algo. —Sacudí la cabeza y me volví a sorprender por lo que me costó moverla.

—Es que te veo... No te veo bien. Me ha extrañado que no vinieras a buscarme. He acertado al pensar que te habías dormido, pero claro, te imaginaba cómodo en la cama, no dentro de una bañera llena de agua casi congelada. Cuando he entrado en la habitación y no te he visto. —Sacudió la cabeza.

—Al final me he relajado tanto, que no me he dado cuenta de que me estaba quedando dormido. —Me pasé otra toalla pequeña por el pelo, haciendo un gran esfuerzo para moverme normal, para que borrara la preocupación de la expresión. Me quité la humedad, aunque gran parte del pelo ya estaba seco.

—Lo necesitabas, Brayden. Está claro por cómo te ves. —Apretó la mandíbula.

—Lo sé. Me visto rápido y nos vamos.

—Olvídate de salir —negó.

—No es tarde, Irvin. Es buena hora para ir a cenar.

—Nos hemos acostumbrado muy rápido a los horarios de este país —sonrió un poco.

—No queda otra que adaptarse. —Me encogí ligeramente de hombros—. Va, voy a vestirme.

—Te he dicho que te olvides de esa idea, no insistas. Si quieres podemos bajar al restaurante del hotel, si no, pedimos que nos traigan la cena aquí.

—Me sabe mal, querías ir a al restaurante que has mencionado antes. —Salimos del baño.

Sus ojos no se apartaron de mí en ningún momento, como si esperase el momento en el que las piernas me fallaran para intervenir, agarrándome antes de que me cayera.

—Podemos ir mañana, no hay prisa. Te lo estoy diciendo muy en serio —insistió por cómo lo miré.

—De acuerdo. —Solté el aire de golpe—. La verdad es que hoy me haces un favor si nos quedamos aquí.

—Eso está hecho. ¿Restaurante o habitación?

—Gracias. El restaurante me parece una buena idea. —Fui hacia el armario—. Voy a ponerme ropa cómoda.

Saqué un pantalón de deporte y una sudadera, junto a la ropa interior. Me dirigí a la cama con todo y terminé de secarme junto a ella, para después vestirme.

—He hablado con tu padre hace un rato —comentó frente a mí, apoyado en la pared, cerca de la ventana.

Levanté la cabeza hacia él, mientras me ataba los cordones de las deportivas.

—¿Y? —le pregunté viendo que no continuaba.

—Nada, todo está bien.

—¿Y por qué pareces tan misterioso?

—¿Yo misterioso? —Soltó una carcajada, por fin se relajó— En absoluto, solo quería decírtelo. No hay nada importante que tengas que saber. Me ha preguntado por cómo nos iba, si me gustaba la ciudad y poco más.

—Está bien. —Me levanté preparado para irme—. ¿Quieres dejar de mirarme como si me fuese a desplomar en cualquier momento? —Levanté una ceja.

—Joder, es que parece eso mismo. —Sacudió la cabeza.

—Estoy bien.

—Ya. —Ladeó un poco la cabeza—. ¿No te secas un poco el pelo?

—Aquí hace buena temperatura, y más dentro del hotel.

—Como quieras —asintió.

—Vamos —dije caminando hacia la puerta.

Salimos de la habitación y esperamos a que el ascensor parara en nuestra planta. Una vez en él, bajamos a la principal, donde estaba el comedor.

—Buenas noches, señor O'Neill. Y compañía —nos saludó Ivette al pasar cerca de la recepción.

Era la recepcionista que nos atendió cuando llegamos.

—Buenas noches —dije sin pararme.

Obtuve una gran sonrisa de ella y continuamos nuestro camino accediendo al pasillo que llevaba al restaurante.

—Ahora soy, «y compañía» —dijo divertido Irvin.

—Eso parece, pero tú con Marisa, su compañera, te das por satisfecho, ¿no? —Lo miré de reojo, con una media sonrisa.

—Ya te digo yo que sí —asintió y reí. Notaba que poco a poco recobraba las fuerzas—. Pero me ha hecho gracia cómo se ha referido a mí. Por lo menos se ha dado cuenta de mi presencia, porque las últimas veces me he sentido ignorado por completo. —Reímos juntos.

—Son imaginaciones tuyas. —Sacudí la cabeza, entrando en el comedor.

—Claro que sí, pero doy gracias a que a Marisa la he conocido yo primero. Cuando llegas tú, nunca está.

—¿Eso qué quiere decir? —Levanté una ceja, sentándome en la silla de una de las mesas vacías.

—En que habrías acaparado su atención completamente y yo también sería para ella el «y compañía». —Rio.

—Deja de exagerar y de hacerte el mártir, no va contigo. Y te recuerdo que una vez la vi de lejos, hace un rato te he hecho el comentario de que no te quitó los ojos de encima.

—Lo sé, pero solo digo verdades como puños. —Levantó uno.

Negué divertido, hasta que desvié la atención de él hacia el camarero que se acercó a tomarnos nota. Le pedimos la bebida y mientras fue a buscarla, echamos un vistazo a la carta, para elegir qué cenar.

Capítulo 11



Estiré el cuerpo, agradeciendo que la sensación de la noche anterior era un poco menos intensa. No estaba acostumbrado a ponerme malo, ni siquiera a debilitarme. Solté un suspiro cansado y giré la cabeza hacia la ventana. Estaba tapada por unas cortinas opacas. Cogí el móvil de la mesita de noche y activé la pantalla.

Me sorprendí al ver que pasaban de las ocho de la mañana, ya tendría que estar en mi despacho desde hacía rato. Irvin no había venido a despertarme. Nunca lo hacía, a no ser que a mí se me pasara la hora, pero claro, no era nada habitual. Rara vez sucedía, normalmente siempre me despertaba antes de que sonara la alarma. Por lo visto hoy era una de esas excepciones.

Me extrañó que también se hubiese quedado dormido, no tardamos mucho en cenar y en subir a las habitaciones a descansar.

Me moví hasta quedarme sentado en la cama. Me pasé las manos por el pelo varias veces, notando que el cuerpo me reaccionaba un poco mejor, pero no tanto como me hubiese gustado. Me levanté y fui a descorder las cortinas. La luz del día inundó la habitación. Por unos segundos me quedé observando el exterior, el trajín que había, tanto de coches como de personas caminando por las aceras.

Sería tan fácil regresar a la cama y olvidarme de todo hasta el lunes que viene, pero mi responsabilidad no me permitió hacerlo, ni siquiera al ser viernes. Bastante poco tiempo iba a estar aquí, en este país, en esta ciudad y en la empresa, como para tomarme descansos.

Caminé hacia la puerta, para ir a la habitación de Irvin. Necesitaba asegurarme de que estaba bien. La golpeé con los nudillos, enseguida se abrió.

—¿Por qué no me has avisado? —Quise saber con una ceja arqueada.

Él estaba vestido, bebiendo un café que debía haber subido del comedor donde se servía el desayuno.

—¿Qué problema hay? Ni que tuvieses que timbrar...

—Irvin. —Cogí una bocanada de aire.

—Brayden, —Apoyó el hombro en el marco de la puerta—. No te pongas así. No sabes lo que me ha alegrado no escuchar que tocabas bien temprano a esta misma puerta. La he abierto yo mismo cuando pasaban unos minutos de la hora en la que sueles venir para irnos, pero al ver la tuya cerrada he hecho una fiesta —sonrió de medio lado—. Ayer no estabas bien, necesitabas descansar. Por eso no te he avisado.

—Estoy mejor.

—Espero que sí, pero eso es ahora. ¿Te crees que no te noté forzado mientras cenábamos y cuando nos despedimos antes de encerrarnos en las habitaciones? Sé que bajamos al restaurante por mí, tú no tenías ningunas ganas, aunque me lo propusieras.

—Me sentía raro, pero al final se me pasó.

—Claro. —Puse los ojos en blanco y sonrió—. Hoy puedes tomártelo con más calma, no hacer tantas horas —comentó serio.

—Qué remedio, pero sí, ya lo tenía en mente. Mi intención era salir pronto, como ayer. —Sacudí la cabeza.

—Pues perfecto, menos horas estarás. ¿Es tu nuevo uniforme? ¿Vas a ir así? Como aparezcas con ese pantalón de pijama caído por la cadera y con el pecho descubierto, te quedas sin más de la mitad de la plantilla. Vas a hacer caer a todas las mujeres a tu paso.

—No eres más tonto porque no naciste antes. —Soltó una carcajada—. Voy a vestirme, quería ver que estabas bien.

—Gracias —me sonrió con cariño—. Estoy estupendamente, lo mismo que espero que estés tú.

—Que sí, pesado —negué dándole la espalda—. En unos minutos salgo.

—No hay prisa, tómate tu tiempo.

Me giré hacia su puerta, la cerró de golpe, mientras escuchaba su risa. Entré la habitación y me dirigí al armario, del que saqué un traje y una camisa, más todo lo necesario para prepararme. Entré en el baño, lo último que hice fue lavarme la cara con agua fría.

Me vestí junto a la cama y eché un vistazo a mi imagen en el espejo de cuerpo entero que había en una de las puertas del armario. Conforme con mi imagen, entré en el baño de nuevo para echarme perfume y arreglarme un poco el pelo. No necesitaba mucho, solo me pasé las manos para darle la forma que me gustaba.



—¿Qué te parece si salgo pasadas las tres y vamos a comer? ¿Aguantarás el hambre? —le pregunté a Irvin.

Estábamos en el aparcamiento habilitado de la empresa, fuera del coche. Él apoyado en la puerta del conductor y yo frente a él.

—Por mí no te preocupes, me va perfecto —asintió—. ¿Volverás después?

—No.

—¿Entonces cómo voy a negarme? —sonrió con picardía.

—Ya lo imaginaba —negué—. Te voy a hacer caso por una vez en la vida.

—Joder ¡qué honor! —Levantó las manos haciéndome una reverencia.

—¡Quieres parar de hacer el...! —Terminé carraspeando, mirando de reojo a los dos hombres que se nos quedaron mirando, mientras caminaban hacia el edificio.

Debían ser trabajadores míos, pero todavía no los había conocido. Ni idea de a qué departamento pertenecían.

—Perdón, me has emocionado. —Rio.

—Lárgate ya si no quieres que cambie de idea.

—Ya no estoy, soy producto de tu imaginación —dijo entrando rápido en el coche. —Reí—. Estaré aquí puntual a las tres, no te preocupes si te retrasas —asentí.

—Hasta luego.

Escuché su despedida por la espalda, mientras caminaba hacia la entrada.

—Buenos días, señor O’Neill —me saludó la recepcionista.

Iba a devolverle el saludo como cada mañana y pasar de largo, pero me acerqué al mostrador para arreglar un pequeño asuntillo.

—Buenos días. Lo lamento, no recuerdo tu nombre. Me gustaría que me lo dijeras para dirigirme a ti más personalmente, la próxima vez.

—Oh, me llamo Rut —me sonrió tímida—. Gracias por el detalle, señor O’Neill.

—Es lo mínimo que puedo hacer. Hasta ahora, las veces que te he visto en tu puesto de trabajo estabas al teléfono y has parado la conversación para saludarme. No quería interrumpirte. Por favor, puedes llamarme por mi nombre. Siempre que no sea necesario, dirígete a mí como Brayden.

—Eh, sí, claro. Como quiera —dijo con las mejillas ruborizadas.

Apoyé una mano en el mostrador, observándola con atención. Me dio una sensación que necesité aclarar.

—¿No haces lo mismo hacia los jefes de los departamentos? ¿Cuánto tiempo llevas trabajando aquí, Rut? —Me dirigí a ella de esa forma más personal para que sus nervios desaparecieran.

—Llevo seis años. Y no, la verdad es que siempre me dirijo a ellos por sus apellidos, con breves saludos.

—¿Marcan ellos la distancia? —Ladeé ligeramente la cabeza.

—No tengo trato directo con ellos —dijo avergonzada.

—¿Llevas seis años aquí, siendo una de las primeras personas que se encuentra uno al entrar, y no se han acercado, aunque sea para hacer algún comentario tonto, por ejemplo, sobre el tiempo que hace?

—Eh, no. —Un rojo intenso cubrió sus mejillas. Arquee una ceja—. Bueno, el señor Martínez sí que se acerca y se para. Es simpático conmigo.

Se refirió a Alejandro, el jefe de personal. Asentí despacio.

—Me alegro. Hablaré con él y con el resto. —Agrandó los ojos.

—¿Para qué? Quiero decir... —Carraspeó para aclararse la voz—. Espero que no haya

malinterpretado mal mis palabras, no lo estaba diciendo a modo de queja.

—He interpretado perfectamente tus palabras, Rut —sonreí, provocando que soltara un suspiro—. No tienes nada de lo que preocuparte.

—Gracias, señ... Brayden. —Amplíé la sonrisa.

—Cuando he dicho que hablaré con ellos es porque en mi empresa, en todas las delegaciones que dirijo, hay un trato muy personalizado entre todos los trabajadores, independientemente del puesto que ocupe cada uno.

»No admito diferencias, cada persona ejerce un papel importante dentro de la empresa y no veo correcto que tú, como podría ser cualquier otro, lleves aquí tantos años y ni siquiera se dirijan a ti por tu nombre. Porque doy por hecho que es así, ¿correcto?

—Sí —susurró—. Tampoco cuando les paso las llamadas.

—Tranquila, lo tengo todo bajo control. Si alguno se excede o te hace algún comentario fuera de lugar, después de hablar conmigo, quiero que me lo digas para tomar medidas inmediatas. — Volvió a agrandar los ojos—. Rut, a mi cargo tengo personas, no máquinas. ¿De acuerdo? La amabilidad y el respeto van por delante de cualquier otra cosa.

—No sé qué decir. —Tragó saliva, nerviosa.

—Con que me desees que tenga buen día, está más que genial. —Mis labios se curvaron hacia un lado, muy sutilmente.

—Que tenga muy... —Carraspeé y cambió en la forma de dirigirse a mí—. Que tengas muy buen día, Brayden.

—Gracias, Rut. Igualmente —asentí.

Di un pequeño golpe en el mostrador y me alejé de ella. «Otra cosa por hacer», me dije, soltando el aire despacio. Pero no lo iba a dejar pasar, me parecía inconcebible que Rut fuese invisible para los altos cargos, con los compañeros de los departamentos no era así. La había visto interactuar con muchas personas diferentes.

Me paré frente a las puertas del ascensor, junto a los que esperaban a que llegara y se abrieran. Me saludaron, no conocía a ninguno, pero supuse que ellos sí que sabían perfectamente quién era yo, las voces corren muy rápido. Tuve una breve conversación con ellos, hasta que las puertas del ascensor se abrieron. Cuando salieron varias personas del interior, entré mirando la hora en el reloj de pulsera. Sacudí la cabeza, eran las nueve y media, inaudito para mí llegar a esta hora.

Seguí con la vista cómo el ascensor ascendía, hasta que se abrió en la planta en la que estaba

mi despacho. Salí de él, y continué saludando a todos los que me encontré a mi paso. Los últimos metros vi a Alejandro venir en mi dirección.

—Buenos días, Brayden —me saludó y asentí.

—Buenos días, Alejandro. ¿Qué se te ha perdido por aquí tan temprano? —sonrió.

Su despacho, junto al departamento laboral, estaban una planta por debajo de la mía.

—Te estaba buscando.

—¿Sucedó algo?

—Nada relevante. Es solo que en diez minutos viene la chica de la que hablamos, para hacer la entrevista. He pensado que te gustaría estar presente cuando se la haga.

—Me parece perfecto, cuando terminemos me tomó un café. Hoy lo necesito.

—Te da tiempo.

—No te preocupes, no quiero ir con prisas. Vamos a tu despacho. —Me aparté para que pasara por mi lado—. Gracias por avisarme.

—No es nada, sabía que te gustaría la idea.

—Pues sí. Veamos si toda la información que aparece en su currículum es cierta. —Le apreté un hombro.

—Me gustará verte en acción, lo estoy deseando. —Rio en tono bajo.

—Estás a punto de descubrir una cara muy diferente de mí —carraspeé—, pero serás tú quien dirijas la entrevista. Yo me mantendré al margen, observando, solo para hacer algunas preguntas clave.

—Ahora me has dejado intrigado —dijo divertido—. De acuerdo, gracias.

—No me las des, es tu trabajo.

Esta vez bajamos una planta por las escaleras. Al llegar caminamos por el pasillo central, mientras fuimos saludando a varios trabajadores.

—Todos los que se han reunido contigo hablan muy bien de ti, comentan que te muestras muy

cercano y que eres muy agradable —dijo.

Me quedé callado, al localizar a cierta persona fuera de su puesto de trabajo. Olaya estaba aquí, varias plantas por encima de la suya y entendí el motivo. Estaba al lado de una mujer, en su mesa, y por la forma en la que gesticulaban y se hablaban, me quedó claro que se conocían bastante, o que eran amigas.

Estuvo sonriendo hasta que sus ojos se encontraron con los míos. Justo cuando sucedió la sorpresa cubrió su rostro. Fue evidente que no esperaba verme. Dirigí la vista hacia delante, mientras caminaba. No me había parado. Me sentí observado, y no dudé ni por un instante de por quién.

—Es mi finalidad, una muy necesaria hacia todos —continué la conversación con Alejandro—. Ya que has sacado el tema te comento que, dentro de un rato, cuando estemos solos y tranquilos, te hablaré de una cosa.

—Claro.

Llegamos a su despacho, el que abrió dándome paso. Una vez dentro me giré hacia la puerta. Antes de que Alejandro la cerrara, mis ojos volvieron a encontrarse con los de Olaya, con más distancia de por medio. Todavía no había apartado la atención de mí y me pregunté si realmente era consciente de ello. Su imagen desapareció cuando Alejandro cerró.

Capítulo 12



Olaya

Me costó salir como de una especie de aturdimiento.

«Oh, joder», me lamenté cuando me di cuenta de lo que había estado mirando.

Noté de golpe calor en las mejillas, con el recuerdo de los ojos de Brayden, el dueño de la empresa, puestos en mí, mientras yo no apartaba los míos de él. La vergüenza se apoderó de mí y maldecí porque no sabía el motivo por el que había reaccionado de esa forma.

No esperaba verlo en la planta donde trabajaba Olivia, y cuando me había dado cuenta de su presencia, caminando junto a Alejandro por el pasillo central, tan imponente, tan elegante, tan, tan... Mierda, su atractivo destacaba incluso con metros de distancia. Había visto varias cabezas levantarse hacia él, las del género femenino ganaron por goleada.

Si Olivia no me hubiese avisado con un gesto, para que mirara en su dirección... Pero lo había hecho y yo había picado por mera curiosidad, para saber qué le había llamado la atención. En ese momento mi cuerpo quedaba de lado hacia el pasillo, ella estaba de cara a él, por lo que mi amiga los había visto desde el principio.

Como digo mi cuerpo había estado de lado, pero ahora mismo variaba mucho de su posición inicial. No sabía en qué momento me había movido, como impulsada por la necesidad de seguirlo con la vista. Me había quedado dándole la espalda a Olivia, mirando hacia la puerta cerrada del despacho de Alejandro.

Sacudí la cabeza ligeramente y me giré despacio hacia ella, sabiendo que me iba a ver roja como un tomate. Su reacción ya me esperaba, tenía las dos cejas levantadas, me observaba intrigada y... ¿Con diversión? ¿No se había perdido ningún detalle? ¿Se había dado cuenta? Menudas preguntas más tontas, por supuesto que sí. ¿Cómo no? No había disimulado ni un poquito. Volví a maldecir interiormente, sintiéndome agobiada, mientras ella continuaba analizándome a conciencia.

Casi al final de la tarde del mismo día que Olivia faltó desde primera hora de la mañana, cuando se fue para hacer las gestiones que le encargó Alejandro, el mismo día que yo llegué tarde y sofocada, y me encontré por primera vez en este edificio con Brayden, en el despacho de Axel, mi jefe, ella me llamó cuando yo ya estaba en casa, para ponerme al día de las novedades de las que se había enterado y que no pudo contarme porque estuvo muy liada yendo de un lado para el otro, durante todo el día.

El supuesto notición que no me pudo contar era lo que descubrí por mí misma ese día, que el dueño de la empresa, el jefe supremo, estaba de visita y se iba a quedar un tiempo, no supo decirme por cuánto. Así se refirió al señor O'Neill. Ni siquiera le pregunté cómo se enteró con lo poco que estuvo ese día en la empresa. ¿Fueron minutos? Pero la dejé callada de golpe y sustituí su emoción por una muy diferente. Imposible que lo viera venir cuando le conté que ya lo había conocido y que, bueno, digamos que anterior a ese día tuve un pequeño encontronazo con él en la calle.

Soltó un grito al escuchar la última parte y estaba segura, apostaba por ello, que si la hubiese tenido delante habría visto su boca formando una «O» perfecta, durante un buen rato, el mismo que se mantuvo callada a través de la línea de teléfono. Después de mi confesión no dejó de preguntarme cosas, acelerada. Algunas las respondí, otras las evité muy sutilmente, pasando a otro tema.

Desde aquel día, cuando salí del despacho de Brayden, de nuestra breve reunión, no había vuelto a verlo. No pensé que cuando llegara el momento yo reaccionaría como lo había hecho. Porque es obvio que en cualquier instante podía suceder estando en el mismo edificio tantas horas y siendo quien era. Todavía no entendía el por qué me había girado siguiéndolo con la mirada, y para colmo, me había pillado con toda mi atención puesta en él, antes de que Alejandro cerrara la puerta de su despacho.

—¿Es muy interesante la puerta de mi jefe? —me preguntó casi en susurros, con una media sonrisa pícaro.

—Como cualquier otra. —Carraspeé para aclararme la voz, igualando su tono de voz.

Continuamos hablando en tono muy bajo, para no llamar la atención de sus compañeros, que ocupaban las mesas cercanas a la de ella.

—¿Desde cuánto te sonrojas al ver a Alejandro? A no, que no ha sido por él. —Soltó una risilla.

—Menos cachondeo. —Fruncí los labios, agobiándome cada vez más.

—Es lo más normal del mundo, Olaya —me sonrió, pero esta vez no hubo nada de doble sentido en su gesto, fue sincero—. ¡Joder, cómo está ese hombre! —Jadeó.

—Me interesa bien poco cómo esté. —Fruncí el ceño.

—Ya... —Su sonrisa volvió a cambiar.

—Buenos días, ¿el despacho del señor Alejandro Martínez? Tengo una cita con él.

Olivia y yo giramos las cabezas a la vez, buscando a la mujer que había hablado. Se dirigió a un compañero de Olivia, Miguel, su mesa era una de las primeras que se encontraban a uno de los lados del pasillo central.

Miguel le respondió y después la guio con gestos hacia dónde tenía que dirigirse.

—Gracias —le sonrió ella.

Disimuladamente la seguimos con la mirada. Se paró frente a la puerta y tocó con los nudillos. E inexplicablemente algo se me removió por dentro. No le dieron paso, fue Brayden quien le abrió personalmente. Vi su cara perfectamente, por la diferencia de altura con la mujer, la de ella no, al darnos la espalda. No detecté ninguna emoción en él, ni nada de nada. Se mantuvo serio, mientras se apartaba un poco para que entrara.

Dejamos de ver a la chica, se perdió dentro del despacho, pero lo que sí vi, y maldecí de nuevo, fueron los ojos de Brayden encontrarse otra vez con los míos. En cuanto ella pasó por su lado, él levantó la mirada, encontrándome por segunda vez en la misma situación. Me giré rápido y le di la espalda, tan rápido, que faltó poco para que Olivia se cayera.

Se había acercado tanto a mi espalda, curiosa hacia esa mujer, que moví su cuerpo con el mío. Me moví rápido, la agarré de un brazo para estabilizarla.

—Hemos pasado súper desapercibidas —dijo seria, pero después soltó una carcajada.

—Cállate. —Sí, mi petición sonó a súplica para no llamar más la atención.

Fue por el sonido de su risa, no porque hablara fuerte.

—Tranquila, ha cerrado rápido la puerta.

—Pues mira que bien —siseé.

—¿Qué te pasa con el señor O'Neill?

—Lo sabes perfectamente. —Rodeé su mesa.

—No —negó con efusividad—. Vamos a tomarnos un café. —Me siguió.

—Acabamos de venir de la cafetería —dije mirando de reojo hacia la puerta.

—¿Y? Tu estado de ánimo y lo que está pasando aquí, requiere medidas desesperadas. Si tenemos que duplicar la dosis de cafeína, es lo que vamos a hacer, ahora mismo.

—No hace falta. —La miré agradecida.

—A callar, mueve las piernas y el culazo. Vamos. —Empezó a caminar—. Sé que quieres que me quede en mi mesa para estar pendiente de cuando salgan y cómo lo hacen.

—Eso no es verdad. —Fruncí el ceño, caminando detrás de ella.

—Tranquila, da tiempo a todo. No creo que esa mujer salga tan pronto del despacho de Alejandro. No trabaja aquí, por lo tanto, solo hay un motivo por que se hayan reunido.

—¿Ha venido a hacer una entrevista? —La miré de reojo cuando me puse a su lado.

—Es cuestión de segundos que me entere. —Rio—. Enseguida lo sabremos.

Sacudí la cabeza y no sé por qué, pero todo el conjunto sobre esa mujer me produjo una sensación rara.

Olivia estaba en su salsa, la emoción irradiaba de ella por el cotilleo, al mismo tiempo, de vez en cuando, me miraba preocupada. Yo, sinceramente, no sé cómo me sentía al respecto de todo. Estaba claro que avergonzada, de eso no tenía ninguna duda.

Esperaba que pasara mucho, pero que mucho tiempo, hasta que volviera a cruzarme con el señor O'Neill. Me aferré a esa idea firmemente, con la esperanza de que, llegado el momento, se le hubiese olvidado lo de hoy.

Cuando estuvimos en la planta principal, Olivia me agarró de la mano, cambiando la dirección de mis pasos. Me llevó hasta la recepción, para pedirle a Rut que nos acompañara a tomar un café. Aceptó encantada, después de decirle a su compañera que trabajaba detrás de la puerta que tenía a su espalda, que le hiciera el favor de cubrirla unos minutos. Así lo hacían cada vez que Rut tenía que dejar su puesto de trabajo, como era el caso de su tiempo para desayunar. Esta vez era una excepción, pero sería rápido.

—¿Sabes quién es la mujer que se ha reunido con Alejandro? —le preguntó Olivia, sin perder tiempo, en cuanto ocupamos una mesa con tres tazas de café.

El mío era descafeinado porque al paso que iba y con los nervios que tenía...

—Ha venido a una entrevista de trabajo, para un puesto en el área de la dirección —respondió Rut.

—¿Una nueva jefa? —Jadeó Olivia.

—No, por lo poco que sé es para estar cerca de ellos. No sé exactamente que trabajo desempeñaría, a lo mejor asistente de dirección, o yo qué sé. Supongo que es para prestarles ayuda a todos y liberarlos de trabajo, pero en la planta de dirección seguro.

—Perfecto.

Esa simple palabra, que de simple tenía poco, salió de mis labios antes de que me diera cuenta. No pude retenerla, me dejé llevar por el impulso. Rut no le dio el significado que tenía, Olivia no tuvo problema en darle forma.

Trabajar en la planta de dirección equivalía a estar en la misma en la que el señor O'Neill tenía su despacho, aunque no solo lo ayudara a él con sus tareas, sino también dividiéndose entre los demás jefes de departamento. Me moví en la silla, sin entender ni una de mis reacciones ni qué mierda me pasaba.

—¿La habéis visto? Qué tipazo tiene y qué clase... Su ropa era de marca y tan ceñida. Si me subo yo a los tacones que llevaba me caigo al dar el primer paso —comentó Rut, divertida, con la inocencia de no saber cómo estaba yo por dentro.

Olivia me miró de reojo, pero no se dirigió a mí sabiendo que no era el momento.

—La hemos visto, Olaya me ha acompañado a mi puesto de trabajo después de salir de aquí.

—Oh, es el segundo café que os tomáis en poco tiempo —dijo Rut, mirando nuestras tazas.

—Hoy el día se presenta complicado —nos justificó Olivia.

—Lo entiendo, y encima es viernes. —Rut arrugó la nariz—. Tengo unas ganas de que llegue la hora de salir —soltó un suspiro—. ¿A qué no sabéis que me ha pasado esta mañana?

Las orejas de Olivia parecieron moverse en su dirección, ante una nueva noticia.

—Ni idea, cuenta —le pidió interesada.

—El señor O'Neill se ha parado en la recepción, cuando ha llegado. Ha sido muy amable y

me ha sorprendido —sonrió de oreja a oreja.

—¿Sobre qué?

—Solo se ha acercado para que le recordara mi nombre. Se lo dije el primer día que llegó, pero él estaba al teléfono y por lo visto no se enteró muy bien. Quería saberlo para dirigirse a mí personalmente —asintió varias veces.

Olivia silbó, yo me mantuve inexpresiva, escuchándola.

—Y no solo eso. —Rut bajó aún más el tono de voz, apoyando el pecho en la mesa—. Me ha preguntado si yo tenía contacto con los jefes de los departamentos, si se relacionaban conmigo por mi nombre de pila.

—¿Qué le has dicho? —preguntó cada vez más curiosa Olivia.

—La verdad. Que no, menos con Alejandro. —Arrugó la nariz—. Para el resto soy inexistente. —Rio—. Nunca me ha importado. —Se encogió de hombros, pero su cara indicaba lo contrario—. Vengo, hago mi trabajo y se terminó. Tu jefe sí que cada vez que me habla se dirige a mí de forma diferente —sonrió hacia Olivia, al referirse a Alejandro de nuevo.

—Estoy orgullosa de mi Alejandrito. —Rio ella. Tenían mucha confianza.

—Me he quedado un poco intranquila.

—¿Por qué?

—Es que me ha dicho que iba a hablar con ellos sobre ese tema. —Carraspeó.

Olivia agrandó los ojos. Desconecté de lo que dijeron a continuación, me alejé de la conversación y de ellas.

—¿Estás bien, Olaya? —Miré a Rut, me observaba preocupada.

—Sí. Tengo unas cosas en mente que me tienen despistada.

—Ánimo, que ya termina la semana. —Intentó animarme y le sonreí agradecida.

—Por fin, menuda semana —dije negando.

—Oh, creo que la han cogido para el puesto —dijo Rut de repente, susurrando.

En un principio no entendí a qué se refería, no pensé bien en sus palabras porque había perdido el hilo de ese tema. Hasta que seguí con la mirada la dirección de la suya. Mi reacción volvió a golpearme fuerte, tragué saliva y se me erizó el vello.

Alejandro, junto a Brayden y esa mujer, con la que se habían reunido para la entrevista, acababan de entrar en la cafetería.

Me hice pequeña en la silla, rezando para que no me viera uno de ellos. No hace falta aclaración.

—Joder —murmuró Olivia, mirándome de reojo.

Interpreté en sus ojos un «lo siento». No quise pensar en el significado de eso, ni en el motivo.

Seguí con la vista a los tres. Caminaban, hablaban, se sonreían, incluso ella rio en varias ocasiones cuando se pararon frente a la barra. La mirada de ambos hombres estaba puesta en ella, como si no hubiese nada más interesante que ver. Seguramente no lo había, esa es la gran realidad cuando solo esa mujer acaparaba la atención de los dos.

—Vuelvo a mi trabajo —dije bebiéndome el café de golpe.

—Te acompaño —comentó rápido Olivia.

—Sí, yo también. Me he retrasado más de la cuenta. —Soltó una risilla Rut.

Me supo mal no hablarle claro de cómo me sentía y del por qué. Lo haría, teníamos la suficiente confianza con ella para hacerlo. La considerábamos nuestra amiga, pero Olivia no daría el paso porque eso me pertenecía a mí. Y yo, pues no tenía el día como para entrar en detalles, así de simple.

Nos levantamos, yo más rápido que ellas, al darme cuenta de que un par de ojos estaban puestos en mí. Cogí una bocanada de aire y caminé ligera, ignorando todo, menos la salida de la cafetería. No sé por qué, pero necesité salir cuanto antes. Olaya y Rut me siguieron de cerca.

Capítulo 13



Brayden

—Pues me parece que todo está claro, Débora —comentó Alejandro, dando por finalizada la entrevista.

Me miró unos segundos y asentí, dándole la conformidad.

—Bienvenida a la empresa —le dijo levantándose de la silla, ofreciéndole la mano.

—Gracias —sonrió de oreja a oreja ella, imitándolo.

—No hay de qué, tu trayectoria te avala.

—Me volcaré en mi trabajo —dijo emocionada—. Gracias, Brayden.

Pasé por alto que se dirigiera a mí tan personalmente, de buenas a primeras. Hasta ese instante me había mantenido bastante callado, al margen. Tal y como le advertí a Alejandro había intervenido muy poco. La entrevista la había dirigido él. Alejandro me presentó como Brayden O'Neill y me dio paso para que yo añadiera que era el dueño de la empresa, en el primer apretón de mano que le di a Débora.

Me contradije ante mi necesidad de tener un trato personal con los empleados, pero es que por muy bien que hubiese ido la reunión, ella aun no formaba parte de la empresa, por así decirlo. Faltaba que se firmara el contrato y... No sé, quizás esto que estoy diciendo no tenga ningún sentido, pero detecté algo en ella, más o menos a la mitad de la entrevista, que me hizo analizarla a conciencia y ahora tener esta reticencia.

Había seguido muy atento todos sus gestos, movimientos, palabras y miradas de reojo, y si estaba en lo cierto, lo que sucedía casi siempre, el pensamiento que tenía ella estaba muy equivocado, referente a mí. No estoy diciendo que no me equivoque, claro que sí, pero basándome en mi intuición cuando tenía a alguien delante, pocas veces erraba en mi primera

impresión.

La vi venir de lejos, pero me callé. Suponía un gran activo para la empresa en cuanto a profesionalidad, estudios adquiridos, experiencia, habilidades y resolución.

De igual modo, a mí me quedaban los días contados aquí, no volvería a verla en muchísimo tiempo. Eso si Débora continuaba en la empresa. Alejandro sería el encargado de mantenerme informado una vez me fuera, de sus avances y de sus movimientos hacia los jefes de los departamentos.

Si tenía que echarla se lo ordenaría directamente a él, sin que me temblara el pulso. Sus estudios y sus capacidades, por muy aptos que fuesen, no valdrían de nada porque por encima de todo lo profesional, para mí estaba lo personal. La actitud que tomara con el tiempo sería determinante para ella. Aquí se venía a trabajar, no a coquetear deliberadamente.

Aparté esos pensamientos porque me llevaron por un camino inesperado, con el que yo mismo me sorprendí.

—Bienvenida —me limité decir hacia su agradecimiento.

Me levanté también, para estrecharle la mano.

—Mañana sobre las nueve tendremos la documentación preparada. Ven a mi despacho directamente, te estaré esperando —le comentó Alejandro.

—Vale —asintió satisfecha—. Espero que no os parezca atrevido, pero estoy muy feliz. ¿Os puedo invitar a un café? —Pasó la mirada de uno a otro.

—Te lo agradecemos, pero no hace falta, Débora.

Las palabras de Alejandro sonaron amables, sin ningún matiz que la hiciera saber que su negación tenía que ver más conmigo que con él. Se había dado cuenta de que, al escuchar su invitación, mi espalda se había enderezado, hasta quedarse recta por completo.

Con el poco tiempo que hacía que nos conocíamos, él había sabido leerme perfectamente.

—Insisto, os estoy muy agradecida. —Juntó las manos, sonriente, volviendo a mirarnos a los dos.

Alejandro se vio en una encrucijada y al final dirigió la vista hacia mí, sin saber qué más decir para no ofenderla. Yo opté por hacer las cosas fáciles. Decidí aceptar el café, el que me bebería rápido, así me ardiera la garganta, y hasta que Débora se incorporara a su puesto de trabajo, no volvería a saber de ella.

—De acuerdo. Por mi parte será muy rápido, he dejado muchas cosas desatendidas —dejé claro desde el inicio.

—Claro —asintió.

Alejandro rodeó la mesa y cuando se paró a su lado, le indicó que saliera la primera.

—Por favor. —Señaló la puerta con una mano, cortés.

—Gracias. —Le correspondió ella, cantarina.

Cuando se adelantó y no nos veía, Alejandro me miró de reojo. Mi reacción fue encogerme ligeramente de hombros, indicándole que más tarde hablaríamos.

Débora no dejó de hablar en ningún momento. No supe si fue por la felicidad que había comentado, o porque era de esa forma por naturaleza. Desconecté dándole el honor a Alejandro de conversar con ella. Caminaron juntos, mientras yo me quedaba un par de pasos por detrás.

La mesa donde había visto a Olaya y la otra chica estaba vacía, mis ojos se dirigieron a esa zona por sí solos.

Recorrimos la sala principal de trabajo con su voz de fondo, esperamos el ascensor de la misma forma, nos montamos en él y yo... Yo ya estaba agobiado porque Débora no daba ni un respiro. Me limité a sonreír por cortesía cuando dirigía la mirada hacia mí. Tampoco quería que se sintiera molesta, pero tenía claro que de mis labios en algún momento saldría algún comentario para frenarla, si es que era necesario, una vez que se incorporara al trabajo.

Habló y habló, no tenía fin. Así entramos en la cafetería. Sustituía sus palabras por risas, mientras Alejandro se mostraba sonriente y cómodo hacia ella, cosas que sabía que eran forzadas. No necesitaba conocerlo de años, como le había pasado a él conmigo. Me quedó claro desde el primer instante.

Una sensación extraña me recorrió, mientras nos acercábamos a la barra a pedir. Servían en las mesas, pero como ya he dicho, por mi parte iba a ser muy rápido. La sensación continuó y se amplió, y disimuladamente hice un recorrido visual por las mesas que estaban ocupadas.

Y lo vi, lo entendí. Tres pares de ojos estaban puestos en nosotros tres. Rut, la recepcionista, Olaya y la chica con la que la había visto interactuar en la planta del departamento laboral. Actué tan bien que nadie, ni los que estaban conmigo, ni ellas, se dieron cuenta.

Por unos instantes me centré en Débora, al decirme algo. Le sonreí y le respondí amablemente, por suerte no había perdido el hilo de lo que decían. Pedimos los cafés, pero al final no permití que Débora pagara, y menos en mi empresa. Los invité a los dos, por lo que ella

se mostró más que agradecida y mucho más feliz.

Como si tuviese importancia un café con leche... Eso fue lo que pensé, antes de dejarme de rodeos y dirigir directamente la mirada hacia la mesa que ocupaban las tres chicas. Más concretamente la fijé en una de ellas: Olaya. En ese instante se levantaban y me dio la impresión, que, al encontrarse con mis ojos desde la distancia, ella lo hizo a la carrera. De esa forma casi salió de la cafetería.

Pasaron pocos segundos cuando me sorprendí hablando. No por hacerlo en sí, sino por lo que dije.

—Enseguida vuelvo, dadme unos minutos y me reúno con vosotros de nuevo —comenté hacia Alejandro y Débora.

No esperé a que me contestaran, metí las manos en los bolsillos del pantalón del traje y caminé hacia la puerta de la cafetería, alejándome de los dos.

En cuanto la traspasé, localicé a las tres a unos metros de distancia, por lo que mis pies se movieron un poco más rápidos. No me paré a pensar en lo que estaba haciendo e iba a hacer.

—Olaya —la llamé en alto. Se pararon a la vez.

Su espalda se puso recta al escuchar mi voz y tardó bastante más tiempo del normal en girarse despacio hacia mí.

—Hola, Brayden —me saludó sonriente Rut.

«Lo que cambia la cosa», me dije. La cercanía que mostró y el escuchar mi nombre de sus labios, me pareció de lo más normal. Lo que no me había pasado hacia una de las personas que me esperaban en la cafetería. Las intenciones se notan, ahí lo dejo.

—Hola, Rut —asentí hacia ella. La curva de sus labios se amplió.

Dirigí la mirada hacia las otras dos. Con la que nunca había hablado me observaba con curiosidad y una media sonrisa.

—No nos conocemos todavía. —Fue a la siguiente a la que le hablé.

—No —ladeó un poco la cabeza—, pero sé quién es.

—A estas alturas lo imagino.

—Hola, señor O’Neill. Mi nombre es Olivia, trabajo en el departamento laboral. —Me ofreció una mano.

—Encantado Olivia. —Acepté su gesto—. Ya que hemos empezado a hablar, ven a mi despacho dentro de una hora. Estoy conociendo a todos los trabajadores individualmente —le aclaré, aunque era consciente de que no hacía falta. Su expresión me lo confirmó.

—Claro, en una hora estaré llamando a su puerta —asintió.

—Estupendo.

Moví la cabeza despacio, hacia Olaya. En ese instante se quitaba algo imaginario de la ropa, con toda su atención puesta en conseguirlo.

—¿Me dejáis un momento con Olaya? —Me dirigí a las otras dos.

La cabeza de Olaya se levantó de golpe, nuestros ojos se encontraron.

—¿Por y para qué? —Quiso saber.

Levanté una ceja como respuesta.

—No creo que tenga que recordarte quién soy y lo que hacemos los dos en esta empresa. —Mi voz sonó sin ningún matiz, quizás bastante fría.

Oí un carraspeo, vino de Olivia que estaba a su lado. Rut se limitó a observarnos, un poco sorprendida.

—No hace falta —susurró desviando la mirada.

Pareció un susurro simple, pero nada que ver con lo que transmitió.

—Luego nos vemos —le habló Olivia.

Olaya asintió, al igual que hizo ante la despedida de Rut. Las vi separarse, una yendo al ascensor y la otra a la recepción. Bajé la vista a Olaya. Había cruzado los brazos y movía un pie, subiendo y bajando la punta, impaciente por escucharme para poder irse. Impaciente, molesta y algunas cosas más que me reservo.

—¿Hay algún problema? —le pregunté.

—Que yo sepa no. —Frunció el ceño—. ¿Usted tiene alguno?

—¿Ahora soy usted? ¿Después de reunirnos? —hablé con voz más profunda.

—Después de eso, sí.

—No entiendo tu actitud. —Arqueé las dos cejas.

—Es mía, no tiene que entender nada mientras realice mi trabajo como siempre. —Elevó la barbilla.

—Ya veo. —Tuve el impulso de sacar las manos de los bolsillos, pero lo retuve porque no sé qué narices quería hacer con ellas—. Según Axel y todos los demás cargos superiores, tu actitud y comportamiento siempre brillan por tu profesionalidad. ¿Están equivocados?

Sí, fui directo a lo que sabía que la iba a molestar. Ni puñetera idea por qué. Ante mis palabras descruzó los brazos y los dejó caer a los lados de su cuerpo, mientras me miraba con los ojos entrecerrados.

—Soy todo lo profesional que dicen.

—Ahora mismo no me lo parece. No sabes el motivo por el que te he parado al llamarte, y tu postura delante de mí dista mucho de la que me había creado en la cabeza.

Cogió una bocanada de aire, la misma que soltó muy despacio.

—Lo lamento, señor O'Neill. Hoy no tengo un buen día, he estado fuera de lugar.

—¿Algún problema en tu puesto de trabajo? —Fruncí ligeramente el ceño.

—No, es personal.

Durante unos segundos nos mantuvimos la mirada, ninguno de los dos hizo el intento de apartarla.

—Entiendo. —Hice una pausa—. Si puedo ser de ayuda...

—Se lo agradezco, pero no —me interrumpió rápido.

Una chispa de sorpresa se reflejó en sus ojos.

—Como quieras. ¿Qué hacías en el departamento laboral?

«¡Cómo si no lo supieras!», me gritó una vocecilla dentro de la cabeza. La bloqueé porque

simplemente quería saberlo por ella.

—Muchos compañeros van a él.

—Lo doy por hecho, pero todos por algún motivo concreto si no trabajan en él.

—Por mi amiga, Olivia —susurró.

—¿Rut también lo es?

Estaba haciéndole preguntas tontas porque para mí eran lógicas, pero... Apreté los puños dentro de la tela de los bolsillos, fue una reacción al darme cuenta de que solo buscaba alargar el momento.

—Sí —confirmó—. ¿Qué quería decirme?

—Déjalo estar, puedes irte. —Agrandó los ojos.

—Siento si no le he tratado como...

—No es nada, espero que mejore tu estado de ánimo. Adiós Olaya.

Me giré dándole la espalda y caminé con pasos cortos hacia la puerta de la cafetería, con muchos, muchísimos pensamientos rondándome en la cabeza. Y sensaciones, demasiadas, como para hacerles frente en este instante.

Capítulo 14



Olaya

—Mierda y más mierda —siseé en un susurro.

Acababa de meter la pata hasta el fondo con... con Brayden. Al menos en mi mente podía decir su nombre.

Él había tenido razón, mi comportamiento había estado fuera de lugar. Joder, que era el dueño de la empresa. Me mordí el labio inferior, nerviosa, mientras lo veía alejarse de mí. Su espalda era impresionante, la chaqueta del traje se amoldaba a ella como un guante.

Sus hombros eran anchos, medidas que iban achicándose conforme deslizabas la vista por el resto de su cuerpo, dándole una forma más que perfecta a los ojos de cualquiera. Su pelo de un color oscuro, corto en la parte baja y más largo en la zona alta, destacaba con los mechones que, según sus movimientos, caían hacia su frente. Tenía pinta de ser sedoso y suave.

Todo él llamaba la atención con su sola presencia y aura.

Vuelvo a lo que me preocupa porque me he ido hacia donde no debía. Maldecí por ello y el malestar que se me había quedado por mi actitud hacia él, aumentó.

—Pues sí, la has cagado, y a lo grande —murmuré.

Lo vi entrar en la cafetería y acercarse a la barra, donde continuaban Alejandro y la mujer. Se paró junto a ellos e hice una mueca por el pinchazo que me dio el estómago, al ver la mano de ella posarse sobre el brazo de Brayden.

¿Era yo o se veía demasiada familiaridad entre ellos? La actitud de esa mujer no era normal con el poco tiempo que hacía que se conocían, y menos después de una entrevista que, seguramente, como había dicho Rut, había superado y pasaría a formar parte de la empresa.

Solté un suspiro, frunciendo los labios. ¿Qué me importaba a mí que fuesen a trabajar juntitos y la complicidad que tuviesen? Casi se iban a ver durante todas las horas del día, ella estaría muchas veces en el despacho de Brayden, si es que su puesto realmente era el de asistente de dirección. ¡Cómo si le ponía una mesa extra en su despacho! ¡Qué más me daba!

Al final, terminé bufando y me moví porque parecía tonta. Le di la espalda a la imagen, no quería saber nada más. Caminé hacia el ascensor y agradecí no encontrarme con nadie al esperarlo y cuando entré. Salí en mi planta y enseguida vi a Olivia sentada en mi silla. Levanté una ceja, a la vez que negué con la cabeza.

—¿Qué haces aquí? Al final Alejandro va a decirte algo. —Apoyé la cadera en la mesa.

—Está ocupado y sabes que por mucho que me ausente, mi jefe no va a decirme nada. —Curvó los labios—. ¿Cómo estás? —la pregunta la hizo seria.

—Perfectamente. ¿Me devuelves la silla?

—No, así te tengo controlada. —Rio en tono bajo—. Y no te creo, tu cara indica todo lo contrario.

—La he cagado —susurré acariciando la madera con los dedos.

—¿Qué dices? —Se inclinó hacia mí, mirándome preocupada—. ¿Qué ha pasado? ¿Qué quería?

—No sé por qué me ha hecho parar, al principio con mi actitud no le he dado oportunidad a decírmelo. —Hice una mueca—. La conversación se ha desviado con preguntas... Da igual, cuando le he pedido que me diga que quería, me ha dicho que lo olvidara. Estaba muy serio. —Me froté la frente.

—Joder. —Soltó un pequeño jadeo, con los abiertos al máximo—. ¿Qué actitud habéis tenido?

—Tirante. Yo he continuado con la misma que has visto. Mierda. —Cerré los ojos unos segundos.

—Uyyy... —Reaccionó sabiendo cómo habría resultado la conversación—. ¿Te ha parecido enfadado? —preguntó dubitativa, temerosa.

—No lo sé. —Y era una gran verdad porque no tenía ni idea. Brayden era como un libro cerrado para mí, y así debía continuar.

—No te preocupes, seguro que no ha sido tan importante. —Intentó animarme.

—Me he disculpado, y también me he excusado diciéndole que no tenía buen día, cuando me ha preguntado qué me pasaba. —Agarré el borde de la mesa con las manos.

—Entonces ya está, si algo me ha quedado claro de todas las personas que me han hecho comentarios sobre él, es que es comprensivo y accesible.

—Ya...

—Va, ánimo. —Se levantó despacio de la silla—. Mira, te devuelvo tu trono —le sonreí con cariño.

—Gracias, pero estaría mejor si fuese de oro.

—Anda, y el mío también. —Rio en tono bajo.

—Voy a centrarme en trabajar porque necesito que termine el viernes. —Me incorporé de la mesa.

—Sí, yo en cuanto Alejandro vuelva a su despacho tengo que reunirme con él —asintió.

—Que vayan bien las horas.

—Igualmente, cariño —me sonrió, antes de darme un beso en la mejilla—. No voy a preguntarte lo que habéis hablado, no quiero saber esto porque estoy preocupada por ti, pero si necesitas desahogarte...

—Lo sé. Tranquila, estoy bien.

—Nos llamamos dentro de un rato, ¿vale? —asentí.

Fue hacia el pasillo y desapareció por el acceso de la planta. Me dejé caer en la silla, desanimada y enfadada, con un nudo en el pecho que intenté aliviar bebiendo agua. No lo conseguí ni un poco, por lo que introduje la contraseña en el ordenador y me centré en el trabajo.

—Olaya —me llamó Axel a los pocos minutos.

Lo busqué con la vista, encontrándolo apoyado en el marco de la puerta de su despacho.

—Ven un momento, por favor.

—Sí —respondí en alto.

En mi interior la contestación fue muy diferente, irónica, como: *«estupendo, ahora es lo que necesito»*.

Me dirigí a su despacho y entré, cerrando tras de mí.

—Dime.

—Quiero que revisemos juntos una documentación —habló señalando la silla frente a su mesa.

—Claro —sonreí forzada.

Ocupamos cada uno la nuestra. Axel abrió dos carpetas y me ofreció una, deslizándola hacia mí por la mesa.

—No quiero que se me escape ningún detalle.

—Tranquilo.

—¿Te encuentras bien?

—¿Yo? Sí —respondí rápido.

—Te veo...

—¿Qué? —Volví a ponerme nerviosa.

—¿Triste? ¿Desanimada? —Frunció el ceño.

—Hay días en los que es mejor no levantarse de la cama. —Me encogí de hombros—. Pero estoy bien, solo que tengo el ánimo un poco revuelto.

—Espero que no sea nada.

—Gracias, no lo es —le sonreí.

—¿No ayuda ni que sea viernes?

—Por lo visto no —respondí divertida.

—Ya va cambiando tu expresión —sonrió al haber conseguido lo que buscaba.

—Gracias.

—No hay de qué. Te va a durar poco el subidón. —Señaló con la cabeza la carpeta y reí, provocando que su sonrisa fuese más amplia.

Durante una hora estuvimos concentrados en contrastar datos y en verificarlo todo. Le di mi opinión, como siempre hacía. Aunque no me lo pidiera era lo que esperaba de mí. Él hizo lo mismo y debatimos sobre el tema de trabajo por el que estábamos encerrados en su despacho.

—Te dejo libre —comentó cerrando las dos carpetas—. El lunes le echaremos el último vistazo con la perspectiva de una semana nueva. Después del descanso siempre se ve mejor todo.

—Tienes razón. —Me levanté de la silla.

—Que vaya bien lo que queda de mañana.

—Gracias, igualmente.

Fui hacia la puerta y salí, para dirigirme de nuevo a mi mesa. Me quedó claro que hoy no era el día en el que avanzaría en las cosas que tenía pendientes. El teléfono fijo sonó y sonreí al ver la extensión de Olivia.

—Voy a ir —dijo en cuanto descolgué.

—¿Eh?

—Que voy ya al despacho del señor O'Neill.

—¿Y para qué me lo dices? —Recosté la espalda en la silla.

—Porque quieres saberlo —dijo cantarina y puse los ojos en blanco—. Ya hablaremos con calma de lo que te está pasando. Yo lo tengo muy claro, pero tengo serias dudas de que tú lo sepas.

—A mí no me pasa nada. —Bufé.

—Ajá. Bueno me voy. Ah, por cierto, cuando he llegado a mi mesa, al cabo de unos quince minutos, han aparecido Alejandro y el señor O'Neill, solos. Se han encerrado en el despacho de mi jefe y han estado dentro hasta hace poco. Antes de irse, el señor O'Neill me ha pedido que le diera unos minutos para ir a su despacho.

—Pues muy bien. —Acaricié el teclado.

—Tranquila que sabrás la conversación que tenga con él como si la escucharas de una grabación —dijo susurrando, para después reír.

—No tienes remedio —sonreí negando.

—Lo sé, lo sabemos, pero a ambas nos encanta —habló cantarina—. Y que conste que mi información no la comparto nada más que contigo y con Rut, en lo que soy especialista es en enterarme de todo —dijo con guasa—. Herencia de mi madre, ¡qué voy a hacerle!

—Nada, disfrutar del proceso —comenté haciendo esfuerzos por no reír. Ya lo hizo ella por mí—. Que vaya bien.

—Gracias, cariño. Hablamos en un rato.

La verdad es que no quería saber lo que hablaría con Brayden. ¿O sí? Ay, mierda, otra vez con la indecisión. Mi hermano me daría una colleja, sin dudarlo. Yo no soy así.

Me presioné la frente, solté un suspiro, y me olvidé de todo, menos de mi trabajo. Eso fue hasta que recibí un correo electrónico en mi móvil, era de mi cuenta personal.

Lo abrí para despajarme y leí atentamente el texto:

«Buenos días, señorita Olaya.

Nos ponemos de nuevo en contacto con usted para saber si aún, hoy día, está interesada en la oferta de trabajo de la cual hemos hablamos varias veces.

El puesto continúa vacante, pero le hago saber que no será por mucho tiempo. Usted tiene las cualidades que buscamos, supera los requisitos y antes de que tomemos una decisión definitiva, nos gustaría saber si sigue interesada.

Gracias por su atención, quedamos a la espera de recibir noticias lo más pronto posible.

Att. Departamento de Recursos Humanos».

—Hoy no —solté un suspiro tembloroso.

Aparté la mirada de la pantalla del móvil, para fijarla en la del ordenador. El tiempo de decisión se me terminaba, cada vez era más limitado. Tragué saliva y no sé por qué, pero miré de reojo, disimuladamente, a los compañeros que tenía cerca de mí. Estaban enfrascados en sus trabajos.

—¿Qué hago? —me pregunté en un susurro, deseando que la respuesta llegara más clara que nunca a mi cabeza.

No fue así, tenía muchísimas más dudas que una semana atrás. ¿Por qué? Se suponía que sería

un cambio muy importante para mí, un avance a nivel profesional y personal. Eso sí, tendría que irme de España, el correo electrónico estaba escrito en inglés, un idioma que para muchos países era uno de los principales.

Me moví incómoda en la silla, inquieta y más agobiada de lo que había estado. Cogí el móvil entre las manos, salí del correo electrónico y le escribí a la única persona que conocía lo de la oferta de trabajo: mi hermano.

Olaya: *Hola, Pol. ¿Tienes planes para el final de la tarde?*

Dejé el teléfono al lado, esperando su respuesta, pero llegó rápido y volví a cogerlo.

Pol: *Hola, pequeñaja. Todavía no he hablado con Rodri, no tengo nada en mente. ¿Por? ¿Pasa algo?*

Se refirió a su mejor amigo.

Olaya: *No te preocupes, pero necesito hablar contigo. Es sobre el trabajo y mi indecisión. Acabo de recibir un correo electrónico y ya no me queda mucho tiempo para decidirme. Me he puesto nerviosa.*

Pol: *¿Te va bien a las siete y media? A esa hora ya te habrá dado tiempo a ducharte y a ponerte cómoda —sonreí.*

Olaya: *Puede ser antes, voy a trabajar hasta las tres y hasta el lunes no vuelvo.*

Acababa de decidir sobre la marcha que alargaría el horario de la mañana, para tener la tarde libre. Comería sobre las cuatro en el piso, era la mejor opción para alejarme del agobio que me provocaba la empresa hoy.

Pol: *Bien que haces. Iré a verte a las seis que como no te echas una siesta un rato, no pensarás con lucidez.*

Me lo imaginé riendo.

Olaya: *Pues no te voy a decir que no. Hoy lo necesito.*

Pol: *Llevaré tarde de chocolate, no sé por qué me da que la necesitas.*

Olaya: *Te quieroooo...*

Pol: *Pelotaaa... —Reí tapándome la boca con una mano—. Yo también te quiero, cariño.*

Hablar con mi hermano me animó, lo que me dio energía para trabajar todas las horas que tenía por delante.

Capítulo 15



Brayden

Por fin tenía un momento de tranquilidad, de calma para estar solo. Hacía pocos minutos que había entrado en mi despacho y me había faltado poco para cerrar la puerta con llave.

Caminé hacia el mueble bajo que estaba a la izquierda de la mesa y llené un vaso de agua. Me lo bebí de golpe y lo solté para caminar hacia la cristalera. Apoyé una mano en el cristal, inclinado hacia él.

Cuando Débora se fue, lo que agradecí, subí con Alejandro a su despacho. Durante una hora o más, el tema de conversación entre ambos lo acaparó Débora. Intercambiamos opiniones, en las que en un noventa y nueve por ciento coincidimos. Le había hablado claro, haciéndole saber mis pensamientos y percepciones respecto a ella. Entendió perfectamente mi visión y me comentó que me mantendría informado de todo, cuando me fuera.

También saqué el tema de Rut, la recepcionista. Ante esto tenía su propia versión, la que me contó al detalle. Después de eso afiancé más la idea de hablar con los altos cargos de la delegación.

Sabía que no fui el único agradecido cuando Débora se despidió de mí, hasta que se incorporara al trabajo. Tuve la sensación de que ella también se sintió aliviada porque, cómo decirlo, mi actitud y mi carácter fueron muy diferentes cuando me reuní con Alejandro y con ella en la cafetería. La conversación con Olaya no me sentó lo que se dice muy bien, me giró el humor, y como tampoco es que tuviese mucho en según qué temas...

El caso es que empecé a darle muchas vueltas a la cabeza y opté por mantenerme callado la mayoría del tiempo, después de soltar varios comentarios con los que dejé callada a Débora, se quedó sin saber qué decir. Obviamente no sobrepasé ninguna línea, no fui grosero ni impertinente, simplemente di mi punto de vista en la charla que mantenía con Alejandro. No me salía poner caras falsas, ni suavizar algo que consideraba cierto, por eso cada vez que me cabreaba o algo me alteraba, prefería estar solo para digerirlo a mi manera.

Cuando salí del despacho de Alejandro aproveché para recordarle a Olivia que subiese al mío, pero remarcándole que me diera unos minutos.

Y eso es lo que estaba disfrutando en este instante, de ese tiempo de silencio que no duraría mucho.

Separé la mano del cristal, incorporándome. La llevé a un bolsillo del pantalón, mientras mantenía la mirada fija hacia el exterior, hacia el cielo. No había ni una nube, ¿para qué? Ya las tenía yo todas encima. Sacudí la cabeza, notaba una ligera molestia.

Por suerte esta mañana, como si predijera cómo se iba a presentar el día, le había dicho a Irvin de ir a comer, para no regresar hasta el lunes. Sinceramente, y aunque me jodiera y me sorprendiera a partes iguales, tenía ganas de irme ya.

Nunca me había sucedido, jamás había tenido la necesidad de adelantar mi salida del trabajo, ni de dejar de lado mis obligaciones, estuviese en la empresa que estuviese. No lo entendía y más me fastidiaba el no comprenderme.

Me giré hacia la puerta cuando sonaron varios golpes.

—Adelante. —Di paso, mientras caminaba hasta mi mesa.

—Hola, señor O'Neill —me saludó Olivia—. ¿Necesita más tiempo? —me preguntó sin soltar el pomo.

—Te lo agradezco, pero no. Tranquila, entra.

Asintió con una pequeña sonrisa, cerró tras de sí y se acercó a la mesa. Los dos nos quedamos de pie, a cada lado. Le ofrecí que se sentara y cuando lo hizo la imité, acomodándome en la mía.

—Antes de comenzar, por favor, puedes dirigirte a mí por mi nombre.

—Como quieras, Brayden. —No tuvo problema en familiarizarse con ello.

—Estupendo —asentí despacio—. La verdad es que contigo tengo gran parte del trabajo hecho, solo quería que tuviésemos un trato más cercano.

—¿Sí? Oh, por mi jefe.

—Correcto. Alejandro me ha hablado de ti, después de comentarle que me reuniría contigo.

—Espero que... ¿Bien?

—Puedes estar muy tranquila al respecto, ha alabado tu trabajo y tu profesionalidad. También me ha comentado que tenéis mucha complicidad, me refiero a nivel laboral.

—Sí —asintió varias veces—. Nos conocemos muy bien. No en el sentido de hombre y mujer y las cosas que surgen... Ya me entiendes. —Hizo un gesto con la mano.

—Sí. —Fruñí un poco los labios—. Alejandro me lo ha dejado todo claro. —En sus labios se formó una gran sonrisa—. Doy por hecho que tu pensamiento acerca de la empresa es favorable. —Recosté la espalda en la silla.

—Por supuesto. Desde el primer momento en el que entré a trabajar todos me recibieron estupendamente y el trabajo que desempeño me encanta. Nunca he tenido ningún problema, me siento muy a gusto con los compañeros y mi jefe directo. Con el resto de los superiores tengo muy buen trato, es cordial.

—¿Sueles hablar con ellos a menudo? —Apoyé un codo en el reposabrazos y los dedos en la barbilla.

—No, he querido decir que cuando los veo intercambiamos unas breves palabras y ya está —asentí.

—Entiendo. Creo, y si me equivoco rectificame, que estás muy familiarizada con todo lo que sucede en la empresa. —Agrandó los ojos.

—¿Alejandro? —Se llevó una mano al pecho. Asentí— Bueno, soy sus ojos, su boca y sus oídos la mayoría del tiempo. —Carraspeó.

—Mi comentario no iba a malas —le aclaré.

—Vale —soltó un suspiro, relajándose al instante.

—No me importa que te enteres de todo, Olivia. El propio Alejandro me lo ha dicho divertido, pero en ningún momento ha comentado algo diferente a lo que te estoy diciendo. Supongo que lo sabes.

—Sí —sonrió de nuevo—. Alejandro me conoce muy bien, yo también a él. Fue raro al principio... —Se quedó pensativa.

—¿A qué te refieres? —Me acaricié la barbilla.

—A que, desde el primer día, el que me entrevistó para el puesto vacante, conectamos de una forma especial. Espero que no suene raro.

—Para nada, pero te agradecería que me lo aclararas.

—Es que... ¿Te ha pasado alguna vez que conoces a una persona y de golpe sientes que es como si ya la conocieras de hace mucho tiempo? A eso me refiero, entre Alejandro y yo todo fluyó muy rápido. Nos entendimos desde el primer instante y hoy día, y desde casi siempre, lo considero un gran amigo, aparte de mi jefe, obviamente.

»Yo siempre le digo que nos conocimos en otra vida y en esta nos hemos encontrado. —Rio—. No creas que nuestra unión, por decirlo de alguna manera, interfiere en nuestras obligaciones y responsabilidades. Te cuento un secreto. —Se inclinó sobre la mesa.

—Por favor —dije intentando ocultar la diversión.

—Cuando se enfada es para temerle. —Arrugó la nariz—. Y conmigo, por esa complicidad y amistad que he dicho, es peor. O quizás sea porque me duele más. Perooo... —levantó un dedo— sus enfados siempre son justificados y nunca sobrepasa los límites de ser el jefe.

—Gracias por la aclaración. Aunque lo conozco de hace poco daba por hecho lo último.

—Puedes confiar plenamente en él, te lo aseguro.

—No creo que seas muy imparcial hacia él.

—No —rio—, pero la verdad siempre por delante.

—Me gusta eso —asentí despacio.

—Y a mí.

Durante los siguientes minutos le hice varias preguntas sueltas sobre su vida, pero como ya he comentado anteriormente, sobre datos básicos, sin entrar mucho en lo personal. Me contestó a todo, animada, incluso amplió la información. Dejé que hablara, su tono de voz tenía un punto tranquilizador por lo que no me agobié como con Débora.

—Pues por mi parte ya está todo —comenté.

—Ha sido un placer. —Se levantó de la silla.

—Igualmente, Olivia —asentí incorporándome también—. Gracias por ser como eres. —Le ofrecí una mano.

—Oh, ¡qué bonito! —Movié mi mano de arriba abajo, creo que ni se dio cuenta de la emoción que le puso a nuestro contacto.

—Nos veremos en otra ocasión.

—Claro, hasta otro momento, Brayden.

Se giró y caminó hacia la puerta, mientras yo me mantenía de pie.

—Perdón —dijo y dirigió la mirada hacia ella, al haberla desviado para recoger la mesa.

Por mi parte había llegado el momento de irme de la empresa. Encontré a Olivia medio girada hacia mí, sujetando el pomo.

—¿Sí?

—¿Tenemos un poquito de confianza después de esta reunión? —Carraspeó.

Levanté una ceja ante su pregunta, pero enseguida varié el gesto.

—Así lo veo yo y espero que sea recíproco. Si tienes algún problema o alguna duda, y en ese momento Alejandro no está, no dudes en buscarme.

—Gracias —me sonrió—. No se trata de mí, quería hacerte un pequeño comentario sobre Olaya.

Tuvo toda mi atención al instante. En realidad, la tenía igualmente, pero al mencionarla fue en aumento.

—Es mi amiga de muchos años, trabaja en el departamento de Axel —asentí.

—¿Hay algún problema?

—No —sonrió un poco—. Es solo que sé que... Bueno, que hoy no tiene muy buen día. Ella es muy correcta con todos, superiores o compañeros, lo mismo da porque los trata por igual. Nunca dice nada fuera de lugar, siempre se mantiene en su sitio y es una trabajadora impresionante. Siempre está volcada en su trabajo, Axel tira muchísimo de ella.

—Ya veo. —Ladeé un poco la cabeza, cruzando los brazos—. Imagino que te ha hablado de la conversación que hemos tenido cuando la he parado al salir de la cafetería.

—No, ni lo hará. —La miré con curiosidad—. Sabe que puede confiar en mí plenamente porque, aunque me guste estar al día de todo, jamás traicionaría la amistad que tenemos. Cuando se entere de esto —nos señaló a los dos—, puede que mi vida corra peligro. —Rio soltando el pomo de la puerta—. Pero solo le durará unos segundos porque sabrá el motivo por el que he

sacado su nombre a relucir.

—Para protegerla.

—Sí. —Y por primera vez vi timidez en ella—. Si no hubiese estado presente, sí que me habría dicho que has querido hablar con ella y que lo habéis hecho, pero poco más. Olaya es muy suya para sus cosas y yo, si le insisto, es porque no la veo bien.

—¿No está bien? Me ha comentado que tiene mal día y lo acabas de confirmar. —Fruncí el ceño.

Cuando me lo dijo pensé que era una excusa porque simplemente yo no le caía bien, y decirle algo así al dueño de la empresa en la que trabaja, pues como que no es muy favorable.

—Lo tiene, se le ha complicado conforme han ido pasando las horas. —Carraspeó—. Lo que quiero decir es que si ha dicho algún comentario fuera de...

—Está bien, Olivia. No tienes que preocuparte por ella. No voy a despedirla, si es lo que te inquieta.

—Gracias. —Soltó el aire de golpe.

—Nunca ha sido mi intención. —Le dejé claro.

—Perfecto entonces —me sonrió.

Se giró hacia la puerta y con ella abierta, volvió a hablarme.

—¿Tenemos chica nueva en la oficina?

—¿Cómo?

—La mujer que estaba con Alejandro y contigo. Perdón por la indiscreción, pero...

—No pasa nada, no es un secreto. Sí, mañana se reunirá con Alejandro para firmar el contrato, ya debe haberle enviado toda la documentación por correo electrónico.

—La he recibido yo —su sonrisa fue... Pues no supe descifrarla.

—¿Y aun así me lo has preguntado? —Levanté una ceja.

—Era importante. Un gesto, una actitud o una mirada hablan por sí solos.

—No entiendo a qué te refieres. —Fruncí el ceño.

—Que me alegro de que no os hayáis dejado llevar por su... ¿guapura?

Me sorprendió que hablara de eso abiertamente, pero yo le había dado la confianza para hacerlo, para que fuese completamente sincera conmigo.

—Poco me importa su apariencia, Olivia. Aquí se viene a trabajar, no a hacer un pase de modelos —le dejé claro.

—Me encanta, era lo que quería escuchar.

Sin más cerró la puerta. Lo último que vi antes de bajar la mirada hacia la mesa fue su sonrisa, esta vez... ¿Pícara? Tampoco lo supe a ciencia cierta, me había dejado descolocado. ¿Por qué había sacado el tema de Débora si ya estaba informada sobre ella? Daba por hecho que Alejandro había hablado con Olivia para ponerla al día, y además la documentación la había recibido ella.

No le encontré sentido, a no ser que... Levanté rápido la mirada hacia la puerta cerrada, pensativo. ¿No había querido defender a su amiga sobre la conversación tensa que habíamos tenido fuera de la cafetería? Entonces...

Capítulo 16



Olaya

Salí del baño con el pijama puesto, la ducha me había sentado genial. Ya estaba preparada para tumbarme un rato en el sofá, hasta que mi hermano apareciera. Comí en cuanto llegué al piso del trabajo, para después relajarme.

Olivia me llamó varias veces desde la última vez, pero en todas ellas no me encontró en mi mesa. Entre ir al despacho de Axel y moverme por la planta del archivo, poco tiempo estuve frente al ordenador. La verdad es que el tiempo se me pasó bastante rápido.

Sabía que había intentado hablar conmigo porque me envió un mensaje. En él solo me dijo que no me preocupara, que me llamaría al móvil más tarde. Le envié la respuesta comentándole que me tomaba la tarde libre y que había quedado con Pol.

Lo de la tarde libre es un decir, porque las horas que había trabajado equivalían casi a una jornada intensiva. Por falta de una hora no la había completado, pero como bien dijo Axel, mi jefe, la primera vez que me encontré con Brayden en su despacho, podía cogerme días enteros que, aun así, no consumiría todas las horas de más que llevaba acumuladas.

Igualmente, el lunes la recuperaría, prefería dejarme los días libres que me pertenecían para otros asuntos que fuesen más importantes.

Salí de la habitación y me dirigí al salón. Me tumbé en el sofá, con el móvil al lado. Me tapé con una manta fina y me acomodé con los cojines. Estaba cansada, iba a quedarme dormida rápido porque cuando los nervios y las emociones me superaban, es lo que me sucedía.

Abracé uno de los cojines contra mi pecho y cerré los ojos. Inevitablemente y para mi fastidio, mi cabeza empezó a analizar cómo había ido el día. Me había quedado con las ganas de saber cómo le fue a Olivia la reunión con Brayden. En el mensaje no hizo referencia alguna a él, lo que era buena señal. Lo daba por hecho porque si no, habría puesto el grito en el cielo.

Solté un suspiro y después bostecé, lo que me llevó a entrar en un sueño profundo, tan profundo que la oscuridad me envolvió enseguida.



Los párpados me pesaron demasiado cuando los abrí despacio. Al principio, pensé que se abrieron por sí solos, porque ya había dormido bastante, pero al escuchar el timbre, varias veces, como si alguien estuviese insistiendo, entendí lo que había provocado que me despertara.

Salté del sofá y descolgué el telefonillo para abrirle a mi hermano. Lo esperé en la puerta, apoyada en el marco. El ascensor empezó a moverse y cuando las puertas se abrieron en mi planta, sonreí al ver a Pol salir de él.

—He estado a punto de fundir el portero automático y de tirar la puerta abajo —dijo con una sonrisa de medio lado.

—No te hagas el héroe que para algo tienes las llaves de aquí en el llavero, junto a las tuyas.
—Rio.

Nos abrazamos, nos dimos varios besos y me aparté para que entrara.

—¿Qué fue lo que me dijiste cuando me las distes? —Se quedó pensativo— Ah, sí, algo como que, si se me ocurría utilizarlas estando tú dentro del piso, sería lo último que hiciera.

—¿Desde cuándo me haces caso?

—Por lo visto desde hoy —rio y sonreí—, aunque me ha faltado muy poco para darles uso. ¿Has dormido bastante? Por la cara que tienes...

—Me ha despertado el timbre. No sé qué hora es.

—Las seis y diez.

—Pues sí, más de una hora —le confirmé—. ¿Me das eso y me despierto de golpe? —Señalé la bolsa que sujetaba en una mano.

—Estoy seguro de que, desde que te dije que iba a traer la tarta de chocolate, te habría encantado quedarte a solas con ella, pasando de quedar conmigo —negó divertido.

—¿Quieres que te responda?

—No, ni falta que hace. —Soltó una carcajada y reí con él—. Ve a lavarte la cara para despejarte, yo me encargo de ponerla en los platos. —Levantó la bolsa.

—Vale. —Corrí hacia el pasillo, haciéndolo reír de nuevo.

En el baño de mi habitación me lavé la cara con agua fría, varias veces. Algo me hizo, pero no lo suficiente. Me reuní con Pol cuando iba hacia el sofá con un plato en cada mano, con dos buenas porciones de tarta de chocolate. Los dejó en la mesa baja y se giró hacia mí.

—¿Café? —me preguntó.

—Sí. —Me siguió a la cocina.

Los preparamos en silencio, mientras sentía su mirada de reojo. Fuimos al salón y nos acomodamos en el sofá. La tarta tenía una pinta...

—Qué rica —dije.

Subí las piernas y las crucé. Me dio mi porción, cogí un trozo con el tenedor y me lo llevé a la boca.

—Mmm... Joder. —Me relamí y todo.

—No sé cómo la hacen, pero es una pasada —dijo y estuve totalmente de acuerdo con él, por si no ha quedado claro con mi reacción.

—¿Cómo ha ido el día? —Me interesé.

—Muy tranquilo, me lo he tomado con calma. —Se encogió de hombros.

Mi hermano es dueño de una marca deportiva, una muy conocida. Además de su tienda *online*, cuenta con varias sucursales físicas. Le va genial en su negocio, sus frutos se deben a que ha trabajado muchísimo para obtener esos resultados.

—Con todas las personas que tienes a tu cargo, podrías hacerlo más a menudo —comenté después de beber un sorbo de café.

—Lo sé, pero ya sabes cómo soy. —Se encogió ligeramente de hombros.

—Y por eso mismo te va tan bien —le sonreí cuando me miró.

—No me puedo quejar. —Me hizo un guiño.

—Ves buscándome un hueco en tu empresa, por si me quedo sin trabajo. —Me llené la boca con más tarta.

—No hace falta que lo digas, como si no supieras que estando yo nunca te verás sin trabajo. —Levantó una ceja y apoyó la cabeza en su hombro—. Por un lado, me encantaría tenerte conmigo, pero por muchos otros, no.

—¿Por qué? Nunca me habías dicho eso —susurré.

—No me has oído decirlo porque no ha hecho falta, nunca has tenido problema para trabajar en lo que te gusta, para lo que has estudiado. Ese es el motivo de los muchos otros por los que no me gustaría que te unieras a mí. Te privarías de vivir del trabajo que tú decidas, de tus expectativas y aspiraciones, te limitarías a dejar a un lado tus ilusiones y a mí eso me consumiría.

—Eso es muy bonito. —Apoyé la barbilla en su hombro y me dio un beso en la frente.

—Es la verdad —me sonrió con cariño—. A ver, cuéntame más extendidamente lo que me has comentado por mensaje.

Me separé de él y se giró hacia mí, quedándose sentado de lado. Yo no me moví, continué con las piernas cruzadas mirando hacia delante.

—Tengo que tomar una decisión ya —dije jugando con varios trozos pequeños de tarta, con el tenedor.

—¿Te han dado un ultimátum?

—Más o menos. —Fruncí los labios, girando la cabeza hacia él—. Pero es normal, hace bastante que esperan.

—Lo sé, y sigues teniendo suerte porque se han puesto en contacto contigo de nuevo —asentí—. Eso es porque les interesas mucho, de verdad, sino habrían pasado al no tener noticias tuyas.

—Ya... En el correo electrónico de hoy me han pedido que les diga algo cuanto antes, van a cerrar el proceso.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Lo tienes del todo claro? —Al no responderle continuó, después de una pequeña pausa—. Veo que no sabes nada todavía, lo que me extraña porque la última vez que me hablaste de esto estabas casi convencida. —Hice una mueca—. ¿Qué te retiene aquí?

—Es que me cuesta cortar de golpe muchos años de mi vida, Pol. No es fácil, supondría alejarme de ti, de nuestros padres, de Paola y de Sara, abandonar la estabilidad que me da mi trabajo, separarme de mi compañera y amiga Olivia, de este piso, de todo lo que he

conseguido... No sé. A veces estoy súper decidida a cambiar de vida, y otras...

—Y otras no te soportas ni a ti misma. —Terminó por mí.

—¿Tú qué harías? —Me moví en el sofá sin variar la posición de mis piernas, hasta que nos quedamos cara a cara.

—Sabes la respuesta.

—No dudarías en irte —contesté por él y asintió.

—Para ti hoy es diferente. No tengo ni idea del por qué, pero lo es.

—¿Qué quieres decir?

—Que hoy te veo... En todas las ocasiones que hemos hablado de este tema, en ninguna de ellas había detectado la pena, el desánimo y la inseguridad que me estás transmitiendo ahora. Anteriormente solo tenías dudas, mezcladas con algunas emociones por los posibles cambios.

»Todo lo que acabas de decir, de lo que dejarías atrás, lo sabemos desde el primer momento, porque es obvio. Hasta este instante no te había visto tan indecisa con algo que dabas por hecho y que tenías muy presente, si aceptas esa oferta de trabajo.

Se inclinó para dejar el plato en la mesa, bebió un sorbo de café y volvió a colocarse como había estado. Me quitó de las manos mi plato, pero fui rápida, me llevé un buen trozo de tarta a la boca. Reímos mientras dejaba mi plato junto al suyo.

—Cuéntame qué te pasa en realidad —me pidió serio.

—Ya te lo he dicho.

—No. —Bajó los párpados y aleteó las pestañas varias veces—. Hay algo más, algo que ha tenido que sucederte desde la última vez que nos vimos. Has perdido energía porque antes las dudas que he comentado estaban, esas no han desaparecido.

»Pero es que te estoy viendo demasiado decaída como para que culpe al tema del trabajo por ello. ¿Se lo has dicho a alguien más? ¿Te han dicho algo que te haya desanimado? ¿Te han quitado las intenciones y las ganas? ¿Has hablado con mamá? A nuestro padre lo pasó por alto porque él te apoyará en todo, sin hacer preguntas.

—Todo está como siempre. Este tema solo lo hablo contigo, nadie más lo sabe. Todavía no se lo he contado a Sara ni a Paola, por eso mismo que has dicho. No quiero que nada me influya para tomar la decisión. Ellas no lo harían con ese propósito, pero a mí me haría pensar de más y me afectaría.

—Lo que está pasando ahora mismo. —Hizo una pausa, pensativo—. Vale, ahora dime la verdad, la sincera. —Puse los ojos en blanco—. No estoy de broma y sabes que puedo sonsacarte la información de muchas maneras. Tú decides si me cuentas lo que te pasa aquí sentados, cómodos, o lo haces gritando y huyendo de mí. —Levantó las dos cejas.

—Ya sé que no estás de broma, puedes borrar un poquito la seriedad de tu cara.

—No, hasta que sepa a lo que nos enfrentamos —le sonreí con cariño.

—Es que me ha pasado algo en mi trabajo que me tiene un poco desconcertada. —Empecé a jugar con las puntas de mi pelo. Frunció el ceño.

—¿Problemas con tu jefe?

—Según se mire. —Carraspeé.

—Aclárame eso. ¿Qué pasa con Axel?

—No me he referido a él. —Hice una mueca.

—¿Entonces? —Se sentó más recto.

—Antes de nada, tengo que contarte una cosa que me pasó en la calle, una que no tenía importancia, pero claro, después cambió.

—¿Qué mierda te pasó en la calle, Olaya? —dijo tenso.

—Una tontería. —Bajé la mirada a las puntas del pelo.

Levanté la cabeza cuando me separó la mano de ellas, para que no me despistara con nada.

—Me encanta escuchar tonterías. Empieza.

Le expliqué lo que me sucedió al ir a cruzar el paso de cebra con el semáforo para peatones a punto de cambiar de color, cuando iba hacia la casa de Sara. No me dejé ningún detalle, ni siquiera de la conversación breve que tuve con el hombre que me frenó y después, me siguió algunas calles porque iba en la misma dirección que yo.

Capítulo 17



—¿No exageraste un poco? —me preguntó con la diversión reflejada en la cara.

—Me pilló así —negué.

—Vale que no te lo tomaras bien después de la sorpresa o del susto, es normal que pensaras lo que no es, pero después ese hombre te aclaró sus motivos. ¿Dónde está el problema?

—No hay ninguno. —Me encogí de hombros, provocando que arqueara las dos cejas—. Jolín, no reaccioné bien y punto. Era un desconocido y yo qué sé, me dio por ahí y actué de esa forma.

—De acuerdo, da igual como saliera ese encuentro. Pero... ¿Eso fue algo aislado o tiene que ver con algo más? Porque me has dicho que para entender lo de tu jefe primero tenías que empezar por ahí. Jefe que si no es Axel no tengo ni puñetera idea de a quién te refieres, que yo sepa él es tu superior más directo.

—Aquí viene cuando se lía todo —solté un suspiro.

—Deslía lo —me pidió serio.

—Resulta que ese hombre, el que me agarró de la chaqueta y tiró de mí hacia atrás con fuerza, antes de poner un pie en el paso de cebra, es el mismo que el dueño de mi empresa. Lo que quiere decir que es el jefe de todos los que trabajamos en su edificio, desde los que ocupan los puestos más básicos a los altos cargos.

Su reacción fue en aumento. Al principio no mostró nada más que seriedad, pero los ojos se le fueron abriendo, como a cámara lenta, hasta que los mantuvo de par en par.

—No jodas.

—Pues sí.

—Pero... ¿No sabías quién era el dueño? ¿No lo habías visto nunca, aunque sea en alguna imagen que haya en la empresa?

—Hasta que Axel no me lo presentó en su despacho, no. —Para dejarlo más claro negué con la cabeza varias veces—. Desde que estoy en la empresa nunca ha venido de visita, tampoco hay ninguna imagen de él o de su padre que era el dueño anterior. Es extranjero, si no me equivoco de Londres.

—No te equivocas en absoluto porque te has encargado de averiguarlo, ¿no?

—Algo así —sonreí de forma exagerada, provocando que soltara una carcajada—. El tema es que no empezamos con buen pie y algunos de nuestros encuentros en la empresa han sido tirantes.

—¿Te ha echado en cara algo? —Entrecerró los ojos.

—No, la tirantez ha sido mía, él se ha mantenido como corresponde a un jefe.

Me vino a la cabeza el comentario que me hizo Brayden, cuando me caí de espaldas sobre su pecho al estar apoyada en la puerta del despacho de Axel, la misma que abrió él de golpe. Recordar sus palabras, su aliento cálido en mi oreja y el olor de su perfume me puso nerviosa y me moví en el sofá. Mi hermano no perdió detalle de mi incomodidad.

—Entiendo —dijo mirándome muy atentamente, mientras se pasaba una mano por el pelo. La dejó parada ahí.

—Te prometo que no sé qué me pasa. —Me presioné la frente—. Cada vez que está cerca...

Levanté la mirada hacia él, empezó a toser de buenas a primeras. Al principio lo provocó a propósito, pero después fue real.

—¿Qué? —Quise saber por su reacción.

—Nada, joder. Que me ahogo.

Se levantó de un salto y, a pesar de que no podía dejar de toser, acompañó a la tos con risas, empeorando su situación. Se fue a la cocina para beber agua.

—¿Qué te parece tan gracioso? —le pregunté cuando caminaba hacia mí, recompuesto del todo.

—Que no te des cuenta de lo que te sucede. —Levantó una ceja, dejándose caer en el sofá.

—Lo que me pasa es que no me aclaro con lo del dichoso trabajo y no lo entiendo porque es una grandísima oportunidad. Dudo que vuelva a darse. —Hice una mueca.

—Te lo estás diciendo todo tú misma, lo que pasa es que no eres capaz de encajar las piezas desmontadas del puzzle que tienes en la cabeza.

Al estar sentado de lado otra vez, apoyó el brazo en el respaldo y la cabeza en la mano.

—No me líes más. —Bufé.

—No es mi intención, ya bastante te lías tú sola —sonrió de medio lado.

—¿Por qué te has puesto a toser? —Ladeé la cabeza.

—Porque... —Hizo una pausa—. Como te digo esto sin que saltes encima de mí —negó divertido.

—Sigo sin verle la gracia. —Fruncí el ceño.

—La tiene, cariño. De verdad que sí —asintió.

—Tú dirás.

—La gracia está en que el lío que tienes encima no es por dejar atrás todo lo que has mencionado anteriormente, ni siquiera a mí y en este punto no sé si ofenderme o volverme a reír. —Levantó una ceja.

—Eso no es verdad, yo...

—No he terminado —me interrumpió—. Te está frenando la aparición de tu jefe, que no es Axel, sino el dueño de la empresa, del que por cierto no sé su nombre.

—¿Qué dices? —Abrí los ojos al máximo—. Lo has entendido todo mal. —Bufé.

—Lo he entendido perfectamente, tengo una gran comprensión verbal, de reacciones y lectora. —Carraspeó.

—Se llama Brayden O'Neill y él no tiene nada que ver con mis dudas para decidirme. —Me crucé de brazos.

—Ajá.

—Lo digo muy en serio.

—Por supuesto, y te creo.

—No lo haces. —Entrecerré los ojos.

—No, pero te digo lo que quieres oír. Si suelto cualquier otra cosa me la vas a rebatir —sonrió con picardía.

—Pues sí.

—Pues eso.

—Oh, cuando empiezas así te pones insoportable dándome la razón.

Me moví rápido para coger un cojín a mi espalda y se lo lancé a la cara. Lo paró riendo, yo no tardé en estar igual que él. Empezamos una batalla de cojines y para mi mala suerte, tengo que admitir que perdí, para no variar. Con Pol nunca ganaba.

—¿Ya te has desahogado? —Soltó una carcajada.

Soplé hacia arriba, retirándome varios mechones de pelo que se me habían caído hacia la cara. Él continuaba cómodo sentado en el sofá, yo a los pies de él, sobre la alfombra.

—Me he hecho daño en el culo. —Bufé.

—Eres una quejica, la alfombra es mullida. —Rio de nuevo—. Vístete —dijo de repente, sacando el móvil de un bolsillo.

—¿Para qué? —Me levanté despacio.

—Necesitas que te dé el aire. Voy a llamar a Rodri para ir los tres a cenar.

—No me apetece salir.

—Me da igual, no te lo he preguntado. —Levantó la cabeza, con una ceja arqueada.

—Idiota. —Le lancé otro cojín y esta vez sí que acerté de pleno.

Salí corriendo de su alcance cuando estiró un brazo para agarrarme. Riendo, corrí por el salón, por el pasillo y me encerré en mi habitación. Lo escuché hablar con Rodri y, aunque no tenía ningunas ganas, fui hacia el armario y lo abrí, para elegir qué ponerme.

Me fui animando poco a poco. Hacía mucho tiempo que no veía a Rodri y me hizo ilusión saber que iba a compartir tiempo con él.

Me olvidé de la conversación que habíamos tenido y decidí ponerme un vestido que ajustaba bien en la parte superior y tenía una falda ligeramente abombada, llegando hasta la mitad de los muslos. Me encantaba, me quedaba perfecto puesto, lo que comprobé de nuevo mirándome en el espejo de cuerpo entero. Las mangas eran muy finas, se transparentaban las pecas que tenía en los brazos. Me observé desde todos los ángulos y asentí conforme.

Me puse unos zapatos de tacón que combinaban con el color del vestido y entré en el baño, para maquillarme y hacer algo decente con mi pelo.

Después de ponerme una base ligera de maquillaje, continué con el colorete, la máscara de pestañas y el labial. Me cepillé el pelo, pensando en si dejármelo suelto o recogérmelo. Al final, después de ver que tenía mucha electricidad en él y los pelos se levantaban, opté por hacerme un moño desenfadado. Me gustó más porque dejaba los hombros al aire y la parte alta del vestido era visible.

Lo último fue el perfume e ir al armario para sacar un bolso pequeño y cómodo. Del que solía utilizar a diario saqué todo lo necesario y lo metí en él, para ir encuentro de mi hermano.

—¿Cuándo has venido hacía fresco?

—Estás preciosa —me sonrió.

—Gracias, lo llevamos en los genes. —Reímos.

—Coge una chaqueta, la mía la he dejado en el coche antes de subir.

Asentí y regresé a la habitación a por ella. Cuando volví al salón ya me esperaba junto a la puerta. Salimos de mi piso y bajamos en el ascensor. En la calle lo seguí hasta su coche y reí cuando me abrió la puerta del copiloto, mientras me hacía una reverencia. Se ganó una colleja porque captamos la atención de las personas que caminaban por la acera.

A pesar de que no había resuelto nada ni llegado a una conclusión referente al trabajo, me sentía mucho mejor. Era el efecto que provocaba en mí Pol. Conseguía lo inimaginable y conmigo era un experto para llevarme hacia dónde quería y le interesaba. En este caso se había propuesto que me olvidara de todo durante lo que quedaba de día y ya había empezado a conseguirlo.

Diez minutos después estacionó cerca del restaurante donde nos esperaba Rodri. En cuanto nos vimos de lejos nos sonreímos, estaba apoyado en la fachada del edificio, hablando por teléfono. Dejé el saludo para cuando colgara y entramos los tres, Pol y yo adelantados unos pasos

de él. Nos paramos viendo el salón.

—Ya está, perdón —dijo guardándose el teléfono—. Estás preciosa, Olaya.

—Gracias. —Lo abracé y reí.

Me cogió en brazos y dio varias vueltas conmigo.

—Me alegro de verte, te haces de rogar. —Me hizo un guiño, antes de darme un beso en la mejilla, el que le correspondí.

—Igualmente. —Le di varias palmaditas en el pecho—. En todo —aclaré y los dos rieron.

—Vamos a vivir una noche loca —dijo con humor, pasando un brazo por mis hombros—. Tu hermano me lo ha comentado, insistiendo en que lo necesitas.

—¿Eso te ha dicho? —Levanté una ceja hacia él.

—A mí no me metáis. —Levantó las manos, divertido.

—Acompañenme, por favor. —Uno de los camareros se dirigió a nosotros.

Haciendo bromas y riendo, fuimos detrás de él. Si Pol en ciertos momentos era peligroso, cuando se juntaban los dos, eran una bomba de relojería, en el buen sentido.

Conocía a Rodri desde siempre, esa es la gran unión que tenía con Pol desde que eran pequeños. Lo consideraba una persona muy importante en mi vida, una con la que podía contar para lo que fuese, sin importar el tiempo que pasáramos sin vernos. Un segundo hermano, papel que él se tomaba muy en serio.

El camarero nos dejó junto a una mesa y se fue, después de decirnos que enseguida venía a atendernos.

—Tienes que ponerme al día de muchas cosas —comentó Rodri apretando mi cuerpo al de él desde el hombro, a la vez que me daba varios golpecitos en la nariz con un dedo.

—Sí, tú igual —le sonreí con cariño y me ganó otro beso en la mejilla.

Y algo sucedió que me trastocó y me dejó... Pues no sé ni cómo, solo pude poner cara de sorpresa total cuando al girar la cabeza para ir a mi silla, me encontré con unos ojos que no tendrían que estar en el mismo lugar que yo, a solo dos mesas de distancia.

Escuché la voz de mi hermano muy lejana, parpadeé varias veces rápido y reaccioné por impulsos. Me moví rápido para quitarme la chaqueta y la coloqué en el respaldo de la silla de cualquier manera, junto al bolso. No tardé en desaparecer para esos ojos, cuando al sentarme quedé oculta por el cuerpo de varias personas.

Brayden O'Neill ocupaba la mesa que he indicado y tenía una copa de vino en una mano, la que había dejado a medio camino, no tuve claro si para beber o para soltarla. Su mirada puesta en mí, su semblante serio... Lo acompañaba un hombre que le decía algo, algo a lo que él no pareció prestar atención.

Cogí una bocanada de aire y cuando levanté la vista, me encontré con las caras muy expresivas de Pol y de Rodri. Maldecí interiormente porque no había sido nada sutil, pero, aun así, les sonreí como si no pasara nada. No me apetecía hablar en este momento.

Capítulo 18



Horas antes...

Brayden

—Esta noche sí que vamos al restaurante que me comentaste ayer, al que querías ir —le dije a Irvin, desde el asiento del copiloto.

—Pues no te veo yo con muchas ganas. —Me miró de reojo—. Por primera vez en mi vida no sé cómo interpretarte. —Giré la cabeza hacia él, con una ceja arqueada.

—¿Qué supuestamente tienes que interpretar? He salido del trabajo al mediodía, venimos de comer y ahora vamos al hotel a descansar. ¿Dónde está el problema?

—Yo no tengo ninguno, ¿tú sí?

—No empieces. —Sacudí la cabeza, dirigiendo la vista a la ventanilla.

—Has estado muy callado todo el tiempo.

—¿Y eso es raro para ti?

—Más callado de lo habitual —añadió.

—He tenido la cabeza en el trabajo.

—¿Por qué no desconectas de las obligaciones y las responsabilidades? —Negó con la cabeza.

—Ya lo he hecho, ¿no me ves? El día que dejes de quejarte será porque lleve una buena temporada descansando, sin hacer nada.

—¡Cómo si fuese a ver eso en algún momento! —Rio—. Tu padre me ha llamado otra vez.

—¿Y me lo dices ahora? ¿Esta vez para qué? —Volví a mirarlo.

—Te he visto tan pensativo que no he querido sacar el tema. —Se encogió de hombros—. Tampoco es importante, hemos hablado de lo mismo que la última vez.

—Más tarde lo llamo. —Apoyé la cabeza en el asiento.

—Por favor, porque hasta que no hable contigo, no va a quedarse tranquilo —dijo con tono de humor.

—Como si tuviese que estar preocupado.

—Ya sabes cómo es, le gusta estar pendiente de ti. Al menos es en el buen sentido.

—Lo sé, pero hablé con él a los pocos días de llegar. Tengo demasiadas cosas en la cabeza.

—A mí no tienes que explicármelo, lo sé de sobra, Brayden.

Nos quedamos en silencio el resto del trayecto. Era verdad que desde que me encontré con Irvin en el estacionamiento de la empresa, me había tenido que sacar las palabras. No había podido quitarme de la cabeza la última parte de la conversación con Olivia, le había dado tantas vueltas al significado que interpreté...

Da igual, en cuanto salimos del restaurante decidí que se terminó. Lo único que conseguí fue estar tenso y agobiado, por lo que me había propuesto dejarlo todo apartado. Ya no iba a volver a la empresa hasta el lunes, por lo que tenía toda la tarde de hoy viernes y el fin de semana completo, para dejarme de tonterías y volver a centrarme.

Irvin estacionó en el parquin del hotel y nos bajamos del coche, para subir en el ascensor hasta la primera planta, donde teníamos que cambiar de ascensor o subir por la escalera.

En cuanto las puertas se abrieron en la zona principal del hotel...

—Buenas tardes, señor O'Neill —me saludó Ivette, la recepcionista.

—Buenas tardes. —Le correspondí cortésmente, sin pararme.

—A la próxima le pregunto si necesita gafas —susurró Irvin.

—Sin lugar a duda le hacen falta —sonreí de medio lado.

—Ya te digo, no será porque soy pequeño. —Reímos dentro del otro ascensor—. Hasta que no has desaparecido aquí dentro, te ha comido con la mirada —dijo con guasa.

—¿Me lo dices porque supuestamente, según tú, tiene que importarme? —Lo miré de reajo.

—¿Importarte a ti? —Soltó una carcajada, cuando las puertas volvieron a abrirse, en nuestra planta.

—Me alegro de que me ahorres el responderte.

Caminamos hacia las habitaciones, en silencio.

—¿Te parece bien que venga a buscarte a las ocho y media? —me preguntó mirando la hora en el reloj de pulsera.

—Perfecto.

—¿Vas a hacer deporte?

—Hoy no me apetece. Voy a echarme a descansar y después me ducho para espabilarme.

—De acuerdo.

—¿Has quedado con Marisa? —Curvé los labios.

—Entra a trabajar dentro de una hora, me da tiempo de sobra a descansar también, a arreglarme rápido y a invitarla a un café. —Me hizo un guiño.

—¿Podrá dejar su puesto de trabajo?

—Lo tengo todo pensado, voy a llevarle el café a la recepción y entre cliente y cliente... —Reímos.

—Veo que estás en todo. Disfruta, si te retrasas no pasa nada, da igual salir a las nueve.

—Tranquilo, no me llevará mucho tiempo. Solo es para estar un rato con ella. —Me hizo un guiño—. Me sobrará tiempo después —asentí.

—Pásalo bien. —Le apreté un hombro con la mano.

—Igualmente en tu descanso y paz.

En cuanto me encerré en la habitación lo primero que hice fue quitarme el traje, lo siguiente solo ponerme un pantalón de deporte para estar cómodo y, por último, tumbarme en la cama. Dejé el teléfono en la mesita de noche después de poner la alarma, por si acaso no me despertaba por mí mismo.

Subí los brazos a la almohada y apoyé la cabeza en ellos, con la mirada fija en el techo blanco. Durante unos minutos conseguí dejar la mente en blanco, pero las últimas palabras que habíamos intercambiado Olivia y yo en mi despacho, antes de que se fuera, las mismas que había memorizado, me vinieron de nuevo a la mente...

—*¿Tenemos chica nueva en la oficina?*

—*¿Cómo?*

—*La mujer que estaba con Alejandro y contigo. Perdón por la indiscreción, pero...*

—*No pasa nada, no es un secreto. Sí, mañana se reunirá con Alejandro para firmar el contrato, ya debe haberle enviado toda la documentación por correo electrónico.*

—*La he recibido yo.*

—*¿Y aun así me lo has preguntado?*

—*Era importante. Un gesto, una actitud o una mirada hablan por sí solos.*

—*No entiendo a qué te refieres.*

—*Que me alegro de que no os hayáis dejado llevar por su... ¿guapura?*

—*Poco me importa su apariencia, Olivia. Aquí se viene a trabajar, no a hacer un pase de modelos.*

—*Me encanta, era lo que quería escuchar.*

Todavía estaba intentando encontrarle el sentido a su forma de sonreír al hacer ciertos comentarios. En algunos momentos creía saber lo que representaba, pero en otros, apartaba todas las opciones que me venían a la cabeza.

«*Me encanta, era lo que quería escuchar*». ¿Qué había querido decir sin llegar a expresarlo? Al menos, le había dejado claro que me importaba bien poco las ropas de unos y de otros, siempre que fueran aceptables en el entorno laboral mi opinión sobraba en ese aspecto.

Me llevé las manos a la cara y me la froté para salir de ese bucle de pensamientos. Me giré quedándome de lado hacia la ventana y dejé la vista en ella, esperando a que me llegara el sueño. Hoy no estaba tan cansado como el día anterior, teniendo en cuenta que había dormido más horas de las que estaba acostumbrado.

Igualmente, al cabo de unos minutos, la relajación en la que entré me llevó a entrecerrar los ojos, hasta que los párpados me pesaron demasiado y los cerré del todo.



Salí del baño enrollándome la toalla en la cintura. Descalzo, caminé hasta la cama. Ya había sacado la ropa que iba a ponerme: un pantalón informal, pero con el que iba arreglado, y un jersey de cuello de pico. El tejido era fino, pero abrigaba lo suficiente porque iba a ponerme una cazadora de piel.

Me vestí, me coloqué el calzado y regresé al baño, para peinarme el pelo. Me lo había secado un poco con el secador, hasta dejar a propósito solo algunos mechones húmedos. Solo la parte de arriba, al tenerlo más largo. Para darle la forma que quería me iba mejor porque mojado me costaba controlarlo.

Cuando me quedé satisfecho me eché el perfume y apagué la luz, para esperar a que Irvin llamara a la puerta de la habitación. Saqué del armario la cazadora y la dejé sobre la cama, para ir hacia la ventana. Me entretuve observando la calle iluminada por las farolas, las luces de los locales y la de los coches que circulaban.

No pasó mucho tiempo hasta que Irvin llamó a la puerta y entró con su tarjeta. Tenía un duplicado.

—¿Nos vamos?

—Sí. —Fui hacia la cama.

Me coloqué la cazadora y guardé la cartera en uno de los bolsillos internos, al igual que hice con el móvil en otro.

—Vas a arrasar —dijo divertido, mientras caminaba hacia él.

—¿Tú te has mirado al espejo? Vamos iguales.

—Hombre, idénticos no. Cada uno tenemos nuestra esencia. —Rio y sonreí cerrando la puerta.

—Y tienes razón, voy a arrasar, pero la comida. Tengo hambre.

—Eso es bueno —asintió.

Elegimos bajar por la escalera hasta la planta principal, para llegar al parquin no había más opción que hacerlo por el ascensor.

—¿Qué tal con Marisa, la recepcionista? —le pregunté con interés.

—Estupendamente —sonrió.

—Le habrá gustado el detalle que has tenido.

—Puedes apostar que sí. Ahora te la presento, desde que estamos aquí, hoy es el primer día que hace el turno de tarde. Se va a las diez.

—Vale.

Llegamos a la zona principal y no tuve problema para saber quién era Marisa. Sus ojos volaron hacia Irvin y la sonrisa que le dedicó, radiante, me dijo más que si gritara.

Irvin nos presentó y hablamos durante unos minutos. Fue breve porque llegaron unos clientes y tuvo que atenderlos, así que nos despedimos de ella para dirigirnos al coche.

Tardamos un poco más de quince minutos en llegar a la zona del restaurante, y otros tantos en encontrar aparcamiento. Cuando accedimos al interior me gustó nada más entrar.

—¿Qué quieren de beber? —nos preguntó la camarera que nos había acompañado hasta la mesa.

—Vino —le respondí.

—¿Alguno en particular? —Quiso saber sonriente.

Le pregunté si tenía de una bodega en concreto y cuando me dijo que no...

—Alguno parecido estará bien —asintió.

—Enseguida lo traigo.

—Me gusta, es muy diferente al de este mediodía —dijo Irvin, mirando disimuladamente alrededor.

—Sí, a mí también. Se me va la vista hacia los platos —comenté observando de reojo a los de la mesa de al lado.

—Como esté tan buena la comida como parece, creo que vamos a venir muchas veces. —Rio sin alzar mucho el tono.

La camarera regresó con la botella de vino y levantó nuestras copas, para servirlo.

—¿Díganme qué les parece? —Nos invitó a probarlo, después de poner poca cantidad.

—Por mí perfecto —dije saboreándolo en el paladar.

—Opino lo mismo, gracias. —Se dirigió a ella Irvin.

Nos sonrió y nos sirvió más.

—¿Saben lo que quieren cenar?

—Aún no lo hemos mirado —comenté.

—Pues en unos minutos regreso —asentimos.

Abrimos las cartas para elegir la comida y cuando lo tuvimos claro, las dejamos cerradas en una esquina de la mesa.

Bebí otro sorbo de vino, mientras leía la etiqueta de la botella. Memorice el nombre y los detalles porque me gustaba y cuando levanté la mirada para prestar atención a Irvin, porque empezó a hablarme, no pude hacer otra cosa que quedarme inmóvil.

—Sí —le respondí a lo que me pareció una pregunta.

Ni puñetera idea si lo fue o no, o lo que dijo porque toda mi atención la acaparó la mujer que acababa de entrar en el restaurante, junto a dos hombres.

Una sonriente Olaya, como no la había visto nunca, hablaba animada y rio cuando uno de los hombres la cogió en brazos y dio varias vueltas con ella.

Bebí otro sorbo de vino al tener la copa en la mano, sin poder apartar la vista. Los tres caminaron por el salón, siguiendo a un camarero.

Estaba impresionante, la alegría y la felicidad que mostraba le sentaban increíble. Aparte, su apariencia me dejó... Estaba acostumbrado a verla vestida más formal en el trabajo y el día que

tuvimos nuestro primer encuentro en la calle, iba informal, pero nada que ver con el vestido que llevaba puesto.

Subida a unos zapatos de tacón sus piernas destacaban, las que el vestido dejaba ver a la perfección, al llegarle hasta la mitad de los muslos. Llevaba el pelo recogido en un moño desenfadado y lo que más llamó mi atención de su cara, desde la distancia que nos separaba, fueron sus labios pintados.

Volví a beber, mientras escuchaba de fondo a Irvin comentarme no sé qué. El camarero los llevó hasta una mesa que estaba bastante cerca de la nuestra y justo cuando iba a dejar la copa en la mesa, después de que el hombre que la había cogido en brazos se mostrara muy «cariñoso» con Olaya, nuestros ojos se encontraron.

La impresión y la sorpresa se reflejaron en su expresión, al encontrarse directamente conmigo. No le hice ningún gesto de saludo ni nada parecido, no me salió. Me había quedado tan aturdido que tardé más de lo debido en reaccionar.

Cuando pude hacerlo ya era demasiado tarde porque se quitó la chaqueta rápido para ocupar la silla. La parte alta de su vestido fue visible y lo que provocó en mí todo el conjunto me dejó desconcertado por completo. Noté un tirón en cierta parte de mi cuerpo que encontró una motivación para activarse, sorprendentemente.

—¿Has oído algo de lo que te he dicho? —Giré despacio la cabeza hacia Irvin, una vez que dejé de ver a Olaya.

El cuerpo de las personas que ocupaban las mesas que nos separaban la taparon.

—¿Qué?

—Ya veo que no —dijo divertido—. ¿Estás bien? —Frunció el ceño.

—Sí, ¿por qué no iba a estarlo? —Carraspeé para aclararme la voz.

—Tienes una cara...

—Nada que el vino no arregle. —Cogí la copa de nuevo y la levanté hacia él.

—Brindo por eso.

Las chocamos y bebimos, yo la vacié en la garganta al tenerla seca de repente. Irvin rio diciéndome que estaba muy raro, mientras me la rellenaba, mirándome divertido.

No tuve nada que decir al respecto, opté por el silencio porque sabía cómo debía verse desde fuera, y más él que me conocía muy bien.

Capítulo 19



Olaya

—¿Nos vas a decirnos por qué te has lanzado a la silla? —me preguntó mi hermano, a punto de reír.

—Yo no me he lanzado. —Hice una mueca.

—De lo rápido que lo has hecho y por el ímpetu que le has puesto, se ha tambaleado —añadió divertido Rodri.

—Claro, ¡cómo vosotros no sabéis lo que es ir subida a unos zapatos de tacón! —Puse los ojos en blanco.

—No cuela —soltó mi hermano, con una ceja arqueada.

—Sobre eso yo no digo nada —negó Rodri.

—Sabes que esa excusa no es verdad. —Se dirigió a él Pol.

—Lo mismo hoy tiene los pies más cansados —dijo pensativo Rodri.

—¿En serio? —Mi hermano lo miró como si no fuese de este mundo.

—Yo qué sé, ya me estáis liando. —Rio Rodri.

—No puedo creerme que estéis hablando de eso, delante de mí. —Bufé—. ¿Por qué no, simplemente, me creéis?

—Porque no has sido creíble —continuó mi hermano.

—Madre mía. —Apoyé el codo en la mesa y me presioné la frente.

Notaba una ligera presión en la cabeza, pero es que todavía no me había recompuesto del impacto que me había llevado al ver a Brayden, mi jefe, sentado a varias mesas de distancia.

Me cagué en la casualidad. «Será por restaurantes...», me dije agobiada.

Agradecí inmensamente la aparición del camarero, al que Rodri le pidió una botella de vino, antes de que volviera a dejarnos solos.

—¿Pedimos para compartir o cada uno lo suyo? —les pregunté abriendo una de las cartas.

—Podemos elegir varios platos y así probamos más variedad —comentó Rodri.

—Por mí bien —confirmó mi hermano.

Ellos dijeron uno cada uno y a mí me dejaron decidirme por dos, para que fuesen en total cuatro. Había medias raciones, lo que nos vino genial para que no sobrara comida.

—El teléfono —me dijo mi hermano.

—¿Qué?

—Que te está sonando el teléfono.

—Oh. —Me giré para sacarlo del bolso.

—Anda que... Lo escucho yo que estoy enfrente y tú que lo tienes detrás ni te enteras —negó mirándome fijamente, analizando todo lo que hacía.

—Cállate, te quejas por todo. —Bufé y sonreí al ver el nombre de Paola, mi amiga—. Es Paola.

—Habla con ella tranquila, cuando vuelva el camarero pedimos nosotros —asentí hacia Rodri.

Descolgué y me aislé durante unos minutos, tiempo en el que el camarero nos trajo la botella de vino y nos sirvió en las copas, después ellos le pidieron la comida. Quedé con Paola a las once de la mañana en la cafetería que nos gustaba ir, para desayunar y empezar el sábado. Al decirle que estaba cenando con mi hermano y con Rodri, me comentó que ella se encargaba de comentárselo a Sara, después de decirme que nos lo pasáramos bien esta noche.

—Ya está. —Dejé el móvil en la mesa.

—¿Bien? —Se interesó mi hermano.

—Sí, hemos quedado a las once para desayunar en la cafetería de siempre. Sara también vendrá —respondí sonriente, segura de que Sara no faltaría.

—Perfecto —asintió despacio.

—Dales recuerdos a las dos de mi parte —me pidió Rodri.

—Claro, aunque no me lo dijeras lo iba a hacer. —Rio—. Mañana hablaré con ellas. —Fijé la mirada en mi hermano, supo perfectamente a lo que me refería.

—¿Estás segura? Sé que la confianza entre vosotras es total, no se trata de eso, pero después de lo que hemos hablado esta tarde y por cómo estabas... —dijo dubitativo.

—Creo que acabo de decidirme, ya he tomado una decisión. —Me encogí ligeramente de hombros e hice un gran esfuerzo para no mirar hacia la derecha, hacia donde estaba oculto Brayden.

—Crees... ¿En serio? —Levantó una ceja Pol. Asentí.

—No sé de lo que habláis, por lo que me pongo en el bando de tu hermano. ¿En serio? —Reímos los tres, aunque Pol no como siempre.

Me apeteció compartirlo con Rodri porque podía ofrecerme una versión fresca y diferente, aparte de que haría de mediador entre mi hermano y yo. Me incliné sobre la mesa, para hablar en tono muy bajo. Le expliqué lo de la oferta de trabajo y que solo Pol lo sabía, ahora él también. Silbó cuando terminé y me sonrió.

—Enhorabuena, Olaya. Estoy tan orgulloso como tu hermano. —Me agarró una mano por encima de la mesa e hizo un poco de presión.

—Gracias —le sonreí con cariño—. Lo sé.

—¿A qué se debe este cambio? —Los dos miramos a Pol.

Estaba serio, observándome, mientras golpeaba el mango de un cubierto con varios dedos.

—No lo sé, lo he visto claro de repente —dije antes de llevarme la copa a los labios.

—Olaya... —Apoyó los brazos en la mesa e hice una mueca por su expresión—. No pongas esa cara por lo que voy a decirte. No encuentro lógico que estuvieses llena de dudas hasta hace

¿cuánto? ¿Minutos? No llega ni una hora —habló con el ceño ligeramente fruncido.

»Estabas agobiada y perdóname por desconfiar, pero no me entra en la cabeza que en el poco tiempo que ha pasado hayas tomado una decisión tan importante, una que llevas meditando semanas. ¿Qué te ha motivado para aceptar en este instante? Porque si no he interpretado mal, vas a hacerlo e irte.

—Sí, y a veces la respuesta a todo llega sin previo aviso —me justifiqué.

—No quiero que te arrepientas, ¿lo entiendes? Aquí está pasando algo y entre nosotros siempre somos sinceros.

—Lo mismo estaba a punto de decidirse y lo acaba de hacer —intervino Rodri.

—Tú no la has visto como yo hace un rato. —Lo miró de reojo Pol.

—Deja tranquilo a tu hermano, anda —me pidió Rodri—. Y ya de paso a mí. —Volvió a presionarme la mano que no me había soltado.

—Te recuerdo que yo estaba en la conversación de esta tarde, que he sido yo la de las dudas, no hace falta que me lo recuerdes. Simplemente ahora estoy convencida de que ha llegado el momento de cambiar el rumbo de mi vida, solo es eso.

—¿Por qué? —Se echó hacia atrás, apoyando la espalda en la silla.

—A veces no hay explicaciones para todo. —Bufé.

—Siempre las hay, siempre hay un detonante para absolutamente todo —dijo con una ceja arqueada—. Todavía estoy esperando para saber por qué te has lanzado a la silla. Te has puesto nerviosa de golpe y ahora sales con estas.

»Como también me interesa mucho que me digas por qué se lo has contado a Rodri como si fuese un secreto, como si no quisieras que nadie más se enterara. Has susurrado. ¿Qué pasa si miro alrededor, a las mesas que tenemos cerca? ¿Voy a encontrar a alguien pendiente de nosotros? O más bien, ¿de ti?

—Joder... —susurré.

—Es eso, ¿no? Has visto a alguien, y con ese alguien me refiero a una persona muy concreta. ¿Me equivoco? —negué enfadada— Me da igual que te pongas así, tendrías que habérmelo dicho y, para que lo sepas, lo que acabas de decir sobre aceptar el trabajo, por el motivo que intuyo, es lo más infantil y tonto que has hecho en tu vida. Te la vas a jugar por no afrontar la verdad, cuando tendrías que hacerlo porque realmente sea tu deseo, no uno que te impones para alejarte de aquí.

—Me he vuelto a perder —dijo Rodri, pasando la mirada de uno a otro.

Durante los siguientes minutos Pol y yo nos mantuvimos la mirada, en silencio, por mi parte pensando en las palabras que acababa de decirme. Tragué saliva sabiendo que estaba en lo cierto. ¿Cuándo no?

—Me parecería genial que aceptaras ese trabajo por ti misma, pero no porque huyas de ti, ¿lo comprendes? Aunque me joda la distancia que nos separará, es tu futuro. Ya te lo he dicho, quiero lo mejor para ti, lo que te haga feliz, pero siempre que esa sea la finalidad de tomar la decisión.

—Brayden está cerca —murmuré.

—¿A qué distancia?

—Nos separan dos mesas. —Bebí un buen sorbo de vino.

—¿Quién es ese? —preguntó Rodri.

—Su jefe, del que no sabía nada hasta hace bien poco —le respondió mi hermano por mí—. No es español, es la primera vez que viene de «visita».

—Bueno —carraspeó—, entonces es razonable que me lo haya contado en tono bajo. No quería que se enterara de esta forma, hubiese sido violento.

—Ese no es el motivo por el Olaya que ha actuado de esa forma —dijo Pol, con tanta seguridad que...

—No sé qué estás pensando, pero es exactamente como ha dicho Rodri. —Fruñí los labios.

—Puedo entenderlo, hasta cierto punto, pero pregúntate por qué te has puesto tan nerviosa al verlo.

—Joder —añadió Rodri, fijando los ojos en mí.

—¿Qué? —Me dirigí a él.

—Que creo que sé por dónde va Pol. —Levantó las manos, por cómo lo miré.

—Yo lo conozco pocos años más que tú y no tengo ni idea. —Bufé.

—Eso es lo que tú dices, lo que no corresponde a la realidad porque te sigues negando a verla

—añadió Pol—. Si mañana quieres hablar con tus amigas, hazlo. Te vendrá bien desahogarte, pero no para decirles que te vas.

»Esa decisión no puedes tomarla a la ligera, después de todo el tiempo que llevas meditándola. Si me lo hubieses dicho en tu piso mis palabras habrían sido muy diferentes. Te habría felicitado y apoyado, pero ahora, sabiendo lo que sé, no.

—Ese es el problema —me incliné sobre la mesa de nuevo—, que, a saber, lo que según tú sabes.

—Lo que tú no te atreves a admitir porque no lo has visto venir. —Arqueó las dos cejas.

—No tengo ganas de discutir y menos sobre este asunto —le advertí.

—Yo no estoy discutiendo, estoy diciendo verdades que te duelen porque en el fondo, en algún rincón muy escondido, sabes que estoy en lo cierto, en todo. Conoces de sobra cómo discuto, esto no es ni por asomo lo mismo.

—Ahí le doy la razón, todavía tiene el control y nadie se ha girado hacia nosotros —comentó Rodri, con expresión divertida.

—Gracias —le dijo Pol, sin mirarlo.

—Nada amigo. —Le correspondió él.

—No os unáis en contra de mí. —Los señalé a los dos.

—Olaya, nunca vamos en tu contra si no tenemos un buen fin para ello —aclaró Rodri—. Los dos queremos lo mejor para ti y por lo que he interpretado, entiendo perfectamente todo lo que te ha dicho tu hermano. Ahora estás en caliente, todavía nerviosa, solo necesitas...

—Ya no me apetece comer. —Me eché hacia atrás en la silla.

—Mala suerte para ti, lo vas a hacer —habló convencido Pol.

—Ah, ¿sí? ¿Me vas a obligar?

Una media sonrisa apareció en sus labios y maldije porque eso exactamente haría, así tuviese que atarme a la silla. Poco le importaría que fuésemos el centro de atención hasta que dejáramos los platos vacíos.

—Pruébame, aunque conociéndome como me conoces, ya sabes la respuesta.

—Bueno, haya paz —Rodri intervino levantando las manos entre nosotros—. Mirad, la comida ya viene. —Señaló hacia delante con la cabeza, pero ni me molesté en mirar—. Vamos a cenar tranquilos y a hablar con calma.

Efectivamente el camarero dejó los cuatro platos sobre la mesa y nos deseó buen provecho. La comida tenía una pinta buenísima, pero ni por esas se me abrió el estómago.

«Joder», maldije varias veces porque era consciente de que mi comportamiento estaba siendo muy infantil, pero no pude controlarlo por todas las sensaciones que me recorrían. Ya me arrepentiría dentro de un rato, por la noche en mi cama o quizás mañana, pero en este instante, todavía no podía entrar en razón.

—Voy un momento al baño —dije levantándome despacio de la silla, de repente muy desanimada.

Mi hermano se incorporó también y me agarró de una mano, parándose cuando empezaba a alejarme. Tiró de mí para acercarme a su cuerpo.

—No te enfades —susurró sobre mi frente—. ¿No comprendes que eres lo más importante que tengo en mi vida? —Tragué saliva y me desmoroné— Solo quiero lo mejor para ti y por eso necesito que abras los ojos, que te centres. —Me dio un beso en la frente y se separó para mirarme a la cara—. La mayoría de las veces, por no decir todas, no somos conscientes de lo que perdemos aceptando algo que creemos que es lo mejor para nosotros, cariño.

»Actúa con el corazón y no con la cabeza, enfrenta lo que ha provocado tu repentino cambio de opinión, porque si no lo haces te vas a arrepentir. Siempre has sido decidida y coherente, piensa en todo, date un respiro en el baño, y te prometo que cuando vuelvas ya no hablaré más de este tema. —Me acarició la cara, retirándose la humedad.

—Te quiero. —Me tembló la voz.

—Te quiero —repitió con una pequeña sonrisa.

Asentimos los dos, sabiendo ambos que a partir de este momento modificaríamos nuestra actitud. Miré de reojo a Rodri, su expresión no podía ser de más satisfacción. Evité dirigir la vista más allá de él y me alejé, yendo hacia el baño.

Capítulo 20



Brayden

Tenso, así me había puesto cuando el cuerpo de Olaya apareció de nuevo delante de mí. Al levantarse su expresión no tenía nada que ver con la que había llegado al restaurante. Ya no sonreía ni estaba relajada, parecía todo lo contrario. ¿Tendría algo que ver con lo de que no tenía buen día como me había dicho ella misma por la mañana y Olivia había remarcado?

Tuve más claro que algo había sucedido, cuando uno de los hombres que la acompañaban se levantó al mismo tiempo que ella.

Fruncí el ceño, sin perderme detalle de como él se acercaba y de la reacción que provocó en ella. Me puse más rígido antes esa escena, cuando después de que él le dijera algo, le retiró lágrimas de la cara. A pesar de la distancia que nos separaba las vi con claridad.

Irvin estaba atento también, al haber seguido la dirección de mi mirada.

Cuando se separaron Olaya se alejó, mientras él ocupaba de nuevo su silla, iniciando una conversación con el otro.

Seguí con la vista a Olaya, recorrió el salón y desapareció por un pasillo. Di por hecho que para ir al baño para recomponerse. Pero ¿por qué? ¿Qué había pasado? Menos cuando descubrió que yo estaba aquí, al cruzarse con mis ojos, su actitud fue muy buena e incluso divertida. Fijé los ojos en los dos que la esperaban, el que se había levantado junto a ella se frotaba la frente, mientras el otro le decía algo.

Sentí rabia de no poder saber lo que decían, no me llegaba el oído para tanto. Si el lugar hubiese estado en silencio no habría tenido problema en diferenciar las voces y entenderlos, pero con el murmullo de todos los que tenía alrededor, esa opción era inviable.

—¿Quiénes son? —Giré la cabeza hacia Irvin—. Los que estás mirando y la chica que se ha ido. —Especifiqué al ver que no le contestaba.

—Ellos no lo sé, ella trabaja en la empresa —le aclaré.

—¿Es empleada tuya? —Se sorprendió y asentí, confirmándoselo—. Has estado pendiente de esa mesa desde poco después de que llegáramos, supongo que desde que la han ocupado.

—No.

—Sí. —Arqueó una ceja—. A veces me he visto hablando solo.

—Eso no quiere decir nada. —Sacudí la cabeza, dirigiendo la vista hacia el pasillo—. Dame unos minutos. —Me incorporé despacio.

—¿Dónde vas?

—¿A ti qué te parece? No creo que pienses que voy a salir para irme sin pagar. —Rio.

—Hasta ese punto no he llegado —dijo mirándome con una sonrisa pícar—. Ve tranquilo, por lo que he visto tendrás un poco de faena con esa chica.

—Voy al baño, no a encontrarme con «esa chica».

—Claro. —Ladeó un poco la cabeza—. Como si no supiese que una cosa te llevará a la otra. Creo que tienes algo que contarme, algo importante que has pasado por alto.

—Lo que tú digas.

Riendo, así lo dejé, pero también mirándome con curiosidad.

Pasé cerca de la mesa en la que había estado sentada Olaya y miré de reojo, al notar que alguien lo hacía hacia mí. El hombre que le había retirado las lágrimas a Olaya, el mismo que le había dado un beso en la frente, siguió mis pasos con la mirada.

No me molesté en girarme hacia él, tampoco tenía ni idea de si Olaya le había dicho quién era yo. La curva que apareció en sus labios no la entendí, pero lo mismo me dio, continué avanzando hacia el pasillo.

Una vez estuve en él, caminé hacia el final, hacia donde estaban los letreros indicativos de los servicios, tanto de mujeres como de hombres. Las puertas estaban enfrente, a cada lado. Apoyé la espalda en la pared, unos metros antes de llegar.

Miré varias veces el reloj de pulsera, comprobando los minutos que habían pasado. Era raro que Olaya todavía no hubiese salido, por lo que me planteé cometer una locura, una que hasta

este instante jamás se me había pasado por la cabeza.

Hacia rato que la puerta del baño de las mujeres no se abría, en cambio por la otra habían salido y entrado varios hombres. Me pregunté si estaba haciendo el tonto, quizás no estaba dentro porque por unos momentos aparté la vista del pasillo, antes de ir hacia él.

Las manecillas del reloj fueron moviéndose y me cansé de esperar, pero, sobre todo, en lo que hice pudo más la intranquilidad de que se encontrara peor por lo que la había hecho llorar. Sin pensar, porque si me paraba hacerlo no lo haría, me separé de la pared y me acerqué a la puerta.

La golpeé con los nudillos varias veces, para llamar la atención de quién estuviese dentro. Lo último que quería era poner en una situación comprometida a quién fuese. Esperé un tiempo prudencial, no mucho, y abrí la puerta. El espacio que me encontré estaba completamente vacío.

No pasé del hueco de la puerta, tampoco iba a aventurarme al interior.

—¿Olaya? —la llamé en alto.

No obtuve respuesta y probé otra vez. Al tener el mismo resultado maldije porque parecía idiota. Dejé que la puerta se cerrara y cuando giré me encontré con una mujer de frente. Miré hacia el otro lado del pasillo, para asegurarse de que no se equivocaba al querer entrar.

—Perdón, estaba buscando a alguien —me justifiqué.

Y como hacía tantos años que ya no lo recordaba, me sentí ridículo y avergonzado, como un niño que acababa de cometer una travesura.

—Tranquilo —me sonrió amable—. Gracias —dijo cuando me aparté para que entrara.

Me llevé las manos al pelo, pasándolas varias veces. Ya que estaba aquí aproveché para entrar en el de hombres. Cuando terminé y me lavaba las manos, sacudí la cabeza mirando mi imagen en el espejo.

Recorrí el pasillo hacia el salón, pero cuando salí de él, dirigí la mirada hacia las mesas. Irvin estaba hablando por teléfono, en la de Olaya continuaba faltando ella. Fruncí el ceño y me encontré con la vista fija en la puerta del restaurante. Caminé hasta ella, era la única opción que había en la que podía encontrarla, a no ser que me hubiese ignorado desde dentro de alguna de las cabinas.

Abrí la puerta y el aire fresco me dio en la cara. Para mí no hacía frío, era una temperatura ideal. Miré hacia los lados y no la encontré, iba a dejarlo estar porque ya me estaba volviendo paranoico, cuando algo en movimiento llamó mi atención.

La localicé por la luz de una farola, justo cuando pasaba por debajo. Levanté las dos cejas, observándola durante unos minutos. Caminaba de un lado al otro, sin poder estarse quieta. Me pregunté qué estaba haciendo, justo cuando mis pies empezaron a moverse en su dirección.

¿Qué mierda estoy haciendo yo? Invertí la pregunta por mis reacciones. Con cada zancada que me acercaba a ella, fui diciéndome que no tenía sentido lo que estaba haciendo. ¿Qué iba a decirle cuando me viera? Me paré a unos metros de distancia, dispuesto a retroceder porque no me había visto.

Pero eso cambió rápido. Giró la cabeza hacia mí y, como cuando me vio sentado en la mesa, agrandó los ojos, parándose.

—Buenas noches, Olaya —dije metiendo las manos en los bolsillos del pantalón.

—Buenas noches, Brayden. —Me correspondió en un tono más bajo.

Me gustó que no se dirigiera a mí por mi apellido, ni con el señor delante. Me gustó demasiado y saboreé este instante.

—¿Qué haces aquí? ¿Ya te vas? —me preguntó mirando detrás de mí, buscando a mi acompañante.

—No, he salido a que me dé un poco el aire. —Buscó mis ojos—. ¿Y tú?

—Lo mismo.

—¿Sin chaqueta?

Tenía los brazos cruzados en la cintura, abrazándose.

—Parece que tienes frío.

—No llevo tanta ropa como tú. —Desvió la mirada y encontró algo muy interesante en el suelo o en sus zapatos, ni idea el punto exacto que observó.

—Es evidente y me alegro por ello. Estás preciosa.

Levantó la cabeza de golpe, con cara de sorpresa, exactamente igual a la que debía tener yo por lo que acababa de decir. La suerte es que la mía no fue tan evidente como la suya. Lo sabía de sobra.

—Eh... Gracias. —Carraspeó.

Caminé despacio, acortando un poco la distancia que nos separaba.

—¿Estás bien? —Fruncí el ceño.

—Sí —susurró—. Gracias por preocuparte —dijo indecisa.

—Los últimos dos gracias, sobran.

—Solo quería ser amable. —Apretó los brazos en su cuerpo.

—Te lo agradezco, pero no hace falta. —Hice una pausa y las palabras volvieron a salir precipitadas de mis labios, antes de que pudiera ponerles freno—. ¿Estás así por qué me has encontrado en el restaurante?

—No —respondió rápido, con un pequeño jadeo—. No —susurró.

—Está bien, voy a creérmelo. Será mejor que entres, vas a coger frío.

—Será lo mejor —repitió dirigiendo la mirada hacia la puerta del restaurante—. Mi hermano está esperándome.

—¿Tu hermano? —asintió.

Medio giré hacia la entrada y vi al hombre que le había retirado las lágrimas y después le había dado un beso en frente.

—Se llama Pol. —Al escucharla me moví para quedar frente a ella de nuevo y asentí.

—Ve con él, estará preocupado. Has tardado mucho.

—¿Cómo sabes...?

—Simplemente lo sé. —Me encogí ligeramente de hombros.

La poca luz que había de la farola no favoreció para notar bien lo que me pareció ver. Se ruborizó, al menos eso creo. No estaba lo suficientemente cerca como para asegurarlo.

—Voy... —Señaló con una mano el restaurante.

—Sí.

Durante unos segundos nos mantuvimos la mirada, sin que se moviera, hasta que lo hizo.

Empezó a caminar y cuando pasaba cerca de mí, más cerca de lo que había estado en toda la noche, la frené con mis palabras.

—Olaya.

—¿Sí?

—Es una pena que hayas perdido la alegría y la felicidad con la que te he visto al llegar al restaurante. Espero y deseo que lo que te haya puesto mal, no enturbie el resto de la noche y la puedas disfrutar. Recuerda que en esta vida —me giré hacia ella— todo tiene solución, menos una cosa. Sea un camino u otro, cueste más o menos, siempre hay una salida, para todo.

Mi voz sonó bastante más ronca de lo habitual, la nuez de su garganta subió y bajó varias veces.

—Muchas gracias —susurró—, Brayden.

Asentí de nuevo, despacio, y volvió a caminar, alejándose de mí. Cogí una bocanada de aire y lo solté lentamente, sin apartar la vista de su espalda. El puñetero recuerdo de sus piernas en movimiento y el de su cuerpo, me perseguiría, pero, aun así, no me perdí detalle de nada.

Llegó junto al que ahora sabía que era su hermano y se dijeron algo, él la abrazó y le rodeó los hombros con un brazo, para entrar. Pero antes de que la puerta se cerrara, Pol, que así me había dicho Olaya que se llamaba, giró la cabeza hacia mí. Desde lejos identifiqué en sus labios una sonrisa, ellos ahora estaban iluminados por las luces del restaurante. Gesto que no era la primera vez que veía.

Sacudí la cabeza y me tomé un tiempo a solas para pensar en todo y en nada. Por primera vez en mucho tiempo también, sentí que la estaba cagando, tanto con mis impulsos porque necesitaba controlarlos, como en privarme de hacer lo que quería. Una contrariedad que me golpeó fuerte porque no estaba acostumbrado a tanta indecisión, era un experto en el control de lo que me rodeaba y de mí mismo.

Fui hacia el restaurante y al entrar me dirigí hacia Irvin, con una idea clara en la cabeza.

—¿Nos vamos? —le dije de pie, cogiendo de la silla la cazadora.

Hacía tiempo que habíamos terminado de cenar.

—Ya he pagado.

Se incorporó sin hacer ningún comentario de mi retraso y de lo que supuestamente él creía que había hecho. No se había equivocado en nada, pero me mantuve callado, igual que él, al

diferenciar que no era el momento de hacerme preguntas.

Me coloqué la cazadora y otra vez, no sé por qué mierda, pero me dejé llevar, algo que me prometería al final de la noche que no volvería a suceder. Pero como no había llegado ese momento todavía...

—Buenas noches —dije parado a la espalda de Olaya.

Su cuerpo se tensó un poco en la silla, fue notable.

—Solo quería presentarme, no os molesto.

—No es ninguna molestia y es de agradecer —contestó su hermano, levantándose de la silla.

—Mi nombre es Brayden O'Neill, encantado de conocer a parte de la familia de Olaya. —Le ofrecí una mano.

—El mío Pol, lo mismo digo hacia el jefe de mi hermana. Encantado. —Por tercera vez vi la misma sonrisa en sus labios.

Asentí y después el otro hombre hizo lo mismo. Se presentó como Rodri, como un amigo de ambos de casi toda la vida. Las piezas de todo lo que vi al inicio de la noche terminaron de encajar por sí solas. Le estreché la mano a Rodri y cuando la bajé, agarré el respaldo de la silla de Olaya. Me incliné hacia ella, sin importarme una mierda los tres pares de ojos que nos miraban.

—Buenas noches, Olaya —susurré cerca de su mejilla, sin traspasar ningún límite. Me mantuve separado—. Recuerda lo que te he dicho, disfruta de la noche.

—Sí, igualmente —murmuró mirándome de reojo—. Buenas noches, Brayden.

Cuando me incorporé esperé a que Irvin terminara de presentarse a los tres y con un adiós, caminé tomando cada vez más distancia de la mesa, pero, sobre todo, de cierta persona.

Capítulo 21



Olaya

—Nooo... —me quejé, a punto de lanzar el despertador contra la pared.

Era la cuarta vez que me sonaba, había estado retrasándolo, pero ya no podía hacerlo más. Si corría, aún me daba tiempo para llegar a mi hora al trabajo, pero tenía tan pocas ganas de moverme...

Me giré en la cama, quedándome boca arriba.

Era martes, la semana empezó regular por mis ánimos. El día anterior, lunes, no coincidí con Brayden en ninguna zona de la empresa, lo que agradecí. Lo que sí hice, fue mencionarlo al contarle muy por encima a Olivia que coincidimos en el mismo restaurante. La emoción pudo con ella, pero solo lo dejé en que nos vimos, quitándole importancia. Ella por su parte me dijo que el sábado, Débora, la chica que habían elegido para el puesto de asistente de dirección, se reunió con Alejandro para firmar el contrato. Rut no se equivocó en el puesto que iba a ocupar.

Ir a desayunar el sábado con Sara y Paola me sentó muy bien, conseguí enderezar el fin de semana. Más o menos porque el runrún constante que sentía no había desaparecido. Les expliqué todo, absolutamente todo. Las puse al día de mis dudas y preocupaciones. Les hablé de Brayden y de nuestros encuentros en la empresa hasta el momento, como también de la oferta de trabajo. Se sorprendieron por ambas cosas, pero sobre la última, se alegraron muchísimo por mí, aunque terminamos las tres emocionadas por lo que representaba aceptarla.

A pesar de lo que le dije a mi hermano antes de que empezáramos a cenar en el restaurante el viernes, y debido a la conversación que vino después de decirle que ya había tomado una decisión, volvía a encontrarme igual, sin tener nada claro. Me había dado de margen hasta antes de que terminara la semana, para dar una respuesta clara a la empresa que estaba interesada en mí.

En fin, que estaba igual, pero más liada, lo que provocaba que mi agobio fuese en aumento.

Me levanté rápido de la cama, igual que entré en el baño, me vestí y me arreglé. No quería llegar otra vez tarde por el tráfico, por lo que no me paré ni a tomarme un café. Prefería disfrutarlo con calma en la cafetería de la empresa, junto a Olivia.

Montada en el coche, hice el trayecto hasta la empresa sin muchas retenciones. Al entrar en el edificio sonreí al ver a lo lejos a Rut y a Olivia, hablando en la recepción.

—Buenos días —dije al llegar.

—Oh, a ti te estaba esperando para despertarme. —Se giró Olivia, sonriendo—. Buenos días.

—Hola, Olaya. Buenos días —me saludó Rut.

—Yo también necesito un café urgente, no he podido tomarme en casa ninguno. —Arrugué la nariz.

—Pues no se hable más. —Se puso a mi espalda y me empujó.

Riendo, nos despedimos de Rut. Su compañera llegaba una hora más tarde los martes y los jueves, por lo que no podía acompañarnos a primera hora. Para el desayuno iríamos a buscarla.

—¿Cómo va el humor? —Quiso saber Olivia, mientras íbamos a otra mesa diferente a la que solíamos ocupar porque ya lo estaba.

—Estupendamente, ¿no me lo notas?

—Y tanto. —Rio—. ¿Sabes con quién me he cruzado?

—Si no me lo dices y con todas las personas que se mueven por este edificio...

—Con Débora.

—Muy bien.

—¿Y ya está?

—¿Qué quieres que te diga? Lo más normal es que te cruces con ella, igual que yo en algún momento. Empezó ayer a trabajar. —Puse los ojos en blanco.

—Me encanta tu humor —dijo con picardía.

—No me pidas más de buena mañana y sin café. —Hice una mueca.

—Lo último lo arreglo ahora mismo. —Me hizo un guiño.

Se giró en la silla, localizó a uno de los camareros y le silbó llamando su atención. Apreté los labios divertida, porque captó la atención de todos los que estaban en la cafetería.

—¿Lo de siempre, preciosas? —nos preguntó Fermín.

Se lo confirmamos y se alejó diciéndonos que volvía rápido, que nos iba a colar. Esto último lo susurró, haciéndonos reír.

—Ah, ahí está —dijo de repente Olivia.

—¿Quién? —Me puse tensa.

—Débora. —Me desinflé de golpe.

—No voy a estar pendiente de ella, no hace falta que me avises.

—Pues te vas a perder el modelito que lleva hoy —dijo cantarina, picándome.

—Me da igual.

—No te lo crees ni tú, teniendo en cuenta en qué planta trabaja.

Agradecí la aparición de Fermín con las dos tazas de café con leche. Se lo agradecimos y mientras yo endulzaba el mío, Olivia estuvo muy entretenida observando vete a saber dónde.

—Deja de mirar, se va a dar cuenta —susurré antes de darle el primer sorbo al café.

Solté un suspiro, después de relamerme los labios.

—Ahora no la estaba mirando a ella, Brayden y Alejandro acababan de entrar en la cafetería. —Vuelta la tensión y esta vez para quedarse en todo mi cuerpo.

—Te aviso de que mañana me tomo el café en la otra cafetería —me referí a la que estaba en la calle, a unos metros de la empresa.

—Nooo... ¿Con lo entretenida que se está aquí? —Jadeó.

—Todo para ti.

—Olaya...

La ignoré, concentrada en mi taza de café, porque si levantaba la cabeza me encontraría de frente con cualquiera de los que había mencionado. Mi silla quedaba frente a toda la zona. Soltó un suspiro largo por mi reacción, mientras endulzaba su café con leche.

—No puedes seguir así —habló en tono muy bajo.

—Creo que tienes razón... —susurré, pero yo pensando en otra alternativa.

—Por todo lo que me has contado de Brayden, de vuestros encuentros, y por cómo reaccionas tú y lo que te afecta, tienes que saber que...

—No lo digas. —Levanté la cabeza de golpe, buscando su mirada.

—Lo sabes de sobra, ¿no?

Maldecí en voz baja porque vi lo que no quería. Brayden y Alejandro habían ocupado una mesa, por suerte lejos de nosotras. Y para rematarlo la tal Débora estaba de pie, hablándoles.

Pues sí, Olivia tenía razón, el modelito que llevaba puesto, era digno de ver. Se ajustaba a su cuerpo como un guante, marcando todas sus curvas. No dejaba nada a la imaginación. Iba muy guapa, más que eso. Lo que es, es, y no sería yo la que lo negara.

Débora rio por algo que le dijo Alejandro, pero justo en ese instante los ojos de Brayden encontraron los míos, observándolo. Maldecí interiormente porque se estaba convirtiendo en una costumbre, mientras desviaba la atención hacia la taza, de nuevo.

Él también estaba impresionante, pero ¿cuándo no? El viernes fue la primera vez que lo vi vestido informal, elegante, pero sin un traje. Y verlo en el último momento con la cazadora de piel, ya fue... Me bebí de golpe casi la mitad del café.

—Ya se ha ido a otra mesa, los ha dejado solos —me informó Olivia.

—¿Me lo estás retransmitiendo en directo? —Levanté una ceja.

—Sí. —Rio y sonreí, negando con la cabeza.

—Estoy bien —dije porque, aunque no me lo había dicho, estaba preocupada por mí.

—Gracias por querer tranquilizarme, pero no es verdad. Olaya —bajó mucho el tono de voz, apoyando el pecho en la mesa—, la tensión que hay entre Brayden y tú corta como un cuchillo. Y no es de la que hace daño, es de la que excita y te pone en órbita. Te lo digo yo que tengo estos dos muy bien puestos. —Se señaló los ojos—. Chica, la energía entre vosotros fluye de una

manera... —Bufó.

—No tiene sentido lo que dices —murmuré.

—¿Sabes lo que te tiene así, lo que te da miedo? —La miré de reojo y al no contestarle, continuó—. Hacer lo que desees, que él te corresponda y que después, dentro de no sé cuánto tiempo, se vaya a su país —dijo con seguridad.

Bajé la vista a la taza y acaricié el borde, pensativa.

—He dado en la diana, ¿verdad?

—No lo sé —susurré.

—Claro que lo sabes, pero te cuesta aceptarlo porque es el dueño de la empresa, nuestro jefe.

—Últimamente me cuesta todo demasiado. —Me presioné la frente, sintiendo mucha presión de repente.

—Eh, no te agobies —me pidió preocupada.

—¿Cómo se puede complicar todo tanto? —Hice una mueca, mirándola.

—No lo sé, cariño, pero muchas veces es más fácil de lo que parece.

—Créeme que no.

—¿Quieres un paracetamol?

—Tengo en el bolso —le sonreí con cariño.

—Pues tómate uno porque que tienes una cara... Antes de que vaya a más el dolor.

Cogí el bolso de la silla y de dentro la tableta, para sacar una pastilla. Me la tomé con ayuda del café. Estuvimos pocos minutos más, antes de salir de la cafetería para ir a nuestros puestos de trabajo.

Olivia no dijo nada, pero no hizo falta. Me dejó que eligiera por dónde ir, y evité pasar cerca de la mesa que todavía ocupaban Brayden y Alejandro. Me dio conversación, solo para que parecíamos entretenidas. De esa forma conseguimos llegar a los ascensores.



Levanté la cabeza al escuchar mi nombre, Axel se acercaba a mi mesa.

—¿Sí?

—Necesito que vengas a mi... ¿Te encuentras bien? —Me observó con atención.

—Claro —sonreí, pero el gesto me salió un poco forzado.

—Pues no lo parece.

—Me duele la cabeza. La pastilla que me he tomado hace unas horas no me ha hecho nada.

—Quería comentarte una cosa antes del desayuno —dijo mirando el reloj de pulsera—, pero será mejor que lo dejemos para después. Vete ya para que te dé un poco el aire.

—Puedo esperar, faltan diez minutos.

—Es una orden —sonrió.

—Vale, gracias.

—No vayas a venir antes, que te conozco. —Levantó una ceja.

—Eres el mejor jefe —dije levantándome de la silla.

—Soy el único con el que tienes más trato directo. —Rio.

Sonreí mientras me ponía la chaqueta y agarraba el bolso.

—En un rato nos vemos.

—Cuando vuelvas ven a mi despacho directamente, para saber si te encuentras mejor.

—Seguro que sí.

—Ya lo veremos y te diré si te vas o te quedas.

—No es tan grave.

—Eres la única que discute mis decisiones —negó divertido.

—Defecto de fábrica, todo se lo debo a mi madre. —Volvió a reír.

—Sal ya, anda.

—Hasta ahora.

Nos movimos a la vez, él para ir hacia su despacho y yo para ir al ascensor.

Mientras esperaba a que llegara a mi planta, me entretuve en enviarle un mensaje a Olivia.

Olaya: *Salgo ya, te espero en la terraza de la cafetería de fuera del edificio cuando salgas. Axel me ha dicho que me fuera al ver mi cara, el dolor de cabeza no se me ha ido. Me está dando la lata. Ahora nos vemos, besitos.*

El ascensor hizo el pitido que anunciaba que acababa de llegar. Me guardé el móvil en un bolsillo de la chaqueta y cuando las puertas se abrieron, al levantar la cabeza, lo primero que vi fueron dos zapatos de hombre. Y no sé por qué lo supe, supe quién era el dueño de ellos, cuando la verdad nunca me había fijado en el calzado de... Brayden.

Levanté la vista, encontrándolo dentro del ascensor, solo. Tanto tiempo me tomé en reaccionar que las puertas empezaron a cerrarse, pero Brayden movió un pie para impedirlo.

—¿Bajas? —me preguntó.

—Sí.

Se apartó para que entrara y me agobié porque era un espacio cerrado y muy pequeño, el que estaría impregnado de su perfume. Tragué saliva disimuladamente, al menos eso creo porque no estaba para pararme en esos detalles.

Moví un pie, después del otro, hasta que me quedé encerrada con él.

Capítulo 22



Unos minutos antes...

Brayden

—A la noche te llamo con más tiempo, papá.

—De acuerdo, hijo. Que vaya bien lo que queda de día.

—Gracias, igualmente.

Colgué y me tomé unos segundos para observar el exterior a través de la cristalera. Varios golpes en la puerta me hicieron girar hacia ella.

—Adelante.

Débora abrió y caminó hacia la mesa, lo mismo que hice yo.

—Dime.

—Estaba pensando que lo mismo sería mejor poner mi mesa en tu despacho —soltó una risilla—, de esa manera me ahorraría tantos paseos.

—Tu mesa de trabajo está perfectamente donde se encuentra —dije sentándome. Recosté la espalda en la silla—. Es bueno hacer ejercicio cuando se está tantas horas sentado.

—Sí, claro. —Rio, pero sonó a una risa nerviosa.

—¿Has venido para decirme eso?

—No, para comentarte unos cambios que he hecho en tu agenda, antes de liarme con unas

cosas que me ha pedido el jefe comercial.

—¿De qué se trata? —Golpeé la mesa con varios dedos.

—He tenido que mover el día y la fecha de varias reuniones, para cuadrar las nuevas que me has comentado. Mira, han quedado así.

Se inclinó sobre la mesa. Apoyó los antebrazos en ella, casi en el centro, alargando hacia mí la tableta electrónica que llevaba en las manos. La posición en la que se quedó más desfavorable e inoportuna no pudo ser, con el cuerpo tumbado y curvado, a pocos centímetros de mí. Sus pechos casi rozaban la madera, y el escote del vestido que, a simple vista, en una posición recta, parecía normal, se abrió demasiado, dejando ver mucha piel y el minúsculo sujetador que llevaba porque cubría bien poco.

Todo eso conseguí ver en los breves segundos que tardé en apartar la vista, más que nada porque cuando se inclinó estaba mirándola, lógicamente al hablarme. Cogí la tableta, quitándosela de las manos.

—Puedes sentarte —le pedí serio porque se mantuvo en esa posición.

—Claro —sonrió y tardó más tiempo del necesario en hacerlo.

Observé el cuadrante, pero me llevó poco memorizarlo.

—Si me surge cualquier cosa inesperada te lo haré saber con tiempo. —Coloqué la tableta en la mesa y la deslicé hasta el filo, para que no tuviese problema en cogerla sin hacer muchos movimientos.

—Perfecto, gracias Brayden —asentí.

—¿Necesitas algo más? —le pregunté al ver que no se levantaba.

—Eh, no. Te dejo, que estarás muy liado.

—Bastante.

Noté que quería decirme algo más, vi la indecisión en su expresión, pero se mantuvo callada y se incorporó, para irse.

—Débora —la llamé cuando me daba la espalda y se había alejado unos pasos.

—¿Sí? —Se giró sonriendo.

—Te voy a pedir por favor, que la próxima vez que tengas que enseñarme algo, no tomes la postura que has hecho.

—Yo...

—No quiero hacer esto incómodo —me levanté despacio—, pero he visto un poco fuera de lugar tu posición para enseñarme algo que podrías haberme dado de pie, alargando la mano.

—Lo lamento, no volverá a ocurrir.

—De acuerdo. —Lo di como bueno, a la espera de sí sería verdad o no.

Dependía de ella la actitud que tomara yo la próxima vez. Empezó a trabajar ayer, al inicio de la semana, y en el poco tiempo que llevaba, había tenido que rectificarla varias veces. Era inusual porque siendo sus primeros días, ¿cómo se comportaría cuando tuviese más confianza?

Supuestamente era una profesional, en su currículum constaban las empresas en las que había trabajado. Ni puñetera idea de si en ellas aceptaban esos tipos de comportamientos, en la mía en absoluto, rotundamente no, y menos dirigidos a mí.

Cuando salió, necesité desconectar y que me diera un poco el aire, por lo que me guardé el móvil en la americana y rodeé la mesa, para salir del despacho. Dejé cerrada la puerta porque no entraba nadie si no estaba yo en el interior, y caminé hacia el ascensor.

Pasé cerca de la mesa de Débora y agradecí que estuviese al teléfono. Cuando el ascensor llegó a mi planta entré y pulsé el botón de la principal. En el centro, solo, vi pasar los números, hasta que uno se quedó fijo en la pantalla electrónica. Las puertas se abrieron y me encontré de frente con Olaya, pero no con su mirada al principio.

Cuando levantó la vista hacia mí se quedó parada, tanto, que tuve que impedir que las puertas del ascensor se cerraran. La quería dentro, conmigo a solas, por imprudente, irracional y sorprendente que me pareciese. No me cuestioné y mandé a la mierda mi intención de mantener las distancias con ella. Salté por encima y derribé la promesa que me hice metido en la cama la noche del viernes, la de que no iba a permitirme una cercanía más con Olaya, si no era en un entorno laboral. Esto se podía considerar así, ¿no? Estábamos en la empresa.

—¿Bajas? —le pregunté al ver que no reaccionaba, solo me miraba.

—Sí.

Me aparté para que entrara, dejándole espacio, pero cuando entró el ascensor pareció muchísimo más pequeño de lo que era. Respiré profundo, oliendo su perfume. Por suerte no se dio cuenta.

—¿A la planta principal o a otra? —le pregunté.

—Voy a la calle a desayunar —asentí.

Como ya había pulsado el botón no tuve que hacer nada. Nos pusimos en movimiento.

—Buenos días, señor O'Neill. —Me sorprendió dirigiéndose a mí de manera formal, otra vez.

—¿Señor O'Neill? —Apoyé la espalda en la pared, quedándome de cara a ella.

—Estamos en el trabajo. —Cambié el peso del cuerpo de un pie a otro.

Menos mal que me recordó lo obvio, pero aun así...

—No es motivo suficiente para que no me llames por mi nombre, creo que te lo dejé claro en la reunión que tuvimos.

—Considero que es más oportuno dirigirme a usted por... ¿Qué haces?

Me hizo gracia que por la sorpresa se dirigiera a mí de tú, con la pregunta. Su reacción se debió a que paré el ascensor, así, de buenas primeras y sin pensar.

—Vamos a aclarar ciertas cosas aquí y ahora.

—¿Cómo? —Buscó mi mirada, sin variar la cara de asombro.

—Primero de todo me gustaría saber, si no lo consideras una indiscreción, si el resto de la noche del viernes fue bien.

Dirigí la atención a su cuello, viendo cómo se movía al tragar.

—Sí —lo confirmó con un susurro.

—Me alegro.

—Gracias. —Imitó mi posición, apoyó la espalda en la pared de enfrente.

No tuve claro si para tomar distancia, aunque fuese mínima, o para que le sirviera para mantenerse recta. Se frotó las manos en el pantalón, en un intento de aplacar los nervios.

—¿Te das cuenta de lo que ocurre, Olaya?

—No te entiendo. —Negó con la cabeza haciéndome ver que lo decía de verdad, al menos en este instante que no sabía qué pensar por lo que yo había hecho.

Me separé de la pared y di pasos cortos hacia ella. Se puso más recta contra la pared.

—¿Qué si te das cuenta de lo que ocurre aquí?

—Claro, estamos encerrados y parados en medio de... —Miró la pantalla electrónica—. Sí, en medio de dos plantas.

—¿Y qué más? —Metí las manos en los bolsillos, controlando mis impulsos.

—No lo sé —susurró.

—Lo sabes perfectamente, al igual que yo. —Ladeé un poco la cabeza—. Se te va a caer.

—¿Qué?

—El teléfono del bolsillo, se te va a caer. —Especifiqué—. No quiero acercarme a él, no vaya a ser que pienses de nuevo que quiero robártelo, como la primera vez que nos vimos.

—Yo no... —Se puso más nerviosa.

—Era una broma, Olaya. Aquí dentro no iba a ir muy lejos con él. —Levanté una ceja.

—Vale. —Soltó el aire que había retenido, mientras lo colocaba bien dentro del bolsillo—. Gracias.

—Retomando lo de antes...

—¿Puedes poner el ascensor en marcha? Me estoy agobiando.

—¿Por estar en un espacio cerrado? ¿O por estar en este espacio conmigo?

—Por las dos cosas. —Apoyó las palmas de las manos en la pared.

—¿Te desagrada o es todo lo contrario? —Necesité saber.

—No... No se trata de eso.

—No me has contestado. —Di un paso más.

Era consciente de que parecía acechante, pero es que, joder, no pude hacer otra cosa. Demasiado me estaba controlando. Me quedé a pocos centímetros de ella.

—No me desagrada es solo que... —Tragó saliva, levantando la cabeza para mirarme a la cara.

—Entonces es todo lo contrario. ¿Qué?

—Estoy nerviosa y me estoy agobiando mucho.

—¿Si estuvieses con Axel en esta misma situación te encontrarías igual? —Mi voz sonó ronca y profunda.

—No.

—¿Por qué?

—Porque no serías tú, a él ya lo habría apartado.

—¿Y quién soy yo?

Saqué una mano del bolsillo y levanté el brazo. Dejé de respirar, literalmente, cuando coloqué la mano en la pared del ascensor, un poco por encima de donde tenía la cabeza apoyada.

—Mi jefe, el dueño de la empresa —susurró.

—Los términos los tenemos claros los dos. —Me incliné hacia ella, haciendo que la separación fuese mínima.

—¿Qué haces?

—¿Qué quieres que haga? Esa sería la pregunta correcta. Dime, Olaya. ¿Ves este comportamiento normal entre un jefe y una empleada?

—No. —Sacudió la cabeza de lado a lado, varias veces.

—¿Y entonces? ¿Qué es lo que parece?

—Parecemos un hombre y una mujer a punto de... —Carraspeó.

—Dilo. ¿Es lo que quieres que ocurra?

—Sí... No —rectificó rápido.

Mis labios se curvaron hacia un lado, muy poco, pero lo suficiente para que sus ojos se quedaran fijos en ellos.

—¿Te digo lo que quiero yo? —Movi6 la mirada rápido, buscando la mía—. Voy a decírtelo, y si no estás conforme, si no quieres lo mismo, me apartaré y jamás volveré a acercarme a ti de esta forma. Me estoy saltando todas mis normas, he tirado por tierra todo lo que siempre he considerado correcto, pero es que...

—¿Qué?

—Que por más que me he resistido no he podido evitar llegar a este punto. Todo mi cuerpo se activa cuando estás cerca —agrandó los ojos—, es una reacción natural que no puedo controlar. —Apreté la mandíbula—. Incluso escuchar tu voz o tu risa me afecta y créeme que estoy jodido porque no lo entiendo, no me comprendo a mí mismo.

»¿Y sabes? Estoy cansado de controlarme, de frenarme, de evitar que lo que quiero no suceda, siempre y cuando tú quieras lo mismo que yo. No voy a incomodarte si no es así, lo que me lleva a la pregunta que te he hecho y me has contestado contradiciéndote...

—Eres mi jefe, el dueño de esto —repitió.

—Eso ya lo has dicho y lo tenemos claro. ¿Qué más? —Acerqué mi cuerpo y contuvo la respiración de nuevo.

Mi pecho se apretó contra el suyo, provocando que tuviese que levantar la cabeza más, por la diferencia de altura.

—No quiero pensar —susurró.

—¿Qué significa eso?

—Que solo quiero hacer lo que deseo y...

—¿Qué?

—Sentir, permitirme sentir —murmuró.

La mano que todavía mantenía en el bolsillo salió de él y la dirigí hacia ella. Se tensó cuando la agarré de la nuca, mientras se la acariciaba muy despacio con los dedos. La pegué más a mí, a mi cadera, provocando que soltara un jadeo.

—¿Lo notas? —le pregunté con la voz tomada por el deseo.

Asintió mordiéndose el labio inferior y consideré que con lo que había dicho, sus gestos y reacciones, y al no apartarme, lo que iba a suceder era lo que quería permitirse sentir, y yo estaba más que encantado de proporcionárselo.

Me moví tan rápido que no vio venir mi siguiente movimiento, mi boca cayó sobre la suya, estrellándose contra sus labios. El gemido que soltó quedó amortiguado, mientras mi lengua abría el camino. De mi garganta salió un pequeño gruñido cuando sus labios se movieron correspondiendo a los míos, y su lengua luchó contra la mía.

La solté de la nuca aprisionándola con el cuerpo a la pared, clavando mi erección en su estómago. El beso fue demoledor, activó todas mis terminaciones nerviosas y mis instintos más primitivos.

La mano que tenía apoyada en la pared del ascensor continuó en esa posición, mientras que, con la otra libre, le agarré una pierna y se la levanté hasta mi cadera. La pasó por detrás de mi trasero y la apretó, curvando el cuerpo hacia mí. Gimió cuando me deslicé hacia abajo, encontrando la zona que necesitaba presionar. Clavé mi dureza en su punto de máximo placer.

El espacio del ascensor se hizo minúsculo, el aire a nuestro alrededor pareció inexistente, con nuestras bocas buscándose desesperadamente y la parte baja de nos cuerpos rozándose para darnos lo que necesitábamos los dos.

La puñetera locura a la que me había resistido me voló la cabeza y supe, sin margen de error, que ya no había marcha atrás, para ninguno de los dos.

Capítulo 23



Olaya

Me sentía mareada, todo me daba vueltas. Si no fuese porque Brayden tenía el control de mi cuerpo, estaría en el suelo. Las piernas me habrían cedido. Lo único que podía hacer y meforcé a ello, era en mantener la presión de la pierna que tenía alrededor de su cintura, manteniendo nuestra unión, aunque gran parte la ejercía él al no habérmela soltado.

Todos los nervios y las sensaciones se me habían concentrado en la parte baja de mi cuerpo. Me notaba temblorosa, débil ante el asalto de Brayden. Era tan intenso, tan pasional, todo en mí se calentó sobre manera, mientras mis jadeos y gemidos quedaban amortiguados en su boca que se movía sobre la mía sin descanso.

El bulto que se marcaba en su pantalón me estaba volviendo loca, dando sacudidas en el punto exacto, una y otra vez. Sus roces, su lengua, sus labios... Todo era demasiado en este instante en el que a mi piel sensibilizada le molestaba el leve roce de la ropa.

Gemí cuando coló una pierna entre las mías y me subió. Mis pies se quedaron rozando con las puntas el suelo del ascensor y el placer que me recorrió cuando empezó a balancear la pierna por mi zona íntima, estaba a punto de hacerme perder la cordura.

Me agarré a sus hombros, a su cuello, mientras me apretaba a él, negándonos ambos a perder el contacto. Jamás hubiera imaginado lo que iba a suceder en este ascensor, aunque también dudaba de que Brayden lo supiera por anticipado. Me dio la sensación de que al principio no había esperado que termináramos de esta forma, pero me refiero a los primeros segundos, porque desde lo que lo llevó a parar el ascensor, su determinación había sido...

Jadeé cuando hizo bailar a mi cuerpo encima de su muslo, perdiendo el contacto del suelo por completo. Me guio con una mano desde la nalga, mientras me la apretaba y yo, yo solo pude disfrutar de lo que tanto había deseado.

Perdí la noción del tiempo, no sabía cuánto había pasado cuando separamos los labios para

poder coger aire. No se separó mucho, lo suficiente para coger bocanadas y respirar, al igual que yo, con nuestros alientos calentándonos. Teníamos las respiraciones alteradas, desacompañadas, nuestros pechos subían y bajaban, y su pierna continuaba haciendo presión en mi zona tan necesitada, mientras nuestros ojos estaban fijos en el otro.

El silencio en el ascensor me creó un nudo en el estómago, al asaltarme las dudas de lo que iba a suceder a continuación y partir de ahora. Acabábamos de traspasar una línea demasiado complicada, en muchos sentidos, pero no había podido resistirme a él, a sentirlo, como le había dicho.

Me daba igual lo que durara, absolutamente igual que todo terminara cuando nos separásemos o quizás, con suerte, hasta que se fuera para volver a su vida verdadera porque aquí estaba de paso. No quería pensar en ello, pero una punzada me recorrió al ser inevitable que me asaltara el temor de lo que vendría.

—¿Bien? —me preguntó en susurro, sobre los labios.

—Sí —solté un pequeño suspiro tembloroso.

Cerré los ojos al sentir la punta de su lengua recorrérmelos, me entraron ganas de volver a besarlo, de atrapar los suyos en un beso infinito. Pero la cordura tomó el control. Estábamos en uno de los ascensores del trabajo, parados entre dos plantas, alguien no tardaría en hacer saltar la alarma por si había sido un fallo eléctrico, con la gran posibilidad de que alguna persona se hubiese quedado encerrada dentro.

Los dos lo estábamos, pero a propósito y me entristecí porque el momento que habíamos vivido tenía los minutos contados, sino segundos.

Después de darme un beso rápido y corto, se separó de mí muy lentamente. Volví a tocar el suelo con los pies cuando retiró la pierna y su sujeción, apartó la mano de la pared del ascensor, mientras se incorporaba para ponerse recto, sin que nuestros ojos se apartaran en ningún instante.

Un escalofrío me recorrió cuando retrocedió y se paró en medio del ascensor. La pérdida del calor de su cuerpo, de su toque, me hizo estremecer.

Alargó las manos hacia los laterales abiertos de mi chaqueta y bajé la mirada, para ver cómo me la colocaba bien. Busqué su mirada, cuando no se conformó solo con ponerme la ropa bien y el bolso en el hombro. Me acarició el pelo con las manos, deslizándolas para peinarme.

Al terminar caminó hacia atrás, sin perderme de vista, hasta que su espalda chocó con la pared contraria a la mía. Nos quedamos cara a cara como al principio, no supe si el silencio de él era bueno o malo. Todavía desprendía tanta intensidad que me atraganté con todas las emociones que revoloteaban en mi interior.

—Creo que estás bien, para mí perfecta, pero... —Señaló con un gesto de la cabeza el espejo del ascensor.

Me mordí el labio inferior por ese «para mí estás perfecta». Me separé de la pared y giré hacia el espejo. Tenía los labios hinchados y con un tono mucho más rosado. Me pasé las manos rápido por el pelo, para ponerlo como lo había llevado, después tiré de las solapas de la chaqueta, las mismas que había agarrado él para colocármelas bien.

Me arreglé todo lo que pude, porque con la hinchazón de los labios no podía hacer nada. Cuando me vi decente me giré hacia él.

—Tú ni te has despeinado —susurré.

Sus labios se curvaron. Era verdad, si no fuese porque tenía los labios como yo, no se le notaría nada. La chaqueta del traje no se le había movido ni un poco. Evité mirar hacia abajo, hacia lo que ocultaba su pantalón. Esa sería otra prueba evidente de lo que habíamos hecho y muy visible a la vista.

El silencio volvió a hacerse pesado, uno que se alargó durante unos minutos. Imaginé que los que necesitó para que su erección desapareciera, no podía mirar a esa parte porque sí no...

—¿Preparada? —me preguntó de repente.

—Sí. —Solté el aire de golpe.

Me moví hasta quedarme frente a la puerta, separada de él, muy cerca de la pared que me había servido de apoyo anteriormente. Hasta que no estuve lista y recompuesta, respirando con normalidad, no pulsó el botón de desbloqueo, lo que lamenté enormemente.

El ascensor se activó enseguida y comenzó de nuevo el descenso. No me atreví a decir nada, no tenía ni idea de lo que él pensaba. Me mantuve concentrada en la puerta y de tanto que le di vueltas a todo en la cabeza, en cuestión de segundos, cerré los ojos cuando un pinchazo de dolor me atravesó.

Los abrí de golpe cuando las puertas se abrieron y agradecí que nadie estuviese al otro lado esperando. Se habrían cansado, lógicamente, haciendo uso del otro que había.

—Adiós —susurré—. Hasta otro momento, Brayden.

No sabía qué más decir, por lo que solté lo que diría en cualquier otra ocasión.

Di un paso, luego otro, y dejé que mis piernas se movieran por sí solas. Otro pinchazo me hizo llevarme la mano a la frente cuando me había alejado unos metros, pero no la mantuve por

mucho tiempo en esa posición. Me vi frenada del otro brazo y me giré, encontrándome con Brayden de nuevo. Tenía el ceño ligeramente fruncido, mientras me observaba con atención.

—¿Qué te pasa?

—Nada —sonreí un poco.

—Intentándolo de nuevo —me pidió serio.

—He salido más pronto hoy para desayunar porque me dolía la cabeza. Axel me ha dicho que me fuese a que me diera el aire —le respondí en tono bajo.

Me soltó del brazo despacio, para no llamar la atención de nadie, aunque debían estar todos ya en la cafetería porque nos encontrábamos solos en esta parte de la planta principal.

—¿Por qué no me has dicho nada? —Pareció contrariado.

—Yo... No es nada. —Las arrugas de su gesto se acentuaron—. La verdad es que... se me había olvidado. —Carraspeé—. Hasta hace unos segundos no he sentido otra vez el dolor.

«Tú has conseguido que se me olvidara», me dije.

—¿Te encuentras muy mal?

—Hasta hace un rato había sido soportable.

—¿Te has tomado una pastilla?

—Sí, hace unas horas —solté un suspiro—, pero no me ha hecho mucho. —Hice una mueca—. Axel me ha dicho que cuando suba vaya a su despacho directamente, para ver cómo estoy. Si no se me ha pasado ha insinuado que me mandará para casa. Le he dicho que no era necesario, pero...

—No hace falta que vayas a su despacho —dijo metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón del traje.

—¿Por... qué? —Casi tartamudeé, si hubiese continuado hablando habría sonado de esa forma.

—Porque en cuanto termines de desayunar y subas a tu puesto de trabajo, quiero que recojas y te vayas, directamente. Yo hablaré con Axel. No admito discusión, es una orden. —Remarcó por cómo lo miré.

Lo dijo tan serio, tan tajante, que no pude añadir nada más al respecto. Podría haberle dicho que seguramente se me pasara al tomarme otra pastilla, aunque no había pasado el tiempo para hacerlo, pero la verdad, me estaba haciendo un gran favor al mandarme para casa. Con lo que había pasado y por cómo estaba, y no me refiero al dolor que continuaba punzándome, era lo que necesitaba, alejarme de la empresa, pero, sobre todo, de Brayden.

Tenía muchas cosas en las que pensar, meditar o qué sé yo.

—Vale —acepté.

—Que te siente bien el desayuno, espero que notes alivio.

—Gracias. Igualmente —le sonreí—. Voy a... —Señalé hacia la puerta principal del edificio.

Asintió serio como respuesta y me giré. Le di la espalda y volví a caminar, apartándome cada vez más de él. Al pasar cerca de la recepción no vi a Rut, o estaba en la cafetería del edificio o habría salido con Olivia para desayunar las tres juntas.

El aire y el sol de la calle me sentó bien, no apaciguó nada de mi interior, pero me sentí un poquito más ligera. Caminé por la acera y enseguida vi a las dos sentadas en la terraza de la cafetería.

—Al final hemos llegado antes —me dijo Olivia.

—Ya lo veo. —Me senté frente a ellas.

—¿Por qué has tardado? El mensaje que me has enviado es de hace más de quince minutos y decías que venías para aquí.

—Al final me he retrasado con unas cosas —me justifiqué sin ser clara.

Todavía no le había contado a Rut cómo conocí a Brayden y el impactó que me llevé al saber que era el dueño de la empresa, como tampoco nuestros encuentros anteriores a hoy. Precisamente este día no podía decir el motivo por el que había tardado porque ello me llevaría a explicárselo todo. Con la cabeza como la tenía no me veía con fuerzas para excederme a hablar tanto.

Lo dejé pendiente para la próxima vez que pudiésemos conversar con calma. Olivia me miró con curiosidad, los primeros segundos no interpreté que intuyera algo, pero que su mirada se dirigiera a mis labios me hizo saber por el camino que empezaron a ir sus pensamientos en este instante.

Lo primero que apareció en su expresión fue la sorpresa, pero después la sustituyó por una

sonrisa muy significativa. Sin decirle nada, acababa de descubrir el motivo por el que había llegado tarde y más satisfacción no le pudo provocar. Se mantuvo callada, respetándome.

Una camarera se acercó y le pedí un café con leche, junto a un minibocadillo.

—Cuando vuelva al trabajo me voy para casa —les informé.

—¿Y eso? —Se extrañó Rut.

—La cabeza —contestó por mi Olivia, al haberle confirmado en el mensaje que no se me había pasado el dolor.

—Sí. Axel me ha dicho antes de irme que pasara por su despacho cuando volviera, para ver cómo me encontraba porque si continuaba igual me mandaba para casa. Pero Brayden —me moví en la silla, con toda la atención de Olivia puesta en mí. La de Rut también la tenía, pero de una forma muy diferente—, me acaba de decir que me vaya cuando regrese a mi puesto de trabajo, sin entretenerme. Bueno —carraspeé—, me lo ha ordenado.

—Vaya. Pues es lo mejor —dijo con una mueca Rut.

—Sí, es lo mejor que Brayden te lo haya ordenado —añadió Olivia, con una sonrisa pícara.

Se llevó la taza a los labios sin apartar la vista de mí. La camarera llegó con mi desayuno y aproveché para pagárselo, para no tener que esperar cuando terminara. Endulcé el café y saqué del bolso la tableta de pastillas. Me la tomé con varios sorbos y pasamos el rato tranquilas, agradecida a ellas porque hablaron muy suave por mí.

Yo no me demoré mucho, la claridad empezó a molestarme en los ojos. Se amoldaron a mí, aunque les pedí que se quedaran. No me hicieron caso y nos fuimos de la cafetería antes de tiempo. Junto a la recepción nos despedimos de Rut que me deseó que me pusiera bien.

Caminamos ligeras hacia uno de los ascensores, al estar entrando varias personas. Conseguimos entrar.

—Tienes algo muy importante y súper interesante que contarme, ¿verdad? —me susurró inclinada hacia mí.

—Sí —murmuré y sonrió de oreja a oreja.

—Lo sabía, joder. —Levantó un puño.

Si los pinchazos en la cabeza no fueran tan intensos, me habría reído.

—Vete a casa y relájate —me pidió antes de darme un beso en la mejilla, a punto de llegar a mi planta.

—Sí, gracias.

—Tienes una cara... —Hizo una mueca.

—Se me pasará. —Le devolví el beso—. Que vaya bien el resto del día, hablamos.

—Uy, y tanto que hablamos —dijo pícara.

Sacudí la cabeza con una pequeña sonrisa, mientras salía del ascensor. Ella continuó subiendo, yo caminé hacia mi mesa. Como llevaba encima todo lo que tenía que llevarme, solo organicé un poco la mesa para dejarla recogida y apagué el ordenador.

Me despedí de los compañeros que estaban más cerca y elegí la escalera para bajar. Al pasar cerca de la recepción me despedí de Rut con una mano levantada, estaba hablando por teléfono y no quise interrumpirla, y la verdad, me urgía irme.

Capítulo 24



Brayden

—¿Se acabó por hoy? —me preguntó Irvin.

—Sí —le confirmé mientras caminábamos hacia el coche.

—Menuda racha llevas. —Sacudió la cabeza.

Lo miré de reojo, pero no tuve nada que objetar. Así era, hacía cuatro días que no iba a la empresa. En todo el tiempo que había pasado había estado liado yendo de un proveedor a otro, haciendo visitas, reuniéndome con los directivos y dueños para presentarme oficialmente y conversar de temas importantes. Aparte de ir a distintos lugares para hacer gestiones.

Nuestra estancia en España se acortaba en lo referente al trabajo, cada vez faltaba menos para quedarme satisfecho del todo. Para mi mala suerte, había surgido un problema en la delegación de Irlanda, estaba tratando de solucionarlo a través de llamadas y videollamadas, pero era consciente de que tendría que ir hasta allí en cualquier momento.

Lo estaba intentando alargar porque... Joder, desde lo que sucedió en el ascensor con Olaya no había vuelto a verla. Era algo que me consumía por dentro y en lo que no dejaba de pensar. Tenía la necesidad de hablar con ella de lo que ocurrió, de plantear ciertas cosas, pero no había podido ser todavía.

Sabía que al día siguiente de que la enviara para su casa por el dolor de cabeza, fue a trabajar y se encontraba bien. Me había asegurado de informarme a través de Axel y de Olivia, por lo que con respecto a eso estaba tranquilo. El descanso y la desconexión le sentaron bien y me alegré por ello.

Eran las siete de la tarde y al montarnos en el coche, Irvin tomó la dirección del hotel. Me notaba extrañamente cansado, agotado, tenía la misma sensación con la que me desperté en la bañera, cuando me quedé dormido con el agua cubriéndome. La flojera que me recorría no era

normal, para mí, no. Estaba habituado al ajetreo, a no parar y me pregunté si mi cuerpo me estaba avisando de algo importante.

En cuanto estuviera en Londres, en mi casa, me haría un chequeo para asegurarme de que todo estaba bien. Aunque hasta que llegara ese momento faltarían días, sino semanas, porque de España iríamos directamente a Irlanda para que pudiese coordinarlo todo y solventar los problemas en persona.

Hoy más que nunca, era muy consciente de que necesitaba tomarme las cosas con más calma, aflojar, pero no podía permitírmelo porque el ritmo de todo lo demás no frenaba y me arrastraba. Lo que sí podía hacer era llegar al hotel, darme una buena ducha que me relajara y tumbarme en la cama para descansar.

—Esta noche cenamos en la habitación —comentó Irvin, sacándome de mis pensamientos.

—Te lo iba a proponer.

—Ventajas de conocerte —sonrió mirándome de reojo unos segundos, después se centró en la carretera.

—Si te apetece bajar al restaurante...

—No —respondió tajante.

—Por mí no tienes que quedarte encerrado.

—Yo no llevo el mismo ritmo que tú en lo referente a calentamientos de cabeza y todo lo que cargas, pero te recuerdo que no me he separado de ti en estos días. También quiero descansar, me apetece darme una ducha, ponerme cómodo y quedarme tirado en cualquier lado.

—En mi cama, ¿no? —sonreí de medio lado.

—Siempre que cenamos en tu habitación acabamos en el mismo sitio. —Rio.

—Es el más cómodo.

—Pues sí —confirmó asintiendo—. Te noto muy de bajón.

—Empezaré a recuperarme, mañana vuelvo a la rutina de la empresa.

—Eso no es muy alentador, allí tampoco paras —negó.

—¿Qué quieres que haga? ¿Me quedo en el hotel y no salgo en días?

—Sería un milagro y no espero tanto —dijo divertido—, pero al menos podrías tomarte mañana libre.

—No, necesito ir —dijo tajante y así era, pero no por el motivo que él pensaba.

No le había comentado nada de lo que pasó entre Olaya y yo desde que la conocí, ni cuando estuvimos fuera del alcance de su vista en el restaurante en el que coincidimos con ella a varias mesas de distancia. Irvin solo la vio en persona esa vez, porque en las pocas ocasiones que él me había acompañado al despacho de la empresa había estado poco tiempo dentro. Aunque él sabía perfectamente que algo sucedió entre Olaya y yo cuando le dije que iba al baño, por el tiempo que tardé en regresar, a pesar de ello no me hizo ningún comentario al respecto. Al único que le hablé de ella, al principio, sobre el encuentro que tuvimos en la calle antes de saber quiénes éramos, fue a mi amigo Aarón, cuando hablamos mientras yo regresaba al hotel aquel día después de dar el paseo.

—¿Sabes algo nuevo de lo de Irlanda?

—No —respondí con la vista fija en la ventanilla del coche.

—¿Has pensado cuándo iremos?

—Por ahora lo estoy gestionando desde aquí.

—Pero querrás ir.

—Sabes que sí, pero no vuelvas a preguntarme cuándo porque no tengo ni idea.

—En una semana máximo estamos volando hacia allí, conociéndote, demasiado es.

—Quién sabe.

Noté su mirada, pero no aparté la atención de la ventanilla.

Llegamos al hotel más pronto de lo que imaginé, tuvimos suerte de no encontrarnos con mucho tráfico. Una vez estuvimos los dos con ropa cómoda en mi habitación, pedimos la cena.

Me había duchado rápido para no revivir lo que me pasó al darme el baño días atrás, pero mis sensaciones no mejoraron, incluso empeoraron un poco al relajarme demasiado e Irvin fue muy consciente de ello. Vi su expresión preocupada durante todo el tiempo que estuvimos juntos, aunque se mantuvo callado al respecto. Se fue dejándome tumbado en la cama, preparado para

dormir.



—Buenos días, señor O'Neill —me saludó Ivette, la recepcionista del hotel que nos recibió el primer día.

—Buenos días.

—¿La estancia bien? —me preguntó sonriente.

—Sí —contesté con la mirada fija en la entrada principal.

—Me alegro. Cualquier cosa que necesite ya sabe que solo tiene que decírmela.

—Te lo agradezco, pero estoy seguro de que no será necesario. —Giré la cabeza hacia ella cuando vi a Irvin parar con el coche en la entrada—. Hasta otro momento.

—Por supuesto, aquí estaré.

Asentí y caminé hacia la puerta. Irvin había salido antes para ir a repostar, mientras yo terminaba de arreglarme.

—Tienes la misma cara de ayer —dijo en cuanto ocupé el asiento del copiloto.

—¿Será porque soy la misma persona? —negué.

—Ya me has entendido. —Bufó.

—Deja de preocuparte. Hoy intentaré salir pronto.

—Aleluya, aunque hasta que no lo vea...

No se había equivocado, me había despertado en la cama con las mismas sensaciones con las que me dormí. Las horas de sueño y de descanso no habían surtido el efecto que deseaba. Por ese motivo me había costado más levantarme y activarme. Los primeros minutos no encontré las fuerzas para salir de la cama.

Ese asunto me estaba tocando las narices porque era la primera vez que me sucedía y al no estar acostumbrado a perder la vitalidad y la energía, me sentía tan raro que no me reconocía.

Minutos después me despedí de Irvin en el estacionamiento de la empresa, quedando en que vendría a recogerme para ir a comer sobre las dos. Lo más seguro es que ya no regresara, visto lo visto, si no conseguía remontar y estabilizarme, no iba a dudar en dejar apartado el trabajo, por mucho que me jodiera.

—Buenos días, Rut —la saludé caminando, a poca distancia de la recepción.

—Buenos días, Brayden. Me alegro de verte. —Me correspondió con una gran sonrisa.

—Gracias, igualmente. Entre unas cosas y otras se me ha olvidado comentarte que hablé con los directivos sobre lo que comentamos hace unos días.

—Lo he imaginado, ya he notado los cambios. —Se movió nerviosa en la silla.

—¿Sí? —asintió— Me alegro. Espero que sean todos favorables.

—Lo son. —Esta vez su sonrisa fue tímida.

—Pues estupendo entonces. Nos vemos durante el día.

—Claro, que vaya bien.

—Gracias, a ti también.

Me alejé de ella y fui hacia los ascensores. Ver las puertas me trajo unos recuerdos que activaron algo en mí, algo que fue muy bien recibido.

Subí hasta mi planta y me dirigí directamente a mi despacho, pero tuve que pararme antes de llegar.

—Buenos días, Brayden —me saludó Débora—. Me encanta tenerte por aquí otra vez.

—Buenos días, Débora.

Obvié hacer algún comentario sobre lo último que dijo.

—Tengo mucho trabajo acumulado, por favor, evita comentarme todo lo que sea innecesario.

—Oh, claro. Tranquilo, iré haciendo una lista y al final del día te la doy.

—Perfecto —asentí.

Retomé mi camino, abrí con llave la puerta del despacho y me encerré en él. Sentado frente a la mesa, dejé el móvil encima y encendí el ordenador. Lo primero en lo que iba a ocupar mi tiempo era en hablar con la delegación de Irlanda, por si había habido alguna novedad, pero antes...

Descolgué el teléfono fijo y marqué la extensión de Teresa, la mujer que trabajaba en el departamento de Axel, por lo tanto, junto a Olaya. Le pedí que le dijera a Olaya que subiera a mi despacho porque quería tratar unos temas con ella, pero me informó de que ahora mismo no estaba en su mesa.

—¿Sabes si está en la cafetería?

—Yo diría que no. Axel y ella han ido a hacer algo, han salido juntos cuando él ha venido a buscarla a su mesa.

—Entiendo. —Repiqueteé con los dedos la mesa, pensativo.

—En cuanto regrese hablo con ella.

—De acuerdo. Gracias, Teresa.

—No hay de qué, Brayden.

Recosté la espalda en la silla y apoyé la cabeza en el respaldo. La giré hasta que me quedé mirando hacia la cristalera. Por unos segundos me permití cerrar los ojos. Me encontraba un poquito mejor, no mucho, pero era más que minutos atrás.

Varios golpes en la puerta me hicieron apretar los párpados, al pensar que Débora volvía al ataque. No creía que en el poco tiempo que había pasado Olaya ya estuviese llamando a mi despacho. ¿O sí?

Me moví rápido, mientras daba paso a quién fuese. Para mi mala suerte fue Débora la que entró sonriente.

—He pensado que te vendría bien al estar tan liado. —Levantó una taza de café.

Solté un suspiro y cambié la actitud porque era de agradecer.

—Has pensado bien, gracias.

Se acercó y dejó la taza sobre la mesa.

—Si durante la mañana quieres otro dímelo y te lo traigo.

—No te preocupes, seguramente dentro de un rato me venga bien desconectar.

Centré la atención en echar el azúcar y en removerla, hasta que levanté la mirada, despacio, hacia ella.

Apoyó las manos en la mesa, no se inclinó como la otra vez que le llamé la atención, pero la postura también estuvo de más porque no se veía natural, ni espontánea.

—¿Estás bien? —Ladeó la cabeza y su pelo suelto cayó hacia un lado.

—Estupendamente. ¿La pregunta es por algún motivo en especial? —Quise saber.

Que Irvin me lo notara era lo más normal del mundo, pero los demás no tenían que apreciar nada en mí, por el simple hecho de que disimulaba bastante bien, por no decir que quien no me conocía lo suficiente nunca sabría si me encontraba mal o no.

—Lo siento, he notado algo raro cuando me has dicho que evitara venir. —Se inclinó más hacia la mesa.

«Lo que has notado, es que no quería que sucediera precisamente esto», me dije.

—Te agradezco la preocupación, pero como te he dicho...

—Hola.

La voz de Olaya provocó que Débora se incorporara de golpe y se girara hacia ella. Sus movimientos y donde se quedó, favorecieron a que viese a Olaya directamente, parada en el hueco de la puerta. Pasó la mirada de Débora a mí, varias veces, hasta que la dejó fija en la mía. Y no sé por qué ni cuál fue el motivo, pero tenerla delante alivió mi malestar.

—Estaba abierta —se justificó al no haber llamado, refiriéndose a la puerta.

Como no, Débora siempre tenía algo que decir. Se me adelantó.

—Brayden está muy ocupado —le comentó caminando hacia ella con una pose que no me gustó ni lo más mínimo, por no hablar del tono de superioridad y frialdad con el que habló y continuó—. Otro día puedes intentar que te atienda, hoy es imposible, así que... —Señaló con una mano fuera del despacho, invitándola a irse.

—Me parece muy bien que trabajes para él, igual que yo, por ese motivo solo atiendo órdenes

del señor O'Neill —remarcó mi apellido, con énfasis—. Y como veo que estás desinformada, ha sido él quien ha requerido mi presencia hace unos minutos. —La encaró con un tono de voz neutro, pero lo suficientemente fuerte como marcar las distancias entre ambas—. Tú no tienes que decir nada al respecto, si él quiere que me vaya me lo comunicará ahora mismo, personalmente.

Apoyé un brazo en el reposabrazos, disfrutando de la escena, sobre todo, de lo recta que se puso la espalda de Débora. Lógicamente ya sabéis hacia cuál de las dos me decanté, sobra la aclaración.

—Una última cosa —continuó Olaya—. Te aconsejo que modifiques tus modales, y más por el puesto que ocupas en esta empresa. Ni siquiera me conoces, no nos hemos presentado y te has tomado hacia mí una libertad que no te pertenece.

El despacho se llenó en cuestión de segundos de una energía que tuve que frenar.

—Débora, déjanos solos. —Mi voz fría y rotunda retumbó y provocó que las dos me miraran—. En algún momento del día hablaremos para que te quede claro que nunca, jamás, vas a volver a intervenir e interferir en mis asuntos. Esa no es tu función, ni mucho menos hablar por mí.

—Pero... —Empezó a decir, en tensión. Se quedó callada de golpe al ver mis cejas arqueadas, mi expresión no admitía réplica— Está bien. —Aceptó casi susurrando.

Olaya entró y se apartó para que pasara, observándola de reojo. Por la expresión que puso, Débora debió lanzarle alguna mirada que no le gustó, pero se mantuvo callada.

—Cierra, por favor —le pedí captando su atención de nuevo.

—Encantada. —Bufó y frunció los labios, conteniendo la diversión.

Capítulo 25



Olaya

Cerré la puerta más fuerte de lo normal, a propósito. De espaldas a él cogí una bocanada de aire y me giré, para caminar hacia la mesa.

Llevaba tantos días sin verlo... Lo último que imaginé al volver a mi puesto de trabajo era que Teresa me dijera que él quería que subiera a su despacho. Ni siquiera sabía que había venido hoy, por lo que la noticia me hizo ilusión, pero a la vez me revolvió el estómago, por lo que podía suponer que quisiera verme, después de lo que sucedió en el ascensor.

Todos mis nervios se habían evaporado de golpe, por el encontronazo con su asistente. La forma en la que se había dirigido a mí, con una superioridad y altanería que no le correspondían, me había tocado la moral. No iba a quedarme callada, ella no era nadie para dirigirse a mí de esa forma, ni mucho menos para mandarme de vuelta a mi planta.

Por lo visto las palabras de su jefe, contradiciéndola, no le sentaron muy bien. Cuando me aparté para que pasara me lanzó una mirada que solo tenía el fin de desintegrarme. Mala suerte para ella que no tuviese superpoderes.

Esos mismos nervios que por unos instantes había dejado de sentir, volvieron con más fuerza cuando me paré frente a él, con la mesa como única separación entre los dos.

—¿Querías verme? —pregunté ante su silencio, a pesar de que la respuesta era obvia.

—Buenos días, Olaya.

—Buenos días, s... —Carraspeó antes de que me equivocara, según él—. Brayden —rectifiqué—. Siento la interrupción y mi comportamiento —me justifiqué.

Ante él sí, pero hacia la otra, pues no me daba la gana y menos por cómo me había tratado.

—No has interrumpido nada, en absoluto —me aclaró—. Débora solo ha venido a traerme un café.

Dirigí la vista hacia la taza que tenía delante, pero igualmente no pude controlar mi ceja traicionera. Se arqueó sola.

—Pues he visto una posición muy curiosa para dejar una taza en una mesa.

Me mordí la lengua, pero fue demasiado tarde. Las palabras ya estaban dichas.

—¿Te ha molestado? —Maldije al haber sido demasiado transparente con mi comentario.

Su mirada... Joder, transmitía tanta intensidad.

—¿A mí? ¿Por qué tendría que molestarme? Es tu asistente, estáis todo el día juntos.

—Ya veo. —Se levantó despacio de la silla—. Voy a añadir un pequeño matiz, pero importante. Sí, es mi asistente, como la del resto de los altos cargos, pero lo de que estamos todo el día juntos no se parece en nada a la realidad. —Acarició la mesa con los dedos.

—Si tú lo dices... —Bajé la vista.

—Lo digo yo, sí, y es la única verdad que hay. Respondiendo a tu primera pregunta, lógicamente te esperaba, como ya sabes.

—Teresa solo me ha dicho que viniera, tendría que haberte llamado antes para saber si querías que subiera con alguna información.

—No es para eso para lo que te he hecho llamar.

—No sé...

—Solo quería verte, es el único motivo. —Tragué saliva.

Sus ojos descendieron hasta mi garganta y más nerviosa me puse.

—¿Es por lo del dolor de cabeza? Se me pasó aquel mismo día por la noche.

—Lo sé.

—¿Cómo...? —Fruncí el ceño.

—Tengo mis fuentes para estar al día de todo. —Golpeó la mesa con los dedos—. Necesitaba hablar contigo de lo que pasó en el ascensor.

—Yo... Ya lo he olvidado.

Ni puñetera idea del por qué dije eso, cuando era una grandísima mentira. No había podido quitármelo de la cabeza, ni lo que hicimos ni a él. Al día siguiente que vine a trabajar como cualquier otro, cuando supe después de que pasaran varias horas que él no había venido, llegué a pensar que el motivo era yo, al haberse arrepentido de lo que provocó e hizo.

Esa idea se esfumó dándome una tregua de paz porque Olivia consiguió información para mí. Brayden estuvo liado con reuniones y gestiones fuera de la empresa, lo que me tranquilizó al instante. Lo que daba por hecho que se había alargado a más días.

Referente a lo que sucedió en el ascensor, tomando el primer café con Olivia el día después de lo de la cabeza, le expliqué por encima lo que nos sucedió. Ya interpretó algo cuando me reuní con Rut y ella para desayunar, pero igualmente se quedó con la boca abierta al escucharme y durante bastante tiempo no consiguió cerrarla. Por eso puso más hincapié en enterarse del motivo de la ausencia de Brayden, para que dejara de preocuparme. No le conté los detalles, solo la puse en situación, lo demás corrió por cuenta de ella.

—Dudo de que sea así.

Parpadeé varias veces más rápido de lo normal, volviendo al despacho al escuchar la voz de Brayden. Por unos segundos me había metido tanto en mis pensamientos que me había quedado ida.

—No tienes nada de lo que preocuparte, por mi parte todo está bien —añadí sin saber qué pensaba al respecto.

Parecía tan hermético, en realidad lo era.

—Preocupación es lo último que sentiría sobre algo que hice porque lo deseaba. —Arqueó una ceja.

Dejé de verlo delante, se movió para rodear la mesa. Intenté tragar, pero el nudo que se me formó en la garganta no me ayudó.

—Tú también lo deseabas, sino recuerdo mal —continuó hablando, cuando se paró a un paso de mí.

—¿Qué quieres que conteste a eso? —Levanté la cabeza para mirarlo a la cara.

—Estaría bien que respondieras con la verdad, es lo que espero. —Se sentó en el filo de la mesa y se agarró con las manos a él, sin apartar la vista de mí.

—Estoy desconcertada, tú me desconciertas —susurré.

¿No quería verdades? Pues tenía unas cuantas para decirle.

—No eres a la única que le pasa, aunque en realidad, yo ya he asumido mi parte.

—¿Qué quieres decir? —Fruncí el ceño.

—Exactamente lo que has interpretado. Creo que fui muy claro con lo que te dije en el ascensor, de mis motivos para actuar como lo hice. ¿Necesitas que te lo repita? Lo mismo también lo has olvidado.

—No —respondí rápido, con un calor insoportable—. Lo recuerdo todo perfectamente.

—Ya decía yo... Llevo unos días muy intensos de trabajo, no he parado desde bien temprano, hasta última hora de la tarde, y ¿sabes por qué no me he tomado hoy el día libre? —negué— Porque quería verte. Estos días atrás ese ha sido el único pensamiento repetitivo que he tenido, constante, imaginando cómo sería este momento. Si estoy aquí es exclusivamente por ti, Olaya.

«Sé muy bien lo que hicimos en el ascensor, lo que provoqué, pero entiendo que no me conoces, que no sabes cómo actúo en mi día a día y en lo personal, por lo que comprendo la inseguridad y las dudas que has tenido y continuas teniendo, tantas como para negar lo que sientes. Que no nos hayamos visto en tantos días no ha favorecido a que este encuentro empezara de otra forma.

»Pero ahora estamos aquí, estoy volviendo a ser claro y directo. No puedo hacer más para que entiendas que la forma en la que actué fue para abrir la primera puerta hacia ti y que espero abrirlas todas.

Mierda, ¿cómo y qué se responde a eso? Me acababa de dejar...

—¿Es eso lo que quieres? —pregunté tan bajo que por unos instantes dudé si me había escuchado, ante su silencio.

—Es todo lo quiero: a ti.

Me estremecí y me vi dando el paso que nos separaba. Me quedé rozándole una pierna y el simple contacto de mi pantalón en la piel me provocó unas sensaciones que me sorprendieron.

Nuestros ojos no se apartaron de los del otro en ningún momento. Él no se movió y entendí que después de su confesión, esperaba a que lo hiciese yo primero, mucho más del simple paso

que acababa de dar.

Acaricié con la punta de los dedos el filo de la mesa, muy cerca de donde una de sus manos continuaba.

—No sé dónde nos lleva esto, pero quiero que ocurra —susurré.

—¿El qué? —preguntó con voz ronca.

—Tú y yo, lo que sea que deseemos. No quiero pensar en lo breve que será, ni en quién eres realmente, solo quiero...

—Sentir. —Terminó por mí y asentí despacio, pegándome más a él—. El alargarlo o no está en nosotros. —Extendió los dedos y agarró varios míos.

Noté un cosquilleo recorrerme por su contacto, el que terminó concentrándose en una zona muy concreta.

Me aparté de su lado y me puse delante de sus piernas. Las tenía un poco abiertas, pero no lo suficiente para donde quería ponerme. Coloqué las palmas de las manos en sus muslos y me hice hueco, hasta que conseguí quedarme encajada entre ellas. Cogió una bocanada de aire y cerró los ojos unos instantes, cuando llevé una mano a su nuca.

—Quiero sentir más —susurré inclinándome hacia sus labios—, sentirte a ti.

De un movimiento rápido me agarró de las caderas y me pegó por completo a él. Solté un jadeo al sentir el bulto que se clavó en mi pubis.

—Me vas a sentir por todas partes, incansablemente —dijo con una especie de gruñido que consiguió erizarme el vello y activar todas mis terminaciones nerviosas.

Su boca cayó sobre la mía, al igual que sucedió en el ascensor, solo que estaba vez me había acercado yo a él. Gemí metiendo los dedos entre su pelo, apretándolo a mí. Su sabor tan característico, uno que era mi perdición, su olor, sus labios moviéndose con fuerza contra los míos y nuestras lenguas rozándose y buscándose, fundieron mis neuronas porque sorprendentemente, no me importó ni lo más mínimo que estuviésemos en su despacho, ni que la puerta pudiera abrirse en cualquier momento.

Todo eso que debería tenerme en alerta, pasó a un segundo plano mientras Brayden apretaba mis caderas hacia él.

Los días que había pasado pensando, dándole vueltas a lo que viví en el ascensor, tantos días inquieta y dubitativa, quedaron en nada en este instante. Tenía lo que no había dejado de desear,

a Brayden besándome con la misma posesión y desesperación que la primera vez.

Jadeé en su boca cuando me levantó de las nalgas. Las puntas de mis pies rozaron el suelo, mientras él sujetaba todo mi peso y clavaba su erección más abajo, casi donde tanto lo necesitaba. Estaba excitada, notaba la humedad acumulándose en mi zona íntima y no tenía ni idea de cómo iba a terminar porque Brayden se negaba a separarse de mí.

No es que yo lo quisiera, pero por unos instantes pensé en cómo quedaron mis labios en el ascensor y si salía igual de su despacho... A la mierda, dejé la mente en blanco y me concentré en el placer que me proporcionaba.

Solté un pequeño grito cuando se levantó de la mesa, sin soltar el agarre de mis nalgas. Perdí el contacto con el suelo y le rodeé el cuello con los brazos.

—Olaya... —dijo mi nombre entrecortado, con la respiración desacompasada cuando se apartó de mis labios.

—¿Qué?

—Dime que lo necesitas con la misma intensidad que yo.

—¿Te estás refiriendo...? —Me mordí el labio inferior cuando movió mi cuerpo sobre el bulto de su pantalón.

—Sí, a eso precisamente me refiero. —Apoyó la frente contra la mía, mirándome tan de cerca que me quedé cautivada por el color de sus ojos y el brillo que desprendían.

—Es una locura. Tu despacho, los trabajadores, yo...

—Estás diciendo lo obvio, no respondiéndome. —Hizo una pausa, apretando la mandíbula—. Mierda. —Respiró hondo.

—¿Qué? —Me separé un poco, sin comprender el motivo por el que su expresión se endureció.

—No tengo... No estoy preparado.

Los primeros segundos no lo comprendí, hasta que conseguí centrarme y saber a lo que se refería.

—Oh. —Fue todo lo fui capaz de decir, lamentando inmensamente que no «estuviese preparado», contradiciendo a mis palabras de antes.

Aflojó el agarre de sus manos, hasta que toqué el suelo con los pies.

—Ve a tu mesa y recoge, nos vamos. —Agrandé los ojos.

—¿Cómo?

—Ya me has oído.

Dio paso atrás y perdí su calor y contacto.

—No sé tú, pero yo necesito ponerle remedio de una vez por todas. No quiero esperar más. —Carraspeó aclarándose la voz.

—No puedo irme del trabajo así sin más. —Me rodeé la cintura con los brazos.

—¿Quién lo dice? —Levantó una ceja— Sin más, no. Te vas conmigo y soy tu jefe, por encima de cualquiera.

—Ahora eres tú el que estás diciendo lo obvio.

—Olaya... —solté un suspiro tembloroso porque su voz rasposa tuvo un efecto muy placentero en mí.

—Vale —acepté porque también lo deseaba.

Su expresión varió, en sus labios apareció una sonrisa que era nueva para mí. Solo por eso valió la pena aceptar, bueno, y por muchas cosas más.

Caminó hasta la mesa y cogió el móvil. Se apoyó en ella como había estado antes y me pidió con un gesto silencioso que me acercara, mientras se llevaba el teléfono a la oreja.

Fui hasta él y me gustó mucho sentir el calor de su brazo rodearme la cintura. Me pegó de nuevo a él, entre sus piernas.

—Irvin. —Se dirigió a quien había descolgado, sin apartar los ojos de los míos—. ¿Cuánto tardas en venir? Perfecto, en diez minutos me reúno contigo en el estacionamiento —silencio—. Sí, estoy bien, mejor que eso. No te retrases. —Colgó.

—No sé dónde quieres ir, pero tengo mi coche aquí y...

—Me da igual, prefiero que lo dejes donde está. Irvin se encargará de llevarlo donde le digas. —Agrandé los ojos.

—¿Irvin? ¿Es el mismo hombre que estaba contigo en el restaurante y se nos presentó antes de que os fuerais?

—Sí. Es mi chófer y la persona que se encarga de mi seguridad. Me acompaña a todas partes, en el país que sea.

Me moví nerviosa en su agarre, al ser más consciente que nunca del poder que tenía Brayden.

—¿Cómo un... guardaespaldas?

—Se le podría considerar así. A mí no me gusta, pero sí, aparte de que es un buen amigo. Llevamos muchos años juntos, lo considero de mi familia.

—Vale —solté un suspiro—. ¿Y dónde vamos?

—Al hotel en el que nos hospedamos.

—¿Qué va a pensar él cuando nos vea a los dos y nos lleve? —Jadeé.

Sus labios volvieron a curvarse y soltó una carcajada por las palabrotas que salieron una detrás de otra de mi boca.

Capítulo 26



Brayden

—No me hace gracia. —Dio un paso atrás y se cruzó de brazos.

—Te has puesto muy graciosa. —Me incorporé—. Tienes —miré el reloj de pulsera—, ocho minutos para reunirte conmigo fuera del estacionamiento.

—¿Qué le digo a Axel si me ve y me pregunta?

—Que he requerido de tus servicios y te vienes conmigo. —Levanté una ceja.

—Eso suena muy mal. —Jadeó.

—¿Qué quieres decirle?

—Joder, yo qué sé. No me he visto nunca en algo parecido. —Bufó, agobiada y nerviosa, mientras miraba hacia todos los lados.

—Espero que no. —Dirigió la vista hacia mí.

Mi tono de voz se había endurecido y mi mandíbula estaba tensa.

—Me estás ofendiendo. —Entrecerró los párpados.

—No es mi intención. —Solté el aire de golpe—. Sé que no tiene sentido lo que acabo de decir, pero solo de imaginármelo...

—Pues no imagines tanto porque no das ni una. —Volvió a bufar—. Un momento, ¿estás...?

—¿Celoso? La culpa es tuya. —Suavicé la voz.

—¿Perdona?

—Sacas de mí un lado demasiado primitivo que no sabía ni que tenía.

—Yo...

—No te preocupes por Axel, me encargo yo de hablar con él. Te prometo que sonaré muy profesional. —Le hice un guiño—. Créeme que con todos los años de experiencia que tengo, no pondrá en duda ni una de mis palabras. Sonaré a jefe.

—Está bien. —Hizo una mueca.

—Seis minutos. Si no estás fuera, en el estacionamiento pasado ese tiempo, subiré a por ti.

—¿Qué aspecto tengo? —me preguntó nerviosa, alisándose la ropa con las manos.

—Estás perfecta —aseguré.

Se mordió el labio inferior y retuve las ganas de abalanzarme sobre ella.

—Vale —soltó un suspiro.

Se acarició los labios y una sonrisa de medio lado apareció en los míos. Era bastante evidente lo que había sucedido en el despacho porque los tenía hinchados y muy rosados, pero simplemente me encantaba verla así, y más saber que era por mí, indudablemente. Lo que viera o pensara el resto que trabajaba en el edificio me importaba una mierda.

—Se te acaba el tiempo.

—Ahhh... —soltó un pequeño grito y frunció los labios, conteniendo la diversión.

Me dio la espalda y caminó hacia la puerta.

—Olaya —llamé su atención y medio giró hacia mí, agarrando el pomo—. No vuelvas a disculparte nunca más por tu comportamiento, ante una situación como la que te has encontrado al entrar. ¿De acuerdo? No quiero que permitas jamás que alguien pase por encima de ti, sea quien sea, incluso yo mismo.

Tragó saliva y asintió despacio y, a pesar de la distancia que teníamos en este momento, pude identificar un brillo diferente en sus ojos llenos de emoción.

Miró de frente la puerta y antes de salir volvió a alisarse la ropa. Abrió de golpe y sonreí al

ver la decisión en ella al caminar. Me aparté de la mesa y me acomodé la incómoda erección que apretaba mi pantalón.

Apagué el ordenador, me guardé el teléfono en el bolsillo de la americana, y fui hacia la cristalera para dejar pasar los minutos que faltaban. Era tiempo suficiente para que el bulto que era evidente en este instante pasara desapercibido.

El trabajo iba a esperar, el problema de Irlanda quedó relegado para más tarde o quizás mañana. No se iba a terminar el mundo porque me tomara un día libre y si así fuese, sinceramente me importaba otra mierda. Solo quería estar con Olaya, lo necesitaba urgentemente. Me había jodido no tener encima la protección para resolverlo aquí mismo, pero era mejor así porque una vez estuviésemos en el hotel, no iba a dejarla salir de él, en mucho tiempo.

Me pasé una mano por el pelo y apoyé el codo en el cristal, dejando los dedos entre los mechones.

—Brayden. —Cerré los ojos al escuchar la voz de Débora.

—Lo que sea tendrá que esperar a mañana. Me voy ya. —Me giré sabiendo que no detectaría nada en mi pantalón.

—¿Te vas? —Se sorprendió.

—Eso he dicho —le confirmé caminando hacia la puerta, pasando por el lateral de la mesa—. ¿Querías algo urgente?

—No —susurró.

—Perfecto. Entonces hasta mañana. —Me paré fuera del despacho, para esperar a que saliera.

Se giró despacio hacia mí y supe que al mirarme con tanta atención buscaba algo diferente. Arquee las dos cejas, lo que la impulsó a moverse. Pasó por mi lado diciéndome un adiós casi imperceptible y le correspondí con un tono normal de voz, mientras cerraba con llave.

Mientras caminaba hacia el ascensor cogí el móvil y entré en la aplicación de mensajes.

Brayden: *Hola, Alejandro. Hoy estoy en la empresa, pero me voy ya a hacer unas gestiones. Te aviso, por si tienes que planificarte, que mañana quiero reunirme contigo para tratar el tema de Débora.*

Su respuesta no tardó en llegar.

Alejandro: *Hola, Brayden. Que vaya bien porque menudos días llevas de ir de un lado al otro. ¿Ha pasado algo nuevo con ella?*

Brayden: *Lo que ha sucedido es que mi paciencia se ha agotado. Es una mujer adulta y, si no entiende las cosas a la primera, no voy a ser yo quien se las repita referente a lo que ya sabes.*

Pulsé el botón del ascensor y esperé a que llegara, continuado con la conversación.

Alejandro: *Joder, no entiendo su comportamiento y actitud, tan profesional que parecía... Tranquilo, mañana me dices lo que quieres hacer y actuamos.*

Brayden: *Gracias. Hoy necesito que te informes de cuál es su actitud hacia los demás jefes de los departamentos, Marga y Daniela están incluidas. Me interesa saber si las atiende tan bien como al resto.*

Alejandro: *¿Por no ser hombres?*

Brayden: *Correcto. Necesito estar informado de hasta el más mínimo detalle mañana.*

Entré en el ascensor cuando las puertas se abrieron delante de mí y pulsé el botón de la planta principal.

Alejandro: *De acuerdo, lo estarás. Seré muy meticuloso y cuidadoso al hacer las preguntas, nadie se dará cuenta de cuál es mi intención.*

Brayden: *No esperaba menos, confío en ti. Otra cosa, voy a hablar con Olivia ahora, la necesito para hacer unas gestiones que pueden llevarle todo el día.*

Alejandro: *De acuerdo, ¿quieres que la avise yo?*

Brayden: *Te lo agradezco, pero yo me encargo. Nos vemos mañana.*

Alejandro: *Vale. Gracias, Brayden por la confianza. Hasta mañana.*

Salí de la aplicación y entré en la de llamadas. El primer número que marqué fue el de Olivia, Alejandro me facilitó su número de teléfono días atrás, por si necesitaba algo de su departamento y él no estaba disponible en ese momento.

—¿Sí? —Respondió sin saber quién la llamaba.

—Olivia, soy Brayden.

—Ohhh... Hola —sonreí.

—Hola. Recoge y vete a casa o donde más te apetezca. Necesito que hoy no estés en la empresa.

—¿Y eso? —Hizo una pausa larga en la que no dije nada—. Oh, oh, oh... —Casi reí cuando unió las piezas.

A ella no tenía que ocultarle mucho, sabía que no diría nada por tratarse de su amiga. Daba por hecho que estaba al tanto de lo que había sucedido entre Olaya y yo. Las pocas palabras que intercambiamos sobre su amiga, antes de que Olivia se fuese de mi despacho, más la confianza que sabía que tenían... Y así fue porque lo interpretó perfectamente, sin necesidad de decirle nada más.

—Cuenta con ello, ahora le digo a Alejandro que tengo que...

—No, acabo de informarlo de que te necesito para ayudarme en unos asuntos y que seguramente no estarás en todo el día. Despreocúpate.

—Qué interesante. —Rio.

—Mucho —aseguré.

—Tranquilo, me voy calladita y en silencio.

—Gracias. Nos vemos mañana.

—Hasta mañana, Brayden. Que tu día se productivo —dijo cantarina.

Negando divertido, después de colgar, marqué el número de Axel.

—Brayden —contestó al segundo tono.

—Hola Axel. No sé si sabes que hoy he venido a la empresa.

—La verdad es que no, hasta ahora.

—Solo te llamo para comentarte que me han surgido unos temas que no puedo aplazar y tengo que volver a ausentarme. Te informo de que Olaya vendrá conmigo y Olivia del departamento de Alejandro también, hoy necesito un poco de refuerzo y el trabajo de ambas para aligerar la carga.

—De acuerdo, ningún problema.

—He hablado con ellas antes de llamarte, te lo digo porque a las dos les he dicho que yo me encargaba de avisar a sus superiores directos. No sé si nos llevará solo unas horas o todo el día, según lo que tardemos en cada sitio al que tengo que ir.

—Tranquilo, con lo liado que estás estos días cuento con que Olaya ya no volverá.

—De acuerdo. Mañana nos vemos, no me moverá nadie de la empresa.

—Ya toca. —Rio—. Te invitaré a un café, hasta mañana.

—Gracias, hasta mañana.

Colgué y me guardé el teléfono en el bolsillo interno de la americana, satisfecho mientras las puertas del ascensor se abrían en la planta principal.

Si había incluido a Olivia era para que lo de Olaya pasara desapercibido. Sabía que nadie iba a poner en duda mi palabra, pero necesitaba asegurarme de que Olaya quedaba protegida de habladurías. A mí me daba igual que corriera la voz, pero hacia ella no lo veía correcto porque podía influirle negativamente.

Solo era al principio, llegaría un momento en el que no me ocultara, nos ocultáramos, porque no tenía la intención de negarla, en ningún sentido.

Me despedí de Rut desde lejos, sin pararme en mi camino hacia la puerta principal. Al salir aspiré una bocanada de aire. Hacía un día increíble, no había ni una nube y el sol calentaba. No estaba acostumbrado a estas temperaturas, en Londres en esta época era bastante diferente.

Localicé a Irvin en el estacionamiento y me dirigí a él.

—¿Dónde tienes que ir hoy? ¿A muchos sitios?

—Solo a uno, al hotel. —Levantó las dos cejas, sorprendido.

—Joder, no me esperaba esa contestación a esta hora.

—Ya ves, últimamente te estoy haciendo demasiado caso. —Soltó una carcajada.

—Pues no sabes lo feliz que me haces.

—No vamos solos. —Metí las manos en los bolsillos y frunció el ceño.

—¿A qué te refieres? No me jodas que vas a tener una reunión de trabajo allí.

—Nos montamos en el coche y te lo cuento. —Lo esquivé para abrir la puerta trasera.

—¿Qué haces? —Me miró descolocado.

—Te he dicho que falta alguien. —Puse los ojos en blanco—. Ni que fuese la primera vez que voy en los asientos traseros... —Sacudí la cabeza.

—¿Qué...?

Entré en el interior y corrió hacia la puerta del conductor. Se metió rápido y giró la cabeza hacia mí, mientras arrancaba. Su expresión era de curiosidad y de intriga.

—Dentro de unos minutos se montará Olaya. ¿Te acuerdas de que la conociste cuando coincidimos en el restaurante que cenamos? —asintió— No te he contado lo que me ha sucedido con ella, más allá de lo que viste e intuiste esa noche. No es el momento de explicártelo, es un poco largo. Y no, no viene conmigo por un tema de trabajo. Compórtate.

—Joder, y yo ignorante de la vida pensando en que solo trabajabas. —Soltó una carcajada.

—Es lo que no he parado de hacer desde que estoy en este país. —Levanté una ceja.

—Ya, claro —dijo con guasa, mientras se dirigía hacia la salida del estacionamiento—. Sé perfectamente lo que has hecho, sobre el trabajo me refiero, pero no te ha quitado tiempo para otras cosas más interesantes —negó divertido—. Estoy deseando que me lo expliques todo. —Buscó mi mirada a través del espejo retrovisor—. Sea como sea, voy a hacerle un monumento a esa mujer. Ha conseguido lo impensable.

—Te pondré al día.

No dije nada más, me quedé callado sabiendo que Irvin no haría ningún comentario fuera de lugar hacia Olaya. A respetuoso y a reservado cuando tocaba, no le ganaba nadie. Paró el coche donde le indiqué, apartado unos metros del estacionamiento y del edificio.

—¿Cómo te encuentras? —se preocupó— Tienes mejor cara que esta mañana.

—La verdad es que me siento recuperado del todo.

—Porque será... —Frunció los labios—. Me encanta esa mujer, de verdad que sí. Se ha ganado toda mi admiración con lo poquísimo que la conozco.

Le sonreí, me bajé del coche para que Olaya me viese desde la acera y me apoyé en el lateral, cruzándome de brazos. No tardó mucho en aparecer y al verla mirar hacia el lado contrario,

buscándome, y después hacia donde me encontraba, provocó que cierta parte de mi cuerpo se tensara por la anticipación.

Capítulo 27



Olaya

No sabía ni lo que estaba haciendo, pero ¿qué más daba?

Por suerte, Axel no salió de su despacho mientras recogía. Su puerta estaba cerrada, señal de que se encontraba dentro. No tenía ni idea de lo que le diría Brayden con respecto a que me iba, pero tampoco quería enfrentarme a la situación de tenerlo delante de mí, para no bloquearme sin saber qué decir o con una posible metedura de pata.

Fui hacia el ascensor decidida, al igual que salí del edificio. No vi a Rut y pasé desapercibida. Recorrí la distancia que me separaba de la acera, que era bastante porque había una zona ajardinada que daba acceso al edificio. Al llegar al final me paré para mirar hacia los lados y no tardé en ver a Brayden apoyado en el lateral de un coche.

Mis nervios fueron aumentando a cada paso que daba para acercarme.

—Hola —dije.

—Hola. —Curvó un poco los labios.

Se separó del coche y me abrió la puerta trasera.

—Gracias —dije entrando.

Irvin estaba sentado frente al volante, en silencio. Llevaba gafas de sol y no supe si me observó o mantenía la vista hacia delante. Brayden se sentó a mi lado y di un pequeño respingo cuando cerró la puerta.

—Buenos días, Irvin. —Me dirigí a él.

Se quitó las gafas de sol y giró la cabeza hacia atrás. Tal cual lo recordaba se mostró ante mí,

si no me equivocaba debía tener la misma edad que Brayden, aproximadamente.

—Buenos día, Olaya. Es un placer volverte a ver —me sonrió.

Sin más, dejó de mirarme y arrancó, para incorporarse a la carretera. Agradecí no ver en su expresión ningún gesto que me indicara algo que me hubiese dado mucha más vergüenza de la que sentía. Su semblante fue amable en todo momento.

Brayden me dio una palmada en la pierna y me sobresalté. Dirigí la vista hacia él y me di cuenta de que me estaba pidiendo que me pusiera el cinturón de seguridad. Lo hice al instante, ni me había dado cuenta de sus movimientos al colocárselo él.

—¿Nerviosa?

El vello se me erizó cuando me habló en la oreja, inclinado hacia mí.

—Un poco. —No podía mentir porque era evidente, así que...

—Relájate.

—Lo estoy intentando desde hace rato. —Bufé.

—Entonces cuando estemos solos tendré que esmerarme para que lo consigas —susurró y lo miré de reojo.

Mi piel se calentó por el significado de sus palabras, entré en combustión en cuestión de segundos. Me parecía tan surrealista todo...

—¿Has hablado con Axel? —le pregunté para cambiar la dirección de mis pensamientos, cuando encontré las fuerzas para hacerlo.

—Sí, todo está bien —respondió sentado bien en el asiento.

Mi móvil sonó con un mensaje dentro del bolso y lo busqué para comprobar de quién se trataba. Agrandé los ojos al ver el nombre de Olivia y por lo poco que pude leer sin abrirlo.

—Has... Has...

—¿Qué?

—Olivia sabe que nos hemos ido, tú y yo, y... —hablé insegura.

—¿Te molesta? —Ladeó un poco la cabeza, analizando mi reacción.

—No —susurré y era verdad—. Es solo que a mí no me ha dado tiempo a avisarla y no sabía...

—La he mandado a casa. —Me sorprendí—. Necesitaba meterla en esto, no quería que nadie pensara en que solo tú estarías conmigo para ayudarme fuera de la empresa, lo cual no tendría que importar. —Lo observé agradecida—. He dado por hecho que al ser amigas y por la confianza que tenéis...

—Así es, eso no me preocupa. Confío en Olivia —asintió conforme—. Solo me ha pillado desprevenida.

—¿Se lo contarás?

—Sí —susurré—, pero solo lo esencial. —Carraspeé y sus labios se tensaron en una especie de sonrisa.

—Pues ya te he ahorrado la primera parte, solo te quedará responder a sus preguntas porque imagino que tendrá muchas. —Su tono de voz fue de diversión.

—Ni te lo imaginas, nos dará para semanas completas. —Bufé.

Brayden soltó una carcajada, el interior del coche se llenó de su risa. Me quedé maravillada escuchándolo, pero no fui la única. Cuando miré hacia delante Irvin se había bajado las gafas de sol para observarlo por el espejo retrovisor. Sonreía de oreja a oreja. Fue evidente el cariño que le tenía a Brayden y me gustó. No sé, me gustó mucho.

No dijo nada. Volvió a colocarse bien las gafas de sol y continuó centrado en la carretera.

Dirigí la atención hacia la ventanilla y me acomodé en el asiento, observando las calles por las que pasábamos. Cerré los ojos cuando sentí unas caricias en la mano, antes de que los dedos de Brayden me la rodearan. Nuestras manos unidas se quedaron entre mis muslos, demasiado cerca de... de...

Perdí el hilo de mis pensamientos cuando empezó a mover los dedos entre mis muslos, con pequeños roces que me alteraron. Me puse tensa y giré rápido la cabeza hacia él, cuando la punta de uno de sus dedos llegó al límite de mis muslos.

—¿Qué haces? —susurré tan despacio que no supe si me escuchó.

Se mantuvo callado, pero una pequeña curva en sus labios me indicó que me había oído perfectamente. Igualmente, no me respondió, se dedicó a mover el dichoso dedo por encima de

mi pubis, descendiendo poco a poco. Me atraganté con mi propia respiración cuando lo coló entre mis piernas. Las cerré con fuerza, con los primeros calambres de placer.

Me mordí el labio inferior cuando rotó la punta sobre mi clítoris y lo presionó. Luché con la necesidad de abrir las piernas para darle mejor acceso, uno completo. Lo único que pude hacer fue fijar la vista en la cabeza de Irvin y estar pendiente de que no miraba hacia atrás, temiendo que se diera cuenta de lo que sucedía en la parte trasera.

Brayden hizo más presión e introdujo más el dedo entre la presión de mis piernas, arrastrándolo por encima de mi pantalón. Las pulsaciones se me aceleraron, los labios se me entreabrieron, la necesidad de subirme encima de él me sofocó y no dudaba de que mis mejillas debían estar ruborizadas.

Movió la mano, dándome varios golpecitos en las piernas. Quería que las abriera y ¿yo qué hice? Darle lo que pedía, por asombrada que me quedara. Debo decir que, en este punto, mi cuerpo iba por libre, no acataba las órdenes de mi cabeza porque simplemente, no podía enviar unas diferentes a las que deseaba.

Separé los muslos un poco, recosté la cabeza en el respaldo y giré la cabeza para mirar el perfil de su cara. Continuaba mirando a algún punto fijo hacia delante, pero ahora tenía la mandíbula tensa, igual que me puse yo cuando deslizó el dedo hacia abajo, recorriendo mi sexo cubierto por capas de ropa.

Abajo, arriba, círculos, presión... Creí que me faltaría la respiración y que me liberaría aquí mismo. La vergüenza y el agobio lucharon contra el deseo y las ganas de dejarme llevar. Su toque era tan jodidamente bueno que no pude hacer otra cosa que disfrutar, sin importarme que no estuviésemos solos dentro del coche.

—Hemos llegado. —Retiró la mano de golpe y esta vez sí, movió la cabeza para buscar mis ojos—. ¿Estás bien?

El muy... Vi su diversión, pero no la mostró en su expresión ni en su voz.

—Estupendamente —siseé.

Me desabroché rápido el cinturón cuando la puerta de mi lado se abrió. Irvin esperaba a que saliera y me apresuré a hacerlo.

—Gracias.

No me había dado tiempo a recuperarme del casi orgasmo y no supe que vio en mi cara, pero asintió amablemente y cerró la puerta, como si todo estuviese bien y fuese normal. Nos dirigimos hacia la acera, donde Brayden nos esperaba.

No había estado pendiente del último tramo del trayecto, pero identifiqué la zona en la que estábamos. Era bastante céntrica, y entendí el motivo de que nos cruzáramos la primera vez que nos vimos, en el paso de cebra por el que evitó que pasara. Estaba a solo varias calles de aquí.

Bajé la mirada hacia mi mano, Brayden acababa de agarrármela otra vez. Le salió de una forma tan natural que calentó algo más en mi interior, algo inesperado.

—Dale las llaves de tu coche a Irvin —me pidió—. Llévalo donde te diga. —Se dirigió a él.

—Por supuesto —asintió conforme.

—Pero... —Los miré a los dos.

—¿Qué? —me preguntó Brayden, haciendo un poco de presión en mi mano.

—Que si va a la empresa tendrá que dejar su coche en el estacionamiento y ¿cómo regresará a por él una vez que lleve mi coche donde yo le diga? Va a dar muchas vueltas.

La mirada de Brayden se intensificó, no sé cómo explicarlo mejor, pero lo que me transmitió me puso muchísimo más nerviosa. Al cabo de unos segundos curvó los labios.

—No tiene de lo que preocuparse, tengo todo el día para pasearme por la ciudad —comentó Irvin, amable y dispuesto.

—Por favor, trátame de tú como al principio —le pedí agobiada.

—Claro —asintió sonriendo—. Yo me encargo de todo, Olivia. —Le devolví la sonrisa.

—Eh, gracias. Pero... —Volví a la carga.

—¿Qué? —Quiso saber Brayden, con mucha paciencia.

—Que yo puedo coger un taxi de aquí a un rato e ir yo misma al estacionamiento de la empresa.

—Primero. —Brayden tiró de mi mano y me estampé con su pecho. Levanté la cabeza para mirarlo a la cara—. No va a ser un rato lo que vas a estar conmigo —susurró inclinado sobre mí. Tragó saliva—. Y segundo y último, cuando quieras irte te llevaremos nosotros a tu casa.

Mierda, lo dijo tan... Joder, sonó a jefe. Su tono de voz no admitía discusión, aunque la batalla podía estar servida igualmente por mi parte. Respiré profundo y decidí que por esta vez prefería dejarlo hacer como quisiera, incluso conmigo, fíjate tú. Lo estaba deseando.

—Está bien —acepté.

No me soltó de la mano cuando con la otra me quitó el bolso, para ponerlo entre nosotros. Lo mantuvo sujeto mientras yo metía la mano para coger la llave. Cuando la tuve y me giré hacia Irvin, sus mejillas estaban tensas, pero por la gran sonrisa que tenía.

Se la di y le expliqué dónde lo había dejado estacionado. Le dije el modelo del coche y la matrícula y añadí la dirección de mi calle, para que lo aparcara en ella. Me escuchó atentamente y se fue para hacerlo, despidiéndose de nosotros hasta más tarde.

—Está encantado de ayudarte —me susurró al oído Brayden.

—Si tú lo dices... —hablé siguiendo con la mirada cómo Irvin se incorporaba a la carretera.

—Lo hago, sí.

Lo miré de reojo y las piernas empezaron a temblarme cuando volvió a tirar de mi mano. Caminamos hacia la entrada del hotel y admiré la fachada. Era una pasada, saltaba a la vista la elegancia y el nivel. Y tenía que ser caro, sobre todo muy caro. No me hacía falta saber los precios de una reserva de habitación. Por la zona en la que estaba y... Madre mía, me quedé alucinada al ver el interior.

Brayden no se paró, continuó caminando hacia un ascensor.

—Hola... Señor O'Neill.

Al escuchar la voz femenina miré por delante del cuerpo de Brayden por curiosidad. Había sonado dudosa y cortada. La que lo había saludado era la recepcionista, una chica de pelo claro, muy mona, la que por cierto no apartó los ojos de él en ningún momento. Pareció extrañada, ¿sería porque estaba acompañado?

—Hola, Ivette. —Le correspondió Brayden, pero siguió andando.

Tuve el impulso de saludarla también, aunque fuese levantando una mano, pero me dio la sensación de que ni me hubiese visto. Por eso opté por no hacer nada, solo dejarme guiar por Brayden.

Cuando entramos en el ascensor me encontré con la mirada de la chica, no la apartó de nosotros hasta que las puertas se cerraron. Observé de reojo a Brayden, parecía que no se había dado cuenta o quizás sí, pero disimulaba muy bien. También cabía la posibilidad de que no le importara ni lo más mínimo.

En completo silencio, subimos hasta la planta donde tenía la habitación. Me sentía tan extraña

y no me refiero a todas las sensaciones que me provocaba él, ni tampoco a la incomodidad con la que me había dejado en el coche, sino a que en la vida había venido a un hotel con alguien que podía considerar un desconocido, expresamente a... A lo que fuera porque no estaba para pensar de más.

Capítulo 28



Brayden

—Ponte cómoda —le pedí yendo hacia el vestidor.

Me quité la americana del traje y la colgué en una percha. Volví a la habitación junto a Olaya, desabrochándome los puños de la camisa. Estaba dejando la chaqueta y el bolso encima de una silla, mientras observaba la habitación con atención.

—¿Te gusta? —le pregunté, iniciando una conversación simple para que dejara de estar tan rígida por los nervios.

Era evidente cómo se encontraba, lo que me gustó porque supe que no estaba acostumbrada a esto. Pensad de mí lo que queráis, pero mi miembro se tensó al saberlo y en mi interior algo muy profundo se caldeó. No hacía falta que me lo confirmara, Olaya era como un libro abierto para mí en según qué situaciones y reacciones.

Quería y necesitaba que se sintiera cómoda, que se olvidara de todo, incluidas sus dudas. No solo la había traído al hotel para terminar lo que habíamos iniciado en mi despacho, también quería pasar tiempo con ella, escucharla hablar, reír, que me contara poco a poco más de su vida. Me interesaba todo el conjunto, no solo saciar el deseo.

—Sí, es... ¿Increíble? —me respondió.

—Imagino que se ve de esa forma —dije enrollando la camisa en los antebrazos.

—Tú porque estás acostumbrado, pero yo... Nunca había estado en un hotel parecido. A los que voy con mis amigas o con mi hermano no se parecen en nada. —Se encogió de hombros.

—Tus amigas...

—Sí —sonrió. Fue una sonrisa muy sincera y que reflejaba mucho amor—. A Olivia ya la

conoces, pero la verdad es que con ella no he viajado nunca. No por nada, simplemente no ha surgido. Sí que salimos a cenar o a comer los fines de semana, y algunas noches de fiesta, pero a las amigas a las que me he referido son Sara y Paola. Mi hermano se llama Pol, lo conociste en el restaurante, cuando coincidimos en el mismo.

Asentí confirmándoselo, a la vez que fue un gesto de satisfacción para mí porque por los nervios le había dado por hablar, más de lo habitual.

—Mi hermano es mayor que yo, a mis amigas las conozco de toda la vida. Crecimos siendo un grupo de cinco, incluyendo a Rodri porque mi hermano y él eran, y son, inseparables. También lo conociste en el restaurante —volví a asentir—. Rodri es para nosotras como otro hermano, Pol y él son idénticos. La mayoría de las veces huíamos de los dos porque se ponían insoportables. —Puse los ojos en blanco.

—¿En qué sentido? —Caminé hacia la esquina de la habitación.

Fui directo hacia el minibar y cogí una botella de agua natural.

—¿Quieres o prefieres otra bebida?

—Agua está bien —dijo tímida y sonreí.

Se acercó a mí y le di la que tenía en la mano, para después coger otra yo. Apoyé un codo en el minibar y continué hablando, después de beber varios sorbos de agua.

—En el sentido de que eran y continúan siendo muy protectores. —Arrugó la nariz—. Mi hermano conmigo mucho más.

Ese gesto captó mi atención, nunca se lo había visto hacer. Parecía que iba relajándose y mostrándose natural. Empezaba a soltarse.

—Cuando éramos pequeñas nos gustaba, siempre estábamos pegadas a ellos, pero cuando cumplimos cierta edad se volvió insoportable, a veces. Nos perseguían a todos los lados, donde menos esperábamos verlos, ahí aparecían. —Rio—. Espantaban a todos los que se nos acercaban. —Se encogió de hombros.

—Me gustan tu hermano y su amigo —aseguré y levantó una ceja.

—¿Por qué no me extraña? —Otra sonrisa tiró de mis labios.

—Quizás porque empiezas a conocerme un poco más, fuera de la fachada de empresario, jefe y dueño. —Me llevé la botella a los labios, sin apartar la vista de la suya.

—Das la misma impresión que ellos. —Sacudió la cabeza.

—¿Eso es bueno o malo? —Enrosqué el tapón y coloqué la botella al lado del brazo.

—Adoro a mi hermano, pero a Rodri también, da igual el tiempo que pasemos sin vernos.

—Entonces es bueno. —Levanté las dos cejas.

—Sí —susurró.

Desvió la mirada y volvió a pasearla por la habitación.

—Ven. —Pasé por su lado y la agarré de la mano.

Me miró queriendo preguntarme, pero se mantuvo callada. Solo quería enseñarle el baño y el vestidor, y así lo hice. El último le gustó, pero con el primero, el baño, se quedó igual de impresionada que con la zona principal de la habitación.

—Qué pasada —dijo recorriendo con la mirada cada detalle.

—Te perderías en la bañera, ¿no?

—Sí. —Rio.

—Estoy deseando comprobarlo, para demostrarte que no irás muy lejos.

La dejé callada al instante y tuve que empujarla de vuelta a la habitación.

—¿Más tranquila? —le pregunté parados en el centro.

—Un poco —sonrió tímida.

—Puedo enseñarte muchas más habitaciones, hasta que lo estés del todo. —Fruncí los labios.

—¿Cómo?

—La mitad de las que ocupan la planta son para Irvin y para mí, y ya has visto lo largo que es el pasillo. —Agrandó los ojos.

—¿Tantas? ¿Para qué? —Miró alrededor.

—Así mismo me quedé yo cuando llegué y me enteré. —Buscó mis ojos, extrañada—. Mi

padre se encargó de hacer la reserva y, cómo decirlo, él y la exageración van muchas veces de la mano. —Carraspeé—. Según su pensamiento, estaríamos mejor casi solos, tranquilos.

—Madre mía.

—Sí —sonreí de medio lado.

—¿Duermes cada noche en una? —preguntó con curiosidad y solté una carcajada.

—No, elegí esta y no me he movido de aquí. Ni intención tengo, hasta que me vaya.

—¿Cuándo... Cuándo te irás? —Bajó la cabeza y dirigió la atención a mi camisa.

El pelo le cayó hacia abajo, más de un lado que del otro. Le retiré varios mechones hacia atrás, colocándoselos detrás de la oreja, para verla bien. Levantó un poco la vista hacia la mía, y terminó por mirarme de frente cuando la agarré de la nuca y tiré hacia atrás, moviendo su cabeza como necesitaba.

Soltó un suspiro entrecortado, con los labios entreabiertos.

—No lo sé —respondí con los ojos fijos en los suyos—. La verdad es que no tengo ni idea. —Bajé el tono de voz—. Podría irme ya o en un par de días... En realidad, ya sé y tengo lo que vine a buscar, pero esa realidad se ha distorsionado un poco, quizás bastante.

—¿Por qué?

—Por ti. —Tragó saliva.

Extendí la mano que mantenía en su nuca, para acariciarle el cuello con el pulgar, a la vez que la acercaba a mi pecho, hasta que nos rozamos.

—Ahora no tengo ninguna prisa y tiene gracia porque al decir esto contradigo a mi urgencia.

—No lo entiendo —susurró.

—Tengo que viajar urgente hacia la delegación de Irlanda, han surgido unos problemas. Llevo días gestionándolo todo desde aquí, pero tendré que ir en un momento u otro.

—No te queda mucho tiempo en España —murmuró.

—¿Sabes lo que quiero ahora? —Me incliné hacia ella, a la vez que negaba respondiéndome—. Olvidarme de esta conversación, de mis responsabilidades y de mis obligaciones, de quién

soy y del peso que ello conlleva. Solo quiero ser un hombre que está en esta habitación, contigo. No voy a pensar en lo que pasará mañana, ni pasado, ni en adelante, necesito vivir este instante y los que me regales, junto a ti.

—Eso... Es muy bonito —susurró.

—Es lo que siento, lo único que quiero.

—Pero no es la realidad que te envuelve.

—Tú eres mi realidad, aquí y ahora. No hay nada más. —Le acaricié los labios con la yema de un dedo, dirigiendo la mirada hacia ellos—. No tenía nada de esto planeado, Olaya. Cuando vine a este país, jamás imaginé que pronto me encontraría con una mujer que haría tambalear mi forma de actuar. —Jadeó.

»Ni mucho menos pude anticipar que volvería a encontrarme contigo en mi empresa, al día siguiente. La sorpresa de esas dos ocasiones y de cada encuentro que hemos tenido, no ha sido solo tuya. He intentado mantenerme en el lugar que me pertenece, pero ¿sabes qué?

—¿Qué?

—Como ya te he dicho en alguna ocasión, no he podido evitarlo. Contigo siempre actúo por impulsos, reaccionando a una necesidad que ha terminado por superarme. Quien me conoce de mi entorno más personal, pensaría que se me ha ido la cabeza, no me reconocerían porque jamás pierdo el control sobre mí mismo y sobre todo lo que me rodea. Tú, has conseguido que eso se desmorone.

—Brayden...

—Necesito esto —susurré sobre sus labios—, dime que tú también. —Apoyé la frente contra la suya.

Me agarró de la camisa y se pegó más a mí, haciendo inexistente el espacio entre nosotros.

—Yo también me iré. —Abrí los ojos de golpe y me aparté con el ceño fruncido.

—¿Qué quieres decir? —soltó un suspiro.

—Hace pocos días acepté una oferta de trabajo, me iré de España.

Me puse en tensión al instante, todos los músculos de mi cuerpo se contrajeron al asimilar sus palabras.

—¿Por qué? ¿No estás bien en la empresa? ¿Te falta algo? ¿Es por mí? ¿Desde que aparecí? No lo entiendo, parecías satisfecha.

La contradicción me golpeó fuerte, mientras mi cabeza empezaba a analizarlo todo para buscar la brecha que la había llevado a tomar esa decisión.

—No es nada de eso. —Se mordió el labio inferior y tiró de mi camisa, volviendo a acercarme lo poquísimo que me había separado de ella—. La oferta es de antes de que llegaras, llevo tiempo meditándolo. He aceptado porque es una gran oportunidad para mí, de evolucionar y ascender, Brayden.

»Créeme que me ha costado mucho decidirme, de hecho, por el momento al único al que se lo he confirmado es a mi hermano, y ahora a ti. Solo él lo sabía porque no quería que nada ni nadie influyera en mi elección. Me va a costar mucho irme, pero sé, o al menos lo espero, que será favorable el cambio de aires y de todo.

»La oferta de trabajo es inmejorable, pero lo que conozco, mi trabajo en tu empresa, mi familia, mis amigos y mi piso, han tirado mucho más que pensar en los beneficios que puede aportarme. Tú también te irás de España, de una forma u otra nosotros... No sé. —Desvió la mirada.

—¿Cuándo te vas? —Mi voz sonó tan fría y cortante que dio un respigo.

Hizo el intento de soltarme la camisa, pero fui más rápido que ella. Coloqué las manos encima de las suyas y las mantuve donde las tenía.

—¿Cuándo? —insistí ante su silencio.

—En una semana y pocos días —susurró y cogí una gran bocanada de aire.

—¿Por qué no lo has hablado conmigo antes? Podría haberte cambiado de puesto, ascenderte y darte todas esas mejoras que has aceptado.

—Ahora mismo pienso que sería favoritismo y no quiero eso. —Tragó saliva—. Y antes, bueno, no lo había pensado porque me tentaba irme.

—¿Favoritismo? Olaya, me sé de memoria lo apta y capaz que eres, sé muy bien el trabajo que desempeñas, pero no tenía ni puñetera idea de que habías perdido la ilusión después de los años que llevas en tu puesto. —Entrecerré los ojos.

—¿Ya no quieres todo lo que has dicho? ¿He metido la pata? —Se mordió el labio inferior, insegura y nerviosa, y maldecí interiormente por hacerla sentir así—. ¿Me voy? —susurró.

—No has entendido nada. —Pasé un brazo por su cintura y la pegué tan fuerte a mí que su respiración se atascó—. No quiero que te vayas, nunca.

Al decirlo, al ser yo mismo consciente de mis palabras tan ciertas de lo que deseaba, de mi garganta salió una especie de gruñido antes de apoderarme de su boca.

Lo hice con tal necesidad que todo a mi alrededor empezó a girar, mientras su gemido quedaba amortiguado en mi garganta.

No podía pensar en que se iba a ir, irracionalmente me negué a ello porque a mí me quedaban los días contados en España. Perdí la cordura en el beso desesperado, húmedo y caliente, con nuestros labios moviéndose al compás, nuestras lenguas buscándose desesperadas y nuestros dientes chocando de vez en cuando, por la profundidad.

Capítulo 29



Olaya

Al contarle lo del trabajo me había arrepentido al instante. No por ser sincera con él, sino porque algo en mi interior acababa de romperse. No quería separarme de él, por prematuro que fuese todo, pero era una realidad que él iba a irse en cualquier momento de España.

Necesitaba... Gemí en su boca, derritiéndome con la pasión y agresividad con la que cubría mi boca, sin descanso. Me temblaron las piernas y me agarró de las nalgas con fuerza, subiéndome por su cuerpo. Le rodeé la cintura con las piernas y profundicé más el beso, sintiendo cómo nuestros cuerpos se estremecían por el placer.

Brayden se iría, no volvería a verlo, me repetí para tranquilizar la intranquilidad que se había asentado en mí. A pesar de su fogosidad e intensidad, y de todas las sensaciones electrizantes que me recorrían mientras sentía sus manos por todas partes, con nuestras bocas unidas, la tristeza me embargó y me entraron ganas de llorar.

Nunca había sentido de esta forma, Brayden era demasiado, en todos los sentidos y sin darme cuenta había ido abriéndose paso en mis sentimientos hacia él. Yo tampoco lo había visto venir, tenía razón, ninguno de los dos podíamos haber previsto lo que nos sucedería desde la primera vez que nos encontramos.

Pero ya había aceptado el trabajo, respondí el correo electrónico varios días atrás, siendo muy consciente de que no podía basar mi respuesta en él. Nuestros mundos eran diferentes, los kilómetros que nos separarían parecían infranqueables. Simplemente era mi decisión, mi futuro, un cambio radical a mi vida que a partir de hoy me iba costar mucho más de lo que había imaginado.

De todos modos, si me quedaba en España me costaría igual porque él no estaría.

Cuando conseguimos separar los labios, jadeantes y con los pechos subiendo y bajando por la falta de aire, frunció ligeramente el ceño cuando me miró a los ojos. Se me habían agitado.

—Estoy bien. —Me apreté a él.

No quería que me soltara, necesitaba sentir su calor y todo lo que me diese, aunque fuese breve. Por primera vez en mi vida estaba dispuesta a dejarme llevar durase el tiempo que durase y eso era una alerta bien luminosa, por lo que representaba para mí. Brayden era importante, más de lo que creía y me iba a doler. Pero me daba igual, quería sentirlo, vivirlo.

—No es verdad. —Subió una mano y me acarició una mejilla, dejándola apoyada en ella—. ¿Qué te pasa?

—No lo sé —solté un suspiro tembloroso—. Son demasiadas emociones —confesé por cómo me observó.

—Quiero que tengas una cosa clara, antes de continuar. —Tragué saliva y asentí—. Da igual que presentes la carta de dimisión, me tiene sin cuidado el tiempo que pases fuera y alejada, porque si en cualquier momento, sin importar cuándo, te arrepientes y quieres retroceder en tu decisión, quiero que me lo digas, que me hagas participe de ello porque volverás. —Fruncí los labios, intentando contener la emoción.

»Y no, no será favoritismo, ¿de acuerdo? —asentí despacio— Quiero a los mejores trabajadores en mis empresas y tú lo eres. —Apretó la mandíbula, al mismo tiempo que deslizaba la mano de mi mejilla hacia la nuca.

La otra la mantuvo en mi pierna, sujetándome.

—Gracias. Significa mucho para mí.

—No me las des. —Sacudió la cabeza.

Su apariencia era de enfado, bastante, pero sabía que no se correspondía con la realidad. ¿O sí? ¿Se habría ofendido?

—¿Dónde es el trabajo? —me preguntó en un tono más suave, mientras empezaba a caminar.

—En Bruselas —solté un suspiro.

—Mmm... Me gusta.

—¿Sí? —asintió— ¿Por qué?

Su respuesta fue curvar los labios antes de darme un beso rápido.

Se paró cuando tocó con las piernas la cama.

—Pero me gustaría más tenerte conmigo. —Me estremecí cuando me lamió el contorno de los labios—. ¿Estás segura de la decisión que has tomado?

—Cuando lo hice, sí.

—¿Y ahora?

—También, creo, pero...

—¿Más dudas? —asentí acariciándole el pelo— Hablaré con Alejandro para que te lo facilite todo.

—Gracias —susurré emocionada.

—No me las des porque puedes hacerme cambiar de opinión.

—¿Eso qué quiere decir?

—Es sencillo, tengo la capacidad de impedir que te marches. —Levanté una ceja—. Me sería muy fácil complicarte la salida. —Carraspeó.

—No harías eso.

—Cuando está en juego lo que quiero, no sabes lo que soy capaz de hacer y hasta dónde puedo llegar.

Cogí una gran bocanada de aire y opté por lo mejor que podía hacer, callarme y besarlo.

Gruñó en mis labios, mientras se movía. Me quitó por detrás de su espalda los botines, que cayeron al suelo de golpe. Cuando dejamos de besarnos me separó de él y me hizo ponerme de pie en la cama.

—Y ahora te quiero a ti —dijo alargando las palabras, con voz ronca y rasposa.

—Me tienes —murmuré.

Sin apartar nuestras miradas llevó las manos al botón de mi pantalón y lo soltó. Apoyé las manos en sus hombros para tener mejor estabilidad, cuando deslizó la cremallera y empezó a bajarlos despacio. Contuve el aire cuando los dejó por debajo del trasero. Me subió el jersey y me dio besos húmedos cerca del ombligo. Continuó haciendo un camino de esos mismos besos, dejando varios sueltos por encima de la tela de la braga.

Apreté el agarre de las manos en sus hombros, se demoró en uno largo casi rozándome mi punto más excitado y palpitante. Un escalofrío me recorrió cuando aspiró el olor en esa zona, dándome un pequeño mordisco que provocó que me pusiera en tensión y diera un respigo. Siguió descendiendo, acariciándome las piernas y besándome la piel que iba dejando expuesta, al arrastrar el pantalón hacia abajo.

Me los sacó por los pies, deshaciéndose también de los calcetines. Dio un paso atrás, recorriendo mi cuerpo con la mirada.

—Quítate el jersey —me pidió con voz ronca—, de lo demás me encargo yo. Cuando termines no te muevas.

Nerviosa, o más histérica por la necesidad, lo agarré y tiré de él, sacándomelo por la cabeza. Sus ojos volvieron a deslizarse por mi cuerpo, solo cubierto por el sujetador y la braga. Lo vi alejarse hacia el vestidor y por unos instantes pensé que saldría desnudo y habría dejado la ropa ahí. Pero no, apareció igual, con la camisa remangada que se ajustaba perfectamente a él, marcando cada músculo de su cuerpo. Y con los pantalones del traje que escondían el bulto apretado en su interior.

Y entonces me fijé en su mano y lo comprendí, había ido a buscar la protección. Se paró delante de mí, lanzó a mis pies los cuatro envoltorios de preservativos y me estremecí cuando me acarició las piernas, ascendiendo por ellas.

—Eres preciosa, perfecta —dijo con una voz irreconocible.

Ni siquiera lo negué, estaba demasiado ansiosa cuando varios de sus dedos se metieron por debajo de la goma de la braga, por la parte de abajo.

—Mierda —siseó—. Estás tan mojada y caliente.

—Sííí. —Jadeé al sentir su caricia.

Se recreó en deslizar los dedos, humedeciéndoselos con mis fluidos. Mis piernas se abrieron para darle un buen acceso. De su garganta salió un sonido ronco cuando extendió la mano, cubriendo el sexo con ella. Movié el final de la palma de la mano sobre mi clítoris y los dedos en mi cavidad, haciendo círculos en ambos.

Jadeé agarrándome de nuevo de sus hombros, notando que las piernas empezaban a fallarme. Solté un quejido de molestia cuando perdí su contacto, sacó la mano de dentro de la braga y me quedé muchísimo peor que en el coche.

Pero esta vez continuó, le puso remedio mientras me miraba con fuego en los ojos. Pegó mi cuerpo al suyo y lo agarré de la nuca, con la piel hipersensible por cada zona que tocaba. Me

apretó las nalgas y me las abrió mientras dirigía su boca a una de las copas del sujetador. Me moví inquieta cuando la agarró con los dientes y tiró de ella. Dejó al descubierto uno de mis pechos y gemí al sentir sus labios cubriéndome el pezón duro y erecto.

Pegué su cabeza a mí, curvando la espalda, mientras jugaba con ese punto duro, el que endureció más, al máximo, cuando tiró de él con los dientes. Solté un pequeño grito por la impresión y el placer entremezclados. Me sujetó con más fuerza de las nalgas, cuando noté que mis piernas cedían.

Durante unos minutos succionó, mordisqueó y absorbió todo lo que quiso y más, para después hacer lo mismo con la otra copa del sujetador y el pecho. Sus manos se separaron de mi trasero, las llevó hasta el cierre del sujetador, mientras succionaba y lamía la otra punta tensa. Buscó mi mirada, yo no había podido apartar la mía de lo que me hacía, llevando la excitación a otro nivel. Las tiras del sujetador se aflojaron y fue en ese instante en el que se apartó. Me las bajó despacio, dejando desnuda la parte alta de mi cuerpo. Esa prenda de ropa interior cayó por algún lado, después de que sus manos fuesen rápido a mis pechos.

Me los cubrió y apretó, pero con la presión justa para no provocarme daño. No fue eso lo que sentí, todo lo contrario.

—Me encantas, Olaya. —Jadeé cuando tiró de las puntas de los pezones a la vez.

Con la respiración acelerada y cada terminación nerviosa activada, me estremecí al sentir su lengua bajar por mi barriga. Me mordí el labio inferior cuando llegó a la goma de la braga, la que fue bajando con los dedos, por los laterales, al mismo tiempo que sus besos continuaban deslizándose por mi piel.

—Brayden... —Jadeé.

Me separó los labios inferiores, a la vez que me separó las piernas y sin dejar de mirarme, se agachó para pasar la lengua lentamente sobre mi inflamado clítoris. Varios estremecimientos me recorrieron de los pies a la cabeza y pensé que me caería en la cama desmadejada.

No lo permitió, modificó su posición para hacerse con el control, sin dejar de lamerme. Grité su nombre cuando lo succionó, fue tan intenso, con tanta fuerza, que perdí las mías por completo. Creí que no podía ir a mejor o peor, según se mire porque mi necesidad ya sobrepasaba todos los límites, pero sentir la punta de su lengua deslizándose por mi humedad, hasta llegar a mi excitada cavidad, terminó por volverme loca.

Moví la cadera hacia él para tener más contacto, desesperada y jadeante. Introdujo la lengua en mi interior y me agarré con fuerza a su cabeza, moviendo con más energía la cadera, que, junto a las caricias de su lengua y labios, cuando volvió al clítoris, me hizo estallar en un orgasmo intenso y demoledor.

Brayden se apartó agarrándome, antes de que me cayera en la cama. Buscó mis labios y me saboreé en los suyos, con nuestros sabores mezclados. Fue un beso ardiente y pasional que me nubló más la mente, con los estragos del placer todavía recorriéndome.

—¿Aguantas? —me preguntó con la voz tomada por el deseo.

Asentí de rodillas, a eso se había referido. Se apartó y empezó a desvestirse, pero no tuvo ninguna prisa en hacerlo. Me regaló una escena sensual y excitante, quitándose cada prenda que lo cubría con movimientos muy calculados.

Su erección saltó liberada y me mordí el labio inferior, disfrutando de la visión de su cuerpo desnudo, cuando se deshizo de lo último. Brayden era un pecado para todos los sentidos. Dio varios pasos hacia mí, hasta que sus piernas volvieron a tocar la cama.

Me adelanté a él para coger la protección y rompí una, bajo su atenta mirada. Su mandíbula estaba apretada, mientras seguía todos mis movimientos. Lancé lo que no necesitaba donde había estado en la cama y me acerqué de rodillas a él, con la protección en una mano, preparada para colocársela.

Eso es lo que quería hacer e iba a dejarme. Le acaricié el pecho con la mano libre, para después rozarle la piel con los labios. Me encantó que se estremeciera, por lo que continué. Me centré en sus pezones, de la misma forma que lo había hecho él. Me agarró de la nuca y mientras movía los dedos en esa zona con pequeñas caricias, fui bajando.

Necesitaba probarlo y es lo que hice.

—Olaya... —siseó en tensión, cuando la punta de mi lengua pasó por la abertura de la punta de su miembro, retirando varias gotas de excitación.

—¿No te gusta? —susurré, aunque sabía perfectamente la respuesta.

—¿Estás de broma? —gruñó retirándome el pelo de la cara.

Lo recogió con la mano en una especie de coleta improvisada, que mantuvo con fuerza. Me excitó ver cómo me miraba atentamente, cómo seguía los movimientos de mi lengua y la succión de mis labios, mientras su cuerpo reaccionaba a mi contacto impulsándose a mí.

Capítulo 30



Brayden

Era una puñetera locura sentir lo que me hacía y verlo. Lo interioricé todo, absolutamente todo, incluyendo sus mejilla hinchadas y llenas por mi miembro, cuando lo hizo desaparecer en su boca y empezó a deslizarlo con un ritmo constante.

Fui a su encuentro en cada uno de sus movimientos, llegando cada vez más adentro. Notaba cómo el placer y el deseo me superaban, pero los mantuve a raya, disfrutando de todo lo que quisiera hacerme. Gemí cuando sus labios se tensaron en la cabeza de mi miembro y tiró de él, para después succionarlo con ansias.

Una... puñetera... locura... Hasta mis pensamientos sonaron entrecortados, igual que estaba mi respiración. Aguanté y aguanté, dejé que disfrutara de mi erección todo lo que quiso y más, hasta que la aparté rápido, con el pecho subiendo y bajando descontrolado.

—No es así como quiero terminar, esta vez no. —Tiré de su pelo hacia atrás, con una fuerza controlada.

Jadeó con los labios entrecortados, con la cabeza hacia arriba debido a mi movimiento.

—Si no lo pones rápido me dará exactamente igual, tienes pocos segundos antes de que esté dentro de ti —gruñí ante el contacto de sus manos.

Colocó el preservativo en la punta y lo deslizó por todo el largo, haciéndome estremecer.

Cuando terminó, retrocedió un poco y se llevó los dedos a los labios. Se los acarició, para después llevarse lo que había retirado a la boca. Ver cómo se lo lamía con mi excitación terminó por volar mi cabeza y fundir la poca cordura que me quedaba en este instante.

Me agaché para besarla, con tanta intensidad que la hinchazón de sus labios aumentó. Esta vez se los acaricé yo, deleitándome con lo que había provocado en ellos.

—Date la vuelta, y quédate con las manos y las rodillas sobre la cama —le pedí con una voz profunda que ni yo mismo me reconocí.

Lo hizo al instante y me maravillé con la parte de atrás de su cuerpo. La agarré de las caderas y tiré de ellas, acercándola a mí. Me encantó más que nunca la jodida cama porque quedamos a la altura perfecta, al ser bastante alta.

Le abrí las nalgas con las manos y se movió inquieta, lo que empeoró cuando deslicé la punta del miembro por todo su sexo, humedeciendo la protección. No me hacía falta comprobar que estaba preparada para acogerme, ya lo había comprobado con la lengua.

Durante unos segundos largos hice que se desesperara, agarrada a la colcha con las manos; pero era tanto el gustazo y el placer... Hasta que me posicioné y de un movimiento rápido, que no esperaba, entré hasta el fondo.

Gritó y jadeó, exactamente igual que hice yo ante la repentina sensación. Me recorrió de todo por el cuerpo, pero bueno. Retrocedí despacio y volví a entrar de la misma forma, de un movimiento duro y certero. Y hasta ahí llegó mi cordura, me dejé llevar por la locura, guiando sus caderas, a la vez que ella se impulsaba hacia atrás, encontrándose con mis embestidas.

El tiempo se ralentizó, nuestros gemidos, gritos y gruñidos hicieron eco en la habitación y en ese instante, en el que ninguno de los dos podíamos controlarnos, agradecí enormemente que la mitad de las habitaciones de la planta estuviesen sin ocupar.

Entré y salí incansablemente, en tensión, aumentando cada vez más los movimientos frenéticos con los que mi cadera se impulsaba para entrar dentro de ella. Olaya soltó un grito cuando se dejó llevar con un orgasmo que pareció interminable, mientras yo continuaba con la tarea de llegar hasta el mismo punto.

No desaceleré ni aflojé en ningún momento, incluso mis embestidas fueron más profundas, duras y rápidas, hasta que sentí la tensión apoderarse de mí y me corrí con fuertes sacudidas en su interior.

Mi pecho subía y bajaba descontrolado, y durante unos minutos no conseguí estabilizar la respiración, los mismos que nos mantuvimos en la misma posición. Sentirme encajado en ella, cómo me apretaba y su calor... No quería perderlo y me negué todo lo que pude a apartarme de esas sensaciones, mientras ella tenía el pecho, los brazos y la cabeza apoyados en la cama.

Cogí una bocanada de aire y lo solté de golpe, deslizándome hacia atrás.

Me quité el preservativo, lo enrollé y lo lancé al suelo. Ahí se quedaría por el momento. Me tumbé en la cama, a su lado y entreabrió los ojos. Tiré de su cuerpo hasta que estuvo casi encima del mío, cubriéndome el costado y parte del pecho y las piernas. Enroscó la suya entre las mías y

soltó un suspiro.

—¿Bien? —le pregunté retirándole el pelo de la cara.

—¿Estás de broma? —sonreí de medio lado cuando me contestó con la misma pregunta que le había hecho yo no hace mucho, o quizás sí porque no tenía ni idea de la hora que era.

—Pasa el día conmigo —susurré sobre su cabeza, antes de darle un beso—, y la noche —añadí.

—¿Quieres probar cada una de las habitaciones? —Solté una carcajada.

—Mmm... Suena genial y ya que están pagadas...

—Era broma. —Me acarició el pecho, haciendo círculos con la yema de los dedos.

—Irvin agradecerá que le lleguen los ruidos de varias partes. —Fruncí los labios.

Levantó la cabeza de golpe, con los ojos abiertos al máximo.

—¿Habrá llegado ya? —gimió avergonzada.

—Hará bastante que ha llegado, sí. Es muy rápido.

—Oh, ¡Por Dios! —Metió la cabeza en el hueco de mi brazo, para esconderse y volví a reír, con ganas.

—No tienes que preocuparte por él. —Le acaricié la espalda.

Se le erizó el vello y continué con movimientos perezosos.

—No voy a poder mirarlo a la cara. —Bufó.

—Pues espero que no lo mires a otra parte de su cuerpo porque entonces tendré que deshacerme de él. —Jadeó y contuve la respiración—. Lo digo en serio, Irvin jamás va a hacer un comentario, otra cosa es los que me diga a mí con cachondeo.

—Eso no ayuda. —Lloriqueó.

—Pero no los escucharás.

—No lo estás arreglando. —Volvió a bufar y yo a reír.

—Para que lo sepas, te ha puesto en un pedestal antes de que te montaras en el coche.

Apoyó la barbilla en mi pecho y buscó mi mirada.

—¿Por qué? —susurró.

—Porque según él, has conseguido lo impensable, en lo que estoy totalmente de acuerdo. — Arrugó la nariz y otra vez vi ese gesto en su cara, el que era divertido y la hacía ante mis ojos encantadora, a partes iguales.

Se la acaricié con los dedos, para que relajara la piel.

—Me has hecho salir de la empresa al poco de llegar, me has sacado de ella y para rematarlo, no tengo la intención de regresar en lo que queda de día. Por eso.

—Oh. —Se sonrojó.

—Sí, oh —sonreí—. No me has respondido cuando te he pedido que pases el día y la noche conmigo. Si te hace ilusión probar todas las habitaciones, tenemos muchas horas por delante. — Su cuerpo vibró contra el mío al reírse.

Nos quedamos en silencio y no insistí más, dándole el tiempo que necesitaba para contestar.

—Me encantaría pasar el resto del día y la noche contigo —susurró al cabo de unos minutos.

Me moví rápido, invirtiendo las posiciones. Se quedó bocarriba en la cama y yo encima de ella.

—Es lo más increíble que he oído en mi vida —gruñí sobre sus labios.

—No es para tant...

—Ni se te ocurra terminar. —Se estremeció cuando pasé la punta de la lengua sobre sus labios —. Para mí lo es —aseguré separándome—. ¿Me oyes? —asintió despacio— Gracias.

—No me las des, yo también lo quiero. —Cerré los ojos al sentir sus manos entre mi pelo.

—Aún queda tiempo hasta que nos arreglemos para salir a comer. —Jadeó cuando presioné la erección sobre su clítoris.

Sí, mi miembro ya estaba de nuevo a la carga, activo y dispuesto para saciarse otra vez. Tener a Olaya desnuda debajo de mí no ayudaba a que fuese de otra forma.

—¿Cuánto tiempo?

—Todo el que queramos —susurré besándole al cuello.

—¿Y Irvin?

—No espera vernos hasta el mediodía y si no llamamos a su puerta tampoco se extrañará. —
Se movió inquieta debajo de mí.

Le separé las piernas, haciéndome paso hacia donde quería.

—No voy a poder mirarlo a la cara. —Soltó un quejido y reí contra la piel de su cuello.

—Ya sabes lo que sucederá si no lo haces, así que...

Lo que fuese a decir se quedó atascado al contener la respiración cuando le apresé el clítoris entre los dedos. Había deslizado una mano hacia abajo y metido entre nuestros cuerpos, mientras la cabeza de mi miembro resbalaba por el resto de su sexo.

La sensación de sentirla sin ninguna barrera, lo suave, caliente y mojada que estaba, provocó que todos mis músculos se tensaran. La besé con desesperación, iniciando otro asalto que iba a durar mucho, pero que mucho tiempo.



Me acerqué al coche y abrí la puerta trasera, para que Olaya entrara. Me lo agradeció con una sonrisa, antes de perderse en el interior. La seguí, acomodándome a su lado.

Saludamos a Irvin y tomó la dirección del restaurante al que íbamos a cenar los tres. Era la primera vez que salíamos de la habitación del hotel, al final decidimos no salir a comer. Pedimos que nos subieran la comida antes de darnos una ducha, después de disfrutar revolcados en la cama.

El único momento en el que salí de la habitación fue para avisar a Irvin de que no nos esperara, que nos veríamos a última hora de la tarde.

Comer sobre la cama con Olaya, con ella enfrente con las piernas flexionadas y al aire, con solo una camisa mía abierta hasta el inicio de sus pechos y con el pelo suelto, cayéndole sobre los hombros, había sido una de las mejores experiencias que había vivido, millones de veces mejor que estar vestidos en el comedor de un restaurante, rodeados de gente.

Había disfrutado de nosotros, hablando, riendo, besándonos, haciendo de postre para el otro...

Pero había llegado el momento de socializar un poco y aquí estábamos, montados en el coche mientras Irvin buscaba aparcamiento.

—Espero que os guste —comentó—. Brayden y yo siempre que salimos del hotel nunca terminamos en el mismo sitio, vamos descubriendo nuevos. He leído muy buenas reseñas sobre este restaurante.

—Seguro que sí —le sonrió Olaya, gesto que él le devolvió.

Pocos minutos después consiguió estacionar a unas calles de distancia. En la calle, con la oscuridad sobre nosotros, le rodeé los hombros y la acerqué a mí. Me regaló una gran sonrisa y de esa forma nos dirigimos hacia el restaurante, caminando como una pareja entre las personas que nos fuimos encontrando.

Irvin no nos dirigió ni una mirada de reojo, ni hizo ningún gesto ni comentario, simplemente se dedicó a ir junto a nosotros con una curva en los labios, la que no desapareció durante un buen rato. Estaba satisfecho, más que eso, no me hacía falta hablar con él para saber lo que pensaba sobre la inesperada aparición de Olaya. Eso para él, claro, yo ya lo viví semanas atrás.

—Tienes el coche aparcado en tu calle, justo enfrente de una cafetería —le informó Irvin, añadiendo el nombre.

—Muchas gracias —le dijo cuando le devolvió la llave, dejándola encima de la mesa que ocupamos en el restaurante.

—No hay de qué, ha sido un placer.

—Lo tengo bien enseñado —comenté con humor.

—¿En serio? —Reaccionó él—. El que no para de enseñarte cosas soy yo. —Rio.

—Eso es lo que dejo que creas. —Me llevé la copa de vino a los labios.

—Ahora me has hecho pensar, porque conociéndote, capaz eres. —Frunció ligeramente el ceño y esta vez el que reí fui yo.

Olaya nos miraba sonriente, pasando la mirada de uno a otro.

—¿Qué planes tenéis para luego? También he mirado algún bar de copas por aquí cerca, solo hay que andar unas calles y encontraremos varios.

—Sí, conozco esta zona —comentó Olaya.

—¿Habías venido alguna vez a este restaurante? —le pregunté y negó.

—No me muevo mucho por aquí, la verdad es que ha sido una sorpresa grata —dijo mirando alrededor.

—Me alegro de que te guste. —Giró la cabeza hacia mí.

Había apoyado un brazo en el respaldo de su silla y coloqué la mano en su espalda, para acariciársela con movimientos lentos.

—Aunque cualquier lugar me parecía perfecto, tengo hambre —añadió.

—¿No habéis comido? —Quiso saber Irvin, extrañado.

—Sí, toda la variedad que puedas imaginar, y más —le contesté.

Él soltó una carcajada, ella se atragantó con el sorbo de vino que estaba intentando tragar. Subí la mano hasta su nuca y continúe con las caricias en esa zona, relajándola.

—¿En qué comida has pensado? —le susurré al oído.

—Calla —murmuró nerviosa y sonreí satisfecho.

La comida estuvo acorde con las reseñas que Irvin vio, al igual que el servicio. Quedamos encantados con todo. Comimos en un entorno inmejorable, al igual que lo era la compañía. Dos horas y media después, salíamos del restaurante para ir hacia uno de los bares de copas que Irvin comentó al inicio de la cena.

Me gustó, era tranquilo, pero con muy buen ambiente. Sentados en una mesa nos tomamos una consumición con la música de fondo, mientras la gente se dividía en hacer lo mismo que nosotros y otras bailando en una pista habilitada para ello en la zona central, al ritmo de las canciones que sonaban.

Cerca de la una de la madrugada regresamos al hotel y nos despedimos de Irvin en el pasillo, hasta la mañana siguiente, pero sin horario fijo. Le avisé de que no madrugara porque no tenía la intención de salir pronto. Asintió más que feliz por eso y por mí, y se fue a su habitación.

—Desnúdate —le pedí a Olaya, en cuanto cerré la puerta con la espalda.

Desde el centro de la habitación se giró rápido hacia mí y me dedicó la mirada y la sonrisa

más sensuales que jamás había visto.

Capítulo 31



Un día y medio después...

Un sonido constante me hizo moverme en la cama. Me costó despertarme y darme cuenta de que era una llamada. Me incorporé y encendí la luz, viendo en la pantalla del móvil que era mi padre.

Fruncí el ceño al ver la hora que era: las dos y media de la madrugada.

Descolgué rápido porque todas mis alarmas se activaron en segundos.

—Papá, ¿qué sucede?

—Hijo, es tu madre.

—¿Qué?

—Estamos en el hospital —dijo con voz temblorosa.

—Qué mierda... ¿Qué ha pasado? —Me arrastré por la cama.

Me levanté y empecé a caminar por la habitación, nervioso porque continuara.

—Veníamos de cenar con Harry y con Lylian y te prometo que no sé cómo... Ha sido tan rápido todo. Hemos tenido un accidente de coche bastante grave, tu madre... —Tragué saliva—. Llevamos horas aquí, ya he perdido la cuenta porque entre que me han atendido y lo que llevo esperando en la sala... No me han informado de nada todavía, no sé cómo está, pero cuando he podido reaccionar dentro del coche, después del impacto, no he conseguido que abriera los ojos, ni que me hablara.

—Joder. —Me froté la cara.

—Siento molestarte a estas horas y con esta noticia.

—No digas tonterías, si no lo hubieras hecho, me habría enfadado, muchísimo —le aseguré cortante.

Ni falta que hacía que se lo dijera, me conocía de sobras como para saber cuál sería mi reacción si me mantenía desinformado sobre algo tan importante.

—¿Cómo estás tú?

—Tengo dolorido todo el cuerpo, pero bien. Llevo un collarín en el cuello y me han inmovilizado un brazo, todo por unos días, por precaución. También voy un poco cojo, me he llevado un buen golpe en una pierna, pero por lo demás... Lo que más me duele es el pecho, por el miedo por tu madre.

—Lo sé. —Solté el aire de golpe—. ¿Seguro que estás bien?

—Sí, por mí no te preocupes Brayden. —Respiré un pelín más tranquilo.

—En cuanto pueda viajo para allí.

—Es por lo que he pensado en decírtelo o no, para que no varíes tus planes. Sé lo ocupado que estás y...

—Olvidate de eso y de todo, reunirme con vosotros es lo más importante. Lo demás me importa una mierda, no vas a pasar por esto solo. —Apreté la mandíbula.

—Gracias, hijo —dijo con voz temblorosa.

—Mantenme informado si te dicen algo de mamá, aunque tenga el teléfono inactivo porque estoy volando, envíame un mensaje con lo que sea.

—Está bien. ¿Regresarás a España?

Me paré en medio de la habitación y la mano que estaba pasándome por el pelo se quedó parada. Fijé la mirada en el suelo y, aunque pareció que me lo estaba pensando, ni por asomo era el caso. Tenía muy clara la respuesta, mi silencio solo se debió al pensar en Olaya.

—Sí —respondí—, me queda mucho por hacer aquí.

Al decirlo me di cuenta de que no era tanto porque Olaya se iría de este país y ella era el único motivo que me impulsaría a mantenerme una temporada aquí. Cerré los ojos maldiciendo

interiormente.

—¿Qué ha pasado con el que ha provocado el accidente? —le pregunté mientras caminaba hacia la puerta de la habitación.

—No ha sobrevivido. —Se me heló la sangre.

¿Tan grave y aparatoso ha sido? ¿En qué carretera? ¿A qué velocidad ha sucedido? Esas preguntas y muchas más volaron en cuestión de segundos por mi cabeza, pero no hice ninguna. Mi padre ya tenía suficiente con mantenerse en pie y esperar por mi madre, esa información la conseguiría cuando estuviera junto a él.

—Intenta descansar un poco —le pedí preocupado.

—Es imposible, Brayden. Hasta que no sepa algo...

—Mamá te necesitará con fuerzas cuando puedas verla.

—Te prometo que sacaré todas de las que disponga, solo pido que ojalá sea así.

—Lo será. —Apreté la mandíbula—. Te dejo, voy a despertar a Irvin para ponernos en movimiento. No creo que tengamos problema en coger un vuelo rápido, la ruta hacia Londres es habitual.

—Tranquilo. Haz las cosas con cabeza, no precipitado.

—Cuídate, papá.

—Lo haré. Gracias, hijo.

—Nos vemos pronto.

Colgué la llamada y abrí la puerta de la habitación de golpe. Caminé rápido hasta la de Irvin y la golpeé con los nudillos con fuerza. Al cabo de pocos minutos abrió más dormido que despierto.

—¿Qué pasa? —Agrandó los ojos, espabilándose de golpe al verme.

—Nos vamos a Londres.

—¿Cómo? —Frunció el ceño.

—Acabo de hablar con mi padre, han tenido un accidente grave. Él dentro de lo que cabe está bien, pero no sabe nada de mi madre desde hace horas. No consiguió que reaccionara dentro del coche, después del impacto.

—Joder. —Se quedó blanco.

—Haz el equipaje. Yo voy a reservar el vuelo y después hago el mío.

—Seré rápido, en cuanto termine voy a tu habitación —asentí y le di la espalda.



La vida avanza a una velocidad increíble. Justo cuando crees que las cosas están tomando un rumbo claro, de repente aparece algo inesperado que lo desestabiliza todo, dejando un absoluto desorden.

Me llevé el vaso desechable a los labios y le di un sorbo al café. Irvin acababa de traérmelo, había perdido la cuenta de los que había ido yo a buscar.

Levanté la mirada hacia el cielo, estaba nublado. Cogí una bocanada de aire antes de volver a beber.

Llevábamos un día en Londres y desde que llegamos todo había sido caótico. Me había pasado el tiempo consolando a mi padre, haciendo todo lo posible para que no terminara de venirse abajo. Por primera vez me estaba tomando un pequeño respiro, lo había obligado a ir a descansar porque si en una situación normal, estando bien, un hospital agotaba, en su estado, recuperándose de las heridas, no quería ni imaginar cómo debía sentirse.

Se había negado en rotundo a alejarse del todo, casi había tenido que sacarlo a rastras del hospital. Al final, aceptó irse porque le pedí a Irvin que reservara una habitación en un hotel que estaba a dos calles de aquí. Lo había dejado allí para que se diera una ducha y descansara un poco, cómodo en una cama, donde tendría que estar la mayor parte de las horas. Irvin le llevaría ropa limpia y todo lo necesario, mientras yo me había quedado en el hospital.

Habían trasladado a mi madre a cuidados intensivos, por lo que solo podíamos pasar a verla breves minutos durante una hora de la mañana y otra al final de la tarde. No tenía sentido quedarse aquí, pero yo no iba a moverme. Las pocas veces que habíamos entrado para estar con ella, en ninguna la habíamos visto con los ojos abiertos.

Muchos tubos la rodeaban y mi padre, como es lógico, cada vez que salía de verla se venía abajo.

La consternación, la rabia, la tristeza y la desesperación eran demasiado difíciles de digerir y sobrellevar.

—Bray. —Giré la cabeza al escuchar el diminutivo de mi nombre, solo podían ser dos personas, mis amigos.

—Aarón —le sonreí, pero muy superficialmente.

—¿Cómo estás tío? —me preguntó después de abrazarme— ¿Cómo habéis pasado la noche todos?

No era la primera vez que venía, al igual que Elías, al que vi caminar a lo lejos, acercándose.

—Te puedes hacer una idea. —Me pasé la mano por el pelo.

—Esperemos que hoy sea diferente —dijo con expresión preocupada—. No te veo buena cara.

—Lo estoy sobrellevando como puedo —solté un suspiro.

—Estás pálido, Bray. Sé que esta situación es totalmente diferente, pero nunca, por mucho estrés y tensión que hayas soportado, te he visto de esta forma.

—Parece que te vayas a caer en cualquier momento —añadió Elías, parándose a su lado.

—Estoy en el mejor sitio para que me suceda algo, ¿no creéis? —sonreí de medio lado— Dejad de preocuparos por mí.

—Si no lo hacemos nosotros tú no lo haces nunca. —Levantó una ceja Elías—. Hola, Bray. —Se acercó para darme un abrazo, el que le correspondí—. Estaba aparcando en el estacionamiento —se justificó al no llegar junto a Aarón—. ¿Alguna novedad desde la última vez? —negué.

—Hoy será mejor que ayer, ya lo veréis. —Aarón tiró por el positivismo.

Yo, la verdad, ya no sabía lo que pensar de tanto que lo había hecho en pocas horas. La esperanza no se pierde nunca, pero cuando eres consciente de la realidad, cuesta demasiado aferrarse a ella.

—Ojalá —susurré.

Me froté la frente y les pregunté si querían entrar para ir a la cafetería. Egoístamente miré por mí en este instante, no se habían equivocado en lo de que parecía que me fuese a desplomar en

cualquier momento. Me sentía muy débil, aunque intentaba aparentar todo lo contrario.

Mi forma de actuar y de ser no había variado, incluso la había reforzado de cara a mi padre, pero lo cierto era que me estaba costando horrores mantener el tipo. No tenía ni puñetera idea del por qué. Una cosa era estar triste, mal y decaído por lo que estábamos viviendo, y otra muy diferente era cómo me encontraba yo.

Tenía las mismas malditas sensaciones que experimenté en España, pero esta vez eran mucho más intensas.

Aceptaron ir a la cafetería y lo agradecí inmensamente. Lancé el vaso desechable a una papelería de la entrada y meforcé a mover los pies, uno detrás del otro. Intenté distraerme con la conversación que iniciaron.

Al llegar decidimos ocupar una mesa en una pequeña terraza cubierta y pedimos tres cafés con leche.

—¿Cuántos llevas ya? —me preguntó Aarón.

—Ni lo sé. —Sacudí la cabeza.

—¿Has comido algo más que eso? —Quiso saber Elías.

—No me entra nada más desde hace horas. —Recosté la espalda en la silla.

—Bray... —me advirtió.

—Estoy bien —les aseguré, aunque mi afirmación no servía porque me estaban mirando.

—Sí, los cojones. —Bufó Aarón.

—Vamos a cambiar de tema —les pedí—. Irvin debe estar a punto de llegar —comenté dirigiendo la vista hacia el fondo de la cafetería.

—Nos encontrará —comentó Elías.

—Tampoco es que tenga mucho dónde mirar —dijo risueño Aarón.

Sonreí, sin ganas ni fuerzas, pero mis labios se curvaron. El camarero nos trajo los cafés, y no tardó en irse.

—¿Cómo os ha ido por España los últimos días que no hemos hablado? —Quiso saber Aarón.

—Mejor que bien —respondí en tono bajo, mientras endulzaba mi café—. ¿Qué? —Levanté una ceja, con la taza a medio camino de llevármela a los labios.

—Que has puesto una cara rara al decirlo, más o menos así... —Aarón supuestamente imitó el gesto que acababa de hacer.

Elías soltó una carcajada después de cachondearse de él, yo me limité a observarlos con atención. Los había echado de menos y en los momentos en los que uno está bajo de moral y de todo, es muy bien recibido regresar a tu lugar seguro. Eso eran ellos para mí, eso habían sido desde que tengo uso de razón.

—Hay algo que no os he contado de mi estancia en España, algo... Importante. —Se quedaron callados de golpe, centrados en mí.

—¿Bueno o malo? —Quiso saber Elías, con el ceño fruncido.

—Muy bueno. —Los miré a los dos.

—Joder, pues ya estás tardando en soltarlo. —Se frotó las manos Aarón.

Fruncí los labios y sacudí la cabeza, la que giré al instante al escuchar un silbido que conocía muy bien. Irvin acababa de llegar, caminaba hacia nosotros.

—Como guardaespaldas no fallas ni una, ¿eh? —Se dirigió a él Elías, levantándose de la silla—. Lo hueles a kilómetros de distancia. —Se abrazaron.

Aarón hizo lo mismo, añadiendo un apretón de hombro a Irvin. Los cuatro éramos muy buenos amigos.

—No será por las veces que se escapa de mí —dijo con guasa Irvin, sentándose a mi lado.

Más risas, pero yo no pude unirlos a ellos. Tenía la cabeza como embotada y se me iba constantemente.

A Irvin no se le escapó el detalle, me miró de reojo, pero se mantuvo callado, observando mis expresiones y movimientos.

—¿De qué hablabais? —preguntó con un carraspeo.

—Bray estaba a punto de contarnos algo muy importante que le ha pasado en su estancia en España —le respondió Aarón—. Estamos esperando a que empiece.

—Ya veo —dijo Irvin, sonriendo con picardía.

—Tú lo sabes —afirmó Elías.

—No, si te parece... —Rio Irvin—. Estoy constantemente pegado a él, si no lo supiera sería un problema muy grande. —Sacudió la cabeza.

—He conocido a una mujer, se llama Olaya —solté de golpe, captando el interés de Aarón y Elías. Irvin se acomodó en la silla, con una sonrisa.

—¿A qué te refieres con conocido? ¿Os habéis dado la mano? ¿Habéis hablado? ¿La ropa ha volado? No me queda claro —habló Aarón.

—¿Te acuerdas lo que te expliqué al poco de llegar a España? —Me dirigí a él—. ¿Cuándo me llamaste que estaba dando un paseo solo y regresaba al hotel? —asintió— Pues es la mujer a la que hice referencia.

—¡No jodas! ¿La que pensó que eras un ladrón y querías quitarle el teléfono, al tirar de su chaqueta hacia atrás con fuerza? —Agrandó los ojos.

—La misma —confirmó Irvin, soltando una carcajada.

A estas alturas estaba al tanto de todo, incluyendo el comienzo que tuve con Olaya cerca del paso de cebra.

—¿Pensó que querías robarle? —Jadeó Elías.

Con él no había hablado de nada, hasta este momento. Asentí y por primera vez en muchas horas, sí que pude sonreír al recordar aquel momento.

El mismo camarero que nos había atendido dejó un café con leche para Irvin, debió pedirlo antes de acercarse a nosotros.

Con la atención de los tres, puesta en mí, empecé a explicarles todo lo que había sucedido entre Olaya y yo, mientras Irvin no perdía la sonrisa. Lógicamente ciertas partes de la historia me las reservé, esas eran exclusivamente mías. Solía echar mano a esos recuerdos no muy lejanos porque las sensaciones que me producían eran muy bien recibidas y agradables.

Pasaron de la sorpresa a las risas, y después a unas miradas de aceptación y satisfacción.

Capítulo 32



Tres días después...

Olaya

Sentada en el sofá de mi piso, tenía la mirada fija en el móvil que estaba encima de la mesa baja. Solté un suspiro y me abracé las piernas con los brazos.

Giré la cabeza hacia la puerta principal y tragué saliva, conteniendo todas las emociones. Las maletas que había preparado estaban al lado, ya lo tenía todo listo para irme al día siguiente. Al menos por ahora porque con el tiempo necesitaría llevarme más cosas. El piso iba a mantenerlo, no se me pasaba por la cabeza deshacerme de él, ni sucedería.

Al final todo se había precipitado, mi salida de la empresa de Brayden y la llegada a la nueva. Después de que se fuera días atrás y de ver que no regresaba, recibí otro correo en el que me preguntaron si podía incorporarme antes de lo previsto. Al responder que no había problema por mi parte, recibí una llamada de Kevin para concretar todos los detalles del viaje y de mi llegada. Era el mismo hombre con el que me había estado comunicando desde el inicio. Acepté porque necesité alejarme de aquí, la realidad dolía demasiado.

Lo único que sabía de Brayden era por Alejandro y por su «espectacular» asistente. Fue ella la primera en darme la noticia de que se había ido y de que no volvería, sucedió la mañana siguiente a la última noche que cené con Brayden. Esa noche, con la oscuridad rodeándonos, fue la última vez para muchas cosas: para vernos, para despedirnos sin saber que al día siguiente todo sería diferente, para besarnos frente al portal de mi bloque...

Cuando Débora lo soltó altiva, me quedé sin saber reaccionar porque la noticia me cayó como un montón de cubitos de hielo sobre la cabeza. Disfruté de mi reacción, pero pasé de ella olímpicamente. Poco me importó porque me quedé tan en *shock* que faena tuve para mover las piernas para irme. Que disfrutara mientras le duraba el subidón, sabía por Brayden que tenía los días contados en la empresa, así que, solo era cuestión de tiempo que se le bajaran los humos.

En aquel momento, cuando salí del ascensor en la planta donde Brayden tenía el despacho y me dirigí a él...

—No hace falta que vayas más lejos. —Me giré hacia Débora, a la mitad del pasillo.

Estaba sentada frente a su mesa, con una sonrisa de suficiencia que me cabreó al instante. Levanté una ceja y opté por ignorarla. Volví a caminar, pero sus siguientes palabras frenaron mis pies.

—Brayden no está. Se ha ido... para siempre.

Un nudo se me formó en el estómago y tiró fuerte de mí, revolviéndome.

—¿Qué quieres decir? —Medio giré hacia ella.

—Oh, ¿no lo sabías? ¿No te lo ha dicho? Qué pena, será porque no eres nadie para él —sonrió con malicia—. Por lo visto ha sido una decisión precipitada, pero muy acertada. —Rio.

—No va a volver... —susurré dirigiendo la vista hacia su puerta, asumiendo el significado.

—No —respondió rápido y contundente—. Se terminó la partida para ti, así que, no tienes que venir a esta planta para nada.

La sangre me hirvió por su actitud y por sus palabras, pero en mis labios apareció una gran sonrisa, una que la dejó callada y descolocada, mientras me observaba desconfiada.

Sin más, me obligué a moverme para alejarme. Me daba asco respirar el mismo aire y, sinceramente, no iba a molestarme en hablar con una persona como ella.

Bajé por las escaleras para no tener que esperar el ascensor que había subido. Justo cuando me senté frente a mi mesa, temblorosa y con muchas dudas y miedos, mi teléfono sonó. Alejandro me pidió que fuese a su despacho y volví a irme de mi puesto.

Al acceder a la planta vi a Olivia a lo lejos y me siguió con la mirada, extrañada y nerviosa. Estaba hablando por teléfono y no quise acercarme para molestarla, aunque tampoco sabía si podía hablar mucho en este momento. Toqué con los nudillos en la puerta del despacho de Alejandro y enseguida me dio paso.

—Olaya —me sonrió amable.

—Hola. —Intenté imitar su gesto, ni idea de cómo me salió, pero no muy bien por la mirada comprensiva de Alejandro—. ¿Qué necesitas?

—Comentarte varias cosas. Siéntate, por favor.

Asentí y lo hice. Caminé hasta la silla y la ocupé en silencio, con un nudo en la garganta.

—Brayden me ha llamado muy temprano y me ha pedido que hable contigo. —Apreté las manos sobre las piernas.

—Sé que se ha ido, su asistente acababa de decírmelo —dije en tono muy bajo.

—Joder, no ha perdido el tiempo —comentó muy molesto—. Y por tu aspecto intuyo que no te lo ha dicho muy de buenas maneras, ¿no? —Me encogí de hombros—. Tranquila, mañana estará fuera de la empresa.

Sonreí, no lo pude evitar. No me gustaba ser de esa forma con las personas, pero algunas eran dignas de lo que obtenían con sus actos y actitudes.

—Has puesto la misma cara que yo cuando me ha dicho Brayden que vaya adelantando todo el papeleo. —Soltó una carcajada y tragué saliva.

—¿No va a volver? Débora me ha dicho que...

—Supongo que sí, pero no sé cuándo ni en qué momento —asentí fijando la vista en la mesa —. Ahora te cuento lo que me ha pedido que te diga, pero antes te comento que me ha explicado que has aceptado una oferta de trabajo fuera de España. —Busqué sus ojos. Me puse nerviosa porque todavía no había encontrado el valor para decírselo a Alejandro.

—Así es. —Tragué saliva.

—¿Estás segura de esa decisión?

—No lo sé, pero sí.

—Eso suena un poco...

—Ya —lo interrumpí—. La verdad es que he tenido muchas dudas, no es por este trabajo, es por mí —asintió—. Pero creo que ha llegado el momento, ahora más que nunca —solté un suspiro.

—De acuerdo —soltó otro suspiro—. Me he anticipado, me he dedicado desde primera hora a preparar toda la documentación, incluyendo tu carta de renuncia. —Dio unos golpecitos encima de una carpeta—. Solo falta tu firma y detallar el día exacto, aquí tienes. —La deslizó hacia mí.

—Gracias. No me hace falta mirar nada, sé que todo estará en orden por ti. —Vi su agradecimiento en su mirada.

—A Brayden le importas, Olaya. Lo digo en serio —insistió por mi mirada un poco desconfiada—. También me ha contado lo que ha surgido entre vosotros. —Agrandé los ojos—. No lo oculta, no quiere hacerlo, si hasta ahora lo ha hecho ha sido para protegerte. Si no quisiera nada contigo, se habría callado, al fin y al cabo, te quedan días trabajando aquí —me sonrió con cariño.

—Se ha ido sin decirme nada, anoche mientras cenábamos...

—No le ha dado tiempo. Su padre lo despertó esta madrugada desde el hospital, por eso ha cogido el vuelo más rápido que había, para ir a Londres.

—¿Qué le ha pasado? —Me agarré a la mesa con fuerza.

—Sus padres han tenido un accidente de coche, por lo visto grave. El padre dentro de lo que le podía haber pasado está bien, pero todavía no saben nada de la madre. Cuando he hablado con Brayden me ha dicho que seguían esperando noticias.

—Joder. —Tragué saliva.

—Por eso se ha ido, Olaya. —Se me nublaron los ojos de lágrimas y asentí despacio—. Por lo visto no vivís en esta era, porque no os habéis intercambiado los números de teléfono. —Frunció los labios, conteniendo la diversión—. Pero como sabe que te encontrará aquí de una forma u otra...

—Pero me voy —dije con una mueca.

—Tus datos seguirán registrados, pero puedo darte el suyo yo, o Olivia. Sí, ella también lo tiene. Alguna vez Brayden la ha llamado —aclaró por mi cara de sorpresa. Recordé entonces lo que me explicó él de que la envió a su casa la primera vez que estuvimos juntos, de verdad.

»A Brayden también le será fácil conseguir el tuyo a través de la empresa o de nosotros, imagino que será lo próximo que me pida, si es que tú no te has puesto en contacto con él antes. Estaba bastante nervioso cuando hemos hablado, es normal que ni se haya acordado de ese detalle.

—Sí. Vale —solté un suspiro.

—Cuando estés en tu mesa llámame y te lo doy.

—De acuerdo.

—Pero ten paciencia, yo lo he llamado hace unos minutos para ver si sabía algo nuevo y tenía el teléfono apagado. Imagino que si está en el hospital y con lo que se habrá encontrado al llegar...

—Es normal —susurré preocupada.

—Pues de todo esto es de lo que quería hablarte. ¿Quieres firmar los papeles ya? No tendrán validez hasta que pongamos la fecha, pero así te lo quitas de encima.

Asentí sin saber realmente si quería firmar mi marcha de la empresa, pero igualmente lo hice. Mi firma quedó en cada uno de los documentos que me dio Alejandro.

—Lamento mucho perderte, Olaya. Sé que Brayden te lo ha dicho, pero me uno a sus palabras. Si quieres volver con nosotros, siempre serás bien recibida.

—Muchas gracias, Alejandro —murmuré con un nudo en la garganta.

—¿Olivia lo sabe? Lo de que te vas.

—Sí, se lo conté hace unos días.

—No se lo habrá tomado muy bien —negué.

—Está intentando por todos los medios que me quede —sonreí con tristeza.

—No esperaba menos de ella —sonrió con cariño—. Puedes volver al trabajo.

—Gracias. —Me levanté con las piernas temblorosas—. Hasta otro momento —asintió.

En cuanto cerré la puerta a mi espalda, Olivia se apresuró a venir hacia mí. Me agarró de la mano y me llevó hasta los baños de la planta. Ahí le expliqué todo y terminamos abrazadas y llorando las dos.

De vuelta al presente, en mi piso...

Solté un largo suspiro cuando el timbre sonó. Eran las siete y media de la tarde, no esperaba a nadie y tampoco me apetecía, pero me hacía una idea de quién era. Aunque me sorprendí porque llegaron más personas juntas.

Había pensado en mi hermano Pol, y así era, pero venía acompañado por Rodri, Sara y Paola.

—¿Qué hacéis aquí? —les sonreí apartándome de la puerta para que entraran.

—No todos los días se va una amiga y una hermana a la otra punta del país —dijo con una mueca Paola.

—No estaré tan lejos —negué divertida.

—Para mí la otra punta de la ciudad ya es muyyy lejos. —Bufó Sara.

Las abracé, nos dimos dos besos y después fue el turno de Rodri y de mi hermano.

—¿Cómo estás? —me preguntó Pol, rodeándome los hombros con un brazo.

—Rara —le sonreí un poco.

—¿Por la conversación con mamá? —Me miró preocupado.

—No. —Le acaricié el pecho por encima del jersey.

Él estuvo presente cuando fui a la casa de nuestros padres a explicarles lo del nuevo trabajo, que había aceptado y que me habían cogido. No quiso dejarme sola y fue un grandísimo apoyo, como siempre. Defendió mi postura cuando a mí me faltaron las palabras y las fuerzas, después de agotarlas hacia mi madre. Y, sobre todo, lo que les dijo a favor mío me emocionó. También les advirtió de que como me hicieran cambiar de parecer se las verían con él.

Con mi padre como ya sabíamos no hubo problema, pero mi madre... En fin, que fue una tarde tensa, mucho, pero al final ella terminó aceptando lo inevitable, que era mi vida y que la iba a vivir como yo quisiera, como ella siempre había hecho. Acabamos bien, abrazadas, dándonos besos e incluso con alguna lagrimilla de emoción, pero hasta que llegó ese momento...

—Entonces es por Brayden y tu inminente partida —comentó Rodri, mientras se sentaba en el sofá.

A estas alturas no había nada que no supieran ninguno de ellos.

—Sabes que no se ha ido por gusto —dijo mi hermano, apretándome hacia él.

—Lo sé, lo entiendo y lo respeto. Me gustaría estar junto a él en estos momentos, pero no sé si...

—¿Si te pertenece hacerlo? —Levantó una ceja y me encogí de hombros.

—Ay nena, no piensas más que en tonterías —soltó una risilla Paola.

—Las cosas se ven más fáciles desde fuera. —Puse los ojos en blanco.

—Quizás por eso sería bueno que te dejaras aconsejar —dijo Rodri.

—Siempre me dejo aconsejar. —Crucé los brazos.

—Otra cosa es que hagas algo con los consejos —añadió mi hermano con una sonrisa tan dulce que tenía doble sentido.

—¿Qué queréis tomar? No tengo mucho en la nevera. —Arrugué la nariz, cambiando de tema —. Está casi vacía, a excepción de algunas latas.

—Venimos preparados para todo —comentó Sara, sacando el móvil—. Ahora mismo llamamos para pedir la cena y lo que haga falta. —Me hizo un guiño.

Pol me llevó hasta una butaca y se sentó en ella, conmigo de lado sobre sus piernas. Sabía que quería aprovechar el máximo de tiempo pegado a mí y lo abracé con muchas emociones cerrándome la garganta.

—¿Sabes a quién echa de menos tu hermano? —Se dirigió a mí Rodri.

—¿En presente? —pregunté y asintió con una media sonrisa.

—Vete a cagar. —Bufó Pol levantándole el dedo corazón. Rodri soltó una carcajada.

—Ahora mismo no me apetece, quizás dentro de un rato pase por el baño —dijo con guasa.

—Dejaros de tonterías, quiero saber a quién echa de menos. —Paola le tiró del jersey a Rodri.

—A la única persona que ha apartado de él, a propósito —comentó con una gran sonrisa, sin importarle la mirada fulminante de mi hermano.

—¡No! ¿Lo hiciste? —Me separé de él para mirarlo a la cara.

—Ni caso —respondió negando varias veces.

—Sí —continué y puso los ojos en blanco.

—Mira lo que has conseguido. —Entrecerró los ojos hacia Rodri.

—Pues yo no me entero de nada —comentó Sara, mirándonos a todos.

—He conseguido que tu hermana sonría y que se distraiga de la tristeza que tenía. ¿Te parece poco? —habló Rodri, acomodándose en el sofá.

Lo miré con todo el amor y el cariño que sentía por él. Me guiñó un ojo. Sabía que aparte de los motivos que había mencionado, también era para que mi hermano reaccionara.

—Echas de menos a Rocío —dije sabiendo que era cierto.

Me miró de reojo y le acaricié la nuca, con una gran sonrisa.

—Sabía que, aunque no querías verlo, no solo era atracción, Pol —susurré sobre su mejilla, antes de darle un beso—. Tenías que darte cuenta por ti mismo, no habrías escuchado. —Apoyé la frente en su sien, al notar la tensión de su mandíbula.

—Oh, ¿La Roci? —dijo Paola, siendo muy consciente de que ese diminutivo le iba a molestar a mi hermano.

La batalla estaba servida y así fue, no tardaron en enzarzarse todos en una dialéctica en la que ninguno iba a ganar.

Capítulo 33



El saludo dándonos la bienvenida que se escuchó por los altavoces del aeropuerto, en francés, me hizo sonreír. Tiré de las dos maletas grandes y seguí a las personas que iban hacia la salida.

Hacía un rato que había aterrizado en Bruselas y muy poquito que había recogido las maletas de la cinta.

Una vez fuera de la terminal miré hacia los lados y me dirigí hacia el final, donde había una hilera de taxis esperando. Enseguida estuve montada en los asientos traseros, con el equipaje en el maletero, del que se encargó el taxista.

Le di la dirección de la empresa y me acomodé para mirar por la ventanilla. Los había avisado de mi llegada y me esperaban, de allí me dirían hacia dónde tenía que dirigirme porque ellos se habían encargado de la vivienda que ocuparía.

Saqué el teléfono del bolso y entré en la aplicación de mensajes. Hice una mueca al ver de refilón el que le envié por la noche a Brayden. Estaba sin ver y sin contestar, de hecho, no le había llegado. Su situación no era fácil y suponía que había desconectado de todo para estar con su familia y sus amigos, me habló de ellos.

Pulsé la conversación con mi hermano y tecleé. Ya lo había avisado nada más aterrizar de que había llegado, antes de bajar del avión.

Olaya: *Ya estoy en el taxi de camino a la empresa. ¿Cómo estás?*

Mis amigas y Rodri se fueron sobre las once, pero él se quedó un poco más. Le saqué el tema de Rocío y solo con ver su reacción de nuevo, al escuchar su nombre, supe que estaba realmente afectado y triste.

Pol: *Me alegro, cariño. Cuando llegues a la vivienda que te den, avisame para llamarte. Deja de preocuparte, estoy bien.*

Olaya: *No lo estás y espero que hagas algo al respecto. ¿Lo vas a hacer?*

Pol: *La he cagado a lo grande con Rocío, ahora mismo no sé lo que haré o no.*

Olaya: *No has hecho nada malo, solo dudar y eso te ha llevado a ser claro con ella. Es de agradecer, lo único que no sabías es que esa claridad que pensabas como cierta, no lo era. Es de humanos dudar, Pol. Siempre eres muy respetuoso, como debe ser, y por cuidarla tanto has actuado de esa forma, para no lastimarla con el paso del tiempo.*

»Los dos sabemos que te adora y que te quiere mucho. Está enamorada de ti y no dudo de que, si le dices de hablar y te sinceras con el corazón, todo volverá a estar como antes. No, mucho mejor, lo sé porque ahora sabes lo que sientes por Rocío y nada ni nadie va a frenarte, ni siquiera tú mismo.

Pol: *Tendría que haberte hecho caso y esperar más tiempo para reordenar mi cabeza, pero, sobre todo, haberle hecho caso a mi instinto. La he dañado al decirle que lo mejor era que nos alejáramos y eso me mata, aparte de que ahora solo quiero estar con ella y me parece inaccesible.*

Olaya: *No hay nada inaccesible y mucho menos lo vuestro. No seas cabezón, no dejes pasar más el tiempo. Te mueres de ganas de verla, hazlo, ve a buscarla donde sea y plántate delante para decirle que, a veces, uno no es consciente de lo que tiene hasta que lo pierde.*

»Así ha sido, creías que no la querías como se merecía, que solo te agradaba estar con ella, pero no como para ser una pareja. Todo estaba en tu cabeza, no en tu corazón. Lee este mensaje tantas veces como necesites para decidirte, ¿lo harás? Como me digas que no, regreso a España y te arrastro por los pelos, hasta dejarte a los pies de Rocío.

Pol: *Ja, ja, ja... ¡Eres tan capaz! Lo haré, pequeñaja. Ahora sé cómo te sientes cada vez que te he echado un sermón —sonreí.*

Olaya: *No es la primera vez que invertimos los papeles, tienes muy mala memoria para lo que te conviene. Acabo de llegar, voy a pagarle al taxista.*

Pol: *De acuerdo, que vaya muy bien el primer contacto. Avísame cuando estés cómoda y puedas hablar.*

Olaya: *Vale. Gracias, te quiero.*

Pol: *Te quiero.*

Guardé el móvil, le pagué al taxista y nos bajamos los dos. Cuando dejó las maletas a mi lado en la acera, me despedí de él y me giré hacia el gran edificio de la empresa. Cogí una bocanada de aire y volví a tirar del equipaje, dirigiéndome hacia la entrada.

Le dije mi nombre a la recepcionista, quien amablemente me indicó hacia dónde tenía que dirigirme y me pidió que dejara las maletas detrás de ella, hasta que fuese a recogerlas. Se lo agradecí y subí en el ascensor a la cuarta planta, donde tenía el despacho Kevin.

—Olaya, bienvenida. —Me recibió abriéndome la puerta, con un francés perfecto.

—Muchas gracias, Kevin. —Le correspondí en el mismo idioma, aceptando su mano.

—Adelante. —Se apartó de la puerta para que pasara.

Lo hice, y ocupamos cada uno la silla que nos correspondía. Ahora sí, la aventura acababa de comenzar. Ni idea de si sería la de mi vida, pero al menos había apostado por que lo fuese.

Kevin fue muy amable, sonreía a menudo y debido a su actitud y carácter conseguí relajarme rápido. Después de un breve intercambio de palabras y de firmar el contrato, salimos de su despacho. Me enseñó la que iba a ser mi mesa, mi puesto de operaciones según dijo divertido. Me explicó qué departamentos trabajaban en cada una de las plantas a las que me llevó. También estuvimos en las zonas comunes y sentí un pinchazo en el estómago cuando me llevó a la cafetería del edificio.

Aquí no estaba Olivia, ni Rut. Con la última, por cierto, también tuve una despedida muy emotiva, como no podía ser de otra forma. El pensamiento de que no estarían junto a mí me entristeció, pero meforcé a apartarlo.

Cuando regresamos a su despacho me dio una carpeta con toda la información de dónde iba a vivir. Me comentó que el piso era céntrico y me detalló todas las posibilidades que ofrecía la zona. Me gustó lo que vi y escuché, segura de que una vez llegara me encantaría.

El vacío en mi interior no desapareció, pero a pesar de ello, miré todo con ilusión, una nueva muy bien recibida.

Nos despedimos una hora y media después en la recepción de la entrada, donde aprovechó para presentarme a Tessa, la recepcionista que me había atendido. Recogí las maletas, me despedí de ella hasta el día siguiente y seguí a Kevin que me acompañó hasta la puerta principal.

Quedamos en vernos a las ocho y media de la mañana, y fui hacia el taxi que pidió para mí minutos antes. Descubrí un poco más de la ciudad en el trayecto y todo lo que vi me atrajo. Los edificios, su gente, las calles, las grandes avenidas... Todo desprendía mucho encanto y me quedé maravillada.

El taxista paró en una calle ancha, de un único sentido para circular con coche. El mío se había quedado en el parquin de mi edificio, mi hermano se encargaría de moverlo de vez en cuando y de todo lo que necesitara hacerle para mantenerlo al día, pero en este instante lo eché

de menos para perderme por las calles.

Cuando el taxi se fue, de pie frente al edificio en el que iba a vivir, observé la fachada con detenimiento. Era una pasada, pero en realidad todos. A lo largo de toda la calle poco variaban las construcciones. Cogí una gran bocanada de aire y me decidí a continuar con mi nueva vida.

—Vamos allá —me animé tirando de nuevo de las maletas, estaba deseando olvidarme de ellas, para lo que no quedaba mucho.



Sentada en un sofá comodísimo, no dejaba de mirar alrededor. Me sentía extraña, pero a la vez tenía una sensación totalmente diferente. El interior del piso era una pasada, espacioso, amueblado y decorado hasta el más mínimo detalle.

Eran las siete de la tarde y todavía no había deshecho las maletas. No había sentido el impulso de hacerlo; únicamente había abierto una de ellas para sacar algunas cosas que después había colocado en el baño, así como para coger ropa limpia que me pondría al salir de la ducha.

Me había dado tiempo a comprar en una tienda de alimentación algunas cosas para pasar los dos primeros días, pero no era muy grande. Tenía que hacerme con la zona, descubrirla mejor, para encontrar otra en la que poder comprar todo lo que necesitaba para cubrir más días.

Había salido a pasear, pero tenía tantas calles que recorrer que había sido imposible ver todo lo que estaba cerca del edificio. Tampoco había estado mucho tiempo fuera; por el cansancio del viaje, los nervios y las emociones, enseguida me dio un bajón de fuerzas.

Bajé la mirada hacia el móvil, lo tenía a mi lado en el sofá. Ya había hablado con todos: con mis padres, con Sara, con Paola, con Rodri, con Olivia, y varias veces más con mi hermano. Le había dicho bromeando que a ver si con la distancia ahora iba a saber más de él que viviendo en la misma ciudad.

Me había dicho payasa, yo le había insultado y terminamos riendo. Sabía a qué se debía su insistencia, era por cómo me encontraba por lo de Brayden.

Me pesaba mucho, aún no sabía nada de él, a pesar del mensaje que le envié. Lo había visto, pero no tenía respuesta de él y no sabía cómo tomármelo. Pues como lo que era, supongo. No había más. Solté un suspiro largo, al sentir la humedad en los ojos.

Tenía tantas ganas de verlo, de apoyarlo en los momentos duros por lo que había pasado, aunque esperaba de corazón que a estas alturas tuviese noticias positivas sobre su madre. Quería

estar con él, fuese donde fuese, pero era algo que no se iba a dar. No me quedaba otra que ir asumiéndolo, y más estando en Bruselas.

Cerré los ojos y apoyé la cabeza en el sofá, cansada. Me dolía un poco la cabeza de darle tantas vueltas. Me levanté sin ganas y fui hacia la cocina, la que estaba integrada con el salón, separada solo por una barra larga que hacía de mesa improvisada. Había otra con sillas cómodas hacia un lateral.

Abrí la nevera y saqué lo que iba a ser mi cena. No tenía hambre, pero meforcé a prepararme la comida para empezar con fuerzas al día siguiente en el trabajo. Estaba muy satisfecha porque todas las personas que había conocido habían sido muy amables y simpáticas conmigo. Era de agradecer y un punto muy a favor.

Eso mismo a Olivia le había sentado fatal, al decírselo su comentario había sido: *«seguro que, dentro de unos días, de semanas o del tiempo que sea, salen los ogros ocultos con los que vas a trabajar y regresarás rápido a España. Nena, aquí estaré con los brazos abiertos. Estoy deseando que se vuelvan insoportables»*. Nos reímos mucho porque no se conformó con decirme solo eso.

El cotilleo que me contó me alegró un poco, subiéndome el ánimo. Alejandro había llamado a su despacho a Débora, para echarla de la empresa. Me hubiese encantado estar presente para ver su cara y sus reacciones, por lo mal que se había comportado conmigo. Olivia me había asegurado, satisfecha al decírmelo, que la había visto descompuesta cuando salió del despacho, pero que, aun así, se mostró altiva hacia los demás, mientras se iba de la planta y del edificio.

Olivia no tardó en ir al despacho de su jefe, Alejandro, para enterarse bien de cómo había ido. Eran muy buenos amigos y se llevaban de maravilla, tenían mucha confianza. Él no se había dejado ningún detalle por explicarle, sabiendo que Olivia como mucho, comentaría con Rut que la habían echado y conmigo se extendería del todo en la explicación, lo que a Alejandro no le preocupaba en absoluto.

Cené en el sofá, con las piernas subidas y cruzadas. Obvié todas las demás opciones, mientras pasaba los canales de la televisión. Encontré un par interesantes y me entretuve en ver una película en francés. Lógicamente todo era en ese idioma y me hizo gracia al no estar acostumbrada.

A pesar de que intenté ocupar la mente con cualquier cosa y de que había estado entretenida con todos a los que quería, añadiendo la salida que había hecho, en ningún momento conseguí controlar el sentimiento de tristeza, de añoranza y de desesperación.

Tumbada en la cama, preparada para terminar el día, me abracé a la almohada y me permití dejar libre a todos esos sentimientos y emociones, en forma de lágrimas silenciosas.

Capítulo 34



Brayden

—Hijo. —Levanté la vista hacia la puerta de la habitación del hospital.

Mi padre acababa de llegar, con dos cafés en vasos desechables.

—Gracias —dije cogiendo el que me ofreció.

—¿Se ha despertado otra vez?

—No desde que cerró los ojos —respondí mirando a mi madre.

Le faltaba color en la cara, pero al menos ya no tenía tantos cables conectados a ella. Fue un alivio cuando nos dijeron que lo peor había pasado y que la subían a una planta. Habíamos podido hablar con ella, pero se despertaba a intervalos muy cortos de tiempo porque la mantenían todavía bastante sedada. No habíamos querido que se esforzara, por lo que nos habíamos mantenido a su lado, en silencio, haciéndole compañía para que supiera que estábamos junto a ella.

Aarón y Elías pasaban muchas horas aquí, con nosotros en la habitación o acompañándome fuera del hospital o en la cafetería. Irvin solo se alejaba para ir a ducharse a su casa, pero no tardaba mucho en regresar. El agotamiento hacía mella en todos.

—No te veo bien, Brayden —susurró en tono bajo, apretándome un hombro—. Ya no es necesario que pases tantas horas en el hospital. Cada vez va a mejor, aunque sea lento.

—Lo sé —solté un suspiro, frotándome la cara.

No, no estaba bien y por ello había aprovechado que me encontraba en el hospital, para que me hicieran un chequeo y algunas pruebas. Supuestamente el doctor que me atendió, al darle la información de lo que le había pasado a mi madre y de que no me movía del hospital porque

estaba ingresada, me comentó que hoy me buscaría para darme los resultados.

Me bebí el café de golpe y lancé el vaso a la papelera.

—¿Te has quitado de encima lo de Irlanda? —Se refirió a los problemas de días atrás, con los que estuve liado de nuevo el día anterior, durante horas a través de llamadas.

—Sí, por ahora todo está bien. —Me miró orgulloso y satisfecho.

—Me alegro, un problema menos. —Soltó el aire de golpe.

—Cuando vuelva a la normalidad y descanse, iré para estar unos días en la delegación —le confirmé.

—Puedes aprovechar para quedarte en la casa que era de tus abuelos, te vendría bien esa desconexión los ratos que tengas libres. Siempre que vas a una u otra, ya sea a Irlanda o a Escocia, te da energía.

—Sí, lo había pensado —le sonreí.

—Te veo muy débil, hijo. —Frunció el ceño.

—Estoy bien, solo es el cansancio.

—A ver lo que sale en las pruebas. ¿Quieres que vaya a por algo de comer?

—No, dentro de un rato bajaré yo para estirar las piernas y moverme un poco —asintió.

Nos quedamos en silencio. Irvin entró en la habitación saludándonos en tono bajo y se sentó en el brazo de la butaca en la que yo estaba sentado.

Cerré los ojos recostando la cabeza, con la atenta mirada de mi padre puesta en mí. Fue de lo último de lo que me di cuenta, sin previo aviso me quedé dormido, lo que nunca en la vida me había sucedido.

No supe cuánto tiempo pasó hasta que escuché un murmullo lejano. Poco a poco fui volviendo a la consciencia y el murmullo se convirtió en una voz clara diciendo mi nombre, era Irvin.

—El doctor está aquí —me dijo en tono suave.

—¿Qué? —Lo miré descolocado por unos instantes, hasta que me situé—. Doctor —hablé

con la voz rasposa por el sueño, mientras me levantaba despacio.

—Hola, Brayden. —Le apreté la mano que me ofreció—. Me acaban de informar de que está evolucionando bien. —Se refirió a mi madre.

—Sí, gracias —respondió mi padre.

—Me alegro —asintió sonriendo—. Bueno, aquí tengo los resultados. —Levantó una carpeta hacia mí.

—¿Y? —le pregunté. Irvin se puso a mi lado.

—Todo está perfecto. —Fruncí el ceño—. No hay nada por lo que alarmarse ni preocuparse.

—Entonces... —habló Irvin, observándome de reojo— ¿A qué puede deberse su agotamiento?

—Doy por hecho que el ritmo que ha llevado últimamente es el responsable. Te puedo asegurar que mandé que te hicieran más pruebas de las habituales y todos los resultados han salido impecables, empezando por la analítica. —Se dirigió a mí.

No entendía nada, pero bueno, si eso era cierto se trataba de cuestión de tiempo. Ya podía quedarme tranquilo.

—Pero no es el cansancio de estar en el hospital, anteriormente también le ha sucedido varias veces. Se encuentra débil —añadió Irvin, sin poder apartar la preocupación.

—Ya lo has oído. Relájate porque tienes Brayden para mucho tiempo. —Le di una palmada cariñosa en la espalda.

Me miró sin estar convencido. El doctor insistió en que todo estaba bien, por lo que no le quedó otra que aceptarlo. Se lo agradecí, todos lo hicimos, y nos despedimos de él.

—¿Desde cuándo te están sucediendo estos bajones? —me preguntó mi padre, apoyándose en la cama con los brazos cruzados— No me has contado nada.

—Desde que llegamos a España —respondió por mí Irvin.

—¿Hola? Estoy aquí, por si no te has dado cuenta. —Levanté una ceja.

—Cállate porque habrías sido capaz de decir que hace un par de días. —Bufó.

—¿Ha pasado algo interesante durante vuestra estancia en España? —Quiso saber mi padre.

—¿A qué te refieres? —Lo miré extrañado.

—Al trabajo no, seguro —contestó.

—Sí, y tiene pendiente solucionarlo —comentó Irvin.

Cogí una gran bocanada de aire al atraer a mí el recuerdo de Olaya. Irvin se estaba refiriendo a ella, lógicamente. Había intentado apartar todos los pensamientos de lo vivido porque los días que habían pasado desde que me fui de España no habían sido agradables. Sabía que, si recordaba a Olaya de esa forma, tendría la necesidad de salir corriendo para ir a buscarla y por el estado en el que se había encontrado mi madre, eso era impensable. Al menos hasta ahora.

—Ya veo. —Los dos miramos a mi padre.

—No entiendo tu pregunta ni tu comentario, no tiene nada que ver con cómo me encuentro. He perdido el hilo de la conversación.

—¿Te has enamorado? —soltó de golpe, serio.

Su pregunta me sorprendió tanto que me dejó muy descolocado y el aire se me atascó en la garganta, con los ojos abiertos al máximo. No comprendí a qué venía esa pregunta, ni hacia dónde quería llegar.

—¿Cómo? —susurré al cabo de unos segundos.

—Estoy deseando escucharlo —dijo Irvin, con tono divertido—. Y que conste que a mí no me hace falta ninguna afirmación. —Carraspeó, ganándose toda la atención de mi padre.

—Brayden...

—¿Qué? —Bufé.

—Te has enamorado.

—Me lo preguntas y ahora lo afirmas. —Me crucé de brazos como él—. ¿Se puede saber a qué viene todo esto? Y tú te callas. —Miré de reojo a Irvin, quien apretó los labios conteniendo la diversión.

—Ya sé lo que te pasa. —Esa afirmación logró captar por completo la atención tanto de Irvin como de la mía.

—¿Qué dices? ¿Vas a saber más que el médico? —Di un paso hacia él.

Tampoco entendí la sonrisa que tiró de sus labios, una que fue agrandándose.

—Qué novedad más grata —continuó mi padre, pasando la mirada de uno a otro—. Si lo hubiese sabido antes no habría tenido problema en diferenciarlo.

—¿Soy yo o es que me estoy volviendo loco? No entiendo una mierda. —Fruncí el ceño.

—En eso te doy la razón, yo estoy igual ahora mismo —me apoyó Irvin.

—Nunca he hablado de esto contigo porque, bueno, nunca te has enamorado. —Levantó las dos cejas, centrado en mí—. Has tenido parejas o líos, pero no te han durado mucho tiempo y sabía, por tus reacciones y por tus actitudes despreocupadas, que no eran nada serio.

»Resulta que, en nuestra familia, a los varones nos afectan ciertas cosas, como decirlo... —Se quedó pensativo unos segundos—. En el momento en el que nos enamoramos, algo vital de nosotros depende de la otra persona. —Los ojos estuvieron a punto de salirse de las cuencas.

Al menos no fui el único, Irvin reaccionó de la misma manera.

—Qué cojones... —Fue lo único que pude decir.

—Le pasó a tu abuelo, me pasa a mí y, por consiguiente, a ti; y así continuará en adelante. Ha sucedido de generación en generación. Hace muchos años, cuando yo tenía siete años, tu abuelo cayó enfermo y estuvo tratándose. Los médicos le hicieron miles de pruebas y más, en una época en la que no conseguía levantar la cabeza.

»Él no quiso preocupar a tu abuela porque no estaban cerca y lo mantuvo en secreto. Su empeoramiento fue progresivo y, sorprendentemente, en cuanto tu abuela regresó de un viaje largo, de meses, en el que fue a visitar a su hermana que tenía una enfermedad, tu abuelo volvió a la vida como por arte de magia. En cuestión de un día, no, de horas, se sintió fuerte como un roble.

»Volvieron a hacerle más pruebas por el cambio tan drástico que dio, los médicos no lo entendieron porque era algo a lo que la ciencia no podía dar respuesta. En cada una de las pruebas, tanto en las anteriores como en las nuevas, los resultados fueron idénticos. Él gozaba de una buena salud y fue entonces cuando mi madre y mi padre, preocupados e intrigados porque tampoco lo entendieron, buscaron información sobre alguna enfermedad rara en los antepasados de tu abuelo.

»Resulta que se llevaron una grandísima sorpresa, como vosotros ahora mismo y como yo en su día. Hay archivos de la familia que se remontan a mucho tiempo atrás, sabes que por parte de tu abuelo conservamos muchos de ellos por la posición social que tuvieron durante generaciones. El tema es que, en gran parte de esos archivos, había un vínculo en común del que tirar del hilo, se repetía en épocas distintas, con cada nacimiento de un varón. Dejaron constancia de ello.

»Yo mismo lo he padecido. —Fruncí el ceño—. Tú no te acuerdas, eras demasiado pequeño, pero hubo una época en la que tu madre y yo nos separamos. —Jadeé—. Fue una metedura de pata mía. No hice nada malo, no vayáis a pensar que fue por otra mujer, siempre he amado a Grace y así será hasta que me muera. Simplemente éramos muy jóvenes, demasiado, y en aquel momento pensé que no podía aferrarme a una relación tan pasional y dependiente a tan temprana edad.

»Fueron las dudas de la juventud, pero, aun así, nunca me aparté de ti. Ahí me di cuenta, en realidad fueron mis padres los que supieron perfectamente lo que me pasaba. Por aquel entonces yo no estaba informado de nada de lo que te estoy contando, como te ha pasado a ti. Tu madre y yo estuvimos alejados más de un mes, en concreto cuarenta y dos días que nunca olvidaré.

»Llegué a caer enfermo con el avance de los días y, ¿sabéis cómo se me pasó de la noche a la mañana? —Dirigió la mirada de uno a otro de nuevo, Irvin y yo no podíamos ni hablar, estábamos rígidos como una tabla—. Tu madre vino corriendo a verme cuando tus abuelos la llamaron diciéndole que yo estaba mal, siendo conscientes de que todo iba a terminar en cuanto estuviésemos juntos otra vez. Los dos sabían de sobra lo que sucedería en cuanto yo volviese a tener contacto directo con ella, por eso se apresuraron a atraerla de nuevo hacia mí.

»Cuando ya estuve recuperado, lo que, por cierto, sucedió rápido, hablaron con nosotros y nos lo contaron todo, incluso nos enseñaron los archivos que cuidaban como un tesoro. Nos quedamos como vosotros ahora mismo, en realidad, yo empecé a reír a carcajadas, incrédulo por lo que nos habían explicado. Es difícil de creer de buenas a primeras porque no hay una lógica a la que aferrarse. Volvimos a estar juntos porque nos amábamos, mis dudas y mis temores se esfumaron y nos reencontramos con más fuerza y más amor que antes.

»Y por lo que he contado, tu madre y yo quisimos hacer otra prueba al cabo de los meses, esa vez a propósito. Necesitábamos comprobarlo y así fue, volví a ponerme mal, también fue progresivo, de sentir malestar pasé a empeorar con los días. Ha sucedido de generación en generación y ningún médico puede ponerle nombre porque es imposible darle un sentido coherente. Los varones de nuestra familia, cuando se enamoran, crean un vínculo que, si lo cortan de cualquiera de las formas posibles, es perjudicial para ellos.

Capítulo 35



—Eso es lo más loco que he escuchado en mi vida —negué y tuve que sentarme porque me temblaba todo.

Irvin volvió a dejarse caer en el brazo de la butaca, a mi lado, o más bien se desplomó porque tuvo que agarrarse al respaldo para no irse al suelo.

—Si la separación es mínima y todo entre la pareja está bien, no pasa nada. Si se alejan cortando los lazos que los unen, sea por el motivo que sea, o no asumen esos lazos, ahí es donde empiezan los problemas. Para que esto se dé, tiene que haber amor por las dos partes, uno real y verdadero, es lo que predomina y nunca falla. No sé qué te ha pasado con...

—Olaya —dijo Irvin por mí—, y nos acabamos de enterar de que ella también quiere a Brayden, que el sentimiento es mutuo.

—Olaya —repitió sonriendo de medio lado mi padre—. Brayden, piensa en todas las veces en las que te has sentido mal, echa para atrás en el tiempo y te darás cuenta de que, tu corazón empezó a tener sentimientos por esa mujer, antes incluso de que tú pudieras ser consciente. Da igual lo rápido que se diera, lo importante es que sucedió. Estoy seguro de que si la conocías y te negabas a lo que deseabas, porque te conozco y sé que estoy en lo cierto, ahí es cuando empezaste a encontrarte mal.

—Joder —susurró Irvin, girando rápido la cabeza hacia mí.

Parpadeé no sé cuántas veces, empecé a ver doble a mi padre y sabía que solo había uno delante de mí. ¿Qué mierda...? «Tengo que estar soñando», me dije.

—Sé lo que estás pensando, te lo aseguro. Yo reaccioné mucho peor que tú, pero las evidencias y las pruebas hablan por sí solas.

—Me estás diciendo que... —Tuve que carraspear.

—Si no vas a buscar a esa mujer, a Olaya, y haces lo que tienes que hacer, lo que has postergado por lo grave que estaba tu madre, continuarás empeorando y terminarás tumbado en una cama, mientras tienes que soportar que te hagan muchísimas pruebas que siempre saldrán bien. Cuéntame cuándo, cómo y en qué momentos te ha sucedido.

—La primera vez que empecé a encontrarme raro... —Sacudí la cabeza y cerré los ojos, reordenado mis recuerdos después de lo que acababa de escuchar— Fue cuando... —Los abrí de golpe.

—¿Qué? —Quiso saber Irvin, nervioso.

—Al poco de llegar a España, la tarde, casi noche, que me encontraste metido en la bañera y no tenía muchas fuerzas. —Tragué saliva mirando a Irvin. Asintió serio—. Esa vez fue la primera que me extrañé porque nunca me había pasado. Sabéis que no estoy acostumbrado a sentirme mal y me desperté muy débil. No lo entendí y lo achaqué a que me había quedado dormido en el agua durante mucho tiempo.

—¿Y qué sucedió con Olaya ese día o el anterior? —me preguntó mi padre— El vínculo ya estaba hecho.

Me froté la frente, acordándome perfectamente.

—Ese día ya... Ya la conocía. Sabía quién era. —Carraspeé para aclararme la voz—. Nuestra historia empezó el día anterior a que me encontrara mal, tuve un encontronazo por la tarde con Olaya en la calle. En ese momento éramos dos desconocidos, pero a la mañana siguiente nos llevamos la sorpresa de encontrarnos en la empresa y de saber quiénes éramos cada uno, en el entorno laboral.

»Horas después la hice llamar a mi despacho y tuve una reunión con ella y por la tarde me pasó lo de la bañera. —Sacudí la cabeza—. Pero no sucedió nada entre nosotros en mi despacho. —Busqué la mirada de mi padre—. Fue una reunión de trabajo, como con el resto de los empleados. Sabes cual es mi forma de trabajar —asintió.

—Interesante, trabaja en la empresa. —Se frotó la barbilla, sin dejar de sonreír—. El «no pasó nada entre nosotros» es lo que dices tú, lo que pensabas en aquel momento, no lo que era en realidad. Continúa con la siguiente vez.

—La última en España fue cuando estuviste varios días sin ir a la empresa, por las reuniones y las gestiones —dijo Irvin, agarrándome con fuerza de un hombro—. Te ausentaste y...

—Con anterioridad a esos días que no fui, el último que estuve en la empresa, me acerqué a Olaya con unas intenciones muy claras. La acorralé en el ascensor y... la besé, nos besamos; vamos que se descontroló un poco la situación. Al día siguiente fue cuando estuve liado yendo de un lado al otro, por varios días más, como ha dicho Irvin. Y...

—¿Qué? —preguntó Irvin.

—Que la mañana que volví a la empresa y la vi, todo el malestar que sentía desapareció cuando estuve con ella en mi despacho, al poco de llegar. No me di cuenta de cuando empecé a encontrarme bien, pero cuando nos fuimos para pasar el día y la noche juntos, cuando viniste a recogernos a la empresa, me sentía normal. Tú mismo me dijiste en el coche, mientras esperábamos a que llegara Olaya, que me veías estupendamente —Irvin asintió.

Jamás había visto sonreír a mi padre como lo estaba haciendo en este momento.

—Y ahora estás así desde que llegaste, ¿no? Empezaste a encontrarte poco a poco mal, hasta ahora. —Nos miró a los dos y asentimos a la vez—. Pues ya tienes la respuesta de lo que te pasa y no vas a mejorar, Brayden, todo lo contrario.

»Irás empeorando cada vez más. Es normal que estos días pensaras que era por lo del accidente de tu madre y su estado, por la preocupación, la tristeza y el estar tantas horas continuas en el hospital. Todos estamos cansados, pero ninguno nos igualamos a ti, ni lo haremos.

—Qué narices... —Me pasé una mano por el pelo, alucinado.

—Sé que suena a locura, pero donde no llegan nuestras cabezas llegan nuestros corazones y las cosas se vuelven inexplicables. —Se encogió ligeramente de hombros—. Yo hace muchísimos años que dejé de hacerme preguntas.

—Doy fe. —La voz susurrada de mi madre provocó que todos nos incorporáramos sobresaltados. Habíamos estado tan concentrados que no nos habíamos dado cuenta de que desde hacía un rato tenía los ojos abiertos—. Te has enamorado, os habéis enamorado, cariño —me dijo sonriéndome emocionada, pero fue una sonrisa muy débil.

—Mamá. —Me acerqué a la cama y la agarré de la mano, para acariciársela. Me dio un pequeño apretón.

—Grace, mi amor —le susurró mi padre, inclinándose sobre ella.

—Hola —le dijo y tragué saliva emocionado, desprendían precisamente eso mientras se miraban: amor, uno muy grande y puro que los envolvía—. Nuestro hijo se ha enamorado —repitió como si yo no estuviese al lado.

—Eso parece. —Mi padre le devolvió la sonrisa, antes de darle un beso suave en los labios.

—Cariño. —Giró despacio la cabeza hacia mí—. Lo he escuchado todo, haz lo que tengas que hacer, rápido, yo estoy bien.

—Mamá. —Me incliné para besarla también, elegí la frente y cerré los ojos, todavía impactado por todo—. Entonces... —Carraspeé para aclararme la voz—. ¿Se trata de la distancia y de que todo quedó parado al irme corriendo? No tuve la oportunidad de hablar con Olaya tranquilo, sobre nosotros —ambos asintieron.

—Joder —soltó Irvin, captando la atención de mi madre.

Ella le sonrió con cariño, el mismo gesto que le dedicó él, mientras se acercaba para besarla en una mano con delicadeza.

—Una vez que encuentras a tu pareja de vida si fuerzas una separación o te la impones, es lo que te pasará, al igual que si no dejáis claros vuestros sentimientos. Irás perdiendo las fuerzas, hasta caer enfermo sin ningún motivo aparente —añadió mi padre.

»Aquí te has mantenido en pie por tu fuerza de voluntad, por tu madre. Tenías un gran motivo, lo que no quiere decir que, si ella no hubiese despertado tan pronto, seguramente tú no habrías aguantado para verla abrir los ojos.

Me pasé las manos por el pelo, mirando de reojo a un más que sorprendido Irvin que, como yo, todavía no lo había asimilado.

Si me pinchaban en este instante, no me saldría ni una gota de sangre. Hasta ese nivel llegaba.

—Olaya no trabajará por mucho más tiempo en la empresa —susurré.

—¿Cómo? —Frunció el ceño mi padre, visiblemente inquieto.

—Va a cambiar de trabajo. —Después de esas palabras les expliqué los planes que tenía.

—No pierdas más el tiempo —me pidió serio—. De todos modos, esté donde esté, darás con ella —sonrió de medio lado, imitando el gesto que tiraba de mis labios.

—Una pregunta. —Levantó la mano Irvin. Los tres lo miramos y continuó—. ¿Qué pasa...? Quiero decir... —Se aclaró la garganta—. ¿Qué pasa cuando con la edad o por cualquier otro motivo la pareja de los varones se muere?

«Buenísima pregunta», me dije. Busqué la mirada de mis padres, más preocupado que en toda mi vida.

—Me pongo a mí de ejemplo, me iré consumiendo lentamente, hasta que deje de encontrarle sentido a nada y pierda mi chispa vital. Puede ser un proceso largo y doloroso, de años. La pena y la tristeza también matan —respondió mi padre sereno y tragué saliva—. Tu abuelo no tuvo que experimentarlo, él fue el primero en irse, pero tu abuela que está libre de lo que nos sucede a nosotros, de todos modos, lo pasó realmente mal y como he dicho, se consumió en el dolor —

asentí con los ojos nublados por las lágrimas, recordándolo perfectamente.

»Pero ¿sabéis una cosa? —negamos— Que independientemente de todo lo que os he contado, si no me viese afectado de la manera que he explicado, me sucedería igual que a mi madre si Grace se fuera antes que yo, me marchitaría de todas formas. Cuando te unes a una persona que lo es todo para ti y la eliges para vivir el resto de tu vida con ella, en situaciones finales lo demás pierde fuerza y brillo, pierde el valor que se le da a vivir. Y cuando digo que esa persona lo es todo, es en el sentido más amplio de la palabra.

—A mí también me pasaría y estoy fuera de lo que os pasa —susurró mi madre, con los ojos fijos en mi padre—. Perder al ser que más amas, perder su amor y su compañía, nunca es bueno, para nadie.

Emocionada, le acarició despacio el brazo a mi padre. Él, bajó la mirada y volvió a inclinarse sobre ella. Se quedaron con las frentes unidas y tuve que tragar varias veces para bajar el nudo que se me formó en la garganta.

—Brayden... —susurró Irvin.

En cuanto giré la cabeza hacia él vio la decisión en mi expresión. Asintió satisfecho y emocionado.

—Iros —dijo mi madre—. Cariño, estoy bien, mejorando. —Me presionó la mano que no le había soltado—. Busca tu felicidad, porque de esa forma nos la darás a nosotros. Haz lo que tengas que hacer, como te ha dicho tu padre.

—Os quiero. —Apreté la mandíbula.

—Te queremos. —Me correspondió mi padre.

Levantó la mano hacia mí y se la agarré con fuerza. Cruzamos nuestras miradas y asentí ante lo que me pidió de un modo tan silencioso que lo leí en la determinación de sus ojos.

Era algo que definitivamente iba a hacer, no había otra opción viable, simplemente lo había retrasado por motivos obvios. Estaba dispuesto a todo, y no por lo que acababa de descubrir; la necesidad de ir a por Olaya la había tenido incluso antes de dejar el hotel para viajar hasta aquí.

Capítulo 36



Olaya

Mis mofletes se hincharon de aire y mis labios se fruncieron frente al ordenador, mientras leía la información en la pantalla. Era una costumbre, rara, pero costumbre que había adquirido desde que estaba en Bruselas. Muchas veces no me daba cuenta de que lo hacía.

Bajé la mirada hacia la hora, eran las cuatro y media de la tarde. Me faltaba media hora para salir y terminaría por hoy, hasta el día siguiente. La jornada de trabajo había empezado muy bien, y así había continuado, como los poquitos días que llevaba trabajando.

Estaba satisfecha, podía decir que feliz, refiriéndome a lo laboral. Me sentía realizada y todos los compañeros, al igual que los jefes, me trataban muy bien. Aquí no me enteraba de nada, como sucedía en España gracias a Olivia. Era algo que echaba de menos, no por los cotilleos, eso me daba exactamente igual, pero sí por los momentos que pasábamos juntas y la escuchaba mientras me contaba las novedades, emocionada, saltando de una cosa a otra.

Hice una mueca por esos recuerdos y sacudí la cabeza para alejarlos de mi mente. Pensar en la empresa de España era hacerlo en Brayden, y eso solo me lo permitía en la soledad del piso.

No sabía nada de él, ya había asumido que continuaría siendo así. Estaba informada por Alejandro de que su madre había salido del estado crítico. Me alegré mucho de que la mujer se recuperara, también por su familia. Había hablado un par de veces con Alejandro, pero no para sacarle información, sino para sentirme cerca de lo que dejé atrás.

Con mi hermano, con mis amigas, incluida Olivia y con mis padres, hablaba muchas veces. Con Rodri estaba más en contacto por mensajes porque sus horarios de trabajo eran más complicados y a no ser que fuese fin de semana, no lo molestaba con llamadas. De todos modos, lo que no supiera por mí, mi hermano se encargaba de ponerlo al día.

Llevaba más o menos bien la distancia porque no había pasado mucho tiempo, y esperaba que poco a poco todo se fuese asentado y que desapareciera la sensación de la que no conseguía

librarme.

Todo estaba bien, menos la tristeza continua con la que me despertaba y me acostaba. Cuando estaba entretenida en el trabajo, concentrada, conseguía dejarla apartada, pero cuando llegaba al piso, o cuando paseaba por las calles de Bruselas, la realidad caía sobre mí.

«¿Cómo ha podido pasar?», esta pregunta me la había hecho muchas veces, porque ¿cuánto tiempo había compartido con Brayden? Apenas nos conocíamos, los días que habíamos estado juntos, ya fuese en el mismo espacio o muy pegados, habían sido demasiado breves.

Pero el corazón no entiende de tiempos ni de distancias, cuando siente. Enamorarme de Brayden había sido tan fácil, también me había preguntado en qué momento sucedió, si fue un flechazo en el mismo instante en el que tiró de mí hacia atrás en la calle, antes de que yo pisara el paso de cebra, o si fue cuando lo vi por primera vez en la empresa, tan imponente, atractivo y serio.

A saber, porque con lo que vino después de esos momentos tenía claro que la atracción y el deseo dieron paso a algo tan intenso, que hoy día no quería sentir. Me dolía el pecho cada vez que lo recordaba, pensar en lo que sucedió en el ascensor, en su despacho, en su habitación del hotel y fuera de ella, cuando salimos con Irvin a cenar... Todo había sido tan intenso, tan rápido, que me costaba mucho retener las lágrimas.

El mensaje que le envié seguía sin tener respuesta, pero no hacía falta porque la ausencia de ella ya era en sí una bien grande y contundente. No había tenido ningún pensamiento malo hacia Brayden por ese motivo, simplemente necesitaba borrarlo de mi vida.

Estaba en el lugar perfecto para hacerlo, lejos de todos en los que había estado con él. Y lo conseguiría, lo sabía, pero por ahora, aunque sea un poco masoquista, quería seguir trayendo a mi memoria todos los recuerdos que tenía con él. Me hacían bien y a la vez me dañaban, pero era lo que había, lo que necesitaba.

Solo era un proceso, uno al que me tenía que acostumbrar y el que poco a poco llegaría a su final.

—Olaya, se acabó. —Levanté la cabeza hacia Jolien, una compañera muy simpática que siempre que coincidíamos nos tomábamos unos minutos para ir a la cafetería.

—Se ha pasado muy rápido la última media hora —le sonreí.

Me había metido tanto en mis pensamientos que pasaban unos minutos del final de la jornada.

—Ya me he dado cuenta —dijo con una risilla—. Te espero.

—Gracias.

Guardé los archivos, apagué el ordenador y recogí la mesa, dejándola despejada para cuando volviera por la mañana. Me levanté de la silla y me puse la chaqueta y el pañuelo del cuello. Cogí el bolso y caminamos juntas.

La temperatura de Bruselas variaba a la baja de la de España, para mí lo suficiente como para ir un poco más abrigada.

Me despedí de Jolien en la calle hasta el día siguiente, nada más salir del edificio. Hacía unos días que me decidí a regresar al piso caminando, había un paseo, pero me gustaba mezclarme con la gente y ver los comercios, sentir el ambiente de la ciudad. Por las mañanas era diferente, iba en taxi a trabajar. Desde el piso no había buena combinación de transporte público y total, tampoco me costaba muy caro, lo que era de agradecer.

Entré en una cafetería para pedir un café con leche para llevar, pero cambié de opinión al ver en la barra la carta abierta de batidos. Me pedí uno de café y chocolate que tenía una pinta... Como una niña con su juguete nuevo favorito, salí dando el primer sorbo.

—Mmm... Joder —dije relamiéndome los labios. Estaba riquísimo.

Acababa de encontrar una perdición para mí, la que repetiría cada tarde para ir hacia el piso.

Cuando llegué a la zona peatonal amplia que llevaba directa a la parte de atrás de mi calle, sonreí. Estaba muy concurrida y te entretenías viendo a las personas ir en varias direcciones, como también a las que estaban sentadas en pequeñas fuentes que había en el centro y las que ocupaban las mesas de cafeterías y bares.

Sorbí de la caña para beber del batido que ya tenía a la mitad, pero me atraganté al sentir que me iba para atrás. Solté un jadeo entrecortado cuando me recompuse, con los ojos abiertos al máximo. Un recuerdo me asaltó al instante, pero con alguna variedad.

Esta vez no tenía ningún paso de cebra delante, ni estaba entretenida con el móvil para pasarlo con el semáforo para los peatones parpadeando. Lo único que coincidía era que alguien me había agarrado de la chaqueta por la espalda y había tirado de mí, parándome y haciéndome retroceder de repente.

Y aquí estaba, muy pocos segundos después, notando un cuerpo alto pegado a mi espalda. Tragué saliva cuando un aroma que recordaba muy bien se metió por mi nariz. Parpadeé varias veces rápido, antes de poder moverme. No quería mirar, no quería levantar la cabeza para no llevarme una desilusión, pero lo hice, no pude resistirme.

De mis labios se escapó otro jadeo cuando me encontré con los ojos de Brayden, muy cerca.

—¿Qué...?

—Hola, Olaya —dijo como si nada, como si fuese habitual encontrarnos en una ciudad en la que él no vivía, ni había ninguna delegación de su empresa a la que venir.

—Brayden... —Se me puso el vello de punta cuando me rodeó la cintura con un brazo.

—Hace un tiempo le dije a un amigo —me estremecí al sentir su aliento cálido en la oreja—, que quizás la primera vez que tiré de ti hacia atrás tendría que haber hecho esto, agarrarte de esta forma. ¿Es mejor? ¿Estaba en lo cierto?

—Sí —susurré—, ahora sí. —Cerré los ojos al sentir el roce de su nariz en mi cuello—. En España no hubiera sido aconsejable, habría reaccionado muchísimo peor de lo que lo hice al ser tú un desconocido. Te habría estampado el móvil en la cara, como poco. —Se separó de mí y soltó una carcajada, y cómo me gustó ese sonido.

—El resultado habría sido el mismo. —Se apartó y me giró, ni eso pude hacer por mí misma.

—¿Cuál? —Agarré con fuerza el vaso del batido, cuando me retiró varios mechones de pelo y me los colocó detrás de la oreja.

—Tú y yo, independientemente del lugar. —Buscó mis ojos.

—¿Qué haces aquí? —conseguí decir, después de tragarme el nudo de emociones.

—Venir a por ti. —Agrandé los ojos.

—¿Cómo me has encontrado? —Jadeé.

—Te dije hace un tiempo que tengo mis fuentes de información, siempre las encuentro —sonrió de medio lado.

No supe a quién o quiénes se refirió, pero lo mismo me dio. Lo tenía delante de mí, estaba en Bruselas y había venido...

—Has querido decir que has venido por mí.

—¿Tú crees que eso es lo que he dicho? —Ladeó un poco la cabeza.

—No, has dicho «he venido a por ti».

—Lo que es muy diferente de «por ti». —Levantó una ceja.

—No voy a volver a España, al menos por ahora. —Tragué saliva—. Me gusta el trabajo, estoy muy a gusto y...

—No quiero que regreses a España. —Me agarró de la nuca y me mordí el labio inferior. Me acercó a su cuerpo.

—Vale —solté un suspiro.

Sin apartar los ojos de los míos subió mi mano, con la que sujetaba el vaso, y bebió de la caña. «Joder, este hombre hace hasta que lo más simple sea sensual y excitante», grité en mi cabeza.

—Me gusta —dijo al tragar—. Ya tengo un tercer sabor preferido. —Movié los dedos en mi nuca, con pequeñas caricias—. ¿Quieres saber cuáles son los otros dos y el orden? —asentí como hipnotizada.

—El primero es el tuyo, el de cualquier parte de tu cuerpo —entreabrí los labios, no me entró suficiente aire—, el segundo otro batido de café que bebí en España, ¿y sabes por qué? —negué — Porque el día que me lo compré fue la primera vez que probé un batido, pero lo importante es que fue el mismo día en el que alguien insinuó que quería robarle el teléfono de las manos, al evitar que la atropellaran. —Agrandé los ojos.

—Solo te quedas con lo malo —dije con una mueca y volvió a reír.

—Y el sabor de este batido, también será mi preferido por ti, porque estoy a punto de besarte —contuve la respiración cuando tiró con fuerza de mi nuca—, y de que lo saboreemos los dos.

Temblé de los pies a la cabeza en cuanto su boca cubrió la mía y su lengua se abrió camino entre mis labios. Me agarré con fuerza de su jersey, lo enrollé en una mano y apreté para que no se separara. Brayden no tenía intención de hacerlo, el sonido profundo y grave que salió de su garganta me indicó que el beso iba a ser intenso. Y así fue, se apropió de mi cuerpo al completo, no solo de mis labios. Me consumió y arrasó con todo en cuestión de segundos, de minutos, mientras la gente pasaba cerca de nosotros.

Poco me importó ser el centro de atención junto a él.

Capítulo 37



Cuando conseguimos separarnos no lo hicimos mucho. Cerré los ojos al sentir sus labios besarme la frente.

—No sabes lo que te he echado de menos, Olaya —susurró sobre mi piel y volví a estremecerme.

—Yo también te he echado de menos —solté un suspiro—. Siento mucho lo del accidente de tus padres, y me alegro de igual manera de que estén bien. Porque lo están, ¿verdad? Alejandro me contó lo que les sucedió. —Tragué saliva.

Buscó mi mirada y asintió.

—Están bien —sonrió—. Mi madre continúa en el hospital, pero cada día mejora. Perdona por no responderte al mensaje, si lo hubiese hecho me habría venido abajo y no podía...

—No pasa nada. —Le acaricié el pecho por encima del jersey.

—Sí que pasa. —Apretó la mandíbula—. Quería, lo deseaba, pero sabía que si te escribía tiraría por tierra la fuerza de voluntad de mantenerme junto a mi familia.

—No me hubiese gustado eso, que te alejaras de ellos en esa situación —negué.

—Tenemos mucho de lo que hablar, ¿no te parece?

—Sí —susurré—. ¿Quieres venir... al piso en el que vivo?

—Me encanta la idea —sonrió de medio lado.

—Hola, Olaya. Me alegro mucho de verte. —Di un pequeño respingo al escuchar esas palabras, no esperaba que...

—Irvin —dije girándome hacia él.

Sonreía de oreja a oreja y me sonrojé. Tan respetuoso como siempre no hizo ningún comentario al respecto y caminó hasta mí para abrazarme. Le correspondí a la muestra de cariño que me sentó genial.



Tarareando una canción, así me bajé del taxi que me dejó frente al edificio de la empresa. Estaba subida en una noria de emociones desde la tarde anterior, todavía no me había bajado, ni mucho menos había parado de girar.

Era lo que me provocaba estar con Brayden. Aún, cuando pensaba en que había venido a verme, no podía dejar de sorprenderme. De creer que lo había perdido a tenerlo de vuelta conmigo, había borrado de un plumazo todas mis dudas, miedos y tristeza.

Estuvimos toda la tarde solos en mi piso, sobre las ocho llegó Irvin y cenamos los tres. Les pedí que se quedaran y reí cuando Brayden me dijo que él no tenía intención de irse. No habían reservado en ningún hotel y el piso tenía habitaciones de sobra para los tres, y más teniendo en cuenta que Brayden y yo nos encerramos en mi habitación.

Había sido una noche... Solté un suspiro y me sonrojé, por todo lo que habíamos hecho. De nuevo me posicioné en lo más alto de la noria, con una sonrisa radiante.

Saludé como cada mañana a Tessa al pasar por al lado de la recepción y fui directa hacia los ascensores. Una vez en mi mesa de trabajo, guardé el bolso y la chaqueta y, antes de sentarme en la silla para empezar, cogí la carpeta que dejé pendiente de entregarle a Kevin en mano, la tarde anterior.

Fui hacia su despacho, pensando en todo lo que tenía que hablar con Brayden. Pasamos muchas horas juntos, pero tuvimos los labios muy ocupados como para utilizarlos para hablar. No tenía ni idea de cuánto tiempo se quedaría en Bruselas, ni qué ideas tenía de ahora en adelante.

Todos los pensamientos que ocupaban mi mente se evaporaron en cuanto Kevin me dio paso a su despacho. Y no porque me centrara en el trabajo, sino porque vi la espalda y la cabeza de un hombre que estaba sentado frente a Kevin, un hombre que distinguiría en cualquier parte y postura.

Abrí los ojos al máximo, parada cerca de la puerta que había cerrado al entrar. No entendí qué hacía Brayden en el despacho de mi jefe, porque era él, y tanto que lo era.

—Olaya. —Parpadeé rápido al escuchar la voz de Kevin, momento en el que Brayden se giró despacio hacia mí.

Oh, por Dios, esa sonrisa...

—¿Qué...?

—Adelante —tuvo que animarme Kevin a caminar para que me acercara, mientras mantenía la carpeta pegada a mi pecho—. Creo que os conocéis.

—Eh... Sí.

La sonrisa de Brayden se ensanchó y yo continué sin reaccionar. Se levantó despacio y metió las manos en los bolsillos. Conseguí mover un pie y fue todo un logro, con el segundo por poco hago una fiesta cuando di un paso completo. Llegué cerca de él, sin poder apartar la mirada de la suya. Hasta me pareció ver que sus ojos también sonreían, ¿eso es posible?

—Te he dejado sin palabras y es todo un mérito —dijo.

—Por poco rato —susurré y soltó una carcajada.

—Ha sido una muy grata sorpresa —habló Kevin—. Brayden O'Neill es toda una eminencia empresarial y para mí es un honor haberlo conocido en persona. No me extraña que nos vayáis a abandonar.

Mi cabeza giró hacia él a la velocidad de la luz, que ni puñetera idea ahora mismo a qué velocidad viajaba.

—¿Cómo? ¿Qué has dicho? Creo que no he oído bien o lo he malinterpretado.

—Os dejo el despacho para que habléis con calma —dijo Kevin, sonriente.

Rodeó la mesa y se paró a mi lado. Sus siguientes palabras las supe interpretar muy bien y me hirvió la sangre.

—Ha sido un placer tenerte en la empresa, Olaya. Breve, pero muy favorable. Siempre tendrás las puertas abiertas. En otro momento hablamos.

Imaginé que no esperaba contestación por mi parte porque era evidente que me había quedado en *shock*. Cuando escuché cerrarse la puerta moví la cabeza de nuevo, esta vez como a cámara lenta, hasta que encontré a Brayden a mi lado, de pie.

—¿Qué has hecho? —susurré.

Cogió la carpeta y tiró de ella, quitándomela de las manos. Le costó un poco porque me había aferrado a ella. La dejó encima de la mesa, me agarró de un brazo con suavidad y fue hacia la silla de la que se había levantado. Se sentó y me guio para hacer lo mismo, sobre sus piernas. Me quedé sentada de lado, rígida, en tensión.

—Te necesito conmigo —dijo con voz suave, mientras me retiraba el pelo del hombro.

—Era mi elección y... ¿me acaban de despedir? —Jadeé.

—No te han despedido, te vas a ir tú por decisión propia —habló tan seguro...

Me moví encima de él, para mirarlo a la cara.

—No puedes estar diciéndolo en serio. Yo...

—¿Qué?

—Quiero estar contigo, Brayden, es lo que... más deseo. Pero no quiero perder lo que tanto me ha costado y me gusta. Al menos por ahora no. —Tragué saliva, intentando gestionar mis emociones.

—Si no estás conmigo me moriré. —Agrandé los ojos, a la vez que entreabría los labios.

—¿Qué dices? —Me aparté nerviosa y si no hubiese sido porque me agarró de la cintura, me habría caído a sus pies.

—Bueno, quizás me he metido mucho en el papel. —Carraspeó.

Se había puesto serio, pero su voz fue de diversión.

—¿Por qué lo has hecho? O, mejor dicho, ¿qué has hecho exactamente?

—He venido hasta aquí para hablar con tu jefe, adelantándome a que llegaras. El que, por cierto, me ha caído muy bien. Le he dicho lo que somos tú y yo, lo que nos une.

—¿El qué? —lo pregunté tan flojito que dudé en si lo había escuchado.

—Somos una pareja.

—Oh. —Contuvo la risa y lo agradecí porque podría haberme lanzado a estirarle del pelo—.

Pareja... —susurré y asintió.

Su expresión varió, ahora me miraba con... amor. Directamente me derretí.

—Ayer te dije, cuando te paré en la calle, que no ibas a regresar a España porque no quieres hacerlo. —Tragué saliva—. Te quiero conmigo, en mi vida, en todo lo que tú quieras. Elige un puesto de trabajo en mi empresa y lo tendrás, y no, no será favoritismo, será porque vales para el trabajo.

»Te necesito junto a mí, por lo que el puesto debe ser en la sede principal de Londres, o en alguna de las delegaciones como Irlanda o Escocia. En cualquiera de los tres lugares podemos vivir, yo preferiblemente prefiero en alguna de las dos últimas y cuando te enseñe porqué, lo entenderás. Tú también lo querrás.

—Brayden...

—Escúchame. Lo que te he dicho de que si no estás conmigo me moriré, ha sido un poco drástico, pero no por ello deja de ser real. —Agrandé los ojos.

—¿Qué...?

—Tengo algo importante que contarte, pero requiere de mucho tiempo porque es un poco largo de explicar y una vez que termine, tendrás muchas preguntas a las que iré respondiendo como buenamente pueda. —Me acarició la espalda y me estremecí—. Te quiero, Olaya. No sé en qué momento pasó, creo que cuando insinuaste que era un ladrón en medio de la calle. Esa primera vez abrió algo en mi interior. Me enamoré de ti sin ser consciente de ello.

»Esa es la realidad y no quiero estar separado de ti, no puedo. —Tragué saliva y sentí un sabor amargo al ver su expresión contraída—. Sé que quieres esto, un trabajo nuevo en el que te sientas realizada, una experiencia que cambie tu vida. Yo puedo darte todo lo quieras y más. Te lo estoy ofreciendo, me estoy ofreciendo yo. Aunque no lo tuviera al alcance lo conseguiría de cualquier forma para ti.

—¿Por qué dices cosas tan bonitas? —Me tembló la voz.

—Porque lo más bonito que me ha pasado en la vida se merece lo mejor —susurró sobre mi mejilla.

Solté un pequeño jadeo y cerré los ojos, apretando los párpados.

—Por favor, piénsalo.

Mi movimiento provocó que separara la cabeza de mí. Coloqué las manos en sus mejillas y hablé con el corazón, me abrí en canal como había hecho él.

—No tengo nada en lo que pensar —susurré—. Quiero estar contigo, vivir y disfrutar juntos, de la mano. Me he empeñado en este trabajo porque... No lo sé, la verdad, pero lo que sí tengo claro es que te seguiría hasta el fin del mundo si hiciese falta, Brayden. Lo acepto todo, te acepto a ti. —Me entraron ganas de llorar cuando lo sentí temblar—. Si me quedo aquí sé que estaré triste por no estar contigo, ahora que sé que me quieres en tu vida.

Pegué mis labios a los suyos en un beso lento y calmado. Saboreé sus labios, los que nunca me cansaba de besar. Me dejó hacerlo durante unos segundos, hasta que tomó el control y profundizó el beso, dejándonos a los dos sin aliento.

—Por y para siempre —susurró con la frente apoyada en la mía.

—Por y para siempre —repetí lo que pareció un juramento de amor, para mí lo fue—. Quiero saber eso importante que tienes que decirme. —Lo abracé.

—Vámonos, Irvin nos esperaba abajo —sonreí con la cabeza apoyada en su hombro.

—Sí. —Le di un beso rápido en la mejilla, antes de levantarme.

—Ahora le decimos a Kevin que...

—Que hablaremos otro día. Seguro que para entonces ya tendrá mi renuncia preparada y así lo dejo todo cerrado para no regresar. —Otra vez esa sonrisa...

—Me encanta como suena eso. —Me agarró por detrás de la cabeza.

—A mí me encantas tú y quiero un buen puesto de trabajo. Espero que no tenga que quitarme de encima al jefe en mi horario laboral.

Soltó una carcajada y volví a maravillarme por el sonido.

—El jefe no puede prometer que mantendrá las manos quietas dentro de su despacho. —Jadeé cuando me pegó a su cuerpo y el inicio de su erección se clavó por encima de mi ropa—. Pero créeme, vas a quedarte completamente satisfecha.

—Me muero de ganas por comprobarlo. —Me mordí el labio inferior.

El fuego que vi en sus ojos me hizo soltar un grito y correr hacia la puerta porque estaba dispuesto a empezar algo que me costaría mucho parar, también lo deseaba.

Salimos del despacho de Kevin riendo, al que ya no volvería como trabajadora.

Epílogo



Nueve años más tarde...

Brayden

Uno de mis lugares favoritos también se había convertido en el de Olaya, desde hacía años.

Apoyado en el marco de la corredera de la casa de Irlanda que fue de mis abuelos paternos, la observaba en silencio. Estaba sentada sobre la hierba del jardín, mientras Balto, nuestro perro de apenas un año correteaba en círculos a su alrededor. Olaya se reía intentando agarrarlo, pero él se escapaba rápido.

Esa imagen enseguida varió, nuestros hijos aparecieron corriendo de vete a saber dónde, y se lanzaron encima de su madre. La tumbaron en el suelo y se subieron encima de ella, haciéndole cosquillas. Las risas y las carcajadas de todos ellos, junto a los ladridos juguetones de Balto, eran la melodía que me indicaba que estaba en casa, en mi hogar.

Cameron y Agnes tienen siete y cuatro años, respetivamente. Llegaron a nuestras vidas para complementarlas, aportándonos una gran felicidad.

Vivíamos en esta casa de Irlanda desde un mes después de que fuese a buscar a Olaya a Bruselas. Hasta ese momento nos quedamos en Londres, en una mía de propiedad. En realidad, en el futuro en la que habíamos formado una familia también lo sería, como también la de Escocia y la de mis padres en Londres, el día que faltaran ellos, lo que esperaba que tardara muchísimo tiempo en suceder.

Olaya encontró el trabajo que deseaba dentro de la delegación de Irlanda y cada vez que yo tenía que viajar, junto a Irvin, me acompañaba como asistente personal y muchas cosas más que ya dais por hecho. Pocas veces nos habíamos separado desde hacía nueve años, y esas contadas ocasiones habían sido por breves espacio de tiempo.

Cuando le conté la historia de mi familia por parte de mi padre se quedó en *shock*. Normal,

era lo más lógico y sabía que iba a suceder porque incluso mientras se lo explicaba, yo no salía del asombro todavía. Mis padres, con mi madre recuperada en la casa de ambos, le ampliaron la información cuando llegamos a Londres, después de alargar por una semana el tiempo en Bruselas.

Por cierto, mis padres la acogieron con los brazos abiertos, y debo decir que los de Olaya hicieron lo mismo conmigo, al igual que su hermano y sus amigos. Entre nosotros y con las personas que más queremos todo encajó perfectamente, teníamos una buenísima relación.

Por ese motivo Olaya siempre había sido la primera en preparar el equipaje cuando yo tenía que hacer un viaje más largo de lo habitual. Se negó en rotundo a separarse de mí, según ella, porque si nos alejábamos podía darme un telele o un chungo, palabras que tuve que buscar porque no las había escuchado en la vida. Mi vocabulario se había ampliado mucho desde que la conocía.

Los padres de Olaya venían meses alternos a visitarnos, para disfrutar de nuestra familia durante mínimo diez días. Nosotros también íbamos siempre que el trabajo nos lo permitía, nos quedábamos en el piso que continuaba conservando Olaya en España. Su hermano se encargaba de mantenerlo y de ir a menudo para controlar que todo estuviera bien.

Con Pol me llevaba genial, congeniamos estupendamente porque teníamos caracteres casi idénticos, para desgracia de Olaya, según ella, de nuevo. Lo consideraba un hermano, lo que sabía que era recíproco.

Nos casamos un año después, contando desde la fecha en la que viajamos de Bruselas a Londres, en el mismo jardín que tenía delante de mí. Cuando Olaya vio la casa por primera vez y todo lo que la rodeaba, que era inmenso entre la vegetación más verde que os podáis imaginar, se enamoró al instante y me pidió que este debía ser nuestro hogar y el lugar donde selláramos nuestros votos matrimoniales. Siempre he sabido, aunque no me lo dijera, que también me lo pidió porque para mí era un lugar especial desde que tengo uso de razón.

En la boda estuvimos rodeados de todas las personas que queríamos, no faltó nadie para acompañarnos en un día que siempre atesoraremos con una multitud de recuerdos. Alejandro, el jefe del departamento laboral de la delegación de España, no se perdió ese día especial. Nos hicimos buenos amigos cuando estuve en España y estábamos en contacto constante, desde entonces. Ni la distancia ni el tiempo habían desfavorecido nuestra amistad. Rut también estuvo con nosotros, la recepcionista, más todos los amigos de Olaya y míos, que se convirtieron en los de ambos.

Me separé del marco de la corredera y salí al porche. Cuando mis pies descalzos tocaron la hierba fresca sonreí, mientras Balto ladraba corriendo hacia mí. Me agaché para acariciarlo y seguí avanzando, hasta pararme junto a las tres personas que más quería: mi mujer y mis hijos.

—¿Alguien está en problemas? ¿Necesitas ayuda? —le pregunté a Olaya que resoplaba con los niños encima.

—Yo puedo —dijo y reí.

—No lo dudo ni por un instante —negué sentándome en la hierba, muy cerca de ellos.

—Hoy vamos a ganar nosotros —dijo Cameron exaltado, con una sonrisa que anticipaba que, si no lo conseguía, tardaría pocos años en hacerlo.

Olaya rodó por la hierba y se escabulló de ellos. No pude dejar de reír cuando vino hasta mí gateando y se lanzó encima de mi cuerpo. Por poco me tumba, pero conseguí estabilizarme y dejarla sentada entre mis piernas abiertas. Le rodeé la cintura con los brazos y pegué su espalda a mi pecho.

Nuestros hijos hicieron una mueca de pie delante de nosotros. Por la posición que teníamos, al haber intervenido yo, y por la sonrisa en los labios de Olaya por este último motivo, supieron que habían perdido la batalla por esta vez. Se alejaron riendo y corriendo, para continuar jugando en otra parte, junto a Balto.

—¿Me has echado de menos? —le susurré en el oído.

—Siempre —soltó un suspiro y sonreí porque se movió de la forma en la que siempre lo hacía cuando un escalofrío la recorría.

—Yo también. Estoy deseando demostrártelo. —Soltó un pequeño jadeo tembloroso cuando apreté parte de su trasero y de las lumbares contra mi miembro.

No necesitaba mucho para venirse arriba, solo la presencia de Olaya.

—A la de tres salimos corriendo hacia la casa y nos encerramos en la habitación —dijo decidida y solté una carcajada.

Esta era nuestra vida, para mí una de inmensa felicidad. Amaba a Olaya como nunca imaginé que podía llegar a amar una persona. Vivirlo, sentirlo, era un afrodisiaco del que nunca tenía bastante.

Por cierto, imagino que ya lo daréis por hecho, pero desde que me reencontré con Olaya en Bruselas, cuando fui a por ella, mi malestar empezó a desaparecer como por arte de magia. Al final de la noche de aquel día en el que la frené imitando nuestro primer encuentro en España, tirando de ella hacia atrás, ya no quedaba ni rastro de sentirme mal. Increíble, pero cierto.

Ahora voy a adentrarme un poco en la vida de nuestros amigos, a los que consideramos

nuestra familia. Durante estos años que han pasado, más durante los primeros, se dieron cambios.

Mi otra mitad, una parte de mí, Irvin, tuvo una relación a distancia con Marisa, la recepcionista del hotel de España. Yo, conociéndolo como lo hacía, sabía que esa historia duraría poco. No le comenté nada, preferí callarme para que lo descubriera por sí mismo, y así fue. Estuvieron dos meses y medio en contacto, hasta que terminaron, eso sí, de buenas. La distancia se hace pequeña cuando los sentimientos son fuertes y arraigan dentro de uno, si no, es insalvable. De esa forma se lo dije cuando me lo comentó, una vez que cortó el contacto con ella. Y como la vida no deja de sorprender, porque nosotros y todo nuestro alrededor está en constante movimiento, fue una sorpresa en quien puso los ojos Irvin. No fue el único, por la otra parte también fue igual. Me estoy refiriendo a Olivia. Una de las veces que Olaya y yo fuimos a España para visitar a la familia y a los amigos, mucho antes de que nos casáramos, como no podía ser de otra forma, Olivia estaba incluida en el grupo con el que salimos a cenar. Creo y no me equivoco, que fue un flechazo para ambos verse por primera vez. Aquella noche solo fuimos testigos de miradas y sonrisas constantes, poco más pasó. El tiempo y lo que motiva a una persona a querer estar pendiente de otra, los llevó a continuar en contacto e incluso a dar rienda suelta a la pasión cuando íbamos nosotros, o ella venía, porque Olaya y yo formábamos un pack indivisible de tres con Irvin. El tema es que, aunque Olivia trabajaba en mi delegación de España y que Irvin me llevó y me recogió cada día en la empresa, durante la época que estuvimos allí, en ninguna de las pocas veces que Irvin me acompañó al despacho coincidió con ella. Tan cerca y tan lejos, una frase que era muy común escucharla de boca de los dos. Es una gran verdad, los hilos de la vida de las personas a veces pasan rozándose tanto, pero sin llegar a conectar y encontrarse, que uno se queda sorprendido por cómo se da todo. Está claro que lo que tiene que suceder llega en el momento indicado, ni antes ni después. Fue la semana en la que Olivia estuvo en nuestra casa de Irlanda, a pocos días de nuestra boda, cuando sus vidas cambiaron radicalmente. Yo notaba la necesidad de Irvin de estar con ella, como he dicho al principio, es una parte de mí. Por este motivo no perdí el tiempo y hablé con Olivia, con Irvin y Olaya como testigos. Sentados en el porche de la casa, le propuse que dejara el trabajo de la delegación de España y que se trasladara a la de Irlanda. No se lo pensó, aceptó al instante. No le llevó ni dos segundos decirme que sí, como tampoco levantarse de un salto y lanzarse encima de mí. Terminamos tumbados en el suelo riendo a carcajadas porque me tiró de la silla, con Olaya igual que nosotros sentada en la suya, y con Irvin sonriendo de oreja a oreja, mirándome emocionado. Para Olaya y Olivia fue un chute de energía, como suele decir mi mujer, porque volvieron a trabajar bajo el mismo techo. Y de esa forma emprendieron una vida juntos, una que hoy día continuaba feliz. Tienen una niña de seis años, Penny, la que es una fiel amiga de nuestros hijos, Cameron y Agnes.

Voy con Pol, el hermano de Olaya y alguien vital en mi vida porque lo consideraba igual de mío que mi mujer. Estábamos en contacto a diario, a través de llamadas o de videollamadas, si algún día nos las saltábamos no faltaban los mensajes de ida y vuelta. Venía mucho a vernos, pasaba largos fines de semana con nosotros. Al ser el dueño de una marca deportiva y de varias tiendas físicas, más la *online*, eso le daba mucha libertad para desplazarse cuando le apetecía. Su negocio estaba consolidado y no tenía nada de lo que preocuparse, más que de pequeños dolores de cabeza. Y no venía solo, Rocío siempre estaba a su lado. Olaya fue la primera en explicarme

la historia de ambos y de cómo su hermano fue a buscar a Rocío y puso todo su empeño y energía para conseguir que volviera con él. La realidad es que no necesitó esforzarse mucho, ella lo amaba y él siempre fue bueno y cariñoso con ella, con sus sentimientos reales ocultos. Cuando se va de frente y no se hace daño intencionado, cuando se protege a una persona para que no sufra ningún daño excesivo, el resultado es ese. Rocío comprendió los motivos por los que Pol la apartó de su lado, como también él le demostró el error tan grande que cometió. A veces, porque somos humanos y nos equivocamos constantemente, no somos capaces de ver lo que realmente nos importa. Es una gran verdad lo de que no sabes lo que tienes, hasta que lo pierdes. Eso le sucedió a Pol, pero rectificó y hoy día, son una pareja felizmente casada, con dos hijos, Sergio y Adam. La pareja desprende amor y complicidad, se respira alrededor cuando estás con ellos.

Referente a Rodri, el amigo y hermano de Pol de corazón, el que había pasado a ser lo mismo para mí porque Olaya ya lo consideraba como tal, es como una extensión de todos nosotros. A los seis meses de que Olaya y yo viviéramos en la casa de Irlanda, Rodri conoció a la que hoy día es su pareja, una mujer encantadora a la vez que pícaro, la que lo calmaba y alteraba a partes iguales. Se complementaban a la perfección y solo hay que observar cómo ella lo mira, para darte cuenta de lo que lo ama. Se llama Mariam. Tienen tres hijos, Eric que es el mayor y después vinieron al mundo Abel y Alba, que son mellizos. A Rodri casi le da algo cuando se enteró y siempre bromeaba con que ya había cerrado el grifo. Os hacéis una idea de a qué grifo se refería.

Sobre mi amigo Aarón, todo lo que os diga sobre él y sobre Elías se queda corto. Es cierto que con el resto también, pero ellos junto a Irvin, habían sido mis pilares durante casi toda mi vida. Los lazos que creamos son irrompibles, tan fuertes que nos unirán para el resto de nuestros días. ¿Sabéis con quién se lio en la celebración de nuestra boda? Con Sara, la amiga de Olaya, y rápido mía también. La sorpresa que nos llevamos cuando dábamos un paseo por los alrededores de la casa, buscando un poco de intimidad, mientras los invitados estaban en la casa y en el jardín, fue increíble. Encontramos a Aarón y a Sara ocultos detrás de los árboles, no os digo cómo porque me costó mucho tiempo borrar la imagen de ambos dando rienda suelta a la pasión. Desde ese día en el que la atracción dio paso al deseo, todo lo demás llegó rodado para ellos. Sara también vivía en Irlanda, tanto mi amigo como ella lo tuvieron claro desde el principio. Quisieron aprovechar al máximo lo que había surgido entre los dos, para explorarlo y ver hacia dónde los llevaba. Hasta el día de hoy, ya os lo digo. Son una pareja maravillosa que tienen una niña de cinco años, Amber, nacida en Irlanda. La familia que crearon también está compuesta por Dako, un perro precioso, el padre de nuestro Balto.

Sobre Paola, al final no fue su jefe el que la despidió. Olaya me contó las dudas que tenía Paola hace mucho tiempo atrás, pero esas dudas se calmaron cuando vio que en su trabajo todo continuaba igual. Hasta que fue ella la que cambió su vida de forma radical. Dejó el trabajo al cabo de medio año y durante meses estuvo planteándose qué hacer con su vida. Este fue el motivo por el que pasara una larga temporada con nosotros, mientras se aclaraba y buscaba opciones en las que abrir un camino laboral. Lo encontró aquí en Irlanda, se enamoró perdidamente de Fergus en cuanto entró en su pastelería, una mañana cualquiera. Yo conocía a Fergus casi de siempre. Tenía mí misma edad y fueron muchas las veces que jugamos de

pequeños, cuando mis padres pasaban temporadas en la casa de Irlanda. Él hacía años que abrió dos pastelerías que le iban de maravilla, a las que se unió Paola ni corta ni perezosa. No se le ocurrió otra cosa que, para llamar la atención de Fergus, ponerse detrás de la barra una de las veces que fue a la pastelería y la cola de personas esperando salía por la puerta. Él la miró divertido, al igual que la escuchó porque por los nervios no dejó de hablar ni un segundo. Quien no arriesga no gana, y eso fue lo que hizo Paola, olvidándose de la vergüenza y lanzándose a lo que deseaba. Están casados, viven en una casa cerca de la nuestra y tienen un hijo de cuatro años, Cian, más otro que viene en camino y conoceremos dentro de un par de meses.

Y, por último, pero no menos importante, está mi amigo Elías. Había encontrado el amor de su vida en Ailsa, la que fue desde el primer instante su talón de Aquiles. Es una mujer estupenda, con un carácter adorable, lo más normal es que Elías cayera rendido a sus pies, aparte de que es preciosa. Tiene una belleza y unos rasgos faciales difíciles de explicar, entre infantil y adulta, entre la dulzura y la picardía. Se conocieron seis años atrás y desde ese momento, en el que ella le dijo de buenas a primeras que no estaría mal que la invitara un día a cenar porque nunca había salido con un hombre tan guapo y apuesto, no se habían separado. Lógicamente, Elías no perdió el tiempo para invitarla esa misma noche, lo que a Ailsa todavía la hacía reír, con un Elías mirándola embobado. No tenían hijos, por el momento no lo habían pensado y no estaban por la labor, pero ni falta que hacía porque eran los tíos perfectos para todos nuestros hijos.

La mayoría de las veces te sorprendes por cómo todo se une y porque los caminos que se toman en un punto determinado de la vida te llevan a lo que siempre estuvo predestinado a ti.

Mi corazón lo tuvo claro en el primer encuentro que tuve con Olaya, cuando la frené en el paso de cebrá, en España, pero mi cabeza no lo vio hasta que todo se aclaró en mi interior. Cuesta mucho diferenciar los sentimientos cuando te asaltan tan repentinamente, yo ni siquiera los vi venir.

Bajé la mirada hacia Olaya, todavía continuaba entre mis brazos, con la cabeza apoyada en mi hombro, mientras miraba sonriente cómo jugaban nuestros hijos y Balto. Era todo lo que quería, todo lo que pedía, mantenerme unido a ella y a todo lo que habíamos creado.

Mi interior se calentó observándola, admirando lo preciosa que era, en todos los sentidos que uno puede imaginar. La amaba con locura y desde que la conocí, le di sentido al amor que siempre había visto en mis padres.

Cuando uno se encuentra de frente con este inmenso regalo, es imposible no caer rendido ante la realidad que golpea con fuerza.

Deslicé una mano entre sus piernas, provocando que se tensara contra mi pecho.

—Tienes cinco minutos para esperarme desnuda en la habitación, preparada para recibirme— le susurré al oído, mientras se lo acariciaba con los labios—. Ni uno más, ni uno menos, ya no

puedo esperar para darme un festín contigo.

Soltó un jadeo y, a continuación, se levantó de un salto. Riendo corrió hacia la corredera que daba al salón, y mi boca y mi miembro sonrieron siguiéndola con la vista.

«Más que perfecta», me dije, levantándome rápido para hacer lo que tanto deseaba.

RRSS:

Facebook: [Carlota Manzano](#)

Instagram: [@carlotamanzanoautora](#)

Página de autora: [relinks.me/CarlotaManzano](#)

Twitter: [@ChicasTribu](#)